

TADEA LIZARBE

COMIENDO
SONRISAS
A SOLAS



COMIENDO SONRISAS A SOLAS

Tadea Lizarbe



1.ª edición: marzo, 2015

© Tadea Lizarbe, 2015

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

DL B 4852-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-984-8

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

1. Sola
2. Comienzo final
3. Una vida nueva es para decorarla al gusto
4. Papá
5. Aprendiendo
6. ¿Ser tú misma o ser quien quieres ser?
7. Recetas de cocina
8. La ocupación
9. Condenados a la ceguera
10. La máquina más sofisticada del mundo
11. ¿Culpable?
12. La ironía
13. Dos hombres para una mujer
14. Encasillados
15. El universo encaja las piezas que tú encuentras
16. Me enfadé por... ya no me acuerdo, y para siempre
17. Ahora que...
18. Sin permiso para caer
19. Bárbara
20. Rebelión
21. La búsqueda
22. El sueño
23. Rompiendo inquietudes
24. Cosas de verdad y otras de mentira
25. Acompañada
26. Obsesión
27. Felicidad

28. La conexión
29. Maneras de entender el amor
30. Salvado por el inconsciente
31. Silencio
32. Vacío completo
33. Gracias
34. Dos meses después

*Para el empeño, la determinación y
la extravagancia de la perseverancia.*

Para ti.

PENSAMIENTO INTRUSO: Dícese de aquel pensamiento disruptivo y de origen inconsciente que en ocasiones invade nuestro consciente, con el consecuente efecto atroz en nuestras decisiones, conductas y estado anímico. Difícil tanto de detectar como de erradicar, ya que en su estado original es invisible. Dada su impulsiva naturaleza, puede manifestarse de manera fugaz para firmar su feroz y fatal influencia en nuestras historias.

Fue entonces cuando Miguel se acercó a mi madre lloroso. La tomó de la mano y le habló con suavidad:

—Mamá...

Entonces ocurrió.

Mi madre abrió los ojos como si de un espasmo muscular se tratara. Levantó un brazo y señaló a mi hermano con el dedo índice. De manera brusca, acusadora, con el ceño fruncido, los músculos contraídos de manera anormal y la respiración agotada por el esfuerzo. Acto seguido, su cuerpo se desplomó sobre la cama.

1

Sola

Un pensamiento intruso. El sonido del segundero del reloj se hace presente.

TAC (silencio).

TAC (vacío).

TAC (profundo).

Abro los ojos y lo observo, parece que hoy las agujas no son capaces de realizar su trabajo, mueven los brazos con dolor, como si no pudieran lidiar con la noche. Cada segundo les supone un gran esfuerzo. Vuelvo a cerrar los ojos. Suspiro. No puedo más que concentrarme en ese sonido que martillea mi cerebro y que me ha despertado. Se asemeja al chasquido de desacuerdo que emite un ser angustiado... una y otra vez...

Apenas son las cuatro de la mañana. Decido zanjar el tema llevando el despertador al salón, alejándolo de mí, como si de verdad creyera que la causa de mi insomnio es el reloj. *Pensamiento intruso.*

En mi cabeza retumba la misma frase: «sé razonable, no te dejes arrastrar...», y aunque no comprendo del todo su significado, comienzo a actuar como dicta y me obsesiono con ello. Me permito una «razonable» promesa: mañana compraré un reloj digital, no tan peripuesto como este, claro. Uno cuya función sea la de dar la hora y punto, sin sufrir las quejas nocturnas de las agujas. Algo útil; un reloj..., eso...: «razonable».

De nuevo, me acurruco en la cama y cierro los ojos... Mi respiración y mis latidos se van acompasando, mis ojos se mueven con movimientos lentos y pendulantes, me vienen imágenes, comienzo a caer hacia la profundidad, en el mundo de las ideas extravagantes... y entonces, *¡pensamiento intruso!* Vuelvo a abrir los ojos, con un alto nivel de alerta, como si me persiguiese un león. ¿Por qué me he despertado? Pero si ya me he encargado del asunto de

las agujas. ¿Y ahora? ¿Qué es lo que me incordia? «No estás siendo razonable...» Vaya..., cierto, el reloj..., debería traerlo otra vez, no había pensado que mañana tal vez no escuche la alarma desde esta habitación.

Me vuelvo a levantar, bostezo agotada y a la vez extrañamente desvelada. Cojo el despertador del salón y lo vuelvo a colocar en la mesita. Mantengo una razonable calma. No puedo dormir. ¿Qué miedo puede darme eso? «Tranquilízate... Sé razonable...», me dice otra vez. Entonces, debo apretar fuerte, así, cerrando los ojos y presionando con fuerza la sien... ¡Listo! Debería ponerme la alarma del móvil, es la deducción más lógica. En cuanto me doy cuenta de ello, vuelvo al salón para, otra vez, dejar el reloj lejos de mi cama, donde las agujas no puedan quitarme el sueño.

En una noche de insomnio todo son pequeñas inquietudes, la mayoría incluso muy estúpidas a la luz del sol. Idiotas conclusiones que te provocan actos como el de trasladar un reloj del salón a tu habitación, viceversa y repetidamente. De manera triste y sucesiva. Como un autómatas estropeado. En definitiva, actuando en contra de lo que pretendo: no dejarme arrastrar por la locura que esconde esta noche.

Cierro los ojos y vuelve a producirse la secuencia anterior: mi respiración se acompasa, mi frecuencia cardiaca disminuye... Acuden a mi mente imágenes, vagas presencias provenientes de las sombras de los sueños, emociones, descaradas ideas todavía sin inventar, y entonces... *¡Pensamiento intruso!* Me levanto de golpe y me incorporo. ¿Qué es lo que causa que me despierte? Mis latidos retumban entre las paredes y mi tímpano jugando un partido de tenis. Puedo ver lo que tengo enfrente: una pared vacía. No hay cuadros, no hay flores, no hay... Aunque la cama y la mesita de noche se dignan acompañarme, ni siquiera he decidido si este será mi dormitorio. Cierro los ojos y escucho: otra vez nada. De repente, echo de menos los ronquidos de papá, los portazos de Miguel y los contundentes pasos de mamá.

Desecho ese pensamiento que me incomoda, ¡fuera!, e intento conciliar el sueño. Tan solo consigo hacer la croqueta; es decir, giro mi cuerpo de derecha a izquierda sobre el colchón como si fuese una fritura que está cogiendo el rebozado. Y es que estoy dando las mismas vueltas que mi cerebro le está dando a todo. Emplea la misma energía tanto en lo importante como en lo

superfluo.

Noto la lengua acartonada, parece formar parte del tedioso discurso que se lidia en mi cabeza. ¡Como si se quejara de lo cansada que está por ello! Me levanto a beber un vaso de agua para darle tregua. Justo cuando el borde del cristal se acerca a mi boca, me da por analizar la situación desde una perspectiva diferente, por supuesto, una mucho más razonable: llego a la conclusión de que si bebo demasiado y al final consigo dormirme, despertaré con ganas de hacer pis y no podré retomar el sueño, así que lo suyo ahora es tirar el agua por el fregadero.

Nueva inquietud idiota. Nueva conducta estúpida: coger agua en un vaso y tirarla por el fregadero. Otra vez actuando de manera triste y repetitiva. No se me está dando bien esto de ser sensata, dudo tanto en mis deducciones que parezco imbécil.

Respiro profundo, como si de ello dependiera mi vida, como si eso fuera a salvarme. Puedo escuchar cómo la frecuencia de mis pálpitos va en aumento. Carraspeo. Hay algo que me presiona y va creciendo dentro de mí. Carraspeo de nuevo. «Venga, tranquila. Tú puedes. Racionaliza la situación, contrólate...» *Pensamiento intruso*. ¡No! No puedo más, creo que voy a escupirlo: ¿Me-me-me si-si-siento so-so-so-la?

Va-va-vaya..., aunque estoy sola, es lo que quería, ¿no? Libertad... ¿O no? E-E-Es lo-lo-lo lo que se-se supone que-que que necesito..., ¿no? Eso es... no-no-no... no puedo... ¡Dios! Ahora, hasta mi discurso interno padece un estúpido tartamudeo dubitativo, no arranca a pensar con fluidez. Quería salir de casa de mis padres, tener mi propio hogar. *Pensamiento intruso*. ¿Por qué ahora duele?

Comienzo a hiperventilar, mi pecho se mueve sin control. «Párate, piensa, analiza algo, lo que sea, agárrate a lo sensato...» Carraspeo de nuevo, esta vez para proceder mejor en el discurso sobre el análisis de mi recién estrenada independencia: dicen que la libertad de uno acaba donde comienza la del otro. Puede que los humanos no sepamos valorar nuestra libertad cuando no tenemos como referencia el límite de otra persona. Me explicaré mejor: se supone que el área que ocupa nuestra libertad acaba en la de otra persona,

pero si no tenemos a nadie cerca, es decir, si estamos solos, y no podemos ver el propio límite de esa otra persona..., ¿cómo identificar el final de nuestra libertad? Se trataría de algo tan inmenso que no seríamos capaces de determinar dónde está el final y dónde el principio, y tan solo podríamos percibir un continuo de algo, sin poder concretar qué es. Algo así como el inmenso espacio. Entonces, ¿necesitamos a otra persona para sentirnos realmente libres? ¿Ver su límite para objetivar el nuestro?

Es increíble el discurso tan organizado que acabo de vomitar. Apenas confuso. Digno de la coherencia que pretendo...

Me estoy metiendo en un bucle tan lleno de racionalidades que me parece estar perdiendo la cordura. Me lío, me hundo, estoy cayendo en un discurso tan sensato y lógico que me está dejando fría. Helada entre copos de excusas para no sentir... ¿el qué? «Te-te-te sientes so-so-sola», me responde el tartamudeo. Vaya, tal vez, ¿esto era lo que me desvelaba?

La palabra «sola» retumba en mi cráneo, fisura los huesos y se filtra inundándolo todo...: «sola». Siento ganas de llorar; en vez de ello, me mantengo firme en el estúpido intento de analizarlo todo para no dejarme arrastrar por... no sé... *Pensamiento intruso*.

Prefiero jugar con la palabra «soledad». Puedo observar dos términos incluidos en ella: «sol» y «edad». El «sol» es algo que suele producir alegría, que nos calienta y da calidez, lo mismo que una buena compañía. ¿Cómo puede ser tan irónico? Sin embargo, la «edad» es algo que nos asusta, da vértigo, nos gustaría estar acompañados de alguien que venciera a la vejez en un duelo a espadas. Que nos quisiera cada día que pasa más y más y dejara de lado las cremas hidratantes, el *botox* y la cirugía. Pero ¿por qué buscamos una persona que lo haga? ¿No podemos vencerla nosotros mismos? ¿A solas?

La habitación se impregna de un profundo suspiro. ¿Será posible...?, ¿me ha parecido escuchar eco? Es probable, porque todo está vacío. De nuevo, algo me aprieta el pescuezo y me asfixia. Esa cosa sigue creciendo. Se vuelve dolorosa, ya no me cabe dentro y la expulso por la boca, estrellándola contra la pared vacía. Rompo a llorar. Los sollozos truenan en la habitación con demasiada fuerza, relampaguean imposibles de soportar. Por fin algo maduro, equilibrado, sesudo, coherente y cuerdo: identificar a mi habitual amiga: la angustia. He intentado que ese nudo que subía por mi garganta no estallara,

porque parecía algo irracional, sin aparente forma, algo poco coherente; pero dejar que las lágrimas escapen me parece mucho más juicioso que echarle las culpas de mi insomnio a un ser inanimado como el reloj. Creo que voy a romper de una vez con la racionalización y el análisis de las palabras. Empezaré a sentir. Casi mejor me levanto de la cama y dejo de una puñetera vez de pensar.

Me acomodo en el sofá. Tomo aire, tan profundo que siento mis alvéolos vibrar, y enciendo el televisor. Aparece ante mí un canal de música donde suena una melodía celta. Cierro los ojos y escucho la canción. Por un momento me siento bien. Relajada. Los ritmos reconstruyen las grietas que la palabra «sola» había dejado en mi cráneo con la facilidad de un puzle de dos piezas. ¿Cómo puede ser que la música consiga calmar y engañar a mi mente y yo no sea capaz? ¿Contra quién estoy luchando? Es absurdo, porque batallar contra la ansiedad de la soledad hace que te enfrentes a un enemigo tan cercano como descabellado: tú mismo. Es sencillo de entender, no te gusta estar contigo misma a solas, por lo tanto tendrás que aceptar la hiriente verdad: no te gustas nada... De repente, se me ocurre, ya que yo no dispongo de ningún tipo de control sobre esta angustia, que si la música ha calmado mi mente, tal vez el agotamiento físico también pueda hacerlo. *Pensamiento intruso.*

No puedo creerlo, son las cuatro de la mañana y estoy practicando *footing*... Esto ya es de locos, o patético, el hecho de subir y bajar las escaleras comunes del edificio. Estoy tan egocéntricamente involucrada en mi ansiedad que soy incapaz de creer que algún vecino pueda verme. Algo bastante probable, por cierto. Y es que la ansiedad te quita la inteligencia de golpe y porrazo. Estaba dispuesta a salir al parque; al final no me he atrevido a cruzar el portal; a estas horas es peligroso ir por ahí sola, así que aquí estoy: triste y sucesivamente, repetidamente, subiendo y bajando las escaleras comunes. Estúpido acto autómatas y desesperado de una noche de insomnio. Voy en escalada; respecto a lo de estúpido, me refiero.

Entonces, mis recientes temores se cumplen. Me falta el aire cuando veo a uno de mis vecinos, un piso por debajo, intentando introducir la llave en la

cerradura. Es joven, tal vez algo mayor que yo.

Por favor, por favor... que no me vea... Tarde. Levanta la cabeza y me observa, con una mirada inyectada en sangre, apenas pudiendo enfocar. Sin ni siquiera inmutarse ante mi presencia, vuelve a su imposible labor de abrir la puerta de casa.

¡Joder! ¡Joder! ¡Qué vergüenza! Ya no hay tiempo para esconderse. ¿Podría disimular? ¿Y si finjo...? Pero ¡qué vas a fingir! Si estás a las cuatro de la mañana vestida con tus mejores galas: unas mallas de correr, un top de deporte y un estúpido coletero. Sudada, enrojecida..., ¡subiendo y bajando escaleras! ¿Me habrá visto hacerlo? ¿Creerá que estoy como una cabra? ¿Que las mallas me quedan demasiado ajustadas? ¿En qué estaría pensando? Apenas conozco a mis vecinos; estoy segura de que a partir de ahora se dirigirán a mí como «la loca de las escaleras»... Puede que «la gorda de las mallas» o... mejor... «la maratoniana agorafóbica»... *Pensamiento intruso.*

Pero ¡hombre, Eloísa! ¿Cómo se te ha olvidado que la población mundial es de unos siete mil millones de personas y que normalmente a menos de veinte metros siempre se encuentra una? Para bien y para mal. Si es que la ansiedad te elimina la inteligencia de un batacazo. Y sigo en escalada hacia la máxima estupidez, porque no se me había ocurrido que a las cuatro de la mañana de un jueves pudiera haber nadie despierto; creía que todos estarían dormidos en un profundo y placentero descanso, que todos, menos yo, disfrutaban de lo que más anhelaba en ese momento: el sueño... Es impresionante lo egocéntricos que podemos llegar a ser. ¿Cómo podemos sentirnos tan solos con tanta gente alrededor?

El borracho aprieta los ojos y, desistiendo en su tarea de abrir la puerta, intenta enfocar mi imagen. No sé por qué demonios me he quedado tan bloqueada. Se me ha olvidado reaccionar. Sigo jadeando, por culpa del resultado de la suma del ejercicio físico, la sorpresa y mi capacidad de autocrítica. Por fin, decido dar media vuelta hacia la seguridad de mi solitario hogar. ¡Mira! Ventajas de estar sola, puedes hacer el ridículo dentro de cuatro paredes sin que nadie te vea. Puedo esconderme.

Entonces, aquel hombre me echa un silbido y añade:

—Pero ¡qué culo!

Me quedo estupefacta y paralizada. Pero ¿«qué culo»? ¿Quién? ¿Yo?

Incluso me lo miro de perfil. Bueno, tal vez no esté tan mal. Las mallas lo marcan bien... La curva que dibuja con mi espalda es acentuada... Un ruido me saca de mis principiantes valoraciones positivas: el vecino, borracho como una cuba, se ha golpeado con la cabeza en la puerta y se ha quedado apoyado sobre esta, dormido, de pie, y sin completar con éxito su tarea de entrar en casa.

¿Huyo?, no debería ser tan ruin. Bajo despacio las escaleras, no quiero aproximarme a mi destino fatal. Al acercarme a menos de un metro, no puedo evitar dibujar una mueca de asco: huele a una mezcla de alcohol, vómito y orina. Lo balanceo suavemente, agarrándolo del hombro. No se despierta. Lo zarandeo un poco más fuerte, él entreabre los ojos:

—Tienes unos labios preciosos —dice.

Se golpea de nuevo contra la puerta, esta vez con mayor sutileza, y vuelve a quedar medio inconsciente. Todo es un desastre; observo con horror que una baba comienza a acercarse a la comisura de su boca. Miro a mi alrededor buscando ayuda. No hay nadie, de nuevo sola. Vuelvo a zarandearlo, nada. Con verdadero y nauseabundo asco, me veo obligada a hacer algo, así que paso su brazo por encima de mi cuello, con la otra mano termino de meter la llave en la cerradura y abro la puerta. Con esfuerzo consigo llevarlo hacia el interior, él me ayuda con pasos descoordinados. Logro tumbarlo en el sofá. Al volverme, no puedo evitar echar un vistazo a la casa, todo está en el más absoluto orden. La decoración es sencilla pero elegante. Como si solo se hubiera parado a pensar en ello unos pocos minutos, y pese a todo hubiera acertado de lleno. Saco las llaves de la cerradura y las dejo en una mesita del vestíbulo. Cierro la puerta y comienzo a subir las escaleras. ¿Cómo una persona que aparenta tanto orden en su casa, en sus cosas... puede estar tan desordenado por dentro? Me doy un respiro y me permito tener un pensamiento algo más amable, que me dice con cariño: «¿Por qué estás preocupada por tu imagen, cuando él está borracho como una cuba, y apenas es capaz de mantenerse en pie y oliendo a orines?».

Una vez en casa, no tengo intención de dormir. Estoy demasiado nerviosa como para intentar relajarme de ninguna manera, así que creo que es mucho más coherente emplear mi tiempo en algo productivo. ¡Me pondré a leer!

Mi madre lleva tiempo hospitalizada. Los médicos no conocen la causa de

su dolencia, pero están a punto de darle el alta tras su mejora. La incertidumbre, el hecho de carecer de explicación para su enfermedad, me produce cosquillas en la tripa y, por más que me rasque, no consigo que desaparezcan. Me duele pensar que ha estado realmente mal. En esos momentos, cuando incluso pensábamos que podía morir, estuvo leyendo este libro que ahora tengo entre mis manos. Estaba tan inmersa en él que no lo dejaba por mucho que los médicos le hubieran pedido que reposase, como si fuera lo último que quisiera hacer en esta vida. Una tarde en la que se sentía realmente mal, y estando las dos solas en la habitación, me pidió que lo leyera, y lo hizo con alarmante insistencia.

Tomo el libro y lo observo. No me había fijado con detalle en él hasta ahora: la tapa es vieja y no hay nada escrito en ella, solo unos dibujos decorativos con formas infinitas en espiral. Los bordes parecen roídos y las páginas se ven amarillentas. Me produce gran curiosidad y excitación; da la sensación de ser algo valioso, algo importante y antiguo. Como si tuviera entre mis manos una reliquia o un secreto. No se nombra al autor y, para mi sorpresa, al abrirlo veo que está escrito a mano, con pluma y caligrafía antigua, temblorosa... Ahora que mamá se encuentra bien, podré preguntarle sobre la procedencia y por su imperiosa necesidad de tenerlo. Comienzo a leer.

Alona Solís se sentaba en el alféizar de su ventana, escuchando el tran-tran de los carromatos tirados por caballos. Su amplia mirada, sus ojos panorámicos, lo observaban todo y con cada parpadeo memorizaba el mundo exterior. Lo que mejor se le daba era guardar recuerdos. Siempre establecía dos clasificaciones: recuerdos de color azul como su iris y recuerdos de color negro como su pupila. Sabía que estaba sola, y que debía sentirse así, pero aún no le había dado tiempo de asimilarlo, no había sido capaz de reconocer que no tenía a nadie en este mundo.

Abrió los ojos y observó a una mujer de rubia cabellera. Recuerdo de color azul..., su madre tenía el pelo dorado y brillante, que ataba graciosamente en una coleta para trabajar. Parpadeó.

Reconoció el banco de enfrente..., recuerdo azul..., su padre trabajaba en él. Parpadeó.

Divisó las tiendas de verdura y fruta. Recuerdo azul..., había juguetado en muchas ocasiones con las piñas, como si fueran sombreros exóticos. Parpadeó.

Observó el horno de fuego de la panadería. Recuerdo negro..., el fuego vivo, chispeante, abrasador, indomable y fiero. Parpadeó dos veces.

Vio el humo que producía la chimenea de las casas en invierno. Recuerdo negro... El humo le había impedido encontrar la salida en ese infierno de llamas y la había introducido en un profundo sueño en el que solo podía escuchar cómo la llamaban de entre las sombras. Parpadeó tres veces. No podía olvidar los alaridos de sus padres compitiendo por gritar más alto que los chillidos de las chispas del fuego. Las imágenes de aquel recuerdo acudían con una viveza punzante. Cerró los ojos y decidió

no volver a abrirlos nunca más. Cualquier recuerdo le dolía: los azules rabiaban, los negros rasgaban.

Entonces llamaron a su puerta. No se dio la vuelta, ni abrió. Se quedaría petrificada de por vida. Ni siquiera volvería a parpadear. Así lo había decidido.

—Alona, querida —se escuchó decir a la señora Pody—. Tienes una visita... Pase, señor. No está muy habladora, pero es buena chica; ya sabe, tan solo tiene diez años. Nadie tan joven debería haber sufrido tanto. Pero ¡es fuerte! Sí, señor, ¡lo superará! —Sollozó mientras salía de la habitación, entre vocablos tristes e incoherentes—. ¡Ay, Dios mío, qué terrible desgracia! A veces una se pregunta por qué suceden estas cosas tan horribles...

La señora Pody, una mujer de origen inglés, tendía a hablar sin cesar. De aspecto rollizo, como si se pudiera reposar blando sobre ella, era la ternura personificada; aunque en ocasiones, se mostraba tremendamente inestable tanto en el contenido de su discurso como en sus emociones, altamente expresadas. Llevaba el pelo enmarañado y solía sudar a menudo, pero su olor era el de una bandeja de galletas recién hechas. Se trataba del ama de llaves de aquella casa, y ahora también de la única persona responsable de la niña.

Alona quedó a solas con el desconocido; aquello no cambiaba nada, lo había decidido, nunca volvería a abrir los ojos. Cualquier otra actitud diferente a aquella cómoda anestesia dolía. Por ello, miraba con los ojos cerrados por la ventana, indiferente a la vida.

Moret Moyano entró en la habitación y observó a la niña sentada de espaldas a él. Lo que a continuación ocurrió fue dirigido por la intuición, por la captación de detalles que se alejan de lo evidente para presentar lo más dulce de la vida: la sorpresa. Alona, a pesar de su resistencia a creer y esperar, sintió una presencia increíblemente serena. Algo que le producía vibrantes cosquillas. Abrió los ojos y se le erizó el pelo. ¿Quién o qué podía causar un segundo de paz en aquellos momentos? ¿Quién le producía una emoción cuando evidentemente estaba anestesiada, incapacitada para sentir? ¿Quién luchaba contra la desesperanza y el dolor por ella? ¿Quién vencía a sus ganas de no existir? Se giró y lo vio. No era el aspecto, era su aureola lo que le definía. Tal vez su fragancia, tal vez aquello que no destacaba visible. Se miraron.

Los ojos de Moret eran de color marrón. Extrañamente claros, casi transparentes, enormes y con pestañas de avestruz. Parecía no existir una palabra adecuada para describir su mirada. Tenía algo que decir y algo exquisito que ocultar. Alona no era capaz de resolver su mensaje, y la curiosidad era tan inquietante que por un segundo se olvidó de los recuerdos negros y también de los azules. Él pareció darse cuenta de todo, ser conocedor del universo y guardar tras de sí un gran secreto. Sin decir nada, salió de la habitación y bajó con paso sereno las escaleras. Alona escuchó al detalle el crujir de sus pisadas; alrededor, todos los demás estímulos habían quedado embotados.

Antes de que la señora Pody volviese a su habitación, sabía lo que iba a pasar. Él ya se había encargado de decírselo nada más marchar, sin ni siquiera utilizar palabras: la acogería. Lo cierto era que Alona no entendía de palabras, prefería observar, y él le habló en el mismo idioma. La señora Pody insistía:

—Alona, querida... —Se aclaró la garganta y cogió aire antes de continuar—. Sabes que, después de lo que ha pasado, no podemos seguir así. Ahora debo cuidar de ti, pero mucho me temo que no tenemos recursos. Me he puesto en contacto con una vieja conocida. Sirve para el señor Moyano y le ha hablado de nuestra situación. Es un hombre muy generoso y nos ha ofrecido un lugar donde vivir con comodidad a cambio de que trabajemos para él. Tus padres no pudieron dejarnos el suficiente dinero como para que ahora podamos subsistir solas...

La mujer reemprendió su suave e incesante sollozo, abrazó a la niña y salió de la habitación. Alona volvió a dar media vuelta y, sin permitir lágrimas en sus ojos, permaneció el resto del día asomada al alféizar de la ventana. Esta vez, decidió mirar con los ojos abiertos: recuerdo azul, recuerdo negro, recuerdo azul, recuerdo negro...

Comienzo final

De camino al hospital compré unos bombones para mi madre. Mientras subía por las escaleras hacia su habitación, observé con atención a los sanitarios. Enfermeras, auxiliares y médicos se movían entre pacientes, estos últimos con batas grises, algunos de los cuales arrastraban sondas y sueros. A pesar de la tragedia de la enfermedad, todo parecía extrañamente cotidiano y normal. Bullicioso. La vida se abría paso entre las dolencias.

Conforme me acercaba a su habitación, me sorprendió ver a un hombre saliendo de ella, al que no reconocí. Vestía de manera elegante, sin corbata, pero con un traje negro y una camisa blanca desabrochada por el cuello. Sin detener su paso, algo acelerado, el visitante miraba hacia atrás, donde mi padre hablaba con una enfermera. Volvió la cabeza y se encontró conmigo a pocos centímetros; aparentaba la edad de mi madre, era de constitución mediana tirando a delgado y tenía unos ojos excepcionalmente azules. Pertenecía a esa clase de personas con elegancia innata. Con presencia. De esas que te hacen sentir insignificante. Sin decir nada, procuró evitar mi mirada, con descaro, diría que algo nervioso. Y se marchó a toda prisa, intentando abrocharse sin éxito el botón del cuello de su camisa. Lo observé durante unos segundos más y, justo cuando iba a perderlo de vista, se detuvo ante mi hermano Miguel, que acababa de entrar en el pasillo. Le dedicó un gesto breve, apenas una inclinación de cabeza.

Saludé a papá con la mano. Este se despidió de la enfermera, se acercó, me besó y sonrió con cariño. Mi padre se ríe con la sonrisa, ya sé que parece obvio, pero es que también lo hace con los ojos. Le salen unas arruguillas que llevan etiquetas diferentes: está la arruga de las veces en que me ayudaba a preparar los exámenes, la de los días en que se sentaba en mi habitación hasta que me dormía y la del amor incondicional... Una de ellas, justo en la

comisura del ojo, me encanta, es la de la tontería. Sí, esa que dice «ay, qué rica es mi niña». Al describir su forma de reír, no puedo olvidarme de la arruga central: la de la preocupación. Causada por el ceño fruncido de quien daría su vida por ti. Creada en los momentos en los que alguien me hacía daño, pero también en los que me acatarraba. Cuando mi padre sonríe, utiliza todas estas arrugas a la vez.

—¿Qué tal está mamá? —pregunté.

—¡Bien! Acabo de hablar con la enfermera, volvía de la cafetería y me he encontrado con ella, me ha dicho que los médicos ya tienen los resultados de las pruebas.

—¿Y bien?

Como siempre, la actitud de mi padre me tranquilizaba.

—No han detectado nada excepcional. En estos momentos está completamente sana. Pronto vendrá a casa.

—¿Y qué se supone que le ha pasado? Me parece indignante que no hayan dado con la causa... ¿Cómo sabemos que no se repetirá?

—No te preocupes, *pichurra*, tan solo es un pequeño susto. Me imagino que un virus, una bacteria o cualquier bicho que ya no está.

—¿Y...? —No sabía qué más decir, pero no estaba satisfecha con la información. Mi madre había estado realmente mal.

—Cálmate... Me han comentado que le harán un seguimiento con consultas periódicas durante unas cuantas semanas. Por lo menos descansará en casa.

Entrábamos en la habitación cuando en el marco de la puerta se me ocurrió preguntar:

—Papá, acabo de ver a un hombre saliendo de aquí, hace tan solo unos minutos. No lo he reconocido. ¿Tú sabes quién es?

—¿Ahora mismo? No sé... Creo que hoy no ha habido visitas, pero... —Se detuvo con brusquedad.

En un instante su rostro se tiñó de miedo. En realidad, estaba desencajado, como si fuese un cuadro abstracto que buscaba expresar horror. Nunca antes lo había visto así. Seguí la dirección de su mirada, me volví y allí estaba mamá: se llevaba las manos al pecho y su respiración era cada vez más fuerte, más agónica, en un intento desesperado por sobrevivir. Rápidamente,

pulsé el botón de emergencias.

Aparecieron dos enfermeras, retiraron la almohada y bajaron el cabezal de la cama; por la expresión de sus rostros, intuí que mi madre se encontraba muy grave. Una de ellas comprobó el pulso y puso el oído cerca de su boca, en la búsqueda inútil de su respiración. Después, colocó una de sus rodillas en la cama y comenzó a presionar fuertemente con sus manos sobre el corazón de mamá, al tiempo que con voz contundente y segura le decía a la otra enfermera que pusiera en marcha el protocolo de reanimación.

«Esto no puede estar pasando.» Con bruscos movimientos, veloces y eternamente lentos a su vez, intentaron reanimarla. Llegó el doctor y una de las enfermeras nos echó de allí. «Pero ¿qué diablos hace?»

Desde el pasillo oímos las palabras del médico:

—¡Fibrilación ventricular!

«¿Qué demonios es eso de fibrilación ventricular? ¡Solo quiero saber si está viva!» Todos esperamos sentencia. Mi hermano acababa de llegar y miraba con incredulidad, pidiendo una explicación que en realidad era obvia.

El médico seguía, como si tuviera más derecho que nosotros a estar cerca de mi madre en ese momento:

—¡Apartaos, descarga! ¡No hay pulso!

Yo no podía dejar sola a mamá, así que, a pesar de la consigna, entré en la habitación. Mi padre y Miguel siguieron mis pasos.

¡¡El doctor no callaba!!

—¡No hay pulso! Cargo... ¡Apartaos! ¡Descarga! —Todos los allí presentes esperábamos, observando como idiotas a que la vida se dignase a aparecer—. ¡No hay pulso! Intubamos. ¡Adrenalina!

Tras apenas unos eternos segundos de agonía, el médico respiró hondo y dijo:

—Parece que ha entrado en ritmo sinusal... El pulso es débil pero sigue viva. La vamos a trasladar a la Unidad de Cuidados Intensivos, hasta que se estabilice y podamos investigar cuál ha sido la causa de este paro cardiaco.

Fue entonces cuando Miguel se acercó a mi madre, lloroso. La tomó de la mano y le habló con suavidad:

—Mamá...

Entonces ocurrió.

Mi madre abrió los ojos como si de un espasmo muscular se tratara. Levantó un brazo y señaló a mi hermano con el dedo índice. De manera brusca, acusadora, con el ceño fruncido, los músculos contraídos de manera anormal y la respiración agotada por el esfuerzo. Acto seguido, su cuerpo se desplomó sobre la cama.

El personal sanitario repitió la misma maniobra, pero... con diferente resultado. A continuación, el médico dictaminó:

—Lo siento, ya no hay nada que hacer. Ha muerto.

Observé, con un desgarrado dolor en el pecho, cómo la línea de la pantalla del monitor de constantes se volvía plana. Iba acompañada de un pitido insoportable...

Una vida nueva es para decorarla al gusto

Alona sentía su cabeza estallar, no había dormido en toda la noche. Se acurrucaba en la cama, inmóvil, en estupor, en un estado en el que tan solo era capaz de archivar recuerdos. No podía salir de allí, no podía crear nada nuevo. Eran las mismas imágenes una y otra vez. Descaradamente demandantes de atención.

Los rayos del sol la obligaron a abrir los ojos e incorporarse. Escuchó un carromato fuera, el crujir de una puerta y unas tranquilas pisadas. De repente, volvió a sentir la misma cosquilla. Se levantó y con los pies descalzos se asomó al alféizar. Sus ojos curiosos masticaban cada detalle de aquel hombre que llegaba. Quería que su cuerpo pudiera absorber bien las propiedades de su presencia. Contagiarse de lo que él tenía. Desde aquella fatídica noche creía que no volvería a ocurrir, pero por fin un sentimiento se había atrevido a aparecer, posándose delicadamente sobre su cuerpo, como una mariposa. Tan solo ocurría cuando él estaba cerca.

Moret levantó las mangas de su camisa y tocó la puerta con decisión. La señora Pody salió nerviosa, con torpeza:

—¡Señor Moyano! Buenos días. ¡Qué estupendo que haya llegado tan pronto!

—Buenos días. —Su voz, apenas audible, era muy masculina. Parecía poseer las propiedades del viento, una brisa que podía arrasar árboles—. Si fuese tan amable, dispongo de tiempo para un pequeño desayuno.

—No se preocupe usted, está todo preparado. Solo falta la pequeña Alona, pobrecilla, ha dormido profundamente toda la noche, no me extraña, con todo... —La sirvienta se equivocaba y hablaba atropellando cada palabra anterior con la siguiente—. Ya sabe, estaba muy cansada, no cuenta ya con fuerzas para soportar... ¡Ay! Dios mío..., la tristeza es insufrible... Le diré que usted ha llegado y que debe asearse.

Se escuchó un nuevo crujir, el de las escaleras, y al rato la señora Pody entró en la habitación. La mujer se sorprendió, incrédula ante la rapidez de los movimientos de la niña para vestirse; se había imaginado que debería acicalarla ella misma. Y es que Alona había sentido el impulso de la acción, por primera vez en días quería hacer algo que no fuera recordar y archivar. Antes de salir, se observó en el espejo, sobre sus ojos caían unos tirabuzones desordenados y apenas mostraba tono en las mejillas. Se veía extremadamente pálida, como si todo el color la hubiera abandonado y tan solo quedaran tristes escalas de grises. Sin embargo, un destello se mantenía y resaltaba: el contraste del azul de sus ojos panorámicos. Bajó las escaleras y buscó con la mirada a Moret. Nada.

La señora Pody llegó después con las escasas maletas en la mano. La noche del incendio habían perdido casi todas las pertenencias, incluida la ropa:

—Mi niña, nos esperan en el carromato.

Alona escuchó palpar un segundo su corazón y salió. No sentía pena por abandonar aquella casa, ya no había nada que le resultase familiar dentro. Así que, decidida, abrió la puerta del coche y dentro encontró lo que buscaba. Se sentó cerca de él, y con el brazo rozó su brazo. Moret miró a la chica con

tiernos ojos, parpadeando. Alona creía que entre parpadeo y parpadeo pasaba una eternidad, tal vez fuera porque él también sabía archivar los recuerdos de la misma manera que lo hacía ella.

Mientras aquella escena se desarrollaba en el interior del coche de caballos, fuera el chofer ayudaba a la señora Pody a subir las maletas con el resto del equipaje. Y en ese eterno momento en que ambos estaban a solas, Moret y Alona se observaron el uno a la otra. Ella volvió a estudiar su mirada, con descarada curiosidad, archivando información, con un silencio que no les incomodaba. La niña apreciaba que, entre parpadeo y parpadeo, cuando se dejaban ver los ojos, él le mostraba un profundo secreto que se desvanecía con otro pestañeo. ¿Qué era esa presencia que casi podía olfatear en él? ¿Qué le causaba tanta paz y a su vez tanto desasosiego? ¿Qué maravilla escondía? Moret observaba la curiosa mirada de la niña, y se sorprendió al sentir que no podía dirigirse a ella con la prepotencia con que un adulto lo hace a un niño. Notó, inquieto, cómo ella era capaz de codificar su secreto. Así que decidió desviar la mirada hacia la ventana, esperando que la señora Pody acabara pronto:

—Por fin, estamos listos. —Una vez terminada su tarea, la mujer subió al interior del carromato con torpeza en sus gestos, golpeándose contra cada obstáculo de manera ruidosa—. ¡Qué buen día hace hoy! Es un buen prefacio. Ya verás, Alona, ya verás... Todo irá bien...

El coche se puso en marcha, y al galope de los caballos la niña supo que la curiosidad por descubrir qué escondía aquel hombre no la dejaría dormir en mucho tiempo.

¡Pi, pi, pi! El reloj me incordiaba con testaruda agudeza. No podía creerlo, ya eran las siete y media de la mañana. Me incorporé algo mareada, apenas había podido dormir.

Las últimas semanas las había pasado tirada en la cama, saliendo de casa únicamente para lo imprescindible, incapaz ni siquiera de moverme. La escena de la muerte de mamá revoloteaba sobre mi cabeza en círculos, era un bucle del que había sido incapaz de escapar. Imágenes que acudían a mi cabeza con una claridad sorprendente y un sinfín de preguntas habían sido mis invencibles enemigas de aquellas semanas. ¿Por qué murió mi madre de manera tan brusca, si los médicos pretendían darle el alta en breve? ¿Por qué me había pedido con tanta insistencia que leyera aquel libro sobre Alona? ¿Acaso tenía relación con la muerte? ¿Quién era aquel hombre que había salido de su habitación minutos antes? Y lo que más me preocupaba... ¿Cómo pudo, estando moribunda, señalar a mi hermano y por qué? El dedo acusador, su mirada, la conducta que eligió para sus últimos suspiros... me incordiaba... ¿Podía también Miguel estar involucrado en todo aquello? *Pensamiento intruso*. No, de ninguna manera... Es mi hermano..., no sé cómo puedo dudar de él... sobre su posible participación en..., que no...

Apenas había dormido una noche entera, dando cabezadas en el sofá, frente al televisor. Su ruido interfería en mis pensamientos más dolorosos y

me aliviaba en cierto modo, haciéndome compañía y recordándome que, afuera, el mundo seguía. Tan solo me apetecía estar tumbada y comer..., más bien engullir, como un pato, cualquier cosa que pudiera pedir a domicilio. *Pensamiento intruso*. Tragaba intentando llenar un vacío infinito. Un acto imposible. Cualquier sabor que se me antojara diferente, extravagante, demasiado ácido, muy dulce o insoportablemente picante, me reconfortaba... Era como confirmar que no estaba muerta.

Hasta ahora me dolía demasiado el recuerdo de mi madre, pero a su vez sentía la necesidad de realizar algo que me acercara a ella. Aunque ya no estuviera. Los últimos días de su vida los había pasado leyendo aquella especie de diario, así que esta última noche por fin había recuperado fuerzas para retomar la lectura; y además sospechaba que aquello era importante, que mi madre sabía lo que hacía cuando me insistió en cogerlo.

Retiré el mechón de pelo que caía sobre mi rostro y observé el reflejo que me devolvía el espejo: una cara demacrada, pálida y revestida con unas profundas ojeras. Los ojos enrojecidos y los párpados apenas móviles, hinchados. Las lágrimas son muy ácidas. En estos momentos me alegro de no tener a nadie despertándose a mi lado, y, sin embargo, no puedo evitar soltar un incongruente suspiro al pensarlo. *Pensamiento intruso*. Empañé el cristal con la tristeza camuflada de vaho y dibujé un corazón con el dedo. ¡Qué estúpido! Lo borré con una palmada algo brusca. Casi rabiosa.

Decidí ir derechita al baño. Tras una ducha con agua caliente y crearme, ingenua, que con un buen suavizante de pelo y crema revitalizante mi aspecto se transformaría, el reflejo no mejoró demasiado. Mi cara se mostraba repleta de tatuajes en forma de angustiada falta de sueño, así que intenté camuflarlos con ayuda de un maquillaje, cuya etiqueta vendía la hermosura instantánea (tan absurdo como caro, por cierto), un poco de sombra de ojos, rímel y espuma para el pelo. Sí, ahora me sentía algo menos momia que Tutankamón. Ese día saldría de mi cueva.

Sentí una necesidad imperiosa de cafeína y me llevé una gran desilusión al recordar que no tenía cafetera ni café; debería comprar algo más que el frigorífico. Aquellos días mis esfuerzos se dedicaron exclusivamente a respirar para vivir, y por ello se me retrasaban todos los recados y se me acumulaban los quehaceres, aumentando el peso que debía soportar sobre mis hombros.

Había sido tan egoísta con mi propio dolor carcomiéndome, que apenas pude visitar a papá. Lo sabía hundido y me avergonzaba pensar que me veía incapaz de lidiar con su dolor. También ignoré a mi hermano; no entendía muy bien qué había pasado entre él y mamá... ¿Por qué lo había señalado justo antes de morir? ¿Y de esa manera tan acusadora? Uf... Este pensamiento me venía a la cabeza una y otra vez, tan abrumador que prefería no detenerme en él. ¡Qué egoístas nos hace el dolor! Consigue que solo pensemos en nosotros mismos, en nuestros propios problemas y en cómo hemos decidido afrontarlos. Como si la angustia lo justificara todo. Sin embargo, y a pesar de mis esfuerzos por evitarlo, Miguel me había llamado la noche anterior varias veces; cuando por fin decidí contestar al teléfono, dijo que era urgente que nos viéramos, quería contarme algo. Así que decidí enfrentarme a él de una vez. Quizás era la curiosidad la que me había hecho sentir la necesidad de reaccionar.

Luego, mientras bajaba hacia el portal, recordé mis ridículas andanzas de caballería de unas noches antes, cuando haciendo *footing* me había encontrado con el vecino en las escaleras. Aquella vez no pude dormir, sin una preocupación aparente, y me había puesto a subir y bajar escaleras como una tonta, con la ingenua idea de que así reconciliaría el sueño, presa del agotamiento físico. ¡Qué estúpido parecía todo aquello ahora! Lo recordaba como si fuera una comedia, de una manera despersonalizada, como si aquella mujer poco razonable no fuera yo misma. No podía ser tan tonta, ¿o sí? En realidad, lo confirmaba: la angustia te quita la inteligencia de un tortazo.

Aún no había llegado al portal cuando, horrorizada, escuché cómo la puerta de mi vecino (el borracho inconsciente) se abría. Apresuré el paso para no encontrarme con él, pero comenzó a bajar las escaleras con una rapidez vital y sorprendente. No me daría tiempo, seguro, seguro que no... Aquellos pensamientos eran anticipadamente anticipatorios, valga la redundancia. *Pensamiento intruso*. Sabía lo que iba a pasar: me lo encontraría y tendría que saludar... ¿Se acordaría él de lo que había ocurrido aquella noche? Es mucho mejor no pensar nada en situaciones así. En verdad, es necesario centrarse en correr, porque esos temerosos pensamientos me empujaron a apresurarme más de la cuenta y caer de culo. Me deslicé unos peldaños. Desde el suelo, dolorosa y muy avergonzada por haber gritado antes de tropezar, cerré los

ojos intentando desaparecer y no tener que soportar la situación que iba a ocurrir:

—Buenos días —me dijo él desde las alturas y con cierto tono burlón.

—Buenos días —contesté desde lo más bajo y mirando al suelo.

Me tendió la mano y me levantó, sin apenas esfuerzo. Pude ver una mueca socarrona, luego abrió su buzón del correo y se marchó, no sin antes despedirse y dejarme allí totalmente anonadada.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que decidí salir. Ya iba con retraso, no sería capaz de terminar con todos los recados de aquella mañana. *Pensamiento intruso*. Me peiné un poco y miré mi reflejo en el cristal de la puerta, que me respondió con un gesto burlón, instándome a escapar de allí. Paré en el bar El rincón de los sitios para llevarme un café bien caliente y bien cargado. «Qué bonito nombre para un bar», pensé.

A lo largo de la mañana, en el banco, en las compras para la casa..., no podía dejar de sentirme ridícula, como si llevara una nota escrita en la frente que dijera: «Me he caído de culo en las escaleras y mi vecino el borracho me ha ayudado a levantarme». Creía que la gente me miraba y lo sabía. Totalmente incoherente, lo sé, nadie puede leer tu mente, es algo que todo el mundo entiende. *Pensamiento intruso*. No podía olvidar la asquerosa sonrisa guasona de mi vecino, sus ojos achinados, como si mantenerlos abiertos le supusiera un gran esfuerzo por toda la energía que gastaba en contenerse la risa, su pelo alborotado pero peinado al mismo tiempo, y su mano al levantarme... Su mano... Muy grande y cuidada, brusca y sutil al mismo tiempo, una mano increíblemente tierna; creo que si una mano así me acostara por la noches se me curaría el insomnio, por supuesto, una mano diferente..., quiero decir, una mano como la de mi vecino, pero no la de mi vecino el borracho..., con esa mano se podrían curar todos los males.

Pero sobre todo, me sentía estúpida por sentirme estúpida por esa escena. Me creía obligada a, simplemente, sentir tristeza por la muerte de mamá, y nada más. ¿Cómo podía perder el tiempo sufriendo por sandeces? Había cosas más importantes de las que quejarme. La culpa me decía que no me podía permitir distraer unos instantes el dolor. *Pensamiento intruso*.

—¡Eloísa! ¿Te encuentras bien? —Sin apenas darme cuenta, ensimismada, había terminado con todos los recados y me encontraba en casa de Miguel—. Pareces cansada. ¿Qué te pasa?

—¿Eh?... Nada, nada, tan solo una mala noche. Dime, hermanito, ¿ya has aprendido a preparar café?

—Muy graciosa...

Miguel trajo una taza de café y un trozo de tarta. Al ver el pastel pensé en la dieta que me había propuesto realizar a partir de esa mañana, tras pasar los últimos días realizando, únicamente, tres acciones: llorar, comer y permanecer en posición horizontal. Encogida. Había engordado unos cuantos kilos. Casa nueva, vida recién estrenada, dieta nueva... Eso es lo que dicen. Además... es lo que se hace los lunes, ¿no? Dudaba. Me sentía culpable por fallar en mi primera intención a largo plazo.

—Puedes echarte fresas sobre la nata, las tengo en la nevera.

«Mmm..., adoro las fresas...»

En ese preciso momento me rendía y decidí que al día siguiente comenzaría en serio con la dieta. Pero en serio, en serio... De verdad. Miguel se dispuso a coger la fruta. De nuevo, y me estaba pasando con incómoda frecuencia, me atropelló la imagen de mi vecino. La primera vez que lo vi no me había fijado con detenimiento en sus manos; aunque recordé que, al rodear con su brazo mi cuello, noté que estaban ardiendo, o tal vez las mías estaban heladas. Se podría decir que el contraste quemaba. ¿Cómo había podido arrastrar ese cuerpo tan grande?

—¡Eloísa!, ¡Por Dios! Estás como hipnotizada —me interrumpió de nuevo Miguel—. ¿Qué tal vas con los muebles del piso? ¿Ya has elegido dormitorio?

Estuvimos hablando un buen rato sobre mis compras de esa mañana, con omisión clara y deliberada del tropiezo en las escaleras, hasta que se terminó el café y decidí preguntar:

—Bueno, dime... ¿para qué me pediste que viniera con tanta urgencia?

Miguel, que metía el cuenco de las fresas en el frigorífico, se quedó inmóvil un segundo. Me pareció que su rostro se ensombrecía.

—¿Es que tiene que haber un porqué? Hace mucho que no nos vemos... — Creo que con esa frase intentaba coger fuerzas para seguir hablando. Por alguna razón, se mostraba a la defensiva. Lo miré con gesto inquisidor y

prosiguió—: Marisa está embarazada.

Lo dijo como quien cuenta que se ha roto la cadera, aunque esbozó media sonrisa forzada. Mi hermano siempre había querido tener hijos y supuse que esa tristeza que transmitía al contarlo únicamente eran restos de la reciente muerte de mamá. Me quedé algo desilusionada, llegué a creer que la razón de su llamada estaría relacionada con que ella lo había señalado antes de morir. Aquel gesto para el cual no encontraba explicación posible y en el que no había querido pararme a pensar. *Pensamiento intruso.*

Miguel llevaba casado dos años. Marisa, su mujer, trabajaba en una tienda de ropa. Diseñaba parte de los modelos y los vendía. Era de esa clase de mujeres decididas, apasionadas y tremendamente ambiciosas. De ese grupo al que me gustaría pertenecer. Sí, de esas que se pintan los labios con tonos extravagantes y están satisfechas de lo que son... Bueno, concretando: estudiante de arquitectura, se dio cuenta, tras terminar la carrera, de que lo suyo era dibujar y diseñar, pero no edificios, sino ropa. Dejó de buscar trabajo como arquitecta y consiguió engañar a una amiga de su madre, la cual era propietaria de una pequeña tienda, para trabajar con ella y crear una línea de moda personal. Ahora dirige el negocio y crea su propia ropa; por cierto, de gran éxito en la ciudad. Desde que mi hermano la presentó, a mí... no me da buena espina. Me da miedo que vaya tras el dinero de papá, le ha ayudado mucho con su nuevo proyecto laboral. Además creo que nos trata de forma prepotente a todos. Es como si su seguridad nos aplastara dejándonos pegados al suelo cual chicle de fresa. *Pensamiento intruso.* Sin embargo, Miguel parecía feliz, hasta hoy. ¡Yo sigo creyendo, firmemente, que no le conviene! Nunca he tenido el valor de contar mis sospechas sobre ella. Tragué con dificultad las fresas que aún tenía en la boca y sonreí (fingidamente):

—¡Eso es fantástico! —Silencio al otro lado—. Aunque no creas que voy a estar de canguro noche y día, ¿eh? —bromeé.

Miguel volvió a sonreír con aquella nostálgica sonrisa simplona; así que, intentando crear un contexto adecuado para la confesión, pregunté:

—¿Es que ocurre algo que no me quieras contar? Dime, Miguel... ¿Estás de verdad feliz con el embarazo?

Comprendí por su mirada que se iba a sincerar; sin embargo, la conversación fue oportunamente interrumpida por unas llaves que

intentaban abrir la puerta de casa. Era Marisa, que entró verdaderamente radiante. ¿Sabéis eso que dicen de las embarazadas? ¿Que están más guapas? Marisa lo confirmaba. Con un vestido ajustado y de tirantes, de un color azul muy vivo y un pequeño vuelo final, marcaba un paso seguro con sus tacones de aguja y un bolso a juego. Me embargó una sensación de inferioridad. Me sentía liliputiense. Marisa sonrió y se quitó las gafas de sol mientras se acercaba. Apartó su frondosa, rubia y ondulada cabellera y le dio un beso a mi hermano. Después se dirigió a mí:

—Está claro que Miguel te ha contado la buena noticia. —Se frotó la tripa con movimientos circulares y se sentó sobre una orejera. *¡Pensamiento intruso!*

—Sí, me lo ha contado —respondí con brusquedad, no sé si fue porque sabía que algo raro le estaba haciendo a mi hermano, o porque llevaba un vestido demasiado bonito y me moría de envidia. *Pensamiento intruso.*

—¿Quieres quedarte a comer? Es casi la hora y Miguel ha preparado lasaña. ¡Es espectacular! —me sugirió con extrema amabilidad. Algo admirable, dada mi antipatía.

—No, no, gracias. Tengo que ir a casa, me van a traer algunos de los muebles que he comprado. —Mentira.

Hasta las ocho de la tarde no llegaban los del mobiliario. Pero necesitaba respirar hondo y pensar acerca de todo, y estaba claro que con esa mujer delante no iba a averiguar nada. Además, su colonia me estaba mareando.

—Enhorabuena de nuevo a los dos, espero que me tengáis informada. —«Y, si no, ya me encargaré yo», pensé para mis adentros.

—Qué bien volver a verte, estás muy guapa, Eloísa. Aunque te sentarían bien unos zapatos con más tacón. Pásate por mi tienda si quieres comprarte algo, te haré descuento. —Y se atrevió a realizar un guiño cómplice, como si yo fuera digna de su complicidad. Era una falsa. Marisa no me veía así, como a una igual, sabía que no era tan estupenda como ella... *¡Pensamiento intruso!*

Al amparo del sofá, no podía dejar de pensar en la expresión de Miguel. Algo sucedía y estaba dispuesta a enterarme. Comí una ensalada con trocitos de jamón, queso y manzana, seguramente debido a mi cargo de conciencia por la tarta que había devorado en su casa, y por el *shock* al ver lo radiante que estaba mi cuñada. Y es que tal vez seamos la especie animal menos racional de

este planeta. Cambiamos de criterio más allá de lo que se considera útil.

Me quedé adormilada presa del cansancio y pensando en los zapatos de tacón que nunca me había puesto. En sueños mil emociones me agitaban: ¿creéis que se puede sentir una tristeza profunda por la muerte de un ser querido, al mismo tiempo que envidia por un bonito vestido? ¿Tristeza profunda al mismo tiempo que sentimiento de inferioridad ante una mujer espectacular? ¿Tristeza profunda a la vez que curiosidad? No solo era capaz de sentir todo eso, también me acompañaba una entrañable amiga: la culpa. Me creía una vil malhechora por detener mi atención en sentimientos menores; me sentía culpable por no vivir únicamente en la tristeza. Las mujeres somos capaces de sentir tantas cosas a la vez, todo tiene tantos matices y tantas posibilidades distintas, que es mejor abandonar el intento de entenderlo todo. Pero no, no abandonamos, nos volvemos locas de remate.

Me despertó un sonido alegre, despreocupado. Alguien silbaba fuertemente en las escaleras. Nunca había pensado que se podía desentonar de esa manera mientras se canturrea una canción silbando. Aquello era una sinfonía de gallos, un baile repleto de agudos tonos que danzaban, alternándose con otros extremadamente graves. Dudaba de que aquello fuera una melodía conocida, seguramente se la estaba inventando. Me incorporé en el sofá y se me escapó una pequeña sonrisita al escuchar un nuevo silbido, muy agudo. ¿Tristeza profunda a la vez que una pequeña sonrisita? Perezosa, me levanté y no pude evitar echar un vistazo por la mirilla. Nada. Abrí la puerta despacio y, curiosa, nada... Oí cómo la puerta del vecino de abajo se cerraba. ¿Era el borracho? Me aturdió pensar en la caída de esa mañana, así que para no darle más vueltas me senté en el sofá con una gran taza de café humeante y el libro entre mis manos.

Alona observaba desde la ventana. La curiosidad inicial había dado paso al azoramiento, y ni una sola vez se atrevió a mirar de nuevo a la persona que tenía a su lado, codo con codo. La señora Pody continuaba con su habitual parloteo, cacareando sin cesar y sin sentido, nerviosa. La niña no decía nada y el señor Moret contestaba de forma educada, aunque visiblemente forzado. Anduvieron durante seis horas y el paisaje comenzó a cambiar, se volvió más seco y cálido. El mar Mediterráneo se respiraba en cada brizna de aire. Tras un buen rato de viaje, asomaron varios terrenos repletos de viñas bien ordenadas. Los trabajadores de aquellos parajes saludaban conforme pasaba el carromato. Moret se dispuso a hablar:

—Estos son mis prados, señoritas. Me encargo de la producción de vino, y las personas que trabajan la tierra, lo hacen para mí. A cambio, les proporciono casa y un salario semanal.

Por primera vez en todo el viaje, Alona se atrevió a mirarlo. Y por primera vez en días, tal vez semanas, habló:

—¿Trabajaré para usted? —La mirada fue inquisidora. El señor Moret observó a la muchacha como si estuviera decidiendo su futuro en pocos segundos.

—No de esta manera. Espero. Dependerá de ti, Alona.

Sin comprender del todo, atraída por tanto misterio, volvió a guardar silencio mientras observaba por la ventana, intentando recopilar más datos.

Por fin, el carromato paró delante de una enorme casa, hermosa, blanca y polvorienta. Dominaba una escalera principal que acababa en un extenso descansillo de mármol limitado por gruesas barandillas de piedra. Dos estatuas angelicales guardaban los grandes ventanales que sugerían, entre sus aterciopeladas cortinas granate, un amplio y elegante interior. En lo más alto se podía percibir la existencia de una gran sala. Alona descubrió que aquella habitación no disponía de paredes, tan solo de amplios ventanales. Era como una torre de cristal. La curiosidad volvió a posarse sobre la niña. Nunca había visto algo tan majestuoso.

Desde la mansión, rodeada por viñedos, la vista no alcanzaba a ver más resquicios de civilización que las pequeñas casas que, adivinó la joven, pertenecían a los trabajadores. A un lado serpenteaba un camino estrecho cuyos bordes se delimitaban con alargados pinos y frondosas hierbas, algo descuidadas. Frente a la puerta principal se podía ver un solitario pozo, en cuya base dormía un perro pequeño y viejo. Ante el estruendo del carromato levantó un poco las orejas, agitó la cola cuatro veces, en señal de bienvenida, y siguió durmiendo bajo el bochorno. Lo primero que pensó la niña es que existían muchos rincones donde desaparecer.

Bajaron del carromato y unos sirvientes salieron de la casa para coger el equipaje. Alona fue acompañada a su nueva habitación por un mayordomo viejo, de pelo escaso y canoso. Caminaba encorvado y tan solo era capaz de soportar el peso del llavero. El hombre daba pasitos pequeños, algo atropellados, y le temblaban las manos, que al sujetar las llaves producían un sonido que rompía el silencio de aquella enorme casa. El tintineo advertía de la presencia del viejo. Durante el trayecto, Alona observó que todo posaba pulcramente ordenado y limpio. Decorado con exquisitez, todos los cuadros eran de temática rupestre. Sin fotos familiares ni personales, bien podía ser aquello un museo. Incluso el rostro inexpresivo del viejo mayordomo se solidarizaba con la casa.

Una vez en sus aposentos, Alona cogió un taburete y se acercó a la ventana. Al observar y archivar cada elemento del paraje, nuevas sensaciones dominaron su anterior sentimiento de indiferencia: miedo, curiosidad, recuerdos negros, miedo, curiosidad, recuerdos negros...

A la mañana siguiente, el canto de un gallo la sobresaltó y alejó de su hilo continuo de pensamientos. Se había pasado la noche reordenando sus archivos de recuerdos, por lo que no había dormido nada. Media hora después, la señora Pody la llamó a desayunar.

Bajó enseguida, casi corriendo, buscando al señor Moret y esperando que la sacara de la incertidumbre sobre lo que haría en ese lugar. No lo encontró; pronto aprendería que, cada vez que lo desease, él no estaría, que su presencia era espontánea e impredecible, casi efímera. Algo fuera de su control, que se alejaba de sus anhelos.

Desayunaron leche y pan con queso. Alona no había podido saborear nada desde que ocurrió el accidente, sentía que era la primera vez que degustaba. Mientras terminaba su tazón de leche, una niña morena y de aproximadamente su edad entró en el comedor. Era delgada y se movía con ligereza, parecía flotar. Tenía el pelo negro azabache y unos ojos castaños enormes. Miraba con alegría, como si todo fuera bonito y perfecto. No parecía que en su interior cupieran quejas:

—¡Buenos días! —Nadie contestó—. Mi nombre es Martina, encantada de conoceros. —Tímida y

risueña, esperaba respuesta.

—¡Buenos días, señorita! —contestó por fin la señora Pody—. ¿No vas a darle los buenos días a esta niña tan bonita?

A pesar de aquella pregunta tan directa, Alona no contestó; no le importaba nada aquella chica. Su curiosidad por ella no era suficiente como para vencer la tristeza. ¿Dónde demonios estaba Moret? A pesar de la indiferencia recibida, la recién llegada siguió hablando:

—Yo... bueno... vivo aquí desde hace dos meses. Tú eres nueva, ¿verdad? ¿Conoces ya al señor Moret? Supongo que empezarás a trabajar con nosotros hoy mismo.

Alona seguía sin necesidad de hablar. Volvió la cabeza hacia la ventana sin tan siquiera responder.

—Discúlpala, bonita. —La señora Pody salió de nuevo al rescate—. Aún no ha superado lo del accidente, está traumatizada —esto último lo dijo casi en un susurro—, y debes tener paciencia. Ocurrió una noche en la que...

En el momento en que Alona empezaba a sentirse incómoda, el señor Moret entró en la habitación. ¡La había salvado! Tras dar los buenos días, indicó a las niñas que lo siguieran.

Subieron por las escaleras que partían del vestíbulo y se ramificaban en dos direcciones hacia el primer piso. Imponentes y bellas, parecían guardianas de algo importante. Cruzaron el extenso pasillo y llegaron a una puerta de madera. Estaba cerrada. Moret la abrió con unas viejas y pesadas llaves. La puerta chirrió y ante ellos surgió una estrecha escalera de caracol, tan oscura que tuvieron que encender una vela. Mientras subían, Alona creía no avanzar, cada tramo era idéntico al anterior. Era algo turbulento. Las sombras tintineaban al son de la llama de la vela, danzando con viveza. Todo tenía un aspecto intrigante, tanto que la niña solo podía sentir inquietud. Parecía que su curiosidad estallaría del pecho en cualquier momento, cuando llegaron a una puerta idéntica a la anterior, tal vez un poco más grande. Moret buscó la llave para abrirla y entonces dejó paso a las niñas.

Martina parecía estar acostumbrada a todo y se movía con soltura, mientras Alona se quedó inmóvil. Antes de entrar, miró a Moret fijamente a los ojos, esos tan marrones y claros, con pestañas de avestruz. Él, al verse observado de forma tan directa, se sintió incómodo y nervioso, pero no pudo sino realizar una pequeña mueca alegre con la boca. Se le escapó una tierna mirada, cuando Moret no quería dar esa impresión. No le gustaba que los sentimientos se le escaparan de los ojos. La niña sintió que le quitaba un poco de su secreto, y aprendió que podría conseguir muchos datos acerca de lo que él escondía mirándole fijamente a los ojos y estudiando cada uno de sus gestos. Con la rapidez con que una ladrona escapa del lugar del robo, huyó con la pequeña pista para que no volviera a arrebatársela.

Una luz la cegó al principio. Hasta que sus ojos no se acostumbraron a tanta luminosidad, no pudo ver con claridad la habitación. Era amplia y sin paredes, tan solo limitada por cristaleras que mostraban el exterior sin escrúpulos. Se trataba de la misteriosa sala que observó desde el carronato nada más llegar: la torre de cristal. El paisaje era hermoso, se veía el mar a lo lejos y los viñedos alrededor. La habitación se vestía con numerosos estantes de arrogante tamaño y todos ellos repletos de libros. En el centro había una mesa de madera, igualmente altanera, con tres plumas, tres tinteros y muchos papeles. La niña pensó que nunca lograría saciar toda su curiosidad, porque nunca podría conocer cada una de las páginas de ese lugar. Aquella noche, durmió acunada por la intrigante novedad.

Los días pasaron con la misma rutina: se despertaba con el canto del gallo, desayunaba leche y un trozo de pan con queso y subía con Martina y el señor Moret a la sala de los libros, en la que descubriría maravillosos mundos: geografía, historia, matemáticas, biología... Por las tardes se sentaba en el alféizar de su ventana, preparada para seguir archivando cada elemento del exterior. Aún no sentía la

necesidad de hablar con Martina ni con nadie, pero le reconfortaba una gran sensación de seguridad; ya no estaba sola y contaba con algo por lo que luchar: la curiosidad de aprender y la imperiosa necesidad de demostrar al señor Moret sus capacidades para ello.

Una tarde subió a su habitación, como de costumbre, para sentarse en la ventana. Fue como un estornudo inevitable: el estallido de un nudo que sentía crecer en su garganta desde hacía ya mucho tiempo. No pudo recientemente, pues la tristeza no le había permitido ni siquiera llorar, pero esa tarde Alona se rompió desconsoladamente. Lloró por la muerte de sus padres, por la soledad, por las noches en que no había podido dormir; lloró por estar lejos de casa, de rabia, de miedo ante el futuro y de pura tristeza. Las lágrimas caían a borbotones de sus maravillosos ojos, y su pecho se movía con estrépito para coger bocanadas de aire intentando sobrevivir a la asfixia de la pena. Se desgarraba. Entonces escuchó un ruido, como un pequeño tintineo. Y otro más, y otro... Se asomó y vio a Martina, que lanzaba piedras a su ventana. La niña la miraba desde abajo con ojos tristes. Sin pedir permiso, comenzó a trepar por la valla, a la que se enganchara una preciosa enredadera, hasta llegar a la habitación. Empujó el cristal de la ventana y saltó con agilidad. Una vez dentro, quedó expectante, sin hacer molestas preguntas. Por primera vez, al ver a la niña allí quieta, con ese semblante templado y expresión de complicidad, Alona tuvo ganas de hablar sobre lo que le había pasado: la muerte de sus padres en el incendio, su tristeza, su bloqueo y su soledad...

Ocurrió una noche cualquiera; ella dormía en el piso superior de la casa y sus padres saboreaban esa parte del día en la que podían estar a solas. Abrazados frente a la chimenea, degustaban una pequeña copa de whisky. Dejaron la botella de alcohol sobre una mesita cercana. Hacía frío y avivaron el fuego de la chimenea. Quedaron adormilados bajo el somnífero ruido del fuego quemando la madera. Una sola y estúpida chispa saltó sobre la cortina, que al ser de lino prendió con rapidez. Para cuando pudieron darse cuenta, las llamas habían avanzado, devorando la madera de las paredes. Intentaron apagarlas y la botella de whisky cayó al suelo, empeorando la situación. El humo no les dejaba respirar. Pudieron haber salido de la casa a tiempo; en vez de ello, a rastras, pretendieron llegar hasta Alona, gritando para salvar su vida. Y quedaron en tierra de nadie, entre la vida y la opción de salvar a su hija. La señora Pody dormía cerca de la habitación de la niña, y fue ella quien la salvó del fuego y la despertó del sueño producido por el humo negro.

Martina simplemente la abrazó; no hizo comentarios estúpidos y con un tono de normalidad le hizo la siguiente proposición:

—He encontrado hierbabuena entre unos matorrales. El señor Moret nos contó la semana pasada que su olor es muy agradable y produce un riquísimo sabor. Me gustaría probarlas, quiero comprobarlo por mí misma... Dijo que se utiliza en la elaboración de muchas medicinas. ¡Mañana le enseñaremos nuestro hallazgo y le daremos una gran sorpresa! ¿Quieres venir conmigo a buscarlas?

Era un alivio que Martina no insistiese en el dolor que sentía.

—Claro. —Aquello tenía que ver con Moret.

Alona y Martina bajaron las escaleras y salieron de la casa en silencio. Fuera, un cielo despejado dejaba paso a un horrible calor, ligeramente aliviado por minúsculas gotas de agua mediterránea, que la brisa había encontrado oportuno transportar. Los grillos no dejaban de emitir su característico ruido, y todo el conjunto, aquel natural bullicio, parecía calentar el frío sentido en la habitación.

Se adentraron por un camino rodeado de pinos. Aquel que Alona se había parado a observar cuando, por primera vez, llegó a la mansión. Aquel que estaba rodeado de descuidadas hierbas y que le sugirió la oportunidad de desaparecer. Caminaron hasta que Martina se detuvo para señalarle algo en el suelo. Hierbabuena. Arrancaron unos cuantos tallos y volvieron por el camino charlando e imaginando todo lo que el señor Moret les contaba.

Esa noche, Alona durmió envuelta en un agradable olor.

4

Papá

Por fin tuve fuerzas para salir de mi dolor y enfrentarme al de papá. Había estado con él tres o cuatro veces después de la muerte de mamá; pero en aquellas visitas tan solo era un despojo, incapaz de ayudar a nadie, atrapada en el puro instinto de supervivencia, apurada por sobrevivir yo misma, así de egoísta.

Su majestuosa casa se alzaba ante mí. Lo cierto era que nunca nos había faltado el dinero ni me había preocupado por ello (hasta ahora, que debía conseguirlo sola). Mi padre poseía una próspera empresa de materiales para coches y mi madre había sido una gran cirujana. Además de la casa donde vivían y he vivido toda mi infancia, mis padres adquirieron dos propiedades más. Una de ellas fue el regalo de bodas para mi hermano, un bonito chalet a las afueras (de ahí las sospechas que tengo con Marisa). Y otro fue el regalo por mi veinticinco cumpleaños, cuando terminé la carrera de Biología. Un bonito ático, grande y luminoso, en la ciudad. Recuerdo que mantuve una discusión pocos días antes de que mi madre enfermase. Mi padre me ofreció la documentación del piso envuelta en papel de regalo, y ella ponía una mueca reticente mientras abría el paquete. Creía que era demasiado joven para irme de casa. «No hace falta que te mudes todavía, cariño... Disfruta de nosotros un poco más, aquí estás segura... Espera a encontrar un trabajo... Algo estable, como tu hermano...», dijo. «¡No dejaré que mi pequeña pase hambre, María!», le contestó papá. Incluso ofreció amueblarme el piso sin escatimar gastos, y quiso entregarme una mensualidad hasta que encontrase trabajo, que yo rechacé. Orgullosa, quise demostrar que podía mudarme y encontrar un trabajo antes de que se me acabara el poco dinero guardado en alguna de mis cuentas. Y en ello estaba, comprando muebles económicos y esperando encontrar un trabajo. Sin embargo, Miguel había aceptado desde

joven aprender el oficio de mi padre, y ahora su puesto estaba más que asegurado, en las alturas de la empresa y como futuro heredero del negocio. Pero yo no... Romántica empedernida, había preferido estudiar lo que más me gustaba, sin pensar que algún día necesitaría no solo un orgulloso diploma, sino también un puesto de trabajo...

Crucé el jardín y llamé al timbre. Una versión más triste, apagada y deprimida de mi padre me abrió la puerta. Lo besé y él me invitó a entrar.

—¿Quieres un café, cariño?

—Sí, por favor.

La atmósfera pesaba, silenciosa. Allí estábamos, dos personas que se querían tanto y que aun estando una al lado de la otra se sentían solas... compartiendo el vértigo del vacío que dejaba la ausencia de mi madre.

—Sabes que Marisa está embarazada, ¿verdad? —rompí el hilo de sus tristes pensamientos.

—Sí, cariño. —Observé un pequeño destello de vida en sus ojos.

¿Se puede sentir profunda tristeza a la vez que ilusión? Al parecer, si eres hombre, sí. Muchas veces envidio a los hombres y admiro a las mujeres. Admiro nuestra complejidad emocional y envidio su concreta racionalidad. Y estoy descubriendo más cosas que nos unen... Tal vez hacer un estricto catálogo no sea tan fácil como pensaba.

Mientras tomábamos café, apenas hablamos. Él seguía sumergido en un profundo vacío. Decidí quedarme unos días más. Ahora era capaz de ver más allá; parecía tan atrapado por la soledad como yo. Dos víctimas luchando contra el mismo enemigo y sin enterarse...

Mi padre dijo que se acostaría un rato antes de comer. Pensé en realizar algunas compras y llenar el frigorífico, tan desierto como la casa sin mi madre. A la vuelta, papá seguía acostado, así que le preparé una buena comida. El olor lo despertó:

—¿Qué es lo que huele tan bien? —De nuevo la curiosidad despertando a la acción.

Reflexioné sobre ello. La curiosidad..., algo que apenas es percibido habitualmente pero que contiene un poder inmenso de arrastre. Pocos días antes, no podía ni levantarme de la cama. Hasta que Miguel llamó, y creí que por fin hablaríamos sobre cómo murió mamá, sobre cómo lo señaló. Fue mi

curiosidad la que consiguió que moviera el culo del sofá. Fue la curiosidad de Alona por el secreto que escondía Moret la que le hizo hablar por primera vez tras su accidente... Fue la curiosidad de mi padre por el olor a pollo asado con patatas panaderas la que lo levantó de la cama...

Me atrevería a pensar que la curiosidad es una de las habilidades más útiles de nuestras capacidades intelectuales. Es como un pescador, en apariencia pausado, engañosamente inofensivo, que lanza su caña de pescar. Y tú eres un pez, inmerso en el agua, que muerde el anzuelo. Ya no tienes ninguna oportunidad. Por más que luches, la curiosidad te enganchará con su arpón, pinchándote con fiereza, rasgándote; te arrastrará con brutalidad, te sacará del agua y te hará descubrir otro mundo por completo diferente. Puede que para bien o para mal, pero inevitable. Un arma muy poderosa. Algo que se debería entrenar más que los bíceps en el gimnasio, e incluso más que la memoria en el colegio. Hace crecer a las personas.

Tras un mes junto a Moret, Alona no había conseguido descubrir ese secreto que escondía, pero había podido cifrar todos sus gestos y los catalogaba con la precisión de una enciclopedia. Tras ellos se escondía absolutamente todo lo que no quería mostrar, absolutamente todo lo que Alona quería cazar.

Cada mañana él se enfrascaba en sus lecciones, como si de ello dependiera todo el universo. Era tierno y atento, cuidadoso con las niñas. Día a día, Alona estaba aprendiendo lo que era la vida: un sinfín de intrigas. Quería, pero no podía ser conocedora de todos los campos, no se acababan. Escuchaba, atenta, las palabras de Moret que amueblaban su interior. Poco a poco, él la creaba.

Sin embargo, aquella mañana estaba especialmente aturdido. No empleó todas sus energías en ellas; había algo que le robaba la atención. Ordenó que leyeran un documento sobre anatomía, y después se quedó en silencio dando vueltas y vueltas a algo que estaba construyendo. Como atenta cazadora, Alona no podía en ese momento prestar interés a su lectura, procuraba pasar la hoja a la vez que lo hacía Martina, pero en realidad solo podía observar a Moret. Se agazapó tras el libro, no hizo ruidos que la delataran y observó en la máxima quietud a su presa. Se retiró el pelo de la cara y levantó las orejas. Olfateó en busca de más información. Sabía que Moret estaba pensando en el secreto que tanto guardaba.

A la hora del almuerzo, la curiosidad le había robado el apetito; así que, tras disculparse con la señora Pody y fingir indisposición, la joven subió a su estancia sin probar bocado.

Se sentó en el alféizar, con el objetivo de quedarse allí, apoyada sobre sus brazos, ideando estrategias y archivando información sobre el misterio que tanto la obsesionaba. El sol golpeaba con más fuerza de lo normal. Fue entonces cuando vio al señor Moret dirigirse hacia el estrecho sendero donde, junto a su amiga, había estado recogiendo hierbabuena días antes. Alona no lo dudó ni un segundo; bajó corriendo las escaleras y lo siguió por aquel camino a una distancia prudente. ¡Cuánto le apetecía correr a su lado, coger su mano y preguntárselo! «¿Qué es lo que escondes...?» Pero sabía que esa no era manera de llegar a él, no le contaría su secreto si se convertía en alguien molesto, la despacharía sin dudar. Debía ser cauta y enseñarle que su curiosidad iba más allá del morbo. Era curiosidad por él, por cada detalle de su interior. Lo admiraba profundamente.

El señor Moret caminaba con paso decidido, con la seguridad de alguien que realiza el mismo trayecto un millón de veces. Llevaban aproximadamente veinte minutos andando, cuando miró hacia atrás, como cerciorándose de que nadie lo seguía. Alona supo reaccionar a tiempo y se escondió detrás de unos arbustos. ¿La había visto? Moret no daba indicios de ello en su comportamiento, bajó por unas escaleritas de piedra y cruzó un puente. Rodeados de humedad, el agua se abría paso entre la roca y la maraña de hierbas de un modo casi imposible, demostrando su fuerza. Caía en forma de pequeñas cascadas que acababan formando parte de un río cristalino pero ya viejo, condenado a morir una y otra vez en el mar.

Al final llegaron a una verde explanada. Alona no pudo cruzarla por miedo a ser vista, pues ya no disfrutaba de la protección de los pinos y arbustos, y se limitó a seguirlo con la mirada. Moret se sentó en el borde de un inmenso acantilado cuyos muros protegían del mar. La niña observó, helada, cómo cogía impulso y con un ligero gesto saltaba al vacío. ¿Cómo? ¿Había desaparecido? Contuvo la respiración y corrió hacia allí, tan rápido que las piernas se rezagaban. Movía los brazos intentando correr más que el tiempo. Cuando llegó, él ya no estaba, sus latidos galopaban como un caballo desbocado, produciéndole un dolor palpitante en el pecho y la garganta. Miró hacia abajo, hacia las piedras afiladas. Nada. Ni siquiera un cuerpo flotando en el agua. Se quedó de pie en el borde del barranco, llorando por un hombre al que apenas conocía. Se imaginó la vida sin la incertidumbre que él había provocado en ella. Sin la curiosidad que le despertaba por las mañanas. Y entonces quiso saltar ella también, pero se acordó de todo lo que le había enseñado. De todo lo que era ahora y no había sido nunca: de Martina, de la señora Pody y del mayordomo. Del imperio que el señor Moret había construido. Se acordó de la casa, los viñedos, las personas que trabajaban para él. En todo eso vivía Moret, y su presencia, llena de serenidad, misterio y elegancia, nunca la dejaría en paz. ¿Por qué suicidarse? Incluso muerto, despertaba su curiosidad.

No sabía cuánto tiempo había pasado sentada y llorando sola en el bosque. Le daba igual, el universo se había parado. De camino hacia la gran mansión por el estrecho camino, ya de noche, la luna llena apenas conseguía iluminar nada. Se retiró el pelo del rostro y se frotó los ojos, le dolían de tanto llorar. Vio a la señora Pody salir corriendo de la casa:

—Querida, ¿dónde demonios has estado? Estábamos muy preocupados por ti. Espera... ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Alona volvió a derrumbarse. No volvería a abrir los ojos nunca más; quería entrar en un sueño profundo, inconsciente y para siempre. Sin Moret, solo existía un vacío imposible de llenar. ¿Quién la iba a educar? ¿Quién le enseñaría el mundo? ¿A quién mostraría sus avances? ¿Para qué iba a crecer? Entonces, un conocido escalofrío le recorrió la espalda, y ambos se miraron: el señor Moret la observaba desde las escaleras de la casa, con una mirada difícil de describir y sin decir nada. Alona quedó sin respiración, incrédula. No duró mucho, enseguida se vio arrastrada por el alivio y la felicidad.

La incertidumbre y la curiosidad volvían incluso con más fuerza. Él había saltado por el acantilado, pero no había muerto. ¿Cómo podía ser?

Las dudas y preguntas cabalgaban a mi alrededor. ¿Quién era el autor de aquel libro? ¿Era una novela? ¿Tal vez un diario? ¿Por qué estaba escrito a mano? ¿Se trataba de una historia real o de ficción? ¿En qué época se ambientaba? ¿Por qué lo leía mi madre con tanto ímpetu? Para responder a mi alboroto, mi razón me dio un dato; recordé algo que había leído en aquel texto y que podía darme alguna pista:

Bajó las escaleras y buscó con la mirada a Moret. Nada.

La señora Pody llegó después con las escasas maletas en la mano. La noche del incendio habían perdido casi todas las pertenencias, incluida la ropa.

—Mi niña, nos esperan en el carronato.

Alona escuchó palpar un segundo el corazón y salió. No sentía pena por abandonar aquella casa, dentro ya no había nada que le resultase familiar.

«¿Carronato?» No utilizaba el término «coche». Busqué información en internet: los llamados carronatos, tirados por caballos, se inventaron hacia el siglo XVI, y el primer vehículo propulsado a vapor apareció en 1769. No me dejaba un margen muy estrecho, aunque estaba claro que no databa del siglo XX. Ese nuevo dato me ubicaba un poco más.

En compañía de mi padre, los días pasaron con ligereza. Repetíamos básicamente la misma cómoda rutina. Mi momento favorito llegaba por las noches, cuando tras cenar nos sentábamos en el sofá a ver una película. Me tumbaba sobre su regazo y él me acariciaba el pelo, durante el instante que aguantaba despierto. Como cuando era una niña. Yo aprovechaba cada momento libre para leer. El resto del tiempo salíamos a pasear, preparábamos succulentos platos o manteníamos ligeras charlas frente al televisor. Evitábamos hablar de mi madre y de su muerte pero mi paciencia duró poco: quería respuestas, la curiosidad me dolía ya, tiraba del anzuelo rasgándome por dentro; así que un día, durante nuestro paseo matinal, le pregunté:

—Dime, ¿qué explicación te dieron los médicos sobre la muerte de mamá? ¿Cuál fue exactamente la causa?

Mi padre tomó aire y respiró hondo, como echando a la impaciencia.

—No llegaron a saber, hija... El resultado de la autopsia confirmó un paro cardíaco. Supongo que estas cosas ocurren. Simplemente el corazón deja de latir. —Volvió a respirar profundamente, como cogiendo paciencia.

—Pero ¿no viste cómo se llevaba las manos al pecho? ¿Intentando respirar? —Me reboté ante su actitud derrotista—. ¡Mamá estaba recuperándose! ¡Le iban a dar el alta ese mismo día! ¿Cómo pudieron equivocarse tanto?

Poniendo el brazo sobre mi hombro, en un intento de acogerme y calmarme, dijo:

—Hija, tu madre siempre ha vivido en los límites: en los límites del estrés, del trabajo, del perfeccionismo y la ansiedad. Una gran mujer que lo quiso hacer todo, y todo bien, y a quien simplemente se le agotó la energía. La gastó de manera brusca, se acabó...

No quise rebatir. ¿Para qué aturullarlo y llevarlo al lado oscuro de la duda? Él guardaba un gran recuerdo de mamá y parecía aceptar cómo murió. Opté por cambiar de tema con sutileza:

—Antes de que muriese, alguien fue a visitarla. Un hombre de más o menos vuestra edad. Yo no lo había visto antes.

—¿Qué...? ¿Dices que fueron a visitarla? —Reflexionó un segundo—. Aquel día salí a buscar un café, a la vuelta me interrumpió la enfermera... Y... no, no recuerdo a nadie que visitase a tu madre.

Guardamos silencio durante tres o cuatro segundos más. Sé que me había propuesto no atormentar a papá, pero aquella inconclusa respuesta me había dejado preocupada. Así que, de nuevo, la curiosidad movió mis labios como si fueran una marioneta. Escupí la pregunta que me rondaba hacía tiempo:

—Papá, no sé muy bien cómo decirte... En fin... me pareció que mamá señalaba con el dedo a Miguel antes de caer desplomada. ¿Por qué crees que haría eso?

—¿Cómo? —Quedó estupefacto—. Hija, eso no fue más que un espasmo muscular, un último adiós, su última energía nos la dedicó a nosotros. Tu madre era muy resistente en vida... ¿Por qué no iba a serlo en las puertas de la muerte? Se despidió. Tienes que aceptarlo. No busques nada extraño en ello. No señalaba a nadie, eso fue una percepción tuya, nada más. La explicación que tú quisiste darle y que precisabas.

—Pero...

No me dejó terminar.

—Mira, te voy a dar una cosa. Creo que tú lo necesitas más que yo. —Sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y de ella un pequeño objeto que me entregó mientras decía—: Toma, Eloísa. Esto era lo que tenía tu madre en la mano cuando murió. Lo guardé porque era lo último que había agarrado con firmeza, como recuerdo de su fuerza. —Se trataba de un pequeño botón.

Y entonces fue cuando recordé la imagen con una claridad sorprendente, acompañada de un sofocante escalofrío: aquel misterioso visitante,

intentando abrocharse sin éxito el cuello de la camisa. ¿Le habría arrancado mi madre el botón? No quise azorar más a mi padre y lo guardé en un bolsillo.

Alona se había pasado toda la noche dándole vueltas a la cabeza. Repasando con detalle cada momento: había seguido al señor Moret hasta la explanada y, escondida entre los arbustos, había visto con toda claridad cómo él se sentaba al borde del acantilado y saltaba. Cuando ella llegó, el agua golpeaba, enfurecida, contra la roca, creando espuma. Era un mar colérico sin escapatoria. ¿Cómo había podido sobrevivir a aquello?

Toc, toc. La señora Pody golpeó la puerta, interrumpiendo así sus ideas.

—Alona, es hora de bajar.

Ella se apresuró y desayunó junto a Martina, con quien ya había entablado una gran amistad. Le resultaba deliciosamente risueña, era muy cómodo estar junto a ella. Como si el peso de la tristeza y de los recuerdos negros se aligerara. Como si los bucles sin principio ni final encontrasen la puerta de salida. Como si los nudos se desatasen cuando Martina se hallaba cerca. Era de sonrisa fácil, se reía de todo, incluso de los comentarios que Alona pretendía que fueran serios. Lo hacía sin faltar, de manera comprensiva, mirando el lado irónico, gracioso o, simplemente, liviano de las cosas. En el momento vital en que se encontraba Alona, era la mejor compañía posible. Ambas terminaron de desayunar y esperaron a que el señor Moret las llevara a la sala de estudio. Ese día los acontecimientos cambiaron:

—Hoy practicaremos algo un tanto diferente: modales —les aclaró—. Toda persona culta que se precie debe mostrar educación en la mesa.

Los tres se sentaron en el comedor.

«¡Qué gran éxito!», pensó Alona. Nunca compartían mesa con el señor Moret, ni siquiera comían en la misma sala o a la misma hora. Por ello, estar ahora tan cerca la gratificaba de manera absoluta. Avanzaría un paso más, subiría un escalón para llegar hasta su altura. Sentada a su lado, respiró hondo y cerró los ojos, intentando aspirar aquel momento, impregnarse de su alrededor y de los conocimientos que pudiera adquirir. Era como una esponja que absorbía cada pequeña información y la archivaba según fuera negro como su pupila o azul como su iris. Cada palabra que Moret decía era de un radiante azul. Al inspirar, su delicioso olor varonil la envolvió y su pecho se expandió de tal manera que sus brazos rozaron suavemente los de él. Entonces, el hombre la miró, sin dejar de lado el discurso que estaba ofreciendo. Alona atrapó en ese mismo instante el pensamiento que, entre parpadeo y parpadeo, se hallaba escrito en sus ojos. Le incomodaba que la niña lo hubiese rozado de aquella manera tan cercana...

Practicaron modales durante varios días: los diferentes cubiertos y sus usos, las conversaciones permitidas sobre la mesa, la postura corporal, las diferencias culturales... Alona aprendía con rapidez. Bombardeaba la estancia con sus preguntas y permanecía atenta a las respuestas, ya que esperaba robar, con cada forma de contestarlas, algo más del secreto que él estaba empeñado en guardar. Cada día realizaban una pequeña puesta en escena, en la que el mayordomo Luis les sacaba los cubiertos, vasos y fingía servirles. Eso sí, Alona y Martina seguían sin compartir las verdaderas comidas con el señor Moret; hasta que por fin, pasada una semana, les dijo:

—¡Estáis listas! A partir de ahora me acompañaréis en las comidas, os habéis formado lo suficiente como para ser una grata compañía. No es algo para tomárselo a la ligera. Es lo que la sociedad espera de dos señoritas como vosotras. Debéis saber que en el momento en que cometáis errores comiendo en mi compañía, dejaréis de hacerlo.

Aquella era la primera vez que Alona escuchaba algo parecido a un elogio de su boca. Si bien había podido raptar algún pensamiento tierno, cariñoso y alegre en su mirada, nunca le dedicaba

palabras cariñosas, y la niña se acostaba cada noche con las mismas dudas en su cabecita: ¿ese pestañeo contenía ternura? ¿Esa inspiración era orgullo por nuestros avances? Cuando arquea las cejas, ¿se siente sorprendido por mi persona? ¿O acaso todo es fruto de mi imaginación?

Mariposeando de ilusión, quiso compartirlo con Martina, así que introdujo el tema en un instante en que estuvieron a solas:

—¿Qué te parece que vayamos a comer junto al señor Moret?

—Realmente, una desgracia —le contestó su amiga con cara lánguida. Solo con pensarlo se aburría.

—¿No crees que nos haya premiado?

—Premiado, ¿por qué?

—No sé, por avanzar... por aprender...

—Bueno, puede que él lo vea así. ¿Tú también?

—Sí, para mí es como si fuéramos más dignas. ¡Como si nos dejara estar más cerca!

—¿«Más dignas»? —acompañó la frase con una carcajada. Alona frunció el ceño, ¿es que Martina no entendía nada?—. No te enfades... —La joven ya había dejado de hacerlo—. Es solo que ahora ya no podremos comer tranquilas, hablar de nuestras cosas y reír... Deberemos estar tiesas como jirafas durante toda una hora, aguantando sus charlas.

La joven se sorprendió ante aquella respuesta, creía que el señor Moret causaba el mismo efecto sobre todas las personas. ¿Cómo nadie iba a resistirse a su misterio?

—A mí me produce gran curiosidad... ¿No te parece que esconde algo? —preguntó.

—¿Y qué crees que es? ¿Un gran secreto? —Martina volvió a reír.

Alona se sentía absurda, no sabía por dónde empezar. No tenía pruebas más allá de lo que sentía. Su amiga continuó:

—Ay, amiga, tu imaginación es infinita. El señor Moret es transparente como el agua. Tan solo piensa en sus viñedos, sus trabajadores y en esas charlas que nos da. Sí, especialmente en esas lecciones de cada mañana. Está tan absorto en ello... ¿Qué secreto iba a guardar?

No se dignó contestar... Le hizo sentir como una niña tonta, cuando en realidad sabía que tenía razón. Era tal su orgullo, que a veces la cegaba. No podía creer cómo a Martina se le podían escapar esos segundos en los que él dejaba ver su interior y su secreto. No entendía por qué le resultaba aburrido, si para Alona cada palabra que Moret decía era un deleite para la mente, algo que recordar y analizar, un material sobre el cual hacer conjeturas..., llegar a la verdad.

Alona no se atrevió a plantearle la siguiente pregunta: ¿Qué sientes por el señor Moret? No estaba dispuesta a hacerla, porque temía que aquella cuestión se volviera en su contra y su amiga le preguntase: ¿Qué sientes tú? No sabía la respuesta. Nunca antes se había parado a pensar en ello con detalle. ¿Es que ahora era su cuidador? ¿Era su jefe? ¿Su referente? ¿Educador? ¿Su curiosidad? ¿Su modelo? ¿Era como un padre en funciones? ¿Como un hermano? ¿Debía sentir cariño? Eran las primeras preguntas para las que no quería conocer respuesta.

Tras una semana fuera, decidí que debía volver a casa. Mi padre se había comprado un perrito, y eso lo empujaba a sonreír y a salir con más frecuencia. También contratamos a una mujer para que le ayudase con las tareas de la casa. Las heridas parecían estar cerrándose, aunque la cicatriz quedaría para siempre.

Antes de marcharme, quise despedirme de cierta parte de la casa: el

estudio de mi madre. Cuando entré en él, era el atardecer, el sol caía pero sus rayos de luz conseguían filtrarse por la ventana. Respiré hondo y cerré los ojos; nadie había entrado en esa habitación desde hacía semanas y aún se podían oler pequeñas partículas de aroma que recordaban a mamá. Su presencia se mantenía allí. Era una gran mujer. Me senté a su escritorio. Sobre la mesa, encontré un conocido libro de cirugía, que había utilizado muchas veces para dar charlas en congresos y a estudiantes de medicina. Lo llevaba a todas partes. El libro se veía desgastado y lleno de papeles con anotaciones y comentarios. Los leí, saboreando los detalles. Cuando parecía imposible sentirla, yo lo hacía, las palabras escritas con su caligrafía me acercaban a ella. Entre sus anotaciones, resaltaba un sobre de color rojo, en que había escrito, con tinta negra y una letra desconocida: «Para María». Abrí el sobre y saqué el folio que había dentro:

Querida María:

Haces que la cirugía parezca una magia controlada por el hombre. Tus conocimientos son tan novedosos que abren mi alma en mil trocitos deseosos de saber más. Asisto a cada clase tuya con entusiasmo. Tienes una gran mente y no temes compartirla. Eres una mujer admirable.

C. M.

¿«C. M.»? Así, de buenas a primeras, no me vino nadie a la cabeza que pudiese encajar con aquellas iniciales.

Me sorprendió la forma en que se dirigía a mi madre, con cierta cercanía, pero a su vez manteniendo las distancias; estaba claro que no la conocía de manera íntima. Sus palabras denotaban que ella le fascinaba. Pensé que se trataba de algún alumno entusiasmado, aunque me desconcertaba aquel porte al escribir y la forma en que la nombraba. La letra era temblorosa y el trazo parecía estar escrito con pluma y tinta. Como si el autor fuera una persona mayor. El papel era grueso y caro, de buena calidad. Decidí quedarme aquella carta, además de llevarme su portátil, por si había allí algún dato que arrojara luz sobre mis dudas, sobre las extrañas circunstancias de su muerte y... sobre Miguel.

Aprendiendo

Los primeros meses de independencia los pasé en realidad recogiendo muebles, comprando los utensilios necesarios para la casa y descubriendo que todo era agotador. Cada día me olvidaba de algo importante, de esos detalles que pasan desapercibidos y de los que nunca debí preocuparme porque normalmente se ocupaban mis padres.

El lunes descubrí el mundo infinito de los eternos modelos de bombillas. ¿Quién te ha explicado alguna vez la cantidad de gamas y sutiles diferencias que hay, a riesgo de volverte loca de remate? El martes comprendí que es imposible abrir cierto tipo de bote de tomate sin abrelatas. El miércoles se me rompió un vaso y me di cuenta de que no tenía recogedor. El jueves, tras sentarme en la taza del baño, se me había acabado el papel higiénico. ¿Con qué sufrida frecuencia hay que comprarlo? Y el viernes descubrí que me faltaba compañía para el fin de semana. Así que llamé a mi amiga Bárbara:

—¿Sigues viva? —preguntó nada más descolgar el teléfono.

Bárbara y yo siempre habíamos mantenido una relación muy estrecha; sin embargo, aquellos meses nos habíamos distanciado. Ella había insistido con propuestas, llamadas y mensajes de apoyo, pero la pena me había obligado a rechazar todo aquello, hasta desistir en su intento. Normal: no le había aceptado su ayuda y ahora me disculpaba:

—Lo siento... He estado ocupada con la casa y todo el tema de mi madre..., en fin..., no lo he llevado demasiado bien. Lo siento de verdad, no estaba para nadie.

—Lo entiendo, no te preocupes. Tampoco quería insistir más de la cuenta. Deberías saber que estoy aquí para lo que quieras.

—Lo sé, y lo lamento. Ya sabes que aprecio mucho nuestra amistad. Ahora me encuentro algo mejor. Dime, ¿qué tal te ha ido la semana? —

Cambié de tema intentando mostrar el interés que sentía por ella.

Cotilleamos al menos durante quince minutos. Volví a omitir, consciente y deliberadamente, mi accidente con el vecino en las escaleras. Dios, ¡qué ridículo más poco útil! *Pensamiento intruso*. Entonces, se me ocurrió una idea:

—He pensado que ahora que por fin tengo la casa más o menos apañada, podríamos cenar aquí y salir después un rato. ¿Qué te parece?

—Es un buen plan; aunque lo siento, querida, ya he quedado con Manuel. Estos días han sido de locos en el curro, y apenas he conseguido estar con él.

—No pasa nada —mentí porque de nuevo me enfrentaría a mi enemiga: la soledad.

¡Pensamiento intruso! Nada más colgar, una fuerte presión, de nombre Angustia, estrechó mi garganta. No me quedaban ganas de llamar al resto de la panda. Así que me quedé en el sofá pasando de un canal a otro, mirando el reloj y esperando una hora razonable para empezar a cenar. Llamé por teléfono y encargué mi cena, pues no tenía ganas de cocinar. Bueno, en realidad me apetecía algo sabroso y con mucho queso. Algo extremadamente calórico que llenara el vértigo de mi estómago. Acabé devorando una gigantesca pizza, sugerida para dos personas, yo sola, como si echara de menos otro comensal. *Pensamiento intruso*. Cuando me siento vacía, me gusta comer, y es un problema, porque creo que cuanto más coma más gorda me pondré, menos me querré y más sola estaré. Aunque sé que es algo verdaderamente estúpido, no puedo dejar de pensarlo. ¡Qué poco coherentes somos las personas, que aunque reconozcamos un pensamiento estúpido, seguimos dejando que nos envuelva y que dirija nuestra conducta! Y esta se traduce en chorradas, como alimentarte contando calorías por una culpa sumamente inútil y estúpida.

No podía evitar sentirme cada vez más sola... Mi corazón latía arrítmicamente y tenía un malestar en el pecho. Ansiedad. ¡Qué poco capaces somos las personas de luchar! Aunque identifiquemos la ansiedad, dejamos que pase hasta lo más profundo de nuestra alma para dejarnos pudrir por dentro... ¡y por fuera! En definitiva: qué poco somos las personas...

Esta vez me dispuse a ganar la batalla. No podía repetir mis errores, dejarme arrebatado, pasar la noche sin dormir, envuelta en la oscuridad de la

habitación, fingiendo estar bien mientras el corazón me dolía por culpa de un pensamiento, algo inconsciente que se traduciría en insomnio, un pequeño picor en el brazo, un dolor de tripa, una jaqueca o algo mucho peor si duraba. Algo que se apoderaba de mí: la soledad. Debía acostumbrarme a ella. Debía quererme tanto que me gustara estar conmigo a solas. Mientras todos estos pensamientos me embargaban, pasaba los canales de la tele sin emoción. Puro espasmo muscular involuntario del pulgar... y en un momento de lúcida serenidad decidí pasármelo bien disfrutando de mi propia compañía.

Me puse esos pantalones que todos guardamos en el armario, los que poseen el equilibrio perfecto entre la comodidad de un chándal y la elegancia de una prenda de noche. Son los pantalones con los que mejor me veo. Me até una alegre coleta y me pinté un poco los ojos. Esta noche me pongo bonita para mí. Me costó mucho decidirme con los zapatos, no me gustaba ninguno. Existen esos días en los que una mujer no sabe qué ponerse, esos días que revuelves tu armario y no encuentras nada. Puede que no sea una mera indecisión: no consigues que te guste nada porque no te gustas nada. Nos criticamos de modo cruel, destrozando nuestra imagen, derrumbando la autoestima. Somos muy capaces de enterrar estos pensamientos tan profundos y somatizarlos de manera que solo se observe una mera indecisión con la ropa. Algo que parece verdaderamente imbécil. ¡Y lo es! Si no quiero explotar un día al despertar, tendré que quererme mucho y, por lo tanto, querer mucho mi ropa. Tras decidirme por unas simpáticas sandalias, me propuse comprar mis primeros zapatos de tacón al día siguiente, para pisar con paso firme y confiado desde las alturas.

Me animé a escapar del agujero vertiginoso del sofá. No dejé que me engullera y pensé en salir a pasear. ¡No solo eso!, pues decidí deleitarme haciendo en cada momento lo que deseara. Sí, lo que me viniera en gana. Así iba a batallar contra mi asquerosa forma de razonar y crucificarme, contra mi capacidad de autodestrucción. Saldría sin preocuparme por nadie más, sin contar con otra opinión que no fuera la mía, sin tener que planificar en función de los intereses de otros, sin desear aparentar ser alguien que no era..., siendo yo misma sincera conmigo misma. No permitiría ningún tipo de censura por parte de mi parloteo mental.

Sé que mucha gente piensa que ir al cine sin pareja es muy triste; los

demás creerán que te encuentras solo, que nadie te quiere. Pueden etiquetarte como «indigno para el amor». Admito que yo también me he parado a pensarlo. Pero es una imbecilidad y, por primera vez, tras detectarla soy capaz de obrar en consecuencia. De ser un poquito más inteligente. Porque si identificas una imbecilidad y, a pesar de ello, actúas como dicta, te vuelves imbécil del todo. Es pura lógica. Y volviendo al tema, ¿por qué escondemos tanto la soledad? ¿Si tanto miedo le tenemos, por qué no gritamos a los cuatro vientos que nos encontramos solos? Seguro que así algún habitante de este planeta nos escucha y acude a saludarnos.

Se me antojó ir al cine y ver esa película que tanto llamaba mi atención pero que nadie de mi círculo de amistades hubiera querido ver. No importaba, era libre de preocuparme por los demás, estaba sola. *Pensamiento intruso*. Me sentí mejor con un bol de palomitas recubiertas de mantequilla y un refresco con pajita. Tan solo quedaban cinco minutos para que comenzara la sesión. Cuatro minutos, tres minutos, dos minutos, un minuto... Se apagaron las luces y una sensación de orgullo me llenó los pulmones de aire y venció la presión que sentía en la garganta, como quien descorcha una botella de champán. Cerré los ojos para saborear mejor el momento, y al abrirlos descubrí al acomodador ayudando a una persona en la fila de delante... ¿Pero...? Con una sacudida me escondí detrás de mis palomitas. ¡No podía ser! Era él... ¡Mi vecino el borracho con esas manos tan..., quiero decir, el borracho! Al rato descubrí que no podía ver la pantalla si mantenía las palomitas delante de mi rostro, así que tras los anuncios bajé despacio el bol como quien se quita un chaleco antibalas cuando le apuntan con una pistola. No exagero, la situación se asemejaba. ¿Se acordaría de mi caída? ¡Qué chorrada! Pues claro que se acordaba; de hecho, seguro que cada noche antes de acostarse le venía a la mente y se partía de risa recordando aquello. *Pensamiento intruso*. Inmediatamente corregí aquella idea. ¿Qué incoherente razón me empujaba a pensar algo tan estúpido? De verdad, como si las personas que me rodean no tuvieran nada mejor que hacer que pensar en mis caídas.

Veía la película, lo miraba, veía la película, lo miraba... Era curioso. Imaginé que alguien le acompañaría, pero no era así. Estaba solo. Recordé sin mucho esfuerzo la noche en que lo encontré borracho. Puede que él también

se sienta vacío por dentro, que tampoco pueda dormir. Había llegado tarde y apresurado, así que era probable que hubiese decidido en el último instante entrar en el cine. ¡Sí!, seguro que, como yo, quería romper con la monotonía y las equivocadas creencias y había decidido ir al cine sin pareja, igual que antes había decidido darle a la botella... Personalmente, veía mejor opción la del cine. No pude evitar sentirme conectada al borracho. La palabra correcta sería «empatía».

Al terminar la película, procuré apresurarme para no encontrarme con él. Por muy orgullosa que me sintiera, no quería que me viera sola. Se conoce que aún me quedaba un residuo de estupidez. *Pensamiento intruso*. Una vez fuera, me sentí mucho más relajada. Estaba segura de dormir como un angelito; me encontraría cómoda conmigo misma, a solas, toda la noche.

—¡Espera! —Era él—. ¿Vas para casa?

Asentí, sorprendida. Pero al instante, recordé con cierto rubor mi accidente en las escaleras y quise salir volando. Caminaba a mi lado y no parecía molestarle el profundo silencio que pesaba sobre nosotros, como el mármol. Buscaba algo en común para entablar una conversación. Aunque dados nuestros antecedentes...

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

No sé cómo no se me había ocurrido antes esta pregunta tan básica. No podía llamarle «mi vecino el borracho» para siempre.

—Lucas, ¿y tú?

—Eloísa.

—¿Eloísa? Vaya... —repitió con cierto asombro.

No estaba segura de su tono. No sabía si lo decía porque mi nombre le había encantado o porque lo odiaba con todas sus fuerzas. Decidí cambiar el giro de la conversación:

—¿Te ha gustado la película?

Se le iluminaron los ojos.

—¡Ha sido genial! ¡Realmente espectacular! La última batalla, ¡épica! Peter era un señor elegante y eso gusta mucho a las chicas —me guiñó un ojo—; pero claro, por mucha mujer que tuviese a su alcance, yo creo que quería a Susan, aunque en la próxima que hagan, fijo que está con otra chica. —Y se rio.

Comprendí que admiraba al protagonista y que hablaba de la película como si tuviera cinco años. Imaginé que durante el mes siguiente, Lucas se pasaría los días con complejo de superagente, intentando ligar y salvar a la chica. Hablaba de la película sin apenas poder coger aire, hasta que me devolvió la temida pregunta:

—¿A ti te ha gustado?

—Mmm... ¡Sí! —titubeé y mentí—. Esto..., los efectos especiales han sido brutales.

No sonaba sincera en absoluto. Nunca me he sentido segura ni para decir la verdad ni para mentir. En realidad, nunca me he sentido segura para nada. ¿Me habría pillado? Quedó en silencio un segundo, en el que temí que me fuera a soltar una bordería; pensé que había podido herir su orgullo, dado que a él le había gustado tanto, ¡tantísimo!, la película... Sin embargo, sonrió y prosiguió con su extasiada crítica.

Empecé a sentirme desesperada ante aquel discurso tan infantil, lineal y plano. Entonces lo recordé: en realidad era un hombre abrumado por la soledad, como yo. Un alma que no había aprendido a quererse y que tenía miedo de estar solo en el mundo. Seguramente buscaba un modelo en el personaje, un modelo con éxito y mujeres. Alguien que nunca estuviese desguarnecido. En su aparente simpleza se escondía un hombre profundo que intentaba controlar sus pensamientos, que lo agredían destrozándolo por dentro y lo volvían vulnerable...

—Suelo venir al cine solo cada vez que puedo —dijo.

—¿Cómo?

—Sí, no me gusta ir acompañado, es una lata decidir la película entre dos. Y ya no te cuento tener que aguantar el ruido de la bolsa de plástico de tu acompañante, o sus comentarios mientras estás viendo la película.

Me quedé helada. Así que Lucas no era un alma en pena... ¡Prefería estar solo! Un proceso que para mí había supuesto un avance importante, para él era un hábito. ¿Era un hábito aprendido igual que yo lo intentaba? Incluso me pregunté: ¿Hay gente que nace aprendida? ¿Existen personas capaces de quererse tanto a sí mismas de manera innata? ¿Libres de esos pensamientos que te atacan cuando más vulnerable eres, cuando estás sola; libres de la ansiedad; inmunes a la depresión desde el nacimiento; insensibles a las

sutilezas que nos hacen sufrir a los demás? ¿Es culpa del proceso de aprendizaje, la educación o las experiencias vividas? ¿Es culpa de los modelos que elegimos a seguir?... ¡¿De quién cojones es la culpa de que yo sufra tanto?! Pero, vamos a ser algo más prácticos, la pregunta clave es: ¿Estamos perdidos los que no hemos heredado genéticamente esta capacidad? ¿Había empezado el proceso de aprendizaje con el simple hecho de haber decidido ir sola al cine?

Llegó el primer desayuno en compañía del señor Moret, y Alona tuvo que concentrarse mucho para que su excitación no le hiciera cometer un fallo fatal. Martina parecía relajada e incluso esbozó un pequeño bostezo muy bien disimulado. Hasta ahora, las dos niñas habían compartido las comidas con el servicio, media hora antes que el señor. Esta vez, el mayordomo Luis y la señora Pody los observaban esperando órdenes, junto a la mesa.

Alona habría querido sentarse al lado de Moret, pero Martina se le había adelantado, sin ninguna intención por su parte, claro. Se sentía frustrada. Quería absorber cada gesto que se le escapara a esa persona que tanto admiraba y a la que analizaba sin descanso, y para ello necesitaba estar cerca. En el almuerzo, anduvo más precavida y consiguió sentarse junto a su objetivo:

—¡Qué buen día hace hoy! ¿No os parece, niñas?

Alona odiaba que el señor Moret la llamara «niña».

Tenía ya quince años, Moret veintiocho. No era para tanto. ¿Acaso su edad iba a impedir que él apreciara todo lo deprisa que era capaz de aprender? ¿Sus capacidades para detectar, analizar y diagnosticar? Por Dios, qué tedioso era que la llamaran «niña». ¡Deseaba destacar en el cometido que le habían propuesto! Quería que Moret la viera como a una igual, que la respetara profundamente. Para ello, debía llegar a su altura, y quería hacerlo ya, ahora mismo, lo había decidido. ¿Cómo iba a tolerar la espera de trece años?

—Desde luego, hace un día espléndido para pasear y tomar un poco el sol. —Si Martina había intentado esconder su decepción por haber pasado la mañana encerrada en un estudio, no lo había conseguido.

El señor Moret hizo una mueca burlona:

—No te preocupes, tenéis la tarde libre. Yo tengo cosas que hacer.

«¡Qué fastidio! ¿Adónde vas? ¿Tiene que ver con lo que escondes? ¿Por qué no me llevas contigo? ¿Por qué debo soportar tu ausencia? Te prometo que te seré de ayuda, lo prometo firmemente», quiso decir Alona. El mayordomo la distrajo de sus reflexiones cuando se acercó con una bandeja que sostenía una gran jarra repleta con agua. Luis apenas temblaba al transportarla. No era habitual en él.

Sobre la mesa se conversó de política, del tiempo y de todo tipo de temas a cada cual más formal. Forzosos diálogos, pero al parecer correctos. Entre el primer y el segundo plato, la tertulia fue interrumpida por un estrépito: al mayordomo se le había caído la jarra al suelo. Esta vez la llevaba de la mesa a la cocina, para volver a rellenarla. Alona observó la cara enrojecida de Luis, avergonzado:

—Lo siento, señor. Ya sabe, con este temblor y estas manos que Dios me ha dado... Perdone, ahora mismo lo recojo. Continúen, por favor, como si nada los hubiese importunado.

Alona supo lo que pasaba y quiso ayudar al pobre mayordomo, pero si se levantaba de la mesa sin que los demás hubieran acabado, faltaría a una de las mayores reglas que le habían enseñado y se arriesgaba a cometer un error que podía alejarla de Moret: no volvería a compartir la hora de la

comida con él y podría desilusionarlo con su desobediencia. Por otro lado, quería sorprenderlo, mostrarle sus averiguaciones. Sinceramente, quiso revelarse a su manera... ¿Podría ocurrir que ella fuera más aguda que él? Así que ni tan siquiera se dignó pedir permiso; miró directamente al centro de las dos pupilas de Moret, con decisión, se levantó de la mesa y corrió hacia la cocina. Él no la detuvo, simplemente observó, con controlada pausa, curioso por conocer cómo acabaría la escena. Martina se agitó y puso cara de sorpresa, mientras balanceaba las piernas, encantada de que algo inesperado animara el momento y la sacara del aburrimiento.

La niña volvió en pocos segundos al comedor, transportando una jarra idéntica a la que el mayordomo acababa de estrellar. Interrumpió en la habitación, expectante, sin saber muy bien cómo hacerlo, empezaba a dudar de su anterior decisión, ciertamente impulsiva.

—Tome, Luis —carraspeó—. Haga una prueba y coja esta jarra.

El mayordomo miró hacia el señor Moret, esperando autorización por su parte, y este asintió con la cabeza. Al sostener la vasija repleta de agua, las manos apenas temblaban. Cogió uno de los recipientes que descansaba sobre la mesa, vació. En esta ocasión, las manos de Luis temblaron con brusquedad.

—Luis, tengo la certeza de que el hecho de transportar objetos con peso hace que usted tiemble menos. Le sugiero que siempre lleve algo más de carga, para que las cosas no se le caigan. Es más, podría reforzar las bandejas con un extra de metal pesado y así podría transportar recipientes vacíos de forma más segura.

—Gracias, señorita. —Luis parecía encantado.

Alona volvió a ocupar su sitio, esperando un veredicto, pero Moret ni siquiera la miró. Lo peor que podía ofrecerle en esta vida era la indiferencia. La rabia la inundó: acababa de demostrarle lo observadora que era, le había desafiado levantándose de la mesa sin permiso, y él no se había inmutado. Ni por la posible admiración ni por el buscado enfado se dignó reaccionar. ¿Acaso era una estatua de piedra? ¿Por qué no sentía con suficiente intensidad como para romper su controlada estabilidad? Quería zarandearlo. Deseaba gritarle: «¡Deja ya de lado tu coraza y déjame entrar! ¡¿Por qué no consigo que reacciones ante mí...?!». Pero se contuvo.

Terminado el almuerzo, el señor Moret se limpió la boca con la servilleta, con excesiva pausa, mostrando su tranquilidad en cada gesto. Se levantó, se despidió de Martina con la cabeza y cogió a Alona del brazo, arrastrándola hacia la cocina. A la niña no le importó, la estaba agarrando más fuerte que nunca, estaba más cerca de él que nunca.

—¿Cómo has sabido...? ¿En qué libro...?

Alona no entendía la pregunta. Se esperaba una reprimenda por su parte, no una dudosa e inconclusa pregunta.

—¿Cómo he sabido qué?

Moret parecía fastidiado ante aquel juego. Pero reaccionaba al fin y al cabo. No contestó, así que Alona se vio obligada a hablar.

—Pues... —titubeó, con una voz en su cabeza diciéndole «no dudes, es el momento de mostrarte a su altura»—. Cuando Luis nos sirvió el agua, antes de comer, me sorprendió que no temblase. Sin embargo, entre el primer y el segundo plato, se llevó la jarra para rellenarla y tuvo verdaderos problemas. Supuse que el único factor que había cambiado era el peso del recipiente, ya que esta segunda vez estaba vacía, y quise comprobarlo.

«No pidas perdón por haberte levantado de la mesa —le aconsejó de nuevo la voz de su cabeza—. Sigue desafiándole, séparate del resto, destaca; haz que se fije en ti.» Alona decidió que el señor Moret debía saber que ella estaba dispuesta a acercarse a él como un igual. Incluso a sus quince años, no quería que la mirase desde las alturas. Él se negaba, se lo ponía verdaderamente difícil.

—No vuelvas a levantarte de la mesa sin mi permiso. —Parecía más dolido que enfadado—. A lo largo de esta semana volverás a comer con el servicio y nos servirás a Martina y a mí.

Alona casi no podía aguantar dentro de sí misma. ¿Por qué no la premiaba? ¿La castigaba? Estaba claro, quería que la última palabra fuera suya. La sangre le hervía de rabia y le dolía al ser transportada por las paredes de las venas. Él seguía agarrándola del brazo, con el rostro muy cerca del suyo, congestionado. Se apartó con brusquedad y se marchó a su habitación, no sin antes haber descubierto la incertidumbre, en un intervalo entre parpadeo y parpadeo del señor Moret. «Ya va siendo hora de que él también se sienta abrumado», pensó.

Una vez en su habitación, dio vueltas de un lado para otro, propinando patadas a cada objeto que se dignara cruzarse. «Le odio, ¿por qué no valora lo que he descubierto? ¿Por qué no entiende que me muero de ganas de aprender, sin tener que esperar por culpa de los malditos modales? ¿Por qué no me lo enseña todo de una vez?... Me paso la vida esperando a su obsesivo plan de enseñanza, cuando necesito más. Algo diferente. Algo real.» Cabizbaja, no se había percatado de que alguien la miraba. Era su propio reflejo en el espejo. Se detuvo para observarse. Había crecido algo dentro de ella: la rabia, el deseo, el orgullo, la ambición...; le habían cambiado. Su cuerpo, antes lineal, recto como las emociones que sentía, sencillas, ahora estaba compuesto por insinuantes curvas, tan sugerentes como los nuevos sentimientos que no le cabían dentro, desafiantes por salir. Su cara también se veía marcada por estas nuevas experiencias. Donde antes había inteligencia mezclada con pura inocencia, ahora tan solo se detectaba la prisa por aprender más, sus deseos de crecer.

Se sentía encarcelada. Pero qué odiosa era aquella lentitud de su vida... Aborrecía a todo el mundo que parecía satisfecho con su ritmo, lento y aburrido. En parte le dolía... ¿Por qué ella no podía ser así? Pero quería estallar entre llamas, experimentar, conocer y volar. Había nitroglicerina en ella. El recubrimiento protector estaba demacrándose, inestable, y ya solo faltaba una chispa detonadora, se podía ver en sus pupilas. La explosión era inminente. ¡Dios! ¡Deseaba tanto que Moret la admirase! Pero ¿cómo podía demostrar lo que valía, con el asfixiante marco al que debía ceñirse? Su expansión no era probable con aquella visión en túnel que compartían todos.

La sangrienta turbulencia paró un instante, cuando una lágrima cayó de un solo ojo de Alona. Descarada, se atrevió a cruzar su mejilla y la barbilla. Era rabia. Justo en el momento en que aquella gota se precipitaba al vacío sonó la puerta. Era un sonido que retumbaba, como si con ello avisara de la llegada de lo anhelado...

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo. —Era él.

Alona, con calma en sus movimientos pero no en su corazón, abrió la puerta.

—Vístete. Esta tarde te vienes conmigo.

El sábado por la mañana me desperté tranquila y descansada. Después de hacer uso de mi orgullosa cafetera nueva, me di una ducha. Mientras el agua rompía sobre mi cabeza, advertí que no tenía nada planeado para ese día, y me sorprendió pensar que no había nada de malo en ello.

Pensé en visitar a mi cuñada e ir a su tienda; quería averiguar algo más sobre la causa del mal humor de mi hermano, y de paso comprarme unos zapatos nuevos. De tacón, para ir más alta.

Por el camino, me preparé para el impacto que supondría volver a ver a Marisa tan radiante y magnífica. Y así fue.

—¡Eloísa! —Me deslumbró su sonrisa, así que tuve que parpadear repetidamente para acostumbrarme a tanta luminosidad dental—. ¡Por fin te has decidido a venir!

—Sí, sí. —Fallé en mi intento de aparentar ser deslumbrante también—. Ayer me di cuenta de que necesitaba unos zapatos nuevos. —La mera idea pareció hacerle mucha gracia.

—¡No te preocupes! Yo misma te atenderé. ¿Qué número calzas?

Me descubrió un mundo de zapatos, a cada cual más elegante y con un tacón más alto. Entre los zapatos grises y los morado oscuros intenté sacar el tema que tanto me preocupaba.

—Se te ve muy contenta con el embarazo, Marisa.

—¡Sí! —Esta vez, fue el destello de su mirada lo que volvió a producirme irritabilidad en los ojos—. Siempre he querido ser mamá.

—Perdona que te haga esta pregunta tan poco original pero... ¿qué prefieres que sea, chica o chico?

—¿Te puedo ser sincera? —Parecía una niña que está a punto de pedir un caramelo. Dulcemente tierna y *achuchable*. Qué asco más odioso es la envidia...

—Sí, claro.

—Lo único que me importa es que el niño que tengo dentro es de tu hermano y que se parecerá a él; sea chica o chico, quiero que se parezca a él — insistió en su perfecta adorabilidad.

Sus gestos fueron tan sinceros que me entraron ganas de abrazarla y de vomitar al mismo tiempo, así que decidí comprarme los zapatos morado oscuro. Con una punta redonda, de suela gruesa y el tacón más largo de mi biografía. Necesitaría ensayar en casa antes de ponérmelos en la calle. En realidad, debía ensayar muchas cosas en casa para aparentar estar segura conmigo misma antes de salir a la calle...

¿Ser tú misma o ser quien quieres ser?

Mientras me dirigía a casa, con las bolsas de la compra que colgaban de mi brazo, pensé en la nota que había encontrado en el libro de cirugía de mamá. Por el lenguaje utilizado en ella, bien podía tratarse de un alumno que la admiraba, así que cuando llegué a casa quise encender su portátil para intentar averiguar algo más. Tal vez tuviera una lista de estudiantes e incluso una agenda de teléfonos. ¿C. M.?... Por más vueltas que le daba, no creía conocer a nadie con esas iniciales.

Cuando apareció la imagen del escritorio, en su ordenador, de nuevo mi vieja amiga la angustia me estranguló con su habitual maniobra, ejerciendo presión en la garganta. En la pantalla se podía ver una bonita foto en la que salíamos todos: mi padre, mi hermano, ella y yo. Sonreíamos a la cámara y nos abrazábamos, sin saber que aquellos abrazos estaban contados y que tenían un número limitado; los que le pertenecían a mi madre se habían agotado.

En una de las carpetas del escritorio titulada «Clases de la universidad», encontré lo que buscaba: «Lista de alumnos». La dificultad llegaría más tarde, cuando descubrí el eterno número de estudiantes a los que mi madre impartía clase... Me llevó aproximadamente media hora buscar entre todos a los que coincidían con las iniciales C. M.: Cristina Martínez, Carolina Martínez, Carlos Muruzabal, Carlos Mercadal, Carla Manzanares, Carmen Medina, Cristián Méndez, Cristóbal Montes y Cruz Mora. Al lado de los nombres se adjuntaban los teléfonos de contacto, el correo electrónico y la dirección postal. Había nueve nombres con las iniciales C. M., repartidos en tres clases diferentes. ¡No tenía ni idea de que mi madre hubiese tenido tal cantidad de alumnos! Ahora entendía su entrega y las horas delante del ordenador, preparando sus asignaturas, el valor de ponerse delante de tantos ojos críticos

y curiosos. Ahora entendía que era demasiado tarde para decirle que la admiraba.

Recordé una mañana en que ella trabajaba en su ordenador. Se introducía en aquella pantalla, olvidándose de todo, menos de nosotros, su familia, para quien estaba cocinando unos espaguetis. Yo tenía dieciséis años, y estaba en mi cuarto escuchando música mientras me pintaba las uñas y pensaba en «ese chico». Llegó la hora de comer y la pasta se notaba un poco más blanda de lo habitual, algo pasada de cocción, seguramente debido a la inmersión de mi madre en sus proyectos. ¿Cuál fue mi reacción? Quejarme. «Me gustan al dente.» Vaya sustancialidad. «Sí, lo siento, se me han pasado un poco», dijo ella, sin darle mayor importancia a mi comentario, cuando en realidad me había comportado como una niña. Mientras mi madre preparaba clases para tres cursos diferentes y un congreso nacional, yo me pintaba las uñas y me quejaba de sus espaguetis.

Tras recordar aquello, me dispuse a leer un poco más. Llené una copa de vino y me senté en el sofá. Las ganas de obtener respuestas me abrumaban. ¿Por qué estaba tan segura de que aquel libro estaba relacionado con la muerte de mamá si ni siquiera era de nuestro siglo?

El sol caía con fuerza sobre los hombros de Alona y Moret. Caminaban en silencio y tan solo se escuchaban los escándalos de los grillos que rompían el seco aroma a pino. Rodeados por viñedos y por los hombres y mujeres que trabajaban sudorosos, Alona no quería hablar, a causa de su enfado, cansada de tener que controlarse siempre. Él parecía pensativo, dudoso ante la actitud que debía tomar, por lo que también se mantenía en silencio, hasta que, intentando romper el tenso ambiente, dijo:

—Al final no tendrás la tarde libre. Pobre Martina... se ha quedado sin compañera de juegos.

«¿Juegos?» Estaba claro que no tenía ni la más mínima idea sobre ella. No se acercaba ni tan siquiera un ápice a sus pensamientos, no era capaz de acercarse a ella en nada. ¿Por qué recibía tanto rechazo si le ofrecía tanta admiración a cambio? ¿Qué creía? ¿Que se pasaba las horas pensando en muñecas y pajaritos? Se enfadó tanto con él por no mostrar la capacidad de comprenderla, que le contestó con lo que ella creía que era, de entre todas las posibilidades, la reacción más agresiva y dañina: la ignorancia... Él la miró un poco agitado, desconociendo el porqué de esa indiferencia. Tras una pausa para dudar, prosiguió:

—Esta tarde visitaremos a los Méndez. La mujer está muy enferma. No sabemos qué es lo que padece y su marido está desbordado con la situación. Creo que debemos ofrecerles un cuidado más intenso, por lo menos por un tiempo. Han trabajado con fidelidad para este viñedo durante muchos años y es mi deber atenderles de la mejor manera posible.

Vaya..., la joven se estremeció en una convulsión. Por primera vez le contaba algo sobre lo que hacía fuera de la mansión y sobre cómo lo hacía. Había compartido algo con ella, aparte de las lecciones, algo más íntimo. Y no solo eso, sino que, de una forma muy sutil, le estaba pidiendo ayuda.

Mientras él hablaba, no pudo evitar observarlo con detenimiento. Sus pestañas de avestruz reflejaban la luz y lucían transparentes. Su piel, un poco rojiza en las mejillas, se había quemado tras horas de trabajo expuesto a un sol que ahora se filtraba a través de sus ojos y reproducía un efecto cristalino. En su frente, se descubría un gesto de preocupación. En aquel momento, Moret le pareció tan noble, tan bueno, hablando de sus deberes con los trabajadores, que fue como si a la niña le hubieran inyectado hielo en vena, consiguiendo así bajar la temperatura de la sangre que las recorría. Entonces le perdonó todo lo que le había hecho y todo lo que le pudiera hacer en un futuro, todo lo que él no se había detenido a observar y a comprender sobre ella. Sintió tanta ternura, que estuvo a punto de abrazarlo. Quiso decirle que compartía sus deseos, sus anhelos y que se iba a entregar al trabajo tanto como él lo hacía. Sería obediente.

—Quiero ayudarte. De verdad que quiero. —Su garganta se había bloqueado, y tan solo salieron estas palabras.

Esta vez Moret lo había entendido todo a la perfección. No había hecho falta hablar más. La miró y sonrió con cariño, revolviéndole un poco el pelo. Pero este sencillo gesto hizo hervir la sangre de Alona en apenas unos segundos: «¿Por qué me revuelve el pelo como si fuera una niña pequeña?». Se sentía bastante inestable: lo mismo la calma y la ternura la invadían, que la rabia la hacía estallar...

Por fin llegaron a la casa de los señores Méndez. La joven estaba más que decidida a solucionar el misterio. Se dispuso a analizar cualquier dato que pudiera darle pistas sobre lo que ocurría en aquel lugar. El señor Méndez abrió la puerta y los hizo pasar. Su rostro mostró cierto alivio al ver al señor Moret, aunque una sombra volvió a atraparlo completamente. El interior se mostraba en penumbras y olía como si la fresca brisa no la hubiese visitado en años.

—Buenas tardes, querido amigo —saludó Moret.

—Buenas tardes, señor. Le agradezco enormemente que haya venido.

—Es mi responsabilidad y mi deseo estar aquí. Todos debemos cuidarnos.

—Gracias de nuevo.

Moret asintió con la cabeza y añadió:

—¿Conoce usted a Alona? —No esperó respuesta—. La señorita Solís es mi discípula, viene a ayudarnos con el caso.

—Encantado, señorita. Se lo agradezco a usted también.

El señor Méndez agachaba la cabeza en señal de respeto a los presentes. Moret no dejó que la joven dijera nada y continuó dirigiendo el hilo de la conversación.

—¿Sería usted tan amable de describirnos lo que le ocurre a su mujer?

—Está muy delicada. Siguen sin conocer su enfermedad y mucho me temo que nunca podrán remediarlo... Siento que esté todo a oscuras. Me han aconsejado evitar corrientes en casa. Además, la luz molesta mucho a mi esposa estos días. Pasen y véanlo ustedes mismos.

Recorrieron un oscuro, estrecho e irregular pasillo en el que apenas cabía una persona de frente. En fila, entre la luz tenue de unas velas, seguían la guía del marido, quien, apesadumbrado, continuó explicando más síntomas sobre aquella dolencia que había invadido su casa y sus vidas.

—Pasa el día tumbada en la cama; tan solo se mueve para girarse de un lado a otro e ir al baño. Si come, es porque le insisto y soy yo quien debe asearla cada cierto tiempo. No tiene fiebre, ni erupciones en la piel..., nada aparente. Hace unas semanas por lo menos se mostraba irritada e irascible. Ahora ni siquiera eso; no reacciona ante mi presencia ni ante la de nadie.

Abrió una puerta chirriante, dando paso a una habitación estrictamente ordenada. Sin duda, el marido intentaba cuidar de su mujer y de su entorno. A pesar de la pulcritud, en el interior de la habitación se respiraba un fuerte olor. Si bien el hombre parecía acostumbrado a aquello, la pareja recién llegada no pudo evitar una mueca de asco.

—¿Hueles eso? —le dijo Moret a la niña en un susurro. Esta asintió—. Es posible que la mujer padezca una úlcera cutánea y que se haya infectado. No sé cómo ha podido pasar desapercibida.

Alona pensó que así debía de oler la pura tristeza: a humanidad podrida y vitalidad quemada.

La mujer no se inmutó ante los visitantes. Se mantenía de espaldas a ellos, tumbada en la cama con cara espectral. Alona sospechó enseguida la causa de su estado. Felisa ya estaba muerta, o por lo menos su alma; aunque su cuerpo seguía vivo, ella no estaba allí. El marido mostró su desesperanza.

—Ay, Dios mío... Esto es cosa del diablo.

—No te preocupes —dijo Moret—. Mandaré a Alona de vez en cuando para observar a tu esposa y ayudarte en sus cuidados. Buscaremos la causa de su enfermedad, amigo, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano. —Y le dio unas palmaditas en el hombro en un gesto tranquilizador.

Sin embargo, de vuelta a casa, fue incapaz de ocultar su preocupación. Indicó a Alona que fuera a visitar a la señora Méndez cada cierto tiempo y que cuidara de ella. No le dijo que debía curarla, tampoco le indicó que buscara la causa de la enfermedad, tan solo especificó que se encargara de sus necesidades básicas. Alona sabía perfectamente lo que debía lograr si quería impresionarlo...

Me había quedado dormida con el libro encima del rostro y ahora el móvil me sacaba súbitamente de aquel sopor. Contesté con la baba en la comisura de mi boca. Era Bárbara.

—¿Te he despertado? —preguntó.

—Sí... —Las babas y la tontería no me ayudaban a vocalizar.

—¡Bueno! Esta noche salimos a cenar y de fiesta, así que mejor que te hayas echado una buena siesta... Te apuntas, ¿no?

—Eeeeh..., ¿qué hora es? ¡Las siete! Claro, me apunto... ¡Tengo unos zapatos que estrenar! —bromeé. O no...—. ¿Dónde cenamos?

—Hemos reservado en El Couple a las diez. ¡Te esperamos!

Cerré el libro a regañadientes; estaba realmente enfrascada en la lectura y odiaba haberme quedado dormida, quería saber más y más...

Una vez en la ducha, me puse a pensar en aquella historia. Algunas veces, en la ducha, es donde mejor se piensa. Y muchas veces, una vez que sales, se te olvida todo. Si fuese un diario, estaría escrito en primera persona. Seguro que era una novela, pero... ¿real?, ¿ficticia?... ¿Por qué estaba escrita a mano? ¿Y por qué estaba tan obsesionada con la idea de que tenía relación con la muerte de mamá? Ella había insistido de una manera casi enfermiza en que lo tuviera, y esa reacción era la que me sugería que su lectura era importante. La posibilidad de que hubieran matado a mi madre me parecía irracional; nadie opinaba eso, tampoco los médicos. Pero aun así, yo no dejaba de buscar respuestas, como si la idea incoherente de un asesinato se hubiera colado en mi mente sin mi permiso.

Decidí dejar la confusión para más adelante y centrarme en la sensación

del agua cayendo por el cuello. Me recorrió un escalofrío. Nos sentimos tan bien cuando nos concentramos en un solo momento, un instante que ocurre «ahora mismo»... La presión del agua en cada poro de la piel, la sensación de calor que relaja los músculos, el aroma del jabón, el agua que se introduce entre los labios, acariciándolos... Y sobre todo pensar en todo eso provoca que nuestra mente pare, se centre en lo que ocurre y deje las preocupaciones del pasado y las temibles anticipaciones del futuro. Si pudiésemos vivir en un eterno momento de «parar la mente», disfrutar de cada sensación, olor, visión, textura..., como si fuera la primera vez que lo sintiéramos, sin duda seríamos más felices.

¿Es la mente una aliada? No lo tengo del todo claro... A veces pienso que es una asquerosa infiltrada. ¿Somos lo que pensamos? Lo plantearé de otra manera: el discurso que parlotea todos los días en nuestro interior..., ¿somos nosotros mismos en un eterno monólogo?

Ocurre algo sospechoso cuando vas paseando por la calle y se cruza una persona en tu camino de edad avanzada con mechas de color rojo en las puntas del pelo y mechas de color verde fluorescente en la raíz. Entonces, automáticamente, te dices: «Qué tía más rara... Seguro que puedo reírme de ella sin ningún problema. Su pelo me da permiso», y acto seguido aparece otro pensamiento: «¿Cómo he podido pensar semejante barbaridad? ¿Qué importa el color del pelo?». La cosa se puede complicar más, por lo menos a mí me pasa a menudo. Cuando alguien me hiere, me da por pensar: «Ojalá a este tío le caiga ahora un satélite en toda la cabeza». En realidad no lo deseo, pero lo pienso. Si ocurriese de verdad, me sentiría fatal. Lo prometo.

Concretando... ¿Nunca os habéis corregido o castigado por pensar algo que no creéis que forme parte de vuestras verdaderas creencias? ¿Con vuestra verdadera manera de ser? Parece que haya dos personas distintas en nuestro interior: la que piensa incesantemente, cotorreando como una gallina, y la que valora y observa eso que se piensa. Un filtro. La que te destroza con pensamientos convulsivos, críticos y miedosos y la que es destrozada. Entonces... ¿Quién eres de verdad? Me gustaría pensar que soy la persona que observa los cotorreos incesantes de la otra, quien posee cierto control de corrección y la que desgraciadamente se deja destrozar por esos otros pensamientos, creyendo que son parte de ella misma.

Yo padezco de un diálogo interno que sin descanso me dice «no voy a poder», «soy tonta», «mira qué pintas lleva ese», «los espaguetis están blandos», «cuchichean sobre mí», «soy una inútil», «ojalá a este tío se lo trague un león...», etcétera. Puede que este monólogo tan solo sea el resultado de una comunicación entre neuronas, un mensaje que le manda una parte del cerebro a otra tras un procesamiento erróneo. Cogen un estímulo y lo resuelven, dándole el tinte que habitualmente están acostumbrados a usar. ¿Tinte negro negativo? ¿Tinte rosa positivo? ¿Tinte verde esperanza? Eligen el mismo todos los días. Pero hay alguien que puede sugerir un cambio de tono, quien verdaderamente eres, la persona que está más al fondo..., libre del error de procesamiento mental. Aunque tengo la sensación de que corre el riesgo de desaparecer o, por lo menos, de mantenerse oculta entre las sombras de los tintes negros.

Decido hacer una prueba: intento detectar y observar esos pensamientos que pasan por el interior de la frente. Porque están ahí, ¿verdad? ¿Dónde colocaría la mano para tocar mis pensamientos y localizarlos? En la frente, sin duda. No se me ocurriría que pudiesen estar en la nuca. Ahí se encuentra el parloteo mental incesante. ¿Y dónde colocaría la mano para localizar mi esencia? En mi caso, decidiría colocarla cerca del corazón y del plexo solar, como un algo que lo envuelve todo. Algo así como una aureola. Ya ves: los cacareos o pensamientos de la frente son tan físicos, una conexión entre neuronas, que puedo hasta localizarlos dentro de la cabeza. Igual que localizo la muñeca entre el brazo y la mano. Y no solo eso, sino que además los identifico en un punto diferente del de mi esencia.

Pues bien, tras esta reflexión debería ser capaz de detectar esos pensamientos que me atacan, decidir que no me hacen feliz y reírme de ellos. ¡Sí!, como si fueran un error de la cabeza. A veces, cuando quiero coger un vaso de agua que está sobre una mesa, fallo en el cálculo de la distancia y me pego contra ella con la mano. Produce muy poco daño, pero mucha rabia. Es un fallo de coordinación. Supongo que mi cabeza también comete este tipo de tropezones; debería dejar de pensar que esos errores, esos pensamientos, son parte de mí misma o, algo muy importante, inherentes a mí. Si toda la vida mi mente ha cometido el mismo error una y otra vez y no ha habido corrección alguna, es normal que lo siga haciendo. Es decir, si toda la vida me ha dicho

que no valgo para nada y nadie la ha corregido, es normal que lo siga diciendo de manera incesante. Lo que no entiendo es... ¿cómo he sido tan estúpidamente gilipollas de creerla y actuar como si tuviese razón? Si cada vez que he ido a saltar, mi cabeza me ha dicho «no lo hagas, no lo vas a conseguir, te vas a caer», y yo le he obedecido... ¿cómo va a creer ella que valgo? ¿Y qué energúmena razón me hace pensar que la próxima vez que vaya a saltar cambiará su mensaje para apoyarme? Lo que he de hacer es lanzarme de una vez, a pesar de sus advertencias. Prefiero la gran hostia monumental a esta ñoña inseguridad que no me lleva a ninguna parte.

Tras la ducha, me sentía muy relajada. El agua caliente (ella solita) lo había conseguido. Me tumbé en la cama con el albornoz puesto, para saborear el momento. Cómo no, mi mente intentó boicotear el descanso y se precipitó para dedicarse a crucificarme: «¿Y qué ropa vas a ponerte? Posiblemente no haya ninguna que te quede bien. Lo sabes bien, Eloísa, has engordado unos cuantos kilos y ese vestido en el que estás pensando no te sentará como antes». Intenté ignorar mis pensamientos, tan acelerados como inútiles. Intenté concentrarme en la sensación de mis músculos tras la ducha, el olor a jabón y en mi cuerpo desnudo debajo del albornoz... Inmediatamente mi cabeza se detuvo durante un solo instante, en el que me sentí en paz conmigo misma y con el mundo. No duró mucho, volvió a contraatacar..., así que abrí mi armario para decidir mi ropa antes de tiempo, dirigida como una marioneta por la prisa de mi frente. Me sentía mejor, sabiendo que había logrado pararla durante un instante, que había podido dirigirla a mi antojo y que ahora, aunque ella dictara mi conducta, era plenamente consciente de ello. Aquella prisa por saber lo que iba a ponerme ese día no era parte de mí, sino de otra persona, a la que obedecía tan solo para que dejara de parlotear. Aunque no se quedaría satisfecha, volvería a parlotear sobre otra cosa igualmente molesta.

Me invadió la indecisión delante del armario, el ataque de la mente comenzaba: «No te pongas eso..., demasiado atrevido, demasiado flojo, excesivamente llamativo, excesivamente poco llamativo, muy crudo, muy intenso, no te favorece, te favorece en exceso... ¿A quién le vas a gustar con esas pintas?». Buf... *Pensamiento intruso*. Y desesperante. Alguien dentro de mí, probablemente yo misma, la verdadera «yo», quiso defenderme y decidió

ignorar todo aquello, elegir la ropa más atrevida y a la vez elegante. Quise sentir. «¿Por qué no voy a querer que se fijen en mí, si soy tan estupenda?» Puede que mi mente no lo pensara, pero al llevarle la contraria con mis actos, al ponerme esas ropas, desde luego que iba a actuar como si lo fuera, y mis pensamientos iban a tener que procesar esa nueva información, debería acostumbrarlos a partir de ahora. «A partir de ahora me comportaré como una mujer estupenda, así que acostúmbrate a esta nueva información y ¡procésala como Dios manda!»

Me puse unos pantalones vaqueros, negros y ajustados; una blusa morada de una tela transparente con un escote en curva y una americana negra. Como toque final, los zapatos de tacón que me había comprado aquella mañana, también morados. Sorprendentemente, cuando observé el resultado final en el espejo, dejando de analizar cada prenda por separado y criticar las partes de mi cuerpo segmentadas, como si el todo no tuviera importancia, mi cabeza comenzó a procesar y a construir pensamientos nuevos: «el negro te hace más delgada», «la chaqueta le da un toque elegante y la blusa es muy sexy». Mi frente quedó «ojo plástica», nunca había tenido esa visión de mí, la que le devolvía el espejo. Pero se recompuso en pocos segundos, adquiriendo de nuevo su tedioso papel para advertirme: «¿Crees, ingenua de ti, que sabrás andar sobre esos tacones sin parecer una malabarista sobre la cuerda?». Volvía otra vez, ¿eh?... Decidí ignorarla. Me sentía muy bien conmigo misma llevando esos tacones. No iba a permitir que me arrebatase aquello por un simple error de procesamiento neuronal. Por su cómoda costumbre de usar tintes miedosos.

Me retiré el pelo de la cara y me maquillé un poco, elegí unos pendientes y un bolso a juego con mi atuendo, y cuando llegué al restaurante mis amigas me dijeron:

—Llegas quince minutos tarde...

No se habían fijado en mi ropa. ¡Tanta batalla, tantas veces en que mi mente había anticipado el ridículo, y mis amigas no se habían fijado! No nos damos cuenta de que los demás están tan preocupados por sus propios pensamientos que no tienen tiempo de cumplir nuestros miedos. ¡Estamos todos atrapados y dirigidos como marionetas! Sin ver de verdad, sin observar de verdad, sin oler ni sentir la realidad... ¡Socorro!

Pese a todo, la cena fue estupenda. Intenté saborear cada nuevo trozo de comida que me llevaba al paladar y descubrí que nunca me había detenido de verdad en ello. Advertí nuevos sabores enmascarados dentro de otros, nuevos olores y texturas. Dejé de engullir, que era a lo que me obligaba la angustia, para disfrutar. Charlamos, divertidas, sobre cosas cotidianas, y al terminar ya nos habíamos tomado tres botellas de vino entre las cuatro amigas. Nos levantamos de la mesa, y entonces Inés me dijo:

—¡Eloísa! ¡Qué elegante estás! Me gustan tus tacones a juego con la camisa. No sé si yo sería capaz de andar sobre ellos.

De repente, me sentía bien por habérmelos puesto, por haber superado mi temor, por observar que ese miedo, que antes me había atacado, no era exclusivamente mío; también se le había aparecido a Inés.

¿Cuántos miedos compartiremos con el resto de la humanidad? ¿Somos capaces de crear un miedo que no se le haya ocurrido a otro habitante de este planeta? Lo dudo mucho. Qué egocéntricos somos. Sí, lo repetiré las veces que haga falta.

Caminamos un buen rato hasta llegar al *pub*. Durante el trayecto descubrí cuál es el problema de los zapatos con tacón; no es el tacón en sí, sino la punta de tus pies lo que dificulta la tarea. ¡La dolorosa punta! Aguanté como una jabata... Soy capaz de aguantar el dolor cuando es una elección, pero cuando no lo es, lloriqueo más que un bebé, aunque duela menos que llevar unos bonitos zapatos.

En algún momento, entre el vino de la cena y los cócteles, mi percepción cambió. Todo se volvió más liviano. Las preocupaciones acudieron a mi mente como nubes matinales, sin peso. Levitando sobre la cabeza, aunque sin tocarla. Sentía la música y bailaba sobre su ritmo. Las reflexiones de los últimos días sobre mí misma, mis ganas de quererme, llegaron con fuerza haciéndome muy feliz, sabiendo que yo misma era suficiente, que no necesitaba unos tacones para aparentar estar más segura, que no necesitaba ropa bonita para sentirme bien. ¡No necesitaba a nadie! Debía ser más fuerte que mis pensamientos, que me dirigían; debía elegir a pesar de ellos la opción correcta. Toda esta reflexión se tradujo en que decidí acabar con el dolor, quitarme los tacones y ponerme las manolestinas de «por si acaso», que guardaba en el bolso. No necesitaba la aprobación de nadie y eso me aliviaba.

Me sentí más pequeñita; no destacaba frente a los demás y no veía por encima de todos. Pero eso no me importó; estaba bien ahí, yo sola, sin que me observaran. ¿Habría conseguido llegar a esa reflexión si no me hubiese puesto los tacones? ¿Si no hubiese mirado desde las alturas? ¿Si no hubiese desafiado a mis miedos? Ahora podía elegir, porque conocía las dos opciones. Está claro que no solo me refiero a tacones y manoleínas, ¿verdad? Tampoco necesitaba el alcohol para sentirme así de bien; mis reflexiones habían cogido fuerza y ahora me acompañarían en la lucha contra la mente parlanchina: mi archienemigo. «Yo misma» había surgido desde las sombras, para defenderme y observar cualquier detalle sospechoso que pudiera hacerme daño.

Con la boca un poco seca, me acerqué a la barra para pedir un botellín de agua (ya no necesitaba más alcohol). Bárbara me dio un toque en el hombro y al volverme fue cuando un objeto volante no identificado (OVNI) me atacó de frente y se me metió en el ojo. Era un avión de papel, construido con una servilleta. Con un lagrimal lloroso, debido al inesperado aterrizaje, vi que dentro había algo escrito. La letra era pequeñita y redondita. Podía pertenecer a una mujer o a un niño pequeño. Decía: «Sin tacones ya no te puedo ver».

Miré al fondo de la barra. ¡Horror! Era mi vecino el borracho, con esas manos tan grandes y calientes y esos ojillos tan pequeñitos que se hacían aún más pequeños cuando... Sí, ahora lo veía bien, cuando esa sonrisa tan grande invadía su cara. Se le veían todos los dientes y su carcajada se podía escuchar desde donde estaba. Parecía causarle mucha gracia haberme pegado en el ojo. En serio, parecía feliz. Al principio me enfadé. «Este tío qué se cree..., me lanza un papel al ojo y encima se ríe.» Después mi verdadero yo (vamos a llamarle MVY a partir de ahora) quiso luchar contra mi ego herido para reforzarlo con un matiz bastante clarificador: «Eloísa, ¿no prefieres pensar que se ha fijado en ti?».

Recetas de cocina

El amanecer del domingo fue horrible; el alcohol me había pasado factura y me sentía como un vegetal. Tan solo pude abrir un ojo, porque cada movimiento suponía una dolorosa contracción muscular, incluyendo el estómago. Además de lo habitual en las resacas, también me dolían los pies. ¡Dichosos e increíbles tacones...! Así que decidí no cambiar de posición horizontal en todo el día; incluso los trayectos cama-bañosofá los hice encorvándome como un gorila para no estirar las paredes del estómago.

Por la mañana, Alona asistía a sus lecciones con normalidad, y cada tarde acudía a casa de los señores Méndez para observar a Felisa. Sabía que tan solo le habían pedido que fuera de vez en cuando, pero se propuso un cometido mayor que el de cuidarla: sanarla. Sentía gran curiosidad por conocer la causa de su enfermedad. Las ganas de encontrar la cura cuando nadie lo había conseguido la impulsaban a visitar cada día a aquella familia.

Llegaba justo después de comer, saludaba al marido, que se iba al campo, y se sentaba en la habitación. La mujer nunca le hablaba y ni siquiera le dirigía la mirada. Seguía en un estado espectral que tan solo variaba para dormir.

Alona intuyó que, en aquella fase, Felisa no entendía de palabras. Un parloteo sin fundamento o un «¿qué tal te encuentras?» la molestarían e irritarían, así que guardó silencio y se limitó a hacerle compañía, a estar a su lado. ¿Para qué iba a formular preguntas cuyas respuestas conocía? Felisa se encontraba mal.

Recordaba muy bien el primer día de misión en aquella casa. Se enfrentó con decisión a la podredumbre de aquella estancia, y a su vez con planificada cautela. La oscuridad añadía un extra de carga al nauseabundo olor que allí se respiraba. Las palabras de Moret retumbaban en sus actos: «¿Hueles eso? Es posible que padezca una úlcera cutánea y que esta se haya infectado. No sé cómo ha podido pasar desapercibida».

Se acercó a la mujer; el hedor era casi insoportable, lo impregnaba todo.

—Señora Méndez —dijo con voz suave—, mi nombre es Alona. —No esperó respuesta, sabía que no la obtendría—. Voy a comprobar que su piel no esté sufriendo heridas y que estas no se hayan infectado. Le prometo que después la dejaré descansar.

Inspeccionó su piel a conciencia. Lo primero que advirtió fue que los pies de la mujer estaban helados y amoratados. «No está llegando bien la circulación. La úlcera debe de estar en la pierna.» Al retirar con sutileza el camisón, a la altura del muslo, entre este y el pliegue del glúteo, la putrefacción se coló en su interior con bruscos empujones, hasta lo más profundo. La arcada que la invadió fue

abusiva.

El señor Moret le había mostrado cómo tratar aquello; al menos, conocía la teoría, pero nunca se habría imaginado lo que ahora estaba viendo. La realidad era mucho más desgarradora: a aquella mujer algo se la estaba comiendo viva.

Pasó dos semanas realizando las curas, cambiando vendajes y ofreciendo a la enferma brebajes de romero y jengibre para que la fiebre bajara. Almohadilló algunas zonas de su cuerpo y mostró al marido cómo debía ayudar a su esposa a cambiar de posición.

Aunque la úlcera mejoró en aspecto, Alona no abandonó la intervención; seguía atendiendo a Felisa cada día. Al observarla durante largo tiempo, vio que la infección en la piel había sanado y que no parecía tener nunca fiebre, ni temblores, tampoco picores, rojeces ni heridas. No obstante, detectó algo familiar en su mirada. Un vacío inmenso. Aquello le recordó el estado en que ella misma se había sumido tras la muerte de sus padres. Sin ganas de abrir los ojos, sin ganas de moverse ni de actuar. Sin ganas para sentir y ni siquiera existir.

Comprendió que aquella mujer se encontraba en otro lugar del que no podía volver, estaba muerta por dentro y había que sacarla de las sombras más profundas. Además del estupor y la desnutrición, padecía una enfermedad cuya causa se hallaba más allá de lo observable. Tras llegar a esta deducción, se aventuró una tarde a desobedecer las órdenes del médico. Abrió las grandes cortinas que cubrían las ventanas y dejó que la brisa de la tarde entrara por ellas. La mujer tan solo reaccionó con una mueca de disgusto y, tras acurrucarse un poco entre las sábanas, continuó con su habitual estado impasible. Para cualquier otra persona, aquella mueca desazonada habría sido motivo suficiente para volver a ocultar la luz del sol, pero Alona pensó que, por lo menos, había reaccionado de manera diferente a como lo había hecho los últimos meses, aunque tan solo fuera con un pequeño gesto. Aquello era un primer cambio.

Esa misma tarde, cuando el marido volvió del trabajo y vio las ventanas abiertas se llevó un gran susto, pues el médico le había recomendado que evitaran las corrientes en casa. Entró rápido en la habitación, pensando en regañar a Alona y gritarle que aquello era una locura. Pero cambió de idea al observar el semblante de la niña, que miraba a su mujer con complacencia. Una cara sonriente y satisfecha. Felisa daba vueltas en la cama, inquieta. Sus ojos llevaban tiempo sin ver la luz y no se acostumbraban. La habitación se impregnó con el olor del campo, de los viñedos y el polvo. Los sonidos de los grillos y de los pájaros rompían el silencio. Alrededor, se notaba que la vida continuaba. El mundo no había parado ni un segundo a pesar de la tristeza de aquella mujer. Y esa sensación era alentadora. Alona salió de la habitación llevándose al marido, estupefacto, a la cocina. Una vez allí, le habló con firmeza:

—Debe confiar en mí, señor. Las acciones de los médicos no han causado ningún cambio; yo la he observado todas las tardes desde hace semanas, no padece una afección física.

—Pero el médico... —titubeó.

Alona agarró el brazo del hombre con contundencia, para contener su duda.

—Debo preguntarle... ¿Le ocurrió algo a su mujer antes de enfermar? ¿Algún suceso doloroso?

—No, que yo sepa. Fue de repente, casi de un día para otro, cuando empezó a consumirse. De pronto, no tenía ganas de nada, dejó de cocinar y de hacer sus labores..., ni siquiera cuidaba de sí misma...

—Piense con detenimiento... Algo ha motivado el estado de su mujer y estoy convencida de que no se trata de un proceso físico. Al comenzar todo, ¿recuerda si padeció algún trauma? ¿En qué ocupaba el tiempo? ¿Cuáles eran sus quehaceres? ¿Cuándo dejó de hacerlos?

Alona decidió que debía estudiar los intereses de Felisa, sus rutinas... para poder partir de una base sobre la que destacar los cambios que se produjeron tras la enfermedad y poder así sacar hipótesis sobre las causas.

—Me ayudaba en la recogida de la uva de la hectárea que me corresponde, y también se

encargaba de la casa. Solía bajar al pueblo a comprar alimentos y algunas tardes, ya sabe, se quedaba por ahí con la mujer del barbero. Son buenas amigas. Aunque... —El marido se detuvo un instante, decidiendo si lo que iba a contar era relevante— ... es cierto que en esos días hubo un matiz diferente en nuestras vidas.

—¿De qué se trata?

—Deseábamos tener un hijo. Una de esas tardes hablamos sobre el tema. Comenzábamos a alarmarnos... El tiempo juega en nuestra contra, pues todavía no hemos logrado que Felisa quede embarazada.

—¿Empezó ella a entristecerse a raíz de aquella conversación?

—Diría que no. Sin embargo, hace unos dos meses la vi llorosa. Ella me comentó que había discutido con Nati, la mujer del barbero, pero sospeché que mentía. Su cara estaba desencajada. Era algo más, aunque no quise insistir. Dudo mucho de que su estado, dada la gravedad, esté causado por un incidente traumático. ¡Si apenas puede levantarse de la cama!

Alona dejó la casa aquella tarde con un marido reticente a los nuevos cambios en los cuidados de su mujer. Pero estaba tan desesperado por intentar solucionarlo que se agarró con fe a los consejos de la joven, quien había logrado ganarse su confianza. Sus objetivos e intereses eran limpios. Quería que Felisa sanara. Por ello estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que el marido siguiera sus instrucciones, incluso manipularlo o convencerlo con artimañas. Sabía qué era lo que el hombre quería escuchar y se lo había dicho. Conocía los puntos críticos en la conversación y los usó para su propósito. Descubrió en ella un gran don para que los demás creyeran en sus ideas, para las palabras y el control de sus gestos.

Fuera, el sol se estaba poniendo y una brisa llegada del mar danzaba con su pelo, reconfortándola. Alona observó el color rojizo del cielo e inhaló profundamente el aroma mediterráneo de los viñedos. Se sentía orgullosa de sus hallazgos. Por la noche durmió imaginando nuevas intervenciones; era tal su entrega e implicación, su concentración y la excitación de su ánimo, que apenas podía pensar en otra cosa. Aunque, tal vez, en un recóndito rincón de su mente, sí que hubiera un hueco para algo más: Moret.

El dolor de cabeza me hizo detener la lectura, cerré los ojos y me di un pequeño masaje en el párpado... Al abrirlos, me encontré sobre la mesa con la lista de nombres de alumnos que coincidían con las iniciales C. M., como si no hubiera querido verlos antes. Eran las ocho de la tarde de un domingo y se me ocurrió que podía contactar con aquellos estudiantes y preguntarles acerca de la nota dirigida a mi madre. Me daba un poco de vergüenza, podían pensar que estaba un tanto obsesionada o que me tomaran por una loca paranoica. Y, sin embargo, la noche anterior había decidido ser una versión más fuerte de mí misma y acompañarme de mi gran amiga «yo misma sin importar los demás», mi verdadero yo (MVY). Así que decidí vencer la vergüenza y lo conseguí. En esa ocasión fue una receta muy sencilla:

RECETA N.º 1: VENCER LA VERGÜENZA

Nivel de dificultad: VERGÜENZA SENCILLA. Nivel bajo

Ingredientes:

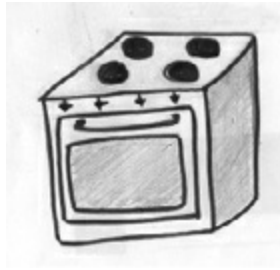
- 500 gramos de Decisión.
- 150 gramos de Mi Verdadero Yo.
- 100 gramos de Ganas de describirme a mí misma como una mujer valiente.
- 1 kilo de Curiosidad.

Pasos

- *1.º paso:* Vertemos todos los ingredientes a excepción de «La Decisión».
 - Les damos vueltas durante unos minutos hasta que quede una masa consistente.



- *2.º paso:* Añadimos 500 gramos de Decisión a la mezcla.
 - Tengamos en cuenta que, una vez añadida «La Decisión», no se puede retirar porque se queda consistentemente pegada a la masa.
 - Algunos cocineros opinan que echar un poco más de Decisión de la cantidad indicada potencia el sabor.
- *3.º paso:* Horneamos. Cada cual estimará el tiempo que necesita para que suba la masa y tome forma.



- 4.º *paso*: Sacamos la masa del horno y una vez que se enfríe la probamos:
 - Al paladar, nos vendrá el nombre del acto que «La Decisión» haya decidido llevar a cabo.



En este caso, la masa sabrá a: «coge el teléfono y haz las llamadas», pero depende de cada cocinero y la receta que busca para ese momento.

- 5.º *paso*: Decoramos al gusto.



- A mí me gusta decorarlo con un pequeño premio como recompensa final al gran trabajo. ¡Enhorabuena!, has conseguido vencer la vergüenza... El chocolate va muy bien, pero también puede servir un día de compras.



Primer tono...

Segundo tono...

Tercer tono...

—¿Sí? ¿Dígame?

—Buenos días..., digo... buenas tardes. —¡Mierda!—. Soy Eloísa Vela. Mi madre se llamaba María Cámara. ¿Eres Cristina Martínez?

Por Dios, pero... ¡qué lío me estaba haciendo! Parecía una completa imbécil. *Pensamiento intruso.*

—Sí, soy yo.

Hubo un silencio incómodo en que la chica no supo muy bien qué más decir. Normal. Me había quedado muda y en realidad me tocaba a mí aclarar la situación. Pero fue ella quien rompió el hielo:

—Siento mucho su muerte. Era una gran profesora.

—Gracias. —Le expliqué el motivo de mi llamada, y sorprendentemente mi mente había vuelto a errar al anticipar la situación y hacerme pensar que quedaría como una estúpida.

—Siento mucho no poder ayudarte, no fui yo quien escribió a tu madre y no tengo ni idea de quién pudo hacerlo. De todas formas, deberías pensar que ella no solo impartía clases en la universidad, también asistió como ponente a varios congresos.

—Muchas gracias por tu atención, me ha servido de mucha ayuda. —Me despedí de ella.

Tras este alentador ensayo, me fue mucho más fácil llamar a los demás

alumnos de la lista. Ninguno de ellos parecía saber nada acerca de la nota, y hubo dos (Carlos Muruzabal y Cruz Mora) que no cogieron el teléfono. Barajé varias posibilidades. La primera, que ningún alumno de aquella lista había escrito la nota, sino uno de los numerosos asistentes a las conferencias; en ese caso, estaba perdida. La segunda, que los alumnos me mentían al decirme que no sabían nada. También perdida. Y, por último, que quien la había escrito era Carlos Muruzabal o Cruz Mora. Algo un poco más esperanzador.

Muy orgullosa por haber hecho lo posible por conocer la identidad de C. M., rellené mi botella de agua para continuar batallando contra la resaca y proseguí con la lectura:

Alona decidió que durante los próximos días iniciaría una estrategia diferente. Le gustó que la señora Méndez se rebelara ante la luz del sol; en definitiva, reaccionó a este mundo, abandonando por un momento la quietud de las sombras.

Por ello, se centró en procurar que la mujer se enfrentara a diversos estímulos. Quería activarla, enseñarle a sentir de nuevo. El cómodo silencio seguía dominando las escenas. Pero este se rompía cuando la joven, con respeto, le decía lo que le estaba haciendo: «Voy a pasarte este cepillo por la piel, para que sientas el tacto de sus púas, y más tarde te pasaré una pluma para que notes su suavidad». Una tarde preparó su merienda. Felisa se alimentaba únicamente cuando la obligaban. Deglutía por puro reflejo cuando la comida entraba en su boca. Alona vertió un poco de pimienta y sal sobre el café. Al degustar aquello, la mujer lo escupió. La joven estaba contenta, había conseguido introducir un gran contraste a sus sentidos. Felisa lo había vivido como algo repulsivo, y para vivir tenía que dejar de estar muerta. A partir de entonces, todos los días, cuando la alimentaba, introducía diferentes contrastes en la comida: azúcar en vez de sal, miel, canela y otras especias.

Otra tarde, se le ocurrió aprovechar el momento del baño para provocar una pequeña reacción: la sumergió en la bañera con agua templada y poco a poco fue introduciendo agua helada usando una palangana. Notó cómo los pelos de la mujer se erizaban, sus músculos se contraían y su expresión cambiaba. Toda aquella tensión se tradujo en que Felisa miró con ojos inyectados en rabia. Si bien no había dicho palabra, el mensaje le llegó muy claramente: «Vuelve a templarme el agua». Primera comunicación. Alona esperó un minuto más, hasta que los músculos se acostumbraron al frío profundo. Había leído, en una de sus mañanas de estudio, que con el frío profundo y el calor húmedo los músculos se relajaban por completo. Por ello había puesto a calentar agua, que reservaba para realizar el contraste de temperatura. Y fue en el preciso instante en que vertió de golpe el agua caliente, cuando el señor Méndez entró por la puerta del baño, y su mujer sintió tanto alivio por dejar el frío que se desplomó en la bañera cambiando la expresión facial que había mantenido durante toda su enfermedad. Los músculos de la cara se relajaron e incluso pareció asomar una pequeña sonrisa en sus labios. El hombre miró con sorpresa. Antes de poder interrumpir la escena, Alona le indicó por gestos que guardara silencio y que saliera del baño.

La joven sabía que había conseguido que Felisa se relajara, aunque solo fuera muscularmente. Dejó que la mujer sintiera el momento y se quedó inmóvil, observándola, hasta que el agua se hubo templado.

Una gran idea se le ocurrió a mi mente. ¡Por fin algo no autodestructivo! ¿Estaría MVY educando mis pensamientos? Desde que se hizo presente, ahí estaba observándolo todo, tal vez ahora corregía alguno de mis malos hábitos mentales, porque sin ningún esfuerzo ni reflexión mi cabeza produjo el siguiente pensamiento: «¿Por qué no te mimas un poco y te das un largo baño? Relájate tú también». Había utilizado mi mente para algo diferente de la culpa, el rechazo o el castigo. La había usado para quererme.

Llené la bañera de agua caliente y suave espuma, puse música, incluso unas velas para sosegar el ambiente. Me desnudé y probé el agua con la punta del pie. Un escalofrío recorrió mi piel... ¡Qué calor! Al introducir el resto del cuerpo, el agua quemaba, pero después me acostumbré a aquella sensación y me relajé. Introduje también los brazos, y poco a poco me fui sumergiendo hasta que mi cuello, mi rostro y mi pelo también lo hicieron. Esperé debajo del agua concentrándome en cada sensación o sonido subacuático, y cuando se me acabó el oxígeno volví al exterior para dar una gran bocanada de aire que impulsó mis pulmones. Apoyé la nuca contra las baldosas de la bañera y me relajé durante unos instantes. Al principio mi mente estaba tan extasiada con la situación que no parloteó..., poco a poco fueron llegando algunos pensamientos, aunque ninguno muy agresivo, la verdad. Me asaltó la curiosidad por saber más acerca de la historia de Alona, de descubrir quién era C. M. y conocer la relación entre mi madre, mi hermano y todo aquello.

Cerré los ojos y cada vez que aparecía un pensamiento nuevo lo observaba con MVY, lo etiquetaba con un nombre y lo dejaba pasar (sin intentar aniquilarlo, eso producía el efecto contrario, se volvían más intensos). Etiquetas del tipo «pensamiento estúpido», «invención anticipada», «recuerdo», «cosquillas». Archivando en la carpeta de «imbecilidades», «carpeta de miedos»... Esto me aliviaba, y más aún cuando procuraba centrarme en rellenar la «carpeta de sensaciones» con la información que llegaba de cada centímetro de mi piel: «calor, olor a jabón, danza de la vela, piel de gallina, melodía profunda, escalofrío, ritmo alegre...». Aunque mi mente tan solo paraba durante unos instantes, la verdad es que aquellos instantes se hacían cada vez más intensos y largos, dejándome un gran sentimiento de paz y tranquilidad. Estaba viviendo el momento, prestándole atención plena.

En un descuido en el que MVY no pudo mantener la concentración en las sensaciones, mi mente viajó de un lado a otro, de una inquietud a otra, hasta posarse en un nuevo problema en que no había pensado: ¡Todavía no tenía trabajo! Con los nuevos acontecimientos de mi vida, ni siquiera me había detenido a preocuparme por aquello. Pero ¡si no había conseguido ni instalarme en mi dormitorio! Debía buscar la manera de encontrar una fuente de ingresos en breve. Decidí que a la mañana siguiente mandaré mi currículum a todas las empresas, universidades y colegios que se me ocurrieran. Iba a ser bastante difícil obtener un puesto como biólogo, la carrera que tanto me había apasionado, pero no iba a ceder hasta encontrarlo. Mi currículum no era excesivamente bueno, unas pequeñas prácticas por aquí..., un proyecto por allá...; pero absolutamente nada de vida laboral. Intenté olvidarme de aquellos pensamientos indiscretos que estaban amargándome. Por más que intentaba racionalizar la situación («ya he decidido que mañana mandaré los currículos, no hay nada más que hacer hoy»), mi cabeza volvía una y otra vez sobre lo mismo, en bucle, en círculo, sin salida. MVY seguía presente observándolo todo, se veía desbordado... La carpeta de «miedos anticipados» se estaba llenando. *Pensamiento intruso*. Era inútil. Por eso, decidí salir de aquello distrayendo, de nuevo, mi atención con la lectura:

Alona se había ganado por completo la confianza del señor Méndez. Cada tarde la acogía en su casa con una gran sonrisa y mayor esperanza. Ella se sentía útil y aquel sentimiento superaba incluso la desazón que le causaba el desinterés que mostraba el señor Moret hacia ella. Se veía absorta en su nuevo propósito de manera casi absoluta.

Llevaba unos tres meses realizando su intervención, aquel avivar de los sentidos, y ya era posible observar algunos logros. La mujer parecía estar más despierta, incluso en ocasiones se erguía en la cama y se sentaba para observar el mundo exterior por los siempre abiertos ventanales. Seguía sin mediar palabra y no realizaba actividad alguna por sí sola, aunque participaba con pequeños gestos de voluntad en la comida, el vestido y el aseo. Parecía estar cómoda con su cuidadora, que no la abrumaba con incesantes parloteos. Alona sabía de aquello, lo había vivido en su piel.

Una tarde, la joven observó que era hora de lavar la ropa con la que habitualmente vestía a Felisa. Como no tenía otra cosa con la que ataviar a la señora, buscó por la habitación para encontrar un blusón o cualquier otra prenda que le sirviese mientras tanto. Revolvía los cajones, dando la espalda a la mujer que, recostada en la cama, dirigía su mirada vacía hacia la ventana. De repente, movió la cabeza y sus pupilas hacia donde estaba Alona. ¿Qué reacción era aquella? Esta vez no era una mirada vacía, sino completa. ¿Completa de qué? Tal vez aquello era sorpresa...; no, era preocupación... ¡No! ¡Era interés!

Dedujo que se acercaba a un punto útil para la intervención y pensó que tal vez dentro de ese armario se guardara la causa de su enfermedad... Al abrirlo, Felisa se irguió en la cama y continuó expectante. Parecía inusualmente inquieta. La niña rebuscó en su interior y tan solo encontró unos

jerséis de lana. Uno de ellos era de bebé. Nada más. No fue la decepción la que la embargó, pues esperó a la paciencia. Y, sin embargo, estaba segura de haber leído correctamente la reacción de la mujer en sus gestos y no dudaba de su interpretación:

—¿Es esto lo que te interesa? —Le señaló los jerséis.

La señora Méndez no contestó, pero levantó la ceja derecha, gesto que Alona se tomó como un sí. Cuando llegó el marido, preguntó sobre aquellas prendas. El hombre le contestó con un profundo suspiro:

—Mi mujer solía tejer, se pasaba horas y horas haciendo estas cosas.

Mientras volvía aquella tarde a casa, durante la cena y al acostarse, Alona no dejó de pensar en la importancia de todo aquello. No dudó ni un solo momento en que Felisa había sentido interés por los jerséis y quería utilizar este recurso correctamente, para no perder la oportunidad que se le había presentado de avanzar.

Tendría que controlar toda aquella excitación, así como las ganas de actuar con inmediatez que sentía frenéticas en su pecho. Ahora debía proceder de manera útil. Debía indagar más para no dar un paso en falso y derrumbar todo lo conseguido. Pero aquello de la paciencia se le daba francamente mal.

8

La ocupación

Esa mañana el señor Moret mandó a las niñas leer sobre geografía. Debían estudiar la frontera entre Francia y España y sus alrededores. Martina jugueteaba con el lápiz mientras intentaba memorizar aquellos lugares en voz alta, aunque casi en un susurro para que no la regañasen. Alona no podía concentrarse, no dejaba de pensar en los jerséis que había encontrado rebuscando en los cajones de Felisa. La mujer había tejido durante muchos años. Seguramente era algo que le gustaba y que le suponía un gran orgullo. Detectó que aquella oportunidad resultaba un recurso valioso para procurar la mejora; aunque temía dar un paso en falso y que Felisa no estuviese preparada para tal actividad. Si entonces le proponía tejer, podría rechazar la oferta, incluso para siempre. Sabía que debía andar con cuidado y para ello necesitaba documentarse. La absurdidad de estudiar los ríos y las montañas cuando algo más importante ocupaba sus pensamientos, la irritó y empujó a hablar:

—Señor... —alzó la voz.

—¿Sí, Alona? —contestó Moret con gesto amable.

—¿Cree usted que sería posible cambiar la lección de hoy? Necesito cierta información sobre patología de la mente... —Su voz quedó en silencio al observar el semblante de Moret. La expresión de su rostro se había contraído hasta reducirse a un ceño fruncido, mientras el color de su piel se volvía cada vez más roja.

—No, Alona, hoy tenemos programado geografía. Ya llegará el día en que nos toque estudiar la psique, no te preocupes.

—Pero es que... necesito... —El señor Moret cortó su discurso con un brusco gesto.

La joven respondió cruzándose de brazos y ofreciendo un ceño aún más fruncido. Martina observaba la situación sin atreverse a mediar palabra.

Durante el instante en que duró el silencio, Alona vio cómo Moret dirigía la mirada hacia una estantería situada cerca de la puerta. Al verse sorprendido, volvió a prestar atención a su lectura en un intento de distraer a la joven de la gran pista que le acababa de ofrecer. Se sintió descubierto; él lo sabía, Alona también. El hombre cada vez se sentía más abrumado por la joven. Le asustaba su gran capacidad para cazar. Cazar detalles de secretos que él quería guardar. No dudaba de las posibilidades de Alona para construir con cada detalle la pieza completa. Alterado por aquellos pensamientos, sintió la necesidad de tomar aire puro, por lo que se disculpó con las niñas y salió de la sala. Ella no dudó. Se levantó de la silla sin hacer caso de las advertencias de Martina.

—¿Estás loca? No se te ocurra...

Se acercó a la estantería en la que había posado su atención el señor Moret y encontró una gran bibliografía relacionada con la mente. Un libro destacaba por su título: *Tratado de la locura*. Abrió una hoja al azar, en ella estaba escrito: «Existe una nueva manera de tratar a estos enfermos, olvidémonos de...».

Moret Moyano entró por la puerta y observó en pleno el acto desobediente. La niña tenía el descaro de no mostrar miedo, ni tan siquiera sorpresa. Agarraba el libro con fuerza entre su pecho y

se preparaba para asumir las consecuencias. Él no fue amable.

—No entiendes lo que te digo, ¿verdad? —Le quitó el manuscrito con brusquedad—. Como sigas comportándote así, perderás tu oportunidad de avanzar. Debes confiar en mis métodos... Mira, niña, no te aconsejo que me desobedezcas. Deja de sentirte tan... tan... ¡Sin mí no serías nada ahora mismo!

Alona tenía un nudo en la garganta y pensó: «Sí que te soy fiel. Todo lo que hago lo hago por ti, para sorprenderte, para serte útil, para agradecerte que me acogieras y me ofrecieras este mundo tan curioso al que quiero pertenecer. Tengo algo importante entre manos que te va a llenar de orgullo...». Pero fue su vanidad quien contestó de malas maneras:

—Me enseñas despacio. ¿No ves que quiero más? Cualquier día puedo ponerme a estudiar geografía, lo que necesito saber ahora es la solución a una incógnita real, que es Felisa. Para ayudarla como tú tanto deseas.

El señor Moret pareció meditar un segundo. Las miradas al encontrarse mostraron sus egos queriendo imponerse.

—¿La señorita quiere más? ¿Lo que te ofrezco no es suficiente? ¡Enciértrate en tu alcoba ahora mismo! —Le quitó la mirada y con ello le robó lo que más quería—. Martina, continuemos... Creo que tú sí que me respetas lo suficiente... ¿Estás de acuerdo en estudiar geografía hoy?

La niña asintió, compungida.

Alona se fue dando un portazo y murmurando cosas que en verdad no creía. Se enfadó con Martina por haber salido beneficiada de la situación. Ahora ella era la preferida de Moret y se moría de celos. Pero ¡si a su amiga ni siquiera le importaba él ni su secreto! No tenía el menor interés por jugar a su juego de descifrar detalles. Y, por supuesto, se enfadó con el señor Moret, seguía sin comprenderla. Si lo admiraba tanto... ¿cómo iba a querer desobedecerle sin un motivo importante? No era una caprichosa. Si quería sorprenderlo, ¿cómo iba a buscar que se enfadara con ella? Tampoco era tonta. Si le quería tanto...

Un momento... ¿Le quería?... Sí, le quería.

Ring, ring... De nuevo, el móvil interrumpió mi lectura de forma brusca, estaba realmente enfrascada. Dejé la tostada de bacón sobre el plato. No se puede desayunar bacón y pensar al mismo tiempo. Era Miguel:

—¿Estás muy ocupada hoy?

Era un lunes por la mañana, cuando la gente suele entristecerse porque se acaba el fin de semana y comienza la jornada laboral. Pero a mí no me pasaba...

—No mucho. He de mandar unos currículos y presentarme en algunos sitios, nada más. Desayunaba tranquilamente.

—Tienes que venir a verme. He de contarte algo.

—¿Más? ¡Vaya! ¡Una nueva noticia! No querrás decirme que estás embarazado de gemelos, ¿verdad? —Me reí, estaba de buen humor; a él no le hizo gracia, pero no era para ponerse así.

—Tú ven —fue directo y seco.

—Llegaré hacia las doce y media. —Yo también sabía ser directa y seca. Donde las dan, las toman.

Dejé, preocupada, el móvil sobre la mesa. A Miguel le seguía revoloteando algo por la cabeza. Me di prisa en ducharme, vestirme y en terminar de una vez con los recados para llegar lo antes posible a su casa. Encendí el portátil para mandar los dichosos currículos. Como una tonta, antes de pulsar el botón «enviar», lanzaba un beso al ciberespacio para que me diera suerte. Menos mal que nadie podía verlo.

Cuando la casilla de búsqueda de Google se me presentó vacía, recordé mi lectura anterior. Alona había cogido un libro de la estantería: *Tratado de la locura*. Lo busqué. Descubrí que cerca del año 1800 hubo avances en Francia gracias al Tratamiento Moral y a Philippe Pinel. También que sus investigaciones se editaban en aquel libro. Fue el inicio de una nueva tendencia en la intervención de los enfermos mentales, los que comenzaron a alejarse de las cadenas y otros tratamientos bastante brutales. Hizo hincapié en regular las rutinas de estos enfermos y en llenar sus vidas de ocupaciones, trabajos físicos y manuales.

No solo me acercaba un poco más a la época en la que databa el libro, 1800, sino también a su veracidad. Me llevé aquel diario en el bolso por si tenía oportunidad de leer, seguramente aquella mañana me harían esperar en numerosas salas antes de atenderme. Cerré la puerta y salí de casa dispuesta a presentarme junto con mi currículo a las demás empresas e institutos de la ciudad que aún no conocía.

A lo largo de la mañana, no dejé de ver rostros forzosamente amables que fingían sentir interés por mi experiencia laboral. No tenía oportunidad alguna. Tras varias breves entrevistas, estaba agotada y me alivió pensar que ya había terminado con aquello y que ahora tocaba dar tiempo al tiempo, nada más. Había hecho todo lo posible. Tan solo debía esperar un toque de varita mágica, un abracadabra o que el universo me devolviera el esfuerzo. Qué equivocada estaba.

Por fin llegué a casa de Miguel. Su aspecto sombrío me preocupó muchísimo.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —No me anduve con rodeos. Me arrepentí de haber dejado que tuvieran preferencia mis recados de aquella mañana sobre

su urgencia.

—¿Quieres un café? —parecía costarle arrancar.

Así que dejé que el silencio pesara, incómodo, a nuestro alrededor, con el objetivo de que sintiera el impulso de hablar.

Se mantuvo callado hasta que hubo servido el café en unas enormes y coquetas tazas. «Tan estupendas como Marisa», pensé.

—Mira, Eloísa, tengo algo que contarte. Le llevo dando vueltas a este tema desde la muerte de mamá. El caso es que estoy feliz con el embarazo, pero... bueno, empezaré desde el principio, si te parece. —Mi hermano estaba nervioso y hablaba atropelladamente, sin cohesión alguna.

Una gota de sudor acababa de nacer en la raíz de su pelo y se disponía a descender por su frente. Tomó un sorbo de café e hizo desaparecer aquella gota con la yema del dedo índice.

—Miguel, tranquilo, puedes contarme lo que sea. ¿Qué pasa con Marisa?

—No estoy seguro del todo. El día antes de la muerte de mamá... Ya sabes que me tocaba hacer el turno de visita de tarde. Ella estaba bien, se la veía fuerte y no dejaba ni un segundo el dichoso libro ese... Dijo que debía leerlo. Lo tienes tú, ¿verdad?

—¡Miguel! ¿Qué tiene que ver Marisa con todo esto? ¿Y con el libro? ¡Céntrate!

—Sí, sí..., perdona..., esto no es fácil, Eloísa. —Su postura se encorvaba, estaba apesadumbrada y cabizbaja. Como si quisiera esconderse en una minúscula cueva. Volvió a tomar un eterno sorbo de café antes de proseguir —: Cuando mamá terminó la lectura, por fin se dignó hablar conmigo y me contó algo que nunca hubieras imaginado, y que creo debes saber... Aquello me ayudó a sincerarme a mí también. No quiero que pienses mal de nadie. Es complicado, no hay que sacar conclusiones precipitadas. A veces, la gente se ve obligada a hacer cosas de manera inevitable y hay que ser capaz de perdonar, hermanita, de comprender...

Pero ¿qué le estaba haciendo su mujer? Mi hermano siempre había sido un tanto inocente. Yo no pensaba ser tan bonachona como él, ni mucho menos. Si Marisa había cometido un error, las pagaría... Era la excusa perfecta para verter todo mi odio acumulado de una vez por todas. La espera me estaba matando. Así que aceleré el proceso:

—¿Quieres decirlo de una endemoniada vez?

—Me enteré de que Marisa estaba embarazada mucho después. Si no, hubiera puesto remedio antes. Ahora solo me queda tirar para adelante; mamá me hizo dudar porque me contó algo absurdo. Dijo que...

Justo en ese preciso y crítico momento, en el que mi hermano por fin parecía dispuesto a concretar, el sonido de unas llaves se escuchó al otro lado de la puerta. No podía ser. De nuevo, Marisa interrumpía.

—¿Te vigila? —le pregunté de manera un tanto agresiva. *Pensamiento intruso.*

Miguel se enfureció ante ese comentario. Se levantó con gesto contraído y, tras fulminarme con la mirada, cogió su abrigo y se dirigió a la puerta.

—Hola, cariño. Tengo que irme. —Besó a Marisa en la mejilla y raudo y veloz salió de la habitación dando un portazo. Nos quedamos las dos mujeres solas.

—¿Qué le pasa? —me preguntó ella con cara de niña buena.

Por Dios, ¿cómo se puede fingir tan bien? La habitación se había iluminado con su presencia e incluso parecía que unos angelitos revoloteaban por la estancia mientras cantaban, risueños.

—No lo sé. Yo también tengo que irme. Hasta luego. —Fui dura y cortante.

Conforme me iba, pude sentir cómo el fango burbujeaba bajo mis pies con cada paso que daba, hundiéndome como si pesara una tonelada. Chof, chof... Marisa era ligera como las plumas de un ángel celestial, y yo, el monstruo de la laguna fangosa apestosa. *Pensamiento intruso.*

Por fin me senté en el coche, cerré los ojos y respiré profundamente varias veces. Una. Dos. Tres. Cuatro veces. Me sentía más segura sin la divina presencia de Marisa cegándome la vista. Debía recopilar datos sobre la conversación que acababa de mantener con mi hermano. Apoyé la cabeza sobre el volante, rendida. Confusa. ¿Por qué se había enfadado? ¿Qué había querido contarme? ¿Qué sabía de mamá que yo desconocía? Y por Dios, ¿qué tenía que ver mi «perfectísima» cuñada con todo aquello?

Levanté la cabeza del volante; seguro que me había dejado una marca ridícula en la frente, y me encontré a la mismísima Marisa saliendo del portal de casa. Miró a ambos lados de la carretera y levantó la mano para saludar a

una mujer que parecía estar esperándola en la acera de enfrente. Se acercó a ella corriendo, graciosa, sobre los tacones. Con excesiva gracia... Grrr... Su amiga era una chica un poco más joven, morena y elegante, aunque no tan bonita. Las dos se abrazaron y giraron la esquina. Decidí seguir las. No fue difícil, ambas se metieron en una cafetería, a escasos metros de allí. No me atreví a bajar del coche, por si me veían. Carecía de experiencia en esto de ser sigilosa y sutil. Empezaba a creer que todo aquello se estaba complicando. Me quedaría allí, vigilando, para descubrir lo que ocurría. Debía conocer quién era en realidad Marisa y qué oscuros propósitos pondría en marcha contra mi hermano.

De nuevo Alona hervía, encerrada en su cuarto. Se movía como un animal enjaulado. ¿Cuánto tiempo debía esperar? ¿Podría ir aquella tarde a casa de Felisa? Aquello de sentirse incomprendida, frustrada e impotente se estaba convirtiendo en un odioso hábito. Decidió ser cauta y esperar a después de comer. No quería, por nada de este mundo, enfadar más a Moret y que la dejara sin visitar aquella tarde a los Méndez. Se estaba acercando tanto...

Durante la comida, Moret habló con las niñas como si nada hubiese ocurrido y aquello aún enrabió más a Alona, que no podía dejar de beber agua fría a cada instante, como si así pudiera apagar sus humos. Incluso pudo percibir como él se regodeaba, dirigiéndose con mayor entusiasmo e ilusión a Martina. O eso creyeron sus celos. Su amiga la miraba de vez en cuando, intentando invitarla a participar en la conversación, pero ella no estaba dispuesta a ceder. Bueno, solo lo justo para obtener su permiso para ir a casa de los Méndez.

Una vez acabaron, intentó esquivar a Moret, con tal de no darle la oportunidad de prolongar su encarcelamiento; en realidad no habían concretado si el castigo se extendía por la tarde. Subió las escaleras y se encerró en su habitación para hacerse invisible, y en cuanto pudo se escapó a casa de Felisa.

Pasó la tarde allí, realizando la misma rutina de siempre. No había podido recopilar más información, así que por el momento no iba a utilizar el recurso de los jerséis. Debía pensar bien. Mientras bañaba a la mujer, la vestía, le realizaba los contrastes de temperatura, olores, sabores, etcétera, reflexionó: tras la muerte de sus padres y antes de conocer al señor Moret, vivía en el más absoluto estupor, así que creía que Felisa pasaba por un proceso parecido. Lo recordaba bien, aquellos días había flotado sobre un vacío sin fin que incluso resultaba cómodo. Cualquier otra cosa le producía un dolor insoportable. Era lo más parecido a estar muerta. Una especie de anestesia que mitigaba el dolor. Pero ahora, volvía a sentirse viva, y lo prefería. La curiosidad que le causó Moret la despertó y dos sentimientos convivían con ella: el amor y la necesidad de serle útil. Ambos se peleaban en su interior continuamente. Por un lado, quería volar al lado de Moret Moyano, ofreciéndole su ternura, admirándolo, aprendiendo de él, cuidándole... Lo amaba. Por otro lado, sentía que el mismo Moret la frenaba a cada paso, dejándola rezagada y olvidada, cuando ella quería reivindicarse a su altura, insubordinarse. Lo odiaba.

Una vez en casa, al anochecer, se acostó en la cama, apoyó la mejilla sobre sus manos, que descansaban entrelazadas encima de la almohada y se quedó pensativa, con los ojos abiertos, hasta que un toque en la puerta la sacó de su estado. Se levantó para abrir, con el blusón puesto, esperando ver a Martina al otro lado. Pero era Moret Moyano quien la observaba, atento, mientras, en cuestión

de segundos, toda la habitación se impregnaba de su varonil fragancia.

—¿Me permites pasar?

Alona se ruborizó e intentó taparse el generoso escote que dejaba su blusón del pijama, pues ya no era tan niña. Retrocedió unos pasos, dejándole espacio para entrar. Al no decir nada, Moret continuó:

—Mira, Alona, puede que haya sido un poco rudo esta mañana. Te pido perdón. —Hizo una pausa para mostrar su arrepentimiento con un sincero gesto, arrugó la frente y prosiguió—. Te he traído el libro que querías, para que le eches un vistazo. Espero que te ayude.

—Gracias. —Alona suavizó la expresión y alargó el brazo para cogerlo. Las manos de ambos se rozaron, mientras ella se estremecía.

—No debes llevar este libro a la sala de estudio por las mañanas. Allí seguiremos con mi programación, pero puedes leerlo en tu tiempo libre. ¿De acuerdo?

Alona frunció el ceño e inclinó la cabeza en señal de afirmación, aunque a regañadientes. Moret seguía siendo terco y poco flexible; pero esta vez el obstinado gesto de Alona se le antojó grácil y divertido, así que la obsequió con una delicada mirada. Utilizando el reverso de la mano, acarició su mejilla con lentitud. Tan solo estaba a unos pocos centímetros de su cara, mirándola fijamente. Tras un tierno instante, se marchó. La joven cayó de golpe en la cama y allí se quedó, abrazando fuertemente el libro y con el corazón en un puño.

¡Un momento! Marisa y su desconocida amiga salían de la cafetería charlando alegremente. Me escondí entre el volante y el asiento, desde donde pude ver cómo se despedían. Luego seguí a mi cuñada hasta su lugar de trabajo; entró en la tienda con sus eternos zapatos de tacón y con su gran habilidad para llevarlos, acompañada de su banda sonora celestial. Eran las tres y media del mediodía y me moría de hambre, así que hice una pequeña parada en mis funciones de detective para comprar algo de comida.

Mientras volvía hacia el coche, dándole bocados a mi bocadillo, decidí que todo empezaba a resultar estúpido. Debía dejar ya aquella imbecilidad de investigadora y llamar a Miguel, aclarar por qué se había enfadado y preguntarle todas las demás cuestiones. Observé el grandioso escaparate. Esperaba que no me hubieran visto. Estaba a punto de poner fin a todo aquello cuando alguien se aproximó a la tienda: un hombre alto, guapo y de la edad de mi hermano. Saludó a Marisa con un gran abrazo y levantándola, cual pluma ligera, del suelo. También la besó en la mejilla. Ella se ruborizó un poco, muy coqueta. Ñoña del todo. Mis sospechas se centraron en el visitante. La verdad es que aquellas horas del mediodía eran tempranas para abrir la tienda. ¿Habría quedado Marisa con ese hombre? ¿Habría quedado sin que Miguel lo supiera? ¿Estarían atentando contra su confianza? ¿Se trataba de un amante? Y si lo era... ¿De quién era el hijo que esperaba? «Para un poco —me

dijo MVY—. Te estás precipitando.» He de admitir que me llevé una gran desilusión al comprobar que tenía razón... Por favor... ¡Tenía unas ganas de verter mi odio! Pero no debía... Debía ser cauta. Así que, enfurruñada, me crucé de brazos y esperé a ver qué pasaba.

El hombre tomó de las manos a mi cuñada y la observó como si la admirase más que a nada en este mundo. Como si pudiera romperla con un toquecito, de lo frágil y tierna que era. Ella dijo algo y comprobó la hora en su reloj. Después cerró el comercio desde dentro, y ambos se metieron en la trastienda. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no sacar conclusiones precipitadas. En verdad, sustituí las conclusiones precipitadas por un tic nervioso en la pierna y un pestañeo del párpado izquierdo con velocidad espasmódica.

Alona pasó toda la noche leyendo aquel tratado, recogiendo ideas mientras devoraba las frases del manual. Por la mañana tenía muy claro qué hacer con Felisa. Elaboró un plan cuyos argumentos partían de algo tan básico como irrefutable: la necesidad de la raza humana de sentirse útil y satisfecho con lo que hace. Ella misma lo apreciaba en su propia piel. De hecho, la necesidad de sentirse útil era tan fuerte que la manejaba a su antojo. Quería ser perfecta y necesaria. Y esto la hacía actuar de muy diversas maneras: a veces se mostraba rebelde, otras cauta, en ocasiones inteligente, otras inocente... No sabía muy bien cómo definirse. ¿Por qué era tan diferente al resto? Tal vez, al quedarse huérfana, algo la había trastocado. Algo que ahora no dejaba que la niña se construyera de una manera estable. Era dañinamente orgullosa.

En aquel manual descubrió que necesitaba un bastón extra para que su plan hiciera efecto. Necesitaba medicar a Felisa, un empujón antes de proponerle cualquier cosa y que pudiera aceptar. Moret le permitió una tarde entrar en la biblioteca. Cada vez mostraba mayor complicidad con las habilidades de la joven, la apoyaba. Eso sí, sin dejar que eso interfiriese en su plan programado de instrucción. Bajo la etiqueta de «Botánica», Alona encontró algunos remedios contra la tristeza, que administraba a Felisa: infusiones de la flor seca de pasiflora, dos tazas al día con dos cucharaditas de hidromiel, tres tomas de jengibre con cada comida, sauce y azafrán... Bajaba al pueblo a por los ingredientes y aprendió a encontrar algunos de ellos en el bosque.

Al cabo de dos semanas, vio preparada a Felisa, participaría en su nuevo plan; aunque para ponerlo en práctica necesitaba un cómplice, y no sabía qué hacer... ¿Pedírselo a Moret?, ¿tal vez a Martina?... Mientras desayunaban lo decidió: había avanzado mucho con el señor Moret, y no quería perder ventaja. Se lo pediría a él. Los dos serían cómplices de un mismo objetivo. Sentía una gran felicidad. ¡Qué ilusión le haría participar de un plan tan inteligente! Entre los dos, discutirían las opciones, debatirían los detalles y, cuando llegara el momento, celebrarían su éxito. Pero la joven siempre anticipaba en exceso cuando de él se trataba. ¿Cómo no había aprendido todavía que era una presencia fugaz, que no se mantenía a su lado tanto tiempo como ella deseaba? Y cada vez ella se ilusionaba y la desilusionaba. De hecho, era el mayor experto en evocar a su frustración. La realidad volvió para golpearla, mientras Moret desaparecía otra vez.

—Niñas —¡cómo odiaba Alona que la llamara así!—, debéis disculparme esta mañana. Tengo que emprender un viaje. Tardaré en volver, así que la señora Pody se encargará de supervisar vuestro

estudio hoy. Sed obedientes.

Y se marchó por el camino rodeado de árboles y plantas de hierbabuena. Alona, inmediatamente, intuyó adónde se dirigía: al acantilado del cual se había arrojado una vez, al lugar donde había muerto en una ocasión... ¿Volvería? La niña no se atrevió a seguirlo, esta vez arriesgaba demasiado.

Tampoco aquella tarde iba a ser como otra cualquiera. Estaba todo meticulosamente planeado. Alona llegó a casa de la señora Méndez, se despidió del marido y comenzó con sus labores habituales. Se esmeró en profundidad, ya que quería que Felisa estuviera lo más despierta posible, lo más ágil posible. Cuando acabó con el baño y la hubo vestido, la metió en la cama y se sentó a su lado, esperando a su cómplice. Al rato, llamaron a la puerta.

—Señora Méndez, espero a una amiga, Martina. Con su permiso, le diré que pase. Tan solo será un segundo. —Silencio.

Alona se dirigió a la puerta de entrada y permitió pasar a la visita hasta la habitación. Martina saludó algo inquieta, con ligera vergüenza, pero no obtuvo respuesta por parte de la enferma; a pesar de ello, el plan continuaba. Las amigas eran cómplices de lo que ocurriría, incluso habían ensayado el diálogo:

—Siento la molestia, pero las buenas noticias me apremian, amiga: por fin saldrá adelante el gran baile de la mansión —dijo Martina.

—¿De veras? —Alona saltó exaltada, loca de alegría. Dio una vuelta bailando. Era su escena de teatro en aquella obra—. Llevo esperando este momento mucho tiempo. ¿Crees que estaré a la altura de las circunstancias?

Mientras actuaba, ensalzando su alegría, se percató de los gestos de la señora Méndez. Su primer objetivo se había cumplido: había abierto los ojos y levantado ambas cejas. Curiosidad. ¿Sería aquello la chispa que encendiese la vida? Martina y la estrategia prosiguieron:

—¡Por supuesto que sí! Me alegro mucho por ti. ¡Por fin lo celebraremos como te mereces! —Ambas amigas se abrazaron. Felisa se movió, inquieta, en la cama—. Deberías llevar un vestido elegante. ¡Mañana compraremos uno en el pueblo! —Alona entristeció su gesto y apagó su energía. Procuró que la mujer lo viese—. ¿Qué ocurre? ¿Es que no te alegra?

—Sí, sí, claro... —acompañó la frase de un vago tono—, estoy contenta... —Una pausa, y una mirada triste que mostraba lo que sus palabras escondían—. Te acompaño a la salida. Tengo que trabajar.

Cuando la señora Méndez ya no podía verlas, Martina guiñó un ojo, divertida y orgullosa de su actuación. Se marchó con una disimulada risita. Al volver a la habitación, Alona fingió llorar desconsoladamente. No se le hacía difícil, tan solo necesitaba pensar en algo muy doloroso y en algo muy hermoso a la vez. Lloró por la muerte de sus padres, por quedarse sola y por el amor no correspondido que sentía por Moret Moyano.

Felisa no conocía la causa de sus sollozos. Había cogido cariño a la niña. Ella la acompañaba y la comprendía. Era cómodo estar a su lado, sin sufrir incesantes parloteos, y se lo agradecía. Además, la curiosidad la estaba agitando por dentro, tanto que le entraron ganas de vomitar. Parecían arcadas; pero no, espera, no iba a echar el contenido de su estómago por la boca, aquello era diferente... eran... palabras.

—¿Qué te pasa, niña? —¡Fue Felisa quien lo dijo!

La joven no cometió el error de aparentar sorpresa por aquellos primeros vocablos. Se enjugó las lágrimas y entre sollozos narró a la mujer toda su historia: el fuego que mató a sus padres, lo sola que se sintió y cómo el señor Moret la había acogido. Entonces continuó contando que se celebraba un baile en la mansión, que acudiría mucha gente respetada a la que quería sorprender para que Moret se sintiese orgulloso de acogerla, pero que en el incendio lo había perdido todo, incluido todos sus vestidos de fiesta, y que no tenía dinero para comprar nuevos. Felisa se sentó en la cama y la miró con el ceño fruncido, cómplice de la preocupación que mostraba su acompañante.

—Yo te haré un vestido. Antes solía tejer. Guardo los utensilios en ese armario y alguna tela en el trastero.

Segundo objetivo cumplido: la mujer se sentía útil y realizaría una actividad que para ella había tenido significado durante toda su vida. Una actividad manual, automática y sencilla que sus músculos conocían a las mil maravillas; esto último facilitaría que su estado de ánimo no pudiera manipularla mediante la desgana.

—Gracias. —Aunque sonó sincero, Alona no la abrazó, ya que sabía que aún no estaba preparada para un contacto tan íntimo.

La señora Méndez no volvió a decir nada más en toda la tarde. Cuando el marido volvió del trabajo, la joven no le comentó nada acerca de los avances. Felisa se lo agradeció en silencio, quería continuar cómodamente triste.

Condenados a la ceguera

Lunes. Martes. Miércoles. Jueves. Viernes... Pasaron los días y ni una sola llamada de trabajo. Mi cuenta del banco comenzaba a utilizar tinta roja en sus impresiones.

Siempre creí que sería una gran bióloga de bata blanca. Sabía que la cosa estaba difícil, pero yo quería vencer la adversidad, destacar entre los alumnos de mi curso y, nada más salir de la carrera, que todas las empresas e institutos se pelearan por mí. Bueno, esto último sabía que era poco probable; aun así, lo llegué a imaginar.

Aunque me cueste admitirlo, porque sé que es bastante ruin pensar así, creo que desempeñar un trabajo distinto del de bióloga, después de haber pasado tantos años dedicada a ello, sería rebajarme a un nivel inferior. Ahora que MVY estaba merodeando, reconocía que aquel pensamiento era, como poco, estúpido y especialmente inútil. No me permitía margen de actuación para salir de mi apuro, me bloqueaba. Sin embargo, ahí estaba, arraigado a mis creencias, formando parte de mi mapa mental por mucho que quisiera echarlo a patadas.

¿Qué tiene de malo ganarse el jornal realizando un trabajo que no es para el que te has preparado?... Nada en absoluto, decía MVY. Rauda y veloz, mi mente le contestaba «te has pasado mil horas hincando los codos para nada», y de un nivel de pensamiento más profundo, casi inconsciente, me llegaba el siguiente mensaje: «Has elegido mal en qué emplear tu tiempo. Si te rindes, sabes que tendré razón». Por otro lado, en este mapa mental, en el «condado de las creencias aprendidas y el ego inflado», estaba escrito: «La sociedad valora mucho más a las biólogas que a los barrenderos, y a las estrellas de cine que a los panaderos que ponen pan sobre nuestra mesa cada día. Y tú también». Hay que ver las tonterías que nos enseñan y, aun reconociéndolas,

dejamos que sigan ahí.

Tan solo MVY introducía algún resquicio de duda en todo aquel mapa de creencias. Desde luego, no lo suficiente como para lograr que yo actuase en consecuencia. Simplemente me advertía. No podía ignorar mis creencias de toda la vida y empezar a hacer caso de alguien que acababa de aparecer: MVY. Apenas lo conocía. Ya se sabe, más vale malo conocido que bueno por conocer. O no.

RECETA N.º 2: ROMPER TU MAPA DE CREENCIAS ABSURDAS / PERDER LA CEGUERA

Nivel de dificultad: Elevado.

Creemos que, si nos deshacemos de una creencia a la que nos hemos agarrado a lo largo de nuestra vida, podremos cambiar hasta desaparecer tal y como nos conocemos. El mundo que nos rodea podría desmoronarse. Además, existe el miedo a desprenderse de una creencia que en verdad tenga valor; dudamos de su utilidad, dudamos de si es o no absurda. Por ello la siguiente elaboración será dificultosa.



INGREDIENTES Y UTENSILIOS:

- 10 gramos de Creencia arraigada. Cuidadosamente seleccionada.
- 8 toneladas de MVY. Cuanto más fresco esté, mejor.
- 1 objetivo. En este caso: «poder ganar dinero y no morir de hambre».
Cuanto más necesario y funcional sea, mejor.
- 1 lupa.
- Un colador.
- Un bol.
- Una trituradora.
- Una sartén.



- *1.º paso:* Cogemos 10 gramos de una de nuestras Creencias. Para seleccionarlas, debemos utilizar una lupa. Optamos por aquellas creencias que en un momento dado nos incordian. Suelen tener un aspecto rojizo, como un escozor, y su única función es la de bloquearnos, sin opción a avanzar. La introducimos en un bol. Ponemos poca cantidad, porque de otra manera sería imposible realizar la receta. No podemos de golpe aniquilar todas las creencias que tenemos. Sería peligroso. Le damos vueltas.



- 2.º *paso*: Poco a poco introducimos 3 toneladas de MVY.

3 TONELADAS DE MVY: para observar, analizar, objetivar y etiquetar, es decir, detectar creencias inútiles.

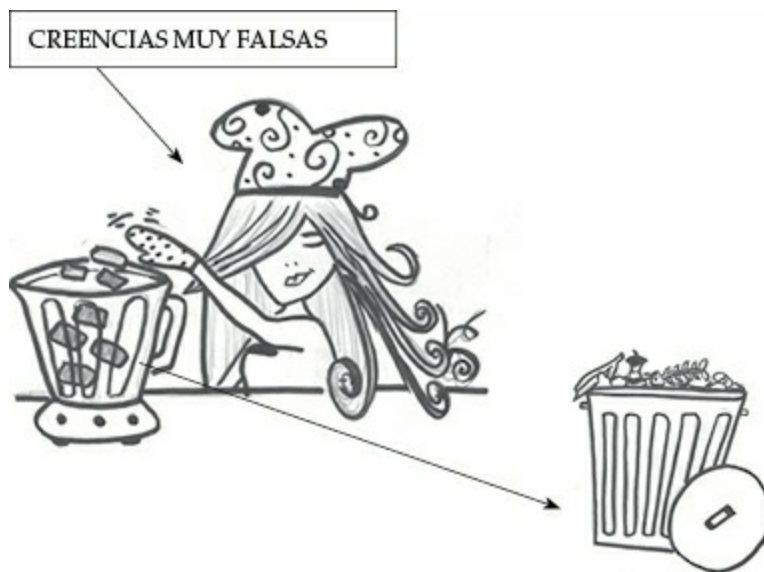


Se produce una reacción: las creencias «muy falsas», las más inútiles, quedarán en la parte superior debido a la diferencia de densidad y adquirirán un estado sólido y pesado.



Las demás creencias tienen la misma densidad que MVY, se mezclarán cogiendo una textura casi líquida y quedando en la parte inferior.

- 3.^{er} *paso*: Utilizamos el colador para separar ambas capas. Los trozos densos, los de creencias muy falsas, quedarán aislados. Los trituramos antes de tirarlos a la basura. Nos quedamos con el resto.



- 4.^o *paso*: Introducimos 5 toneladas más de MVY en el bol en el que hemos guardado el resto de la pasta. Debemos consolidarlo. Con ayuda del colador, repetimos la acción anterior. Hay que ser cautelosos, por eso lo hacemos en dos veces, se necesitan dos filtrados por lo menos. Esta vez las

«creencias falsas» quedarán en la parte superior:



Las creencias que en verdad nos son útiles resistirán y se unirán a MVY.

- 5.º paso: Vertemos en una sartén las «creencias falsas» y, tras calentar un poco, les damos la vuelta.



Te has pasado mil horas estudiando para nada.

EGO: «No ejercer de bióloga es un fracaso personal».

- Has disfrutado y aprendido mucho durante tus estudios.
- Era lo que querías hacer y te esforzaste al máximo, eso te honra.
- Nada es en vano, solo hay que seguir avanzando hasta que pongas en práctica tus conocimientos.
- Poner toda la carne en el asador para ser bióloga algún día no implica que no puedas aceptar otro trabajo ahora.



Las dejamos reposar hasta el momento adecuado en un tarro...
Y mantenemos en el bol a MVY junto con el resto de nuestras creencias,
por si queremos volver a utilizar la pasta en otra ocasión.

Finalmente tenemos:



1. Creencias muy falsas en la basura.



2. Un tarro de creencias falsas a las que hemos dado la vuelta hasta convertirlas en ideas útiles que nos ayudarán a avanzar.



3. Un bol con las demás creencias (las que no nos hemos parado a analizar esta vez), mezcladas con MVY y en reposo. ¡Listas para volver a retomar la receta en otra ocasión!

Hacía tiempo que había dejado reposar mi bote de ideas útiles. A lo largo de toda la semana, y a medida que aceptaba el hecho de que no me llamarían para trabajar, me había puesto con ello. Aquella mañana de viernes eché un vistazo al interior del tarro. Pude ver que había mayor densidad en la pasta, como si algo se estuviese consolidando. Sin embargo, no lo suficiente como para impulsarme a cambiar mis valores y, por lo tanto, tampoco mis decisiones. Seguía pegada a mis anteriores creencias como una inútil.

Salí a comprar. Tuve que comparar marcas, precios, cantidades y ofertas para elegir la opción más barata. Aquello era agotador y me producía una gran tensión.

De vuelta a casa, transporté las bolsas con cada parte del cuerpo capaz de soportar algo de peso. Incluidos los dientes, el dedo meñique y un intento fallido de cargar con las orejas. Esto no me impidió leer el cartel que colgaba de la ventana del bar El rincón de los sitios: «Se busca personal». No me había fijado hasta ahora. ¿Es que no lo había visto porque aquel cartel no había estado realmente ahí o porque había estado ciega por culpa de falsas creencias? ¿La reciente consolidación de la pasta de mi receta me había curado la ceguera? Entré en el bar.

—Bñños Diiiis, Felipi...

—¿Qué dices, Eloísa? —preguntó el camarero—. Quítate la bolsa de la boca para hablar. ¿Un cafecito?

Ya nos conocíamos. Un proveedor de cafeína y una *cafeinómana* están condenados a forjar una gran amistad.

—No, gracias. Vengo por el cartel de la ventana. ¿Cuánto tiempo lleva ahí colgado?

—Déjame que lo piense... Unas dos semanas. ¿Por qué? —Tras una pausa para la reflexión, siguió—: El horario es de ocho de la mañana a dos de la tarde. Libras los lunes y los viernes. Son mil trescientos euros al mes. ¿Te interesa?

—Quizá. ¿Puedo pensármelo un poco? —Mi bote de ideas útiles en reposo se mantenía cerrado.

—Sabes que si lo quieres es tuyo. Espero que no se te adelante nadie.

—¡Gracias, Felipe! —Lancé un beso desde la puerta y me fui.

Ese cartel llevaba ahí dos semanas, y yo no me había percatado. Con la de veces que había cruzado por aquella ventana... ¿Nos hacen nuestras creencias ciegos al mundo que nos rodea? Esto sería una explicación bastante razonable. Aunque tal vez... Cuando cambiamos una creencia que nos encarcela, ¿mandamos un mensaje al mundo y todo cambia? No es que el mundo se destruya, sino que... ¿Se reconstruye alrededor de nuestras nuevas perspectivas? Esto sería una gran explicación. Si lográsemos construir el mundo según nuestras creencias, seríamos capaces de hacer desaparecer todos nuestros complejos, nuestras pesadillas y quitasueños... Un ejemplo banal: esa lorza de tu tripita no se habría creado si tú no hubieses pensado en ella. Si fuésemos bien erguidas y con la cabeza alta. De la misma manera, alguien que nunca antes había pensado en esa lorza que digo, sería incapaz de verla. Para él no existiría, no se habría creado nunca.

¿Podríamos decorar el mundo a nuestro antojo; o mejor dicho, al antojo de nuestro mapa mental? Me encantaría creerlo, pero no es tan fácil.

Tuve tiempo para pensarlo mientras subía las escaleras de casa y para susurrar un «Mierda...» mientras se abría la puerta de Lucas. De nuevo sudada, sonrojada por el esfuerzo, trasladando peso con mis dientes, y él allí plantado, mirándome desde las alturas.

—¿Te ayudo?

Esta vez no mostraba esa actitud relajada, habitual en nuestros anteriores encuentros. Había desaparecido esa chispa de chulería. Pude percibir cierta

coloración rosada en sus mejillas. Incluso me atrevería a decir que actuaba con timidez... Qué raro... Asentí con la cabeza, aceptando su ayuda. Pero entonces vi la escena, como si de un tráiler de película de terror se tratara. *Pensamiento intruso*. Él se acercaba lentamente, cumpliendo con mis más fogosos miedos y cogiendo, en lugar de la bolsa que colgaba de mi meñique, la que colgaba de mis dientes... Asquerosamente baboseada y mojada. Para mi asombro, no pareció notarlo.

—Dame esta también.

Me cogió esa y muchas más. En realidad, tan solo me dejó una que apenas pesaba, como signo de respeto a mi fuerza. El acto me enrabetó un poco, aunque también me pareció muy caballeroso.

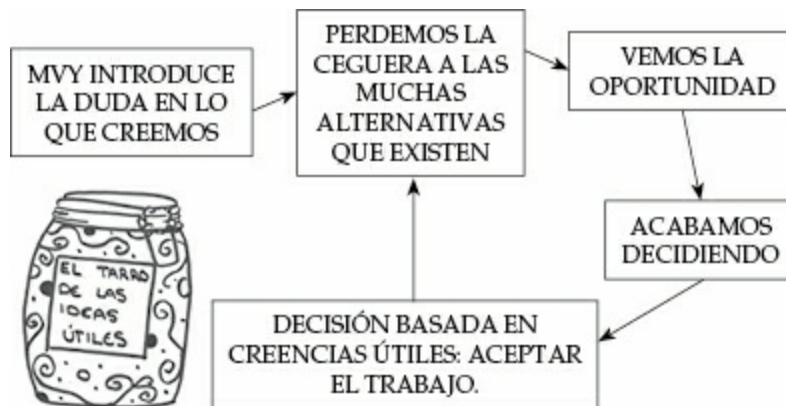
A pesar de que me había quitado peso, mi corazón latía con más fuerza que cuando lo llevaba, y no estaba segura de si Lucas podía o no escucharlo. Seguramente aquella reacción era por culpa de nuestro último encuentro. Por aquella notita graciosa que me había mandado en forma de avión. Abrí la puerta de casa y él entró con las bolsas hasta la cocina. Le invité a una cerveza, que rechazó.

—Lo siento. Tengo prisa. —Me dirigió una esquiva y fugaz mirada y se marchó aún más veloz.

—Gracias... —Intenté alargar el momento, pero fue en vano.

Allí me quedaba, de nuevo anonadada. Por no pensar mucho en aquellos confrontados sentimientos que me causaba mi vecino el borracho, abrí el tarro de ideas y observé la pasta de mi receta en reposo, buscando los avances y... ¡Allí estaba! La pasta se había convertido en una gran decisión: «¡Acepta el trabajo!».

MVY había introducido la duda, la misma que me había quitado la ceguera, y al hacerlo me había encontrado con la oportunidad: un cartel de «Se busca camarero» que había estado allí desde hacía dos semanas. Para terminar, la oportunidad había hecho que me decidiera y actuara de manera diferente a mis creencias absurdas. ¡Esta vez había vencido!



- 6.º *paso*: Con el debido tiempo, al abrir el tarro de las ideas útiles encontraremos lo que necesitamos para romper nuestro mapa de creencias absurdas: perdemos la ceguera ante las oportunidades del mundo, que nos empujan a decidir en consecuencia, y nos convertimos en personas dispuestas a aprovecharlas.



Bajé corriendo las escaleras. Y lo hice tan rápido que adelanté a Lucas por el trayecto, dándome incluso tiempo a pensar: «Creerá que estoy chiflada. “Otra vez la loca que corre por las escaleras”». *Pensamiento intruso*. Me sentía tan ilusionada que le lancé un alegre «hasta luego» y seguí corriendo hasta que pude decirle a Felipe:

—Acepto el trabajo.

—Pues empiezas mañana mismo —dijo con entusiasmo.

Me preparé la comida tremendamente contenta y, tras devorarla, me tumbé un rato en el sofá con el objetivo de echarme una pequeña siesta. Justo

cuando entraba en un dulce adormecimiento, el teléfono me interrumpió. Era mi hermano:

—¡Miguel! —salté, alarmada—. Ayer te llamé unas cuantas veces, pero me colgaste... ¿Es que estás enfadado? No entiendo que...

—No quiero hablar de eso —me interrumpió con dureza—. Tan solo quería preguntarte: ¿has acabado ya con el libro que te prestó mamá en el hospital?

—No, no lo he acabado.

—¿Por qué te está costando tanto leerlo? ¿Lo tienes un poco abandonado? ¿No podrías dejármelo para que lo lea yo antes? Después te lo devuelvo.

—No, en realidad estoy enfrascada en él. Pero es largo. —Mi hermano suspiró al otro lado del teléfono.

—Está bien, avísame cuando acabes.

—Sí, claro. ¿Por qué tanto interés?

—Tengo curiosidad. Mamá se desvivía por leerlo. Eso es todo.

No quise hablarle acerca de mis dudas sobre la relación entre el libro y su muerte, porque no estaba totalmente segura, y menos teniendo en cuenta cómo se estaba desarrollando la historia de Alona. Sin embargo, aquel repentino interés me parecía sospechoso. Últimamente sus reacciones no eran normales. Había intentado en numerosas ocasiones sincerarse conmigo sobre algo sin conseguirlo, ocultaba información, posiblemente relacionada con el embarazo de Marisa. Y ahora esto... ¿Qué se llevaba entre manos? La imagen de mi madre señalando a Miguel en sus últimos suspiros me vino a la cabeza. La rechacé, no quería tener que asociar esa otra información, era dudosa. *Pensamiento intruso.*

—Oye, hermanito. ¿Puedo hacerte una visita mañana?

—Marisa y yo nos vamos de viaje este fin de semana. Hemos alquilado una casita en el campo.

—Es que no me quedé tranquila el otro día. Te marchaste enfadado. No entiendo por qué.

—Te pido que no insistas, Eloísa, no me apetece mucho discutir. No tengo intención de retomar el tema del que hablamos. No creo que puedas entenderme. Si aún quieres venir y es una visita familiar, volvemos el martes.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras... ¡Lo entenderé si se trata de

ti!

—Mira, he de estar seguro antes de contártelo. Dame un tiempo y deja de insistir, por favor.

—Una cosa más, Miguel... —Me lancé, no podía perder la oportunidad—. El día en que murió mamá, vi a un hombre salir de su habitación momentos antes de que... de que ocurriera todo... ¿Lo viste tú también? ¿Sabes quién es?

—¡Deja ya de preguntar sobre lo mismo! ¡No sé de quién me hablas!

Estaba nervioso y se exaltaba a la mínima. Sabía que mentía, le había visto saludar con una inclinación de cabeza a aquel visitante; pero cambié estratégicamente de tema y le conté acerca de mi nuevo trabajo. Ni tan siquiera se dignó, como acostumbraba, burlarse un poco, y terminamos la conversación.

Aquello me había quitado el sueño. ¿Por qué insistía ahora en el libro? ¿Por qué mentía? Decidí continuar leyendo un poco más; aquella lectura volvía a cobrar importancia:

Alona y Felisa pasaban juntas cada tarde, compartiendo profundas conversaciones. Habían transcurrido varios meses desde que se conocieron. La enferma aún sufría síntomas de su anterior tristeza, pero los vencía cada día, con los paseos, las tareas de la casa que había retomado y tejiendo, actividad que la llenaba de orgullo. Había aprendido a conseguir las hierbas que necesitaba y a realizar las infusiones y las tomas. La mejoría era notable; aunque Alona temía que apareciera un eslabón suelto en aquel plan. La mujer no podía enterarse de que no existía realmente el baile para el cual le estaba confeccionando el vestido. Si lo descubría y creía que le habían mentido, volvería a caer presa de otra decepción.

Un día, Felisa anunció que había terminado con su labor y podían admirar el resultado. El vestido era muy hermoso, confeccionado con tela de color crema y detalles dorados. Una vez que Alona se lo hubo probado, se sorprendió de su propia imagen reflejada en el espejo. El efecto del vestido con el color de su pelo, el color del trigo, era hermoso. El tono crema contrastaba con su piel quemada por el sol y el brillo de los detalles dorados tintineaba bailando con su inteligente mirada. Se sentía resplandeciente, tanto que también ella necesitó que el baile fuera real; quería que el señor Moret la contemplara tan bonita. Estaba segura de que si pudiese verla así vestida, la querría con ternura, aunque tan solo fuera por un instante y desde la distancia. Sumergida en aquellos pensamientos, no se dio cuenta de que Felisa se le había acercado mucho. La mujer comenzó a peinarla, como una madre que cuida de su niña. Y entonces ambas se echaron a llorar unidas en un abrazo. Alona lloraba por la madre que tanto echaba de menos, pero... ¿y Felisa?

—Alona, tú me salvaste de aquel terrible vacío, y ahora, aunque siga sufriendo, me has ayudado a encontrar algo por lo que luchar cada día.

—¿Y por qué lloras?

—Lloro por todo, de alegría y de tristeza, de nostalgia y de agradecimiento... Mira, hemos hablado en numerosas ocasiones de las ganas que teníamos mi esposo y yo de concebir un bebé, de lo alarmados que estábamos, porque veíamos que tardaba en llegar. Pues bien, hay algo que

desconoces, me da miedo contarlo...

—Sabes que si necesitas sincerarte, nada de lo que me digas saldrá de aquí.

—No puedo contárselo a mi esposo... Temo que Valentín piense que soy incapaz... Podría abandonarme.

—¿«Incapaz»?

—Sí, incapaz de tener el bebé que tanto deseamos... Alona, conseguí quedarme embarazada. No pretendía contárselo a Valentín hasta que llegara el cuarto mes, no quería crear ilusiones de antemano. Y mis temores se cumplieron... Tú llegaste semanas después de que perdiera a mi propio bebé.

Ahí estaba la causa de su tristeza.

—Lo siento de veras, Felisa.

—Has cuidado de mí y ahora yo cuidaré de ti; cada vez que necesites apoyo, puedes venir en mi busca. Te considero una hija.

Seguía cepillando el pelo de la joven mientras lloraba desconsoladamente. Las lágrimas corrían por su cara como si de una carrera se tratara. Y las palabras nacían sin esfuerzo de la necesidad de ser escuchada.

—¡Ay, Felisa! Ahora que me veo con este vestido tan hermoso que me has tejido, y sintiendo esta ternura mientras me peinas, no puedo dejar de pensar en mi madre, que ya no está...

Las dos lloraron un buen rato. Cada una anhelando a alguien que ya no estaba y supliendo esa ausencia con el amor y el cuidado que se ofrecían la una a la otra.

Cuando Alona volvió a la mansión aquella tarde, después de lo ocurrido, supo que Felisa no iba a necesitar más de sus cuidados, aunque disfrutaría de su amor de por vida. El teatro se había vuelto realidad. La niña cayó en su propia artimaña, la que utilizaba como cebo para la curiosidad de Felisa. Ahora el vínculo entre las dos era real, fuerte y recíproco.

Llamaron al timbre. Antes de abrir, rocé la puerta con la palma de la mano, acariciando la madera. «Creo que ya sé quién está detrás.» Y, efectivamente, allí estaba Lucas. Me sentía segura, como nunca antes. Confiada y juguetona. Él aparentaba una timidez extrema bajo la influencia de mi recién descubierta creencia en mí misma. No pudo mediar palabra, así que le invité a entrar.

—¿Qué quieres? —le pregunté con cierta rudeza, jugando con su intranquilidad.

—En realidad... Ejem... Vengo a hablar de lo que pasó el otro día —dijo tartamudeando.

Le rocé el hombro con el dedo y giré a su alrededor, arrastrando el índice por su espalda y terminando en su pecho. No me importaba mi aspecto, estaba muy segura del efecto que le causaba, él se sentía muy atraído por mí.

—¿Y qué fue lo que pasó? —curioseé, coqueta.

—¿No te acuerdas? Te lancé un avión.

—Sí, me acuerdo... —Me acerqué mucho a su cara—. ¿Qué decías en el

papel?

—De eso quería hablarte...

—¿Sabes qué? No me acuerdo muy bien de lo que escribiste en el papel... Tan solo me importa una cosa. —Entonces le besé.

Fue un roce en los labios. Algo chiquitito y retozón. Dejé que pasara un instante, que utilicé para observar su aturdido gesto. Él cambió su expresión, pasó de estar confuso a lucir una sonrisa pícaro. Lanzó una maliciosa mirada. Le empujé con fuerza y los dos caímos en el sofá, mi cuerpo sobre él. Nos besamos mientras nuestra ropa resbalaba sin esfuerzo, cada prenda desordenada y traviesa. Al quedarnos desnudos, me dijo:

—Entonces, ¿recuerdas lo que te escribí?

—La verdad..., ahora no puedo hacerlo. —Por más que pensaba, no me llegaban resultados.

—Escribí un «te quiero». ¡Eloísa, no tienes que estar sola! ¿Recuerdas ahora?

La verdad es que no..., no estaba segura de que hubiese escrito aquello... Algo estaba revolviéndome por dentro...

Y fue la duda la que me hizo despertar de aquel delicioso sueño. En realidad estaba tumbada en el sofá, sola, con una baba colgando de la comisura de la boca, el libro sobre la tripa, un gran sentimiento de inseguridad y muchos complejos. ¿Sería MVY como esta mujer que me había representado en sueños? ¿Segura, confiada, una mujer que tiene claro lo que quiere y lo busca?

Pero la pregunta más importante era... ¿quería yo ser así? MVY respondió por mí... Tal vez fuera el recuerdo de aquel sueño o la sensación de extrañeza que permanecía aun estando despierta lo que hizo que me decidiera. Había conectado con aquella mujer onírica, me había sentido como ella y no quería dejar de hacerlo. Tenía una vaga sensación de espejismo... Como si por un momento pudiera ser esa mujer confiada. Cogí el periódico, lo ojeé, abrí la puerta de casa y me llevé conmigo la primera receta, la de «decidí vencer a la vergüenza y la vencí». Nivel de dificultad muy alto.

Allí estaba, llamando al timbre de la casa de mi vecino el borracho, con

aquellas manos tan enormes que transmitían todo el calor del mundo, esa sonrisa tan inmensa y esos ojillos tan pequeños... Lucas...

Ding, dong...

La máquina más sofisticada del mundo

Volví a presionar el timbre de la puerta, nerviosa.

Ding, dong... Eran las cinco de la tarde del viernes.

Ding, dong... Última oportunidad. Escuché unos pasos apresurados, aunque no tanto como mi corazón.

Por fin se abrió la puerta, y ahí estaba él, con los ojos muy pequeños, más de lo habitual. Un gran redondel rojo lucía en una mejilla, como si hubiese estado apoyado, y el pelo revuelto hacia todas las direcciones del universo...

—¿Sí? —preguntó, adormilado.

—¿Te he despertado? —contesté, avergonzada.

Aquello empezaba mal. La sensación de seguridad que el sueño me había regalado se escapaba entre mis manos sin poder atraparla. No me quedaba ni pizca de confianza.

—Sí, estaba echándome una siesta. —Intentó peinarse un poco. Sin éxito.

—Vaya... Lo siento. —Hubo silencio al otro lado, temí que volviese a dormirme, así que continué—: Estaba ojeando la prensa y he visto una película en la cartelera que en mi opinión podía ser interesante.

Llevaba el periódico conmigo, como si fuera la prueba que demostraba que aquello no era una situación vergonzosa y que yo no estaba allí por algo que no fuera esa película. Le señalé dónde se ubicaba concretamente la sinopsis. En mi sueño, la mujer que se parecía a mí utilizaba el índice para rozar a Lucas y revolotear sensualmente a su alrededor. Yo lo utilizaba para marcar neuróticamente el nombre de una película en el periódico... Triste.

—¿Cuál? —Pareció agitarse un poco. O tal vez no, porque acto seguido bostezó sin disimulo alguno. Parecía un león de la sabana.

—*El misterio del rompeolas*. Es a las ocho, en el cine del barrio. Iba a ir sola..., pero como la última vez te vi allí también solo, había pensado que tal

vez podríamos ir juntos. Aunque..., bueno..., sé que me dijiste que no te gustaba ir acompañado... —Me estaba haciendo un lío y ya no sabía cómo terminar la frase.

No tenía remedio, la situación no parecía nada casual. Mis intenciones se estaban mostrando: quería una cita con él. ¡Qué vergüenza! Me quedé en silencio, esperando mi veredicto. Hubiera cerrado los ojos si eso me hubiera servido para desaparecer... Él se rascó la cabeza y dijo:

—Yo había pensado ver *Muerte en la autopista*.

¡Y qué más me daba la película!

—Podemos ver esa, si quieres.

Ahora sí que quedaba más que explícito: no es que yo quisiera ir al cine y de paso estar acompañada, sino que quería estar con él y de paso ir al cine.

—Ya veremos —me contestó.

—¿Ya veremos qué?, ¿ya veremos si vamos al cine? O... ¿ya veremos si vemos esa película? —Me notó algo agitada, tal vez incluso sintió mi desesperación.

—Ya veremos qué película vemos —dijo rápidamente—. ¿Quedamos a las siete y cuarto en el portal?

—Está bien. —Sonreí.

—Hasta luego, entonces.

—Hasta luego. —Y cerró la puerta.

Me quedé allí un ratito, saboreando la victoria. Me sentía muy orgullosa de mí misma. Aquella mañana no solo había conseguido una cita, sino también aceptado un trabajo. Tal vez no había aparentado ser una mujer tan confiada y segura como la mujer del sueño, pero ahora mismo, si me hacía a mí misma la temida pregunta de «¿Como soy?», mi respuesta sería: «Valiente». Y no solo eso, sino una persona que es capaz de romper sus creencias arraigadas para ser una mujer más completa. Alguien más feliz. Una mujer liberada. ¡Con un trabajo que me proporcionaría el dinero que necesitaba para poder ir al cine!

Mi mente estaba acostumbrada a recoger información de este tipo: «Eloísa se queda en casa asustada»; «Eloísa ha tenido que pedir dinero a su padre»; «Eloísa no se atreve a hablar con su vecino», y un sinfín más. Por eso no era de extrañar que los pensamientos que producía fueran débiles y desconfiados.

Ahora mis ojos habían visto toda la escena: «Eloísa bajando las escaleras y hablando con su vecino»; «Eloísa pidiendo trabajo»; «Eloísa ignorando sus pensamientos». Mi nariz había olido la fragancia de Lucas y la de su casa, y mis orejas habían captado su voz adormilada. ¡Qué pena que mi gusto y mi tacto no tuvieran mucho que decir! Todos mis sentidos habían mandado esta información al cerebro, y ahora él tenía nuevos datos con los que trabajar. Por eso mis pensamientos se habían transformado en «soy una mujer valiente»; «me siento orgullosa»; «me siento feliz»; «¡tengo una cita!».

Reflexioné sobre ello, es lo que mejor se me da... Reflexionar sobre cualquier cosa y darle vueltas hasta centrifugar la coherencia. ¿Y si Lucas me hubiese rechazado? No debería haber cambiado mi sensación. Esto era cuestión de cómo quería describirme a mí misma, independientemente de cómo reaccionara el entorno. Solemos dejar que la mente nos manipule en vez de manipularla nosotros a ella. Pero ¡esta vez, me había insubordinado y había ganado la batalla!

Cuando llegué a casa, puse música bajita; tal vez Lucas seguía durmiendo... Primero escuché algo de rock and roll, tenía ganas de bailar, gritar y morirme de alegría. Así que eso hice, saltando en el sofá que había comprado con *mi* dinero. Con todo el derecho a hacerlo. Después me di un relajante baño con espuma, velas, luz tenue... Me estaba acostumbrando. También me puse dos ruedas de pepino en los ojos (vete tú a saber por qué, lo he visto en la televisión) y una mascarilla en el rostro. En el prospecto del ungüento ponía que combatía ocho de las causas que hacían que tu piel no pareciera perfecta. Hasta haber leído aquella información no me había percatado de que mi piel tenía ocho tipos diferentes de imperfecciones; pero por si acaso, me la puse. Me apliqué, mediante un masaje, un poco de aceite por el cuerpo. Esperé un rato para que mi piel absorbiera el mejunje, así que anduve desnuda unos cinco minutos por casa. Lo suficiente para que, al acercarme a una ventana, un hombre que en ese momento entraba en su coche me observara desde la calle... ¡Desnuda! Me agaché rápidamente, avergonzada... Caí de bruces sobre el suelo como si fuera a realizar una flexión. Menos mal que no lo conocía de nada... ¿Un momento? Tal vez lo conociera... No podía ser... Me pareció... ¿Era el misterioso visitante de mi madre? ¿El que escapaba del hospital intentando abrocharse el cuello de la

camisa momentos antes de que muriera agarrando un botón? ¿El hombre al que Miguel negaba conocer?

Me acerqué mucho a la pared que limitaba con el cristal de la ventana y alargué el cuello para asomarme de nuevo. El coche se ponía en marcha y se alejaba. Era un todoterreno con los cristales tintados y con una pegatina en la parte trasera, desgastada y de color rosa donde se leía: «Bebé a bordo». Me tranquilicé un poco, tal vez fueran imaginaciones mías. Un posible asesino no llevaría una pegatina rosa tan adorable de su hijita pegada en el cristal... Por el ángulo y la trayectoria en que aquel hombre se había acercado al coche, podría ser que saliese del bar de al lado, El rincón de los sitios. Aplacé mi preocupación para más adelante; hoy debía centrarme en mí misma y en disfrutar el momento de gloria.

Me vestí sencilla a la par que elegante. Volvía a utilizar el negro y unos tacones como aliados, y esta vez me puse un top azul. Me maquillé y peiné a conciencia, para que no se notara demasiado (qué irónico...). Me gustaba mi aspecto. Hoy lo veía todo de color de rosa. Aquel era el tinte que utilizaba ahora mi mente.

A las siete menos diez ya estaba preparada y muy nerviosa. Como me sobraba tiempo, decidí bajar un poco antes y poder así hablar con Felipe.

—Buenas tardes. —Felipe me lanzó un silbido.

—Pero ¡qué guapa estás, Eloísa! —Le sonreí, halagada—. ¿Un café?

Tenía una cita y me sentía bonita y valiente. Parecía que todo el mundo a mi alrededor también se había contagiado de aquella perspectiva. Pensé en el cartel de «Se busca camarero». Tan solo pude fijarme en él cuando cambié mis absurdas creencias, las que me cegaban a las oportunidades, cuando decidí que aceptar un trabajo que no fuese de bióloga no me hacía una perdedora. ¿Ocurría ahora lo mismo? ¿Es que había reconstruido mi aspecto simplemente por crearme que estaba guapa? ¿Me había quitado centímetros de pierna y había alargado mis pestañas? ¿Había reconstruido mi mundo? ¿Había cambiado a Felipe? Porque nunca antes me había piropeado así...

—No, gracias.

—Tú me dirás entonces... —Arqueó las cejas.

—Quería saber si has visto a un hombre saliendo de aquí. Conduce un coche muy grande y negro. Con los cristales tintados. Lo ha aparcado justo en

frente.

—¿Un todoterreno?

—Sí.

—¿Conducía un Land Rover?

—Supongo... Y yo qué sé... Ya te he dicho que era un coche grande y negro con los cristales tintados. ¿Es que necesitas más datos?

Pero ¿qué les pasa a los hombres con los coches?

—Sí, hace un rato ha llegado un cliente que ha aparcado su todoterreno enfrente. Supongo que hablas de él. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Es cliente habitual?

—No, es la primera vez que lo veo por el barrio. Pero ¡un coche así no se olvida! Ha pedido un cortado y se ha sentado en esa mesa de allí. Después se ha marchado. No te puedo decir más.

—¿Podrías describírmelo?

—Por supuesto, lo intentaré, pero no me acuerdo muy bien... No sé... Era rubio... No... ¿O era moreno?... —Los hombres y su capacidad para captar detalles que no pertenezcan a la categoría de «coches»—. No era muy mayor y más bien delgado. Llevaba un traje que parecía muy caro. Aunque claro, ¡con un coche así, no podría ser de otra manera! Muy elegante.

«¡Muy elegante!» Así describí yo también a mi sospechoso...

—Está bien. Gracias, Felipe. Nos vemos mañana.

—¡A las ocho! No te retrases el primer día. —Y me guiñó un ojo.

Salí del bar, giré la esquina y allí me esperaba mi príncipe: el vecino borracho. Tengo que dejar de llamarle así. Ahora sabía mucho más de él. ¿Mi príncipe durmiente?

No pareció notar que me sentía más radiante que nunca. Tampoco mis dos horas de preparación minuciosa. Ni siquiera que me había puesto dos rodajas de pepino y una mascarilla milagrosa para la cara. No observó que ya no mostraba ocho imperfecciones diferentes en la piel. ¿Por qué mi recién adquirida confianza no lograba cambiar la reacción de aquel hombre? ¿Era inmune? Entonces..., ¿no estaba reconstruyendo mi mundo alrededor? ¿O era él una pieza no modificable? Tal vez Lucas estaba hecho de otra pasta. De la misma manera que había nacido sin miedo a la soledad, tampoco reaccionaba ante mi recién crecida autoestima.

Una vez frente a las taquillas, insistió en comprar entradas para *El misterio del rompeolas*, la película que yo había propuesto. Sabía que él quería ver otra, pero pidió las entradas antes de que pudiera hacer nada por evitarlo. Pagó él. Compró palomitas y una Coca-Cola. Todo tamaño grande. Tan grande como sus manos y..., ahora que me estaba fijando bien..., su espalda. Admitió que le pagase las palomitas.

Una cita en el cine es bastante cómoda, no hay momentos de silencio penoso. Lo miré varias veces, protegida por la oscuridad; parecía atento a la película, aunque para mi desgracia, mi elección había sido bastante aburrida.

—¿Te ha gustado? —le pregunté al terminar, cuando ni siquiera a mí me había gustado.

—Sí. —Mentía con la misma habilidad que un niño de dos años que piensa que si cierra los ojos ya no lo puedes ver. Así que me eché a reír—. ¿Qué pasa?

—Creo... que no me estás diciendo la verdad... En realidad, no te ha gustado ni un pelo. —Sonrió, aunque no con la misma amplitud que aquella noche de fiesta en el *pub*.

—¡Menuda película, Eloísa! No había por dónde pillarla... El próximo día la elijo yo.

¿Un próximo día? ¿Una próxima cita?

A la salida del cine charlábamos, jubilosos. Era muy divertido estar al lado de Lucas; la conversación tocaba temas cotidianos, y su habilidad era convertir lo habitual en algo extremadamente gracioso. Paseaba a su lado en dirección a casa cuando paró en seco, como si se le hubiese ocurrido algo de manera abrupta e impulsiva, y dijo:

—¿Quieres que vayamos a cenar algo?

Me puse loca de contenta.

—Claro.

—¿Y dónde vamos? —preguntó.

Me apoyé en un coche mientras lo pensábamos.

—No lo sé. ¿Qué tipo de comida te gusta?

—Cualquiera. —Levantó ambos hombros, indicando que no le importaba dónde ir.

—Hay un restaurante chino a la vuelta de la esquina... —propuse.

—No me gusta la comida china.

¡Vaya!, si acababa de decir que le gustaba de todo... Probé con algo más básico.

—Podemos ir al Sicilia.

Era un restaurante italiano del barrio elegante, y no muy caro. Entonces su rostro adquirió un aspecto radiante, sus ojos se agrandaron y dijo:

—¡Qué pedazo de coche en el que te has apoyado! ¡Se trata de un clásico inglés! Con acabados de lujo. ¡Qué preciosidad!

No fue tanto su sorpresa como la mía, al ver que me había sentado sobre un todoterreno negro, con cristales tintados y una pegatina de «Bebé a bordo» rosa. Mi rostro debía de expresar todo el miedo que sentía, porque Lucas dejó su entusiasmo para preguntarme:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí... —Pero empezaba a encontrarme mal.

No entendía qué hacía aquel coche allí. ¿Se trataba de una casualidad? Me mantuve callada durante todo el trayecto hacia el restaurante, pensando en todas aquellas coincidencias. Lucas tampoco decía nada, seguramente mi silencio le preocupaba. Seguíamos bastante apagados cuando nos sentamos para cenar. Unas velas y unas flores decoraban la mesa, se escuchaba una tranquila melodía, supuse que música italiana, y se podía oler un exquisito aroma. Era tan acogedor, y aun así el lugar no conseguía reconfortarme. Nos sirvieron la carta, pero ya no tenía hambre. De repente, pensé que Lucas se estaría preguntando la razón de mi silencio, por eso estaba él también tan callado, dándole vueltas a lo que podía pasar, echándose las culpas por algo que habría creído hacer mal. Quise hacer un esfuerzo por él e intentar recobrar el agradable ambiente del que habíamos disfrutado antes de que ocurriese lo del coche. Pobrecillo. Aunque... No..., me equivocaba de nuevo al pretender adivinar lo que le revoloteaba por la cabeza, puesto que dijo con total despreocupación:

—¿Tú que vas a pedir?, ¿*penne a la Putanesca*?

Y se rio con una de sus sonrisas, esta vez de amplitud máxima y acompañada de una carcajada silenciosa.

Al principio, esa gansada me descolocó tanto que no supe cómo reaccionar. No me había hecho gracia. Tampoco es que me hubiese sentado

mal, sino que era tan simplón que solo me hubiese reído con catorce años. Sin embargo, él se desternillaba, tan a gusto que acabó pareciéndome divertido que a él le pareciese tan gracioso que un plato italiano tuviera aquel nombre. Así que acabé riendo con una sonora carcajada. Aquello soltó toda mi tensión, y así pudimos continuar con una agradable charla. Desde luego, no me atreví a pedir *penne a la Putanesca*...

Observé con más atención el lugar. Aquel restaurante tenía un toque muy romántico. Al fondo, un enorme piano de cola decoraba las escenas, aunque nadie lo tocaba en ese momento. Una pareja mayor se sentaba a nuestra derecha, el hombre comía con ansia un espagueti que se le resbalaba del tenedor mientras la mujer lo observaba divertida. Detrás, unos padres intentaban convencer a su hija, de unos siete años de edad, de que se comiera la zanahoria. Las demás mesas estaban vacías, a excepción de la más cercana a la puerta, ocupada por un hombre que estaba sentado de espaldas a mí. Le acababan de retirar un plato vacío y ahora le preguntaban si tomaría postre. Él negó con la cabeza y pidió la cuenta.

Llegó la camarera con nuestro primer plato. Para Lucas, raviolis con salsa de quesos suaves, y para mí una sopa fría. Se me escapó una pequeña sonrisita al observar cómo intentaba coger la pasta. Sus manos eran tan grandes que el tenedor parecía ridículamente enano y la tarea de llevarse aquellos raviolis a la boca se complicaba. Daba la impresión de que tenía tanta fuerza en las manos que acabaría rompiendo el tenedor. Lo solucionó acompañándose con un trozo de pan. Me pareció divertido y adorable.

De repente, mi respiración se detuvo y mi vista panorámica captó un recuerdo. El hombre que acababa de pedir la cuenta se levantaba de la mesa, y al hacerlo creí reconocer a mi sospechoso. Seguía de espaldas, así que no pude ver más que el perfil de su cara al volverse para ponerse una chaqueta que completaba un elegante traje. Algo en mi interior sabía que aquel hombre era el mismo que le hizo la visita a mi madre. El mismo color de pelo, el mismo porte al andar. ¿Me estaba siguiendo? ¿Era el dueño del todoterreno?

Tuve que levantarme para ir al baño y respirar hondo varias veces. Una. Dos. Tres. Cuatro veces. Conseguí convencerme de que empezaba a estar paranoica. Debía calmarme. Mi cabeza intentaba racionalizar la situación, me daba un sinfín de explicaciones posibles: «No tiene sentido que alguien que te

persigue cene en el mismo restaurante que tú, sería imprudente»; «tu obsesión por tu madre te está jugando malas pasadas»; «disfruta de la noche»... Un poco más calmada, salí al encuentro de Lucas. Él, al notar mi nerviosismo, dirigió la conversación hacia temas con los cuales era imposible seguir en ese estado, hasta que me hube relajado y pude participar de la charla con naturalidad.

Regresamos a casa dando un agradable paseo. Lucas me hacía reír tanto que me dolía la tripa. Era muy fácil estar a su lado. Las preocupaciones parecían evaporarse como el agua hirviendo. Subimos las escaleras hasta llegar al primer piso, donde él vivía; pensé que tal vez me acompañaría hasta mi puerta, hubiese sido algo muy caballeroso. Se lo hubiera agradecido con un beso romántico, que acabaría siendo apasionado e incontrolable. Los dos nos meteríamos a empujones bruscos en mi casa y haríamos el amor varias veces. Dormiríamos exhaustos y felices. Abrazados. Y al despertar compartiríamos la ducha y el café... ¡Eloísa, para! Me estaba precipitando. Ni siquiera estaba segura de querer hacerlo, mi mente se había puesto a producir aquel guion sin mi permiso. En estos momentos me pregunto: «¿Quién es MVY? ¿El que imagina libre y sin censura o el que se resiste a creer que esas imaginaciones son un deseo real?». Lo siento, aún no tengo la respuesta adecuada.

Finalmente, la escena se desarrolló, a pesar del guion de mi cabeza, de la siguiente manera: Lucas no me acompañó hasta mi puerta, charlamos durante unos veinte minutos en el descansillo de la escalera y después se despidió dándome un beso en cada mejilla:

—Bueno, pues nada... —Por lo menos, parecía estar algo nervioso, sin saber muy bien cómo finalizar la cita—. Buenas noches, Eloísa. Que duermas bien. —Se alejó, dándome la espalda, algo inseguro.

—¡Buenas noches!

Sabía que la velada llegaba a su fin. Y no quería. Así que intenté que aquello durase en el recuerdo mucho tiempo. Era tan grande mi deseo que vencí cualquier duda e inseguridad. MVY volvió a hacerme su pregunta: «¿Cómo quieres ser?». Decidí describirme como una persona coqueta y juguetona, segura y confiada... ¡Como la mujer onírica! Y así me «autoconstruí», me acerqué a él, mucho, y le dije:

—Que sueñes con los angelitos. —Le besé en los labios. Ligeramente. Y escapé de escena.

Esperaba que él se hubiese quedado tan anonadado como me había sentido yo otras veces, y me volví un segundo para ver su cara, momento que aproveché para lanzar un gesto burlón. Él me contestó con una de sus sonrisas, esta vez de las nerviosas y tímidas. Sin amplitud, con una inclinación hacia la derecha. Ahora me parecía más a la mujer de mi sueño. ¿Tal vez ese personaje onírico era yo misma? ¿MVY?

Mi corazón parecía un caballo galopando con potencia, pero aún pudo latir con mayor velocidad cuando descubrí que la puerta de mi casa estaba abierta. Mi alegría se esfumó de pronto. Me asusté y bajé corriendo las escaleras, buscando la protección de Lucas. Llamé apresurada al timbre y él salió enseguida, en su cara se reflejó una gran alegría por verme de nuevo. En realidad identifiqué su deseo, pero este se esfumó al verme tan asustada y llorosa.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha entrado en casa...

Le conté todo lo que había visto de manera enrevesada, con poca coherencia, incluido lo del coche, aunque no mencioné la relación de todo aquello con mi madre.

Llamamos a la policía. Mientras esperábamos, me asomé a la ventana para ver si el todoterreno negro estaba por allí, pero no. La policía inspeccionó el piso. No había nadie, no habían robado, no habían forzado el cerrojo ni desordenado nada. Incluso un agente me preguntó:

—Señorita, ¿es posible que se dejara la puerta abierta sin querer?

—¡No! —Aunque el agente había sido muy respetuoso, no me tomé muy bien la pregunta.

También hice cambiar la cerradura de la puerta, por si acaso.

Una vez que la policía terminó su inspección, revisé el piso despacio. Lucas se quedó en el salón mientras tanto. Efectivamente, no habían robado nada. Cuando entré en mi cuarto y examiné el cajón de la mesita, observé que algo había cambiado de sitio. Suelo dejar las facturas en el fondo del cajón, después están las cartas del banco y por último el libro que estoy leyendo. ¡Habían intercambiado la posición de mis cartas! ¡Habían estado revolviendo

mi mesita! ¿Y el libro? Entonces me acordé... Acostumbrada como estaba a llevarlo a todas partes, no lo había sacado del bolso todavía y lo había llevado conmigo incluso aquella noche. Y ahora dejadme dirigirme a los hombres: ¿habéis visto alguna vez el interior del bolso de una mujer?

Lo comprobé y allí estaba. Sentí que era absurdo que alguien buscase aquel libro... ¿O tal vez no? *Pensamiento intruso*. Por alguna razón recordé el recién mostrado interés de Miguel por la lectura. Además, tiene llaves de mi casa, no necesitaría forzar... No, no. Deseché la idea. ¡Qué estúpido! Mi hermano entrando en casa para buscar el libro... Chorradas.

No habían robado nada, pero pensaba que alguien había cambiado las cosas de sitio en mi mesita. No se lo conté a Lucas. No tenía la suficiente confianza y no quería hacerle pensar que estaba loca de remate. Al menos, no por el momento.

—Ya está. No parece que hayan cogido nada.

—¿Estás bien? —me preguntó levantándose del sofá y acercándose un poco.

—Solo algo asustada.

—¿Quieres dormir esta noche en mi casa? —Puse cara de apuro, valorando si tal vez se estaba aprovechando de la situación—. Yo dormiré en el sofá. —Me dejó más tranquila.

—Muchas gracias.

Quise darle un abrazo, se estaba portando muy bien conmigo, me protegía de manera tierna. Pero no lo hice, y bajamos las escaleras hacia su piso, en silencio. Era una situación extraña.

Insistí en que me permitiera dormir en el sofá. No aceptó. Incluso cambió las sábanas y dejó la cama medio abierta, como hacen los padres con sus niñas pequeñas. Encendió la lámpara de la mesita y me dio las buenas noches.

—No te preocupes. No volverá a pasar. Se habrán marchado al no encontrar nada de valor. Mañana podemos informarnos sobre sistemas de seguridad, si eso te deja más tranquila.

Espera... «¿podemos?, ¿tú y yo?, ¿los dos?».

—¿Y el coche que me persigue? —Sonaba totalmente paranoica.

—Suelen ser bandas organizadas, seguramente alguien te observaba mientras los demás daban el golpe. —Parecía una idea bastante racional.

Aunque sus palabras me tranquilizaron, seguía pensando en la posible relación de aquello con mi madre, y eso me hacía dudar. *Pensamiento intruso*. Demasiadas casualidades y extraños acontecimientos en las últimas semanas. La muerte de mi madre señalando, acusadora; la historia de Alona; el secreto que ocultaba Marisa; las reacciones de Miguel y su relación con el desconocido visitante del hospital, que me perseguía con su todoterreno y a quien mamá había robado un botón... Algo me decía que todo eso eran piezas del mismo puzle. Decidí que el martes me pasaría por casa de mi hermano para contárselo todo y hacerle las preguntas pertinentes. Seguro que había una explicación para cada una.

No podría dormir, así que decidí seguir leyendo aquel libro que ahora podía estar siendo perseguido. Procuraría acabarlo cuanto antes.

A las puertas de la mansión, el señor Moret descubrió a la niña llevando en brazos su nuevo vestido y le preguntó:

—¿De dónde has sacado eso? ¿Acaso es un obsequio? ¿Con quién has estado? —lanzó sus dudas.

Alona saboreó aquella situación. Seguramente, Moret Moyano estaba preocupado, preguntándose quién había acompañado a la joven aquella tarde, imaginando que bien podía tratarse de un galán que la intentaba conquistar.

—Es un regalo de Felisa, señor. No se preocupe, no es presente de ningún hombre —dijo, atreviéndose a reír un poco.

Moret se relajó, viendo que estaba quedando en mal lugar.

La niña aprovechó entonces ese ofrecimiento de la casualidad. Tenía a su hombre delante, escuchando y atento, algo que no ocurría con mucha frecuencia. Así que le contó toda la intervención y todo lo que había descubierto trabajando con Felisa. Esta vez el señor Moret parecía receptivo e interesado.

—No debería sorprenderme, pero has sido realmente inteligente, Alona. —Sus ojos chispearon.

—Sin embargo, hay un detalle que juega en mi contra y siento miedo.

—Cuéntame.

—Verá, no quiero que Felisa sepa que el baile es falso. Yo podría perder su confianza y ella volvería a caer en la tristeza.

Moret dijo, tras un silencio reflexivo en que pareció valorar cada detalle con cautela:

—No debes preocuparte. Organizaré ese baile. Mañana mismo enviaré las invitaciones. La familia Méndez recibirá la suya.

En aquel instante de excitación, a la joven se le planteó otra oportunidad y no pudo dejar de aprovecharla:

—Señor, se me ha ocurrido... Me gustaría que me diera su opinión. —Moret se infló de orgullo. Alona lo sabía—. Había pensado que, si organiza un baile, la gente necesitará trajes y vestimentas. ¿Podría usted, si es tan amable, recomendar a Felisa como tejedora a sus amistades? De esta manera ella estará ocupada en su tarea y no me necesitará tanto. Es triste, pero en la última fase de mi atención debo dejar que ella persista sola.

—Está bien, es interesante lo que me dices... —Moret se encorvó un poco para acercarse a la

mirada de la joven—. No debes entristecerte, Alona, porque tal vez hayas terminado con Felisa, pero no con el trabajo de campo. Acabas de demostrar que ya estás preparada y Martina lleva más tiempo que tú recibiendo mis lecciones, y estoy convencido de que también lo está. A partir de ahora las dos comenzarán con las prácticas. Os responsabilizaréis de la salud y el bienestar de mis trabajadores. Os he preparado para ello. Recibiréis las instrucciones necesarias mañana por la mañana.

Alona se alegró tanto que lo abrazó. Cuando fue consciente de lo que estaba haciendo, cesó en su acto de inmediato. Miró ruborizada y se marchó corriendo. Moret se quedó entre divertido y apesadumbrado. Divertido por la reacción de la joven y apesadumbrado por un pequeño sentimiento que nacía cerca de su estómago. ¿Qué era?

Sonó el despertador. ¡Me había dormido! El hecho de estar en aquella habitación tan pulcramente ordenada, rodeada de la fragancia serena de Lucas, y escuchar su racionalidad me habían mecido dulcemente, introduciéndome en un profundo sueño. ¡Aquel era mi primer día de trabajo!

Me levanté con cuidado, no quería despertarlo. Me vestí y salí de la casa con sigilo. Esperaba, ansiosa, que Felipe pudiese regalarme una taza de café. No hubo tiempo para eso; debía limpiar los cristales de los vasos, ya que la cal había formado pequeñas gotitas, debía sacar el nuevo pedido del almacén y servir a los numerosos *cafeinómanos* que pedían con insistencia su dosis. En mi «súper» carrera de Biología, no me habían enseñado a soportar aquel tipo de esfuerzo. Ser camarera no era fácil, y desde luego que no era nada como para subestimar. Ahora lo veía claro, ¡qué equivocada había estado!

Entre cliente y cliente, entre lavavajillas y almacén..., no podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido la noche anterior, en las piezas del puzzle que no podía completar. Miguel llevaba tiempo queriendo decirme algo. Por el balbuceo dudoso de la última vez, intuí que estaba relacionado con su mujer. ¡Marisa! Me obsesioné con ella. El último eslabón del meollo. ¿De qué manera estaba su embarazo relacionado con todo aquello? Me dio por pensar en la criatura de su vientre: nacería con sus manitas y sus ojitos, sería mi sobrino y estaba segura, era fruto de algo oscuro y oculto. Algo que a Miguel le producía dolor. ¿Y si ni tan siquiera era de mi hermano? ¿Y si era del hombre que entró en la trastienda con Marisa? ¿Cómo reaccionaría yo cuando el bebé naciera? *Pensamiento intruso.*

Y ocurrió lo que llevaba tiempo poniendo a prueba. Desde el momento en que me obsesioné con aquella situación, pude contar un total de cinco mujeres embarazadas que habían entrado en la cafetería. 5 + 2 que pasaron por la puerta = 7. Una de ellas apenas podía moverse. Estaba a punto de dar a

luz y se abanicaba sin éxito en su objetivo con una servilleta arrugada. Al ofuscarme con el embarazo de Marisa..., ¿había construido a mi alrededor un mundo repleto de embarazadas? Al hablar con Lucas, pedirle una cita y sentirme segura..., ¿había conseguido quitarme un michelín, moldear mi figura y alargar las pestañas? Al romper con mi creencia absurda de que aceptar un trabajo que no fuera el de bióloga sería un fracaso..., ¿había colocado un papel en la puerta de Felipe que decía «Se busca camarero»?

¿Qué estaba ocurriendo en el mundo? ¿Y si el mayor secreto que existiese en el universo fuera que podemos moldear el entorno a nuestro antojo? Como si de un lienzo en blanco se tratase. Cada uno moldearía su cuadro existiendo un millón de universos paralelos. (Eso también explicaría lo egocéntricos que, por naturaleza, somos los seres humanos. ¿Por qué no serlo, si somos responsables únicos de lo que existe y se construye a nuestro alrededor?) No sé si sentir alivio o miedo... podría estropear tranquilamente ese lienzo con mi mal arte...

Habrà gente que esté pensando: «pedazo de canela, no es que construyas un mundo a tu alrededor sino que cambias tu perspectiva para poder ver solo lo que quieres». ¿Y qué más da? Lo explicaré con una sencilla ecuación matemática.

A = El mundo es un lienzo en blanco que vamos reconstruyendo según nuestras creencias y pensamientos. Se rige por las leyes físicas. Pero... ¿las conocemos todas? Tampoco es tan absurdo pensar que pueda existir una que ofrezca la posibilidad de moldear el mundo con la energía que proviene de nuestros pensamientos. Hay gente que dobla cucharas con la mente... No hablo de magia, sino de desconocimiento. También para los antiguos el fuego era hechicería. Ahora no lo es.

B = El mundo ya está construido. Es un escenario que ofrece muchas oportunidades y solo las podemos ver dependiendo de nuestra perspectiva y creencias. Sería algo como: si no lo creo, no lo veo. En este orden inverso.

C = Me rodeo de lo que pienso.

No podréis negar que:

A = C

B = C

Por lo tanto, si aplicamos una sencilla regla matemática y sustituimos C,

entonces $A = B$. Qué más da si el mundo ya está construido y yo solo capto lo que quiero percibir o si lo voy construyendo yo con mis ideas. Es lo mismo: $A = B$. ¡Qué poder tenemos! Y... ¿cómo lo utilizamos? ¿Cómo usamos nuestra mente, la máquina más sofisticada y poderosa del mundo?

¿Culpable?

Llegó el martes. Miguel volvía de su fin de semana romántico. A finalizar la mañana, no pude tolerar más espera y me pareció que era momento de coger el teléfono:

—Hombre, Eloísa, has tardado en llamar... —dijo con cierto retintín irónico. No me sentó muy bien.

—Es que han pasado muchas cosas. —No sé ni por qué me disculpaba—. He de hablar contigo y no puedo esperar. ¿Me paso hoy por tu casa? Me gustaría que estuviésemos a solas. —No encontraba una mejor manera de decirle que despachara a su esposa para nuestra conversación.

—Marisa ha quedado hoy para comer, así que... ¿quieres venir al mediodía? Dime, ¿qué es tan urgente? No pretenderás insistir en nuestra conversación pendiente, ¿no?

—La otra noche alguien intentó entrar en mi casa, Miguel... Después te cuento los detalles.

—¿Cómo? No entiendo. ¿Dices que entraron a robar? —parecía alarmado.

—No lo sé. No cogieron nada, me encontré la puerta abierta.

—¿Y tenías algo de valor?

—Solo dinero. Lo guardo en un cajón para urgencias.

—¿Se lo llevaron?

—No.

—Ay, hermanita..., ¿no te dejarías la puerta abierta? Eres algo despistada. Parecía muy divertido después de su fin de semana «del amor». Pero yo me estaba poniendo de una mala leche...

—No. No me dejé la puerta abierta —dije exaltando cada palabra entre silencios contundentes—. Miguel, esto es serio. Estoy preocupada.

—Está bien, no te enfades. Te prepararé algo rico para comer.

—Vale.

—¿Has avanzado con el libro? —De nuevo, insistía...

—No. Entre el trabajo y... y otras cosas... no he encontrado tiempo para leer. —De nuevo, omitía información sobre mi cita y varios encuentros posteriores.

—¡Claro! ¡Lo olvidaba! Dime... ¿Qué tal de camarera? ¿Se te hace muy duro? ¿Cuántos platos has roto ya? —Miguel volvía a ser el Miguel de siempre. Por fin bromeaba sobre mi vida, así que era evidente que aquel fin de semana había recuperado su humor picante.

—Me va muy bien, gracias. Pongo en práctica habilidades que no sabía ni que tenía. En verdad... me estoy descubriendo.

—Me alegro, me alegro...

—¿Nos vemos luego? Tengo que trabajar. —Me despedí.

—Está bien. ¡Ven con hambre!

Ese mismo día Lucas me hizo una visita. Desde aquella noche habíamos quedado en dos ocasiones más. Descubrí que era un chico muy divertido y con gran capacidad para mantenerse siempre calmado. Justo lo que yo necesitaba, alguien que me frenara la inquietud, que le diera humor a la vida y que concretase todas mis dudas con su racionalidad. Así lo hacía: cogía mis indecisiones, las acorralaba y después... ¡las aniquilaba!

Trabajaba en una empresa inmobiliaria, con un horario bastante flexible. Cada vez que él aparecía, sentía como si algo se me rompiera por dentro... dejando en mi estómago un vacío vertiginoso. Su olor era una mezcla dulzona y varonil, algo que te reconfortaba de la misma manera que las primeras briznas de primavera cuando todavía es invierno. Ese aroma llegaba con gran intensidad, como si la alta temperatura de su cuerpo lo evaporizara. Y al rozarlo, tocarlo o abrazarlo, aquello me acogía como un edredón de plumas recién lavado. Pero lo que adoraba por encima de todo era su eterna gama de risas. La mayoría, las de mayor amplitud, contagiosas e infantiles, se le veían todos los dientes perfectamente encajados. Otras, estrechas y ligeramente inclinadas hacia arriba y la derecha, tímidamente traviesas. Me dejaban atontada. Algunas completamente gilipollas; se ponía rojo y contenía el

aliento mientras contraía los labios de manera extraña. No podía dejar de reír en un buen rato, hasta que me quedaba sin nada oscuro dentro.

Si no hubiese sido por aquella visita, la mañana se me hubiese hecho eterna, no veía el momento de poder enfrentarme a Miguel y lanzarle mis dudas como si fueran cuchillos. Esta vez deseaba saber la verdad por encima de todos mis miedos.

Por fin llegué a su casa. Estaba nerviosa, pero segura de que iba a encontrar respuesta para muchas de mis preguntas. Me acogió con aire divertido.

—Hermanita, te he preparado una buena ensaladita y unas costillas de cerdo asadas. Seguro que tendrás hambre.

Mi estómago crujía, ansioso, ante el exquisito aroma; sin embargo, en vez de disfrutar con aquella dulce espera, antes de poder saborear el manjar que el olor me presentaba insinuante, me dio por boicotear lo razonable y volver a lo absurdo: cada vez que como costillas de cerdo, no puedo dejar de sentirme algo culpable. También suelo acordarme de Marisa y su espectacular figura y de cómo yo nunca voy a tener algo parecido. La experiencia me dice que, a pesar de esta culpa desatinada, acabo comiéndome las costillas de todos modos. Así que todo este proceso se vuelve completamente estúpido.

Nuestra mente es una telaraña de absurdos, entrelazándose para coger densidad y atraparnos en la infelicidad como una mosca, con su triste vida y posiblemente su destino fatal de ser engullida por una araña. Si pudiese sumergirme en la alegría y libertad de lo imperfecto... Si me aceptara tal como soy, dejando en un segundo plano las críticas de mi mente y su emperrado intento de hacerme sentir mal por cada cotidiana decisión... Probablemente me convertiría en alguien más inteligente. Por lo menos más que una mosca atrapada.

—Le quedan diez minutos al asado. ¿Quieres beber algo? —me preguntó Miguel.

Con un vaso de agua, para el resaca laboral, me senté en el sofá, cual sultana, con la intención de descansar un poco las piernas. Mi hermano se quedó con el asado a solas, dándole los últimos retoques a su obra.

Fue entonces cuando me fijé en un libro sobre la mesa, junto al sofá. Parecía un tomo de enciclopedia. Posiblemente pertenecía a Marisa, ya que

mi hermano no acostumbraba a leer. Sentí curiosidad. ¿Qué leerá una divina? Me quedé petrificada al observar el título: *Grandes asesinatos. Curiosidades y métodos de investigación*. Vaya... Otra pieza para mi puzle.

Abrí el libro por la página que indicaba el marcapáginas. Resaltaba un texto, subrayado con fluorescente amarillo y una imagen en blanco y negro en la que se podía ver a un grupo de personas alrededor de una cama. Sobre esta yacía un cadáver de rostro pálido y profundas ojeras. Me dispuse a leer con el corazón en un puño:

En la Edad Media existía una curiosa creencia, tan aceptada que incluso formaba parte de los métodos de investigación criminal: tras un asesinato, todos los sospechosos rodeaban la cama del cadáver. Entonces, uno por uno lo tocaban.

El texto continuaba en la página siguiente, y al pasarla sentí un dolor punzante en el pecho. Como si me hubieran acuchillado y después hubiesen rasgado la herida insistentemente, de arriba abajo, hurgando en el dolor. Al ver aquella nueva imagen que se mostraba ante mí, comencé a asociar datos de manera brutalmente dañina: una de las personas que rodeaba la cama, uno de los sospechosos, tocaba el cadáver y este se erguía para señalarle con el dedo de manera acusadora. Con su cara espectral, con sus negras ojeras y los ojos en blanco. Terrorífico, como todo lo anormal. Como lo increíble. Como lo que te niegas a aceptar. Como la muerte de mamá, señalando a Miguel, ¿un sospechoso? Mi temperatura subió y me recorrió un escalofrío que atizó mi piel desde dentro, poniéndome la carne de gallina y dejándome sin respiración.

Cuando por fin pude recuperar una brizna de aire, continué y leí aquel texto una y otra vez, sin poder creer lo que allí estaba escrito.

Este método de investigación se plasma en antiguos escritos que describen e ilustran numerosos casos. El proceso ocurría de la siguiente manera: la autoridad reunía a los sospechosos del caso y los obligaba a tocar a la víctima; entonces, según estas narraciones, la persona asesinada se levantaría para señalar con el dedo a quien la había matado. Por

supuesto, este método de investigación no es crédulo para los tiempos actuales que han...

—¡Eloísa, ya tienes el asado preparado! —gritó mi hermano.

Cerré el libro de golpe y me apresuré para no levantar sospechas. No podía pensar, ni siquiera podía soportar espacios en silencio, pues eso me incitaba a reflexionar sobre lo que acababa de ver y todo ello me conducía a una conclusión que no quería creer, así que me dispuse a decir naderías durante un buen rato.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan nerviosa?

—Nada. No me pasa nada. No sé por qué dices que estoy nerviosa... Nada... —Forcé una sonrisa. Tan estúpida como tensa. Parecía un guiñol.

—¿Me vas a contar eso que era tan urgente? —pidió, algo mosqueado.

Ya no quería sincerarme con Miguel... Pero ¿cómo lo iba hacer co-co... co-con las recientes so-so-sospechas que-que que se estaban mascando en mi ce... cerebro a mimi- mi-mi pe-pe-pesar? *Pensamiento intruso*. Ni siquiera arrancaba a pensar con claridad; de manera inevitable comencé a atar cabos. Las piezas con las que llevaba jugando un tiempo iban cogiendo forma, aunque no como yo quería. Es verdad que en alguna ocasión me había venido a la cabeza la posibilidad de que Miguel estuviese implicado de alguna manera; pero desde luego, no en el papel de asesino. Aunque... *Pensamiento intruso*. Bueno, mi madre lo señaló... ¿Por qué lo haría?... Y sí, actuaba raro y me ocultaba cosas...

Si se diera el caso de plantearme el hecho de que Miguel era el asesino (no lo hacía todavía), las cosas tomarían una ligera forma... Entraron en mi casa y habían revuelto la mesita de noche, probablemente buscando el libro de Alona. Y esto coincidía en el tiempo con el repentino interés que Miguel dirigía a aquel texto, diario,... lo que fuera. ¿Era una casualidad?... ¿Y esta última extraña información que acababa de leer? ¿Qué había de real en ese método de la Edad Media para descubrir asesinos? Una pregunta extraña y obvia me vino a la cabeza, independiente de la veracidad de aquel texto: ¿Por qué mi hermano, que había sido claramente señalado por mi madre segundos antes de morir, tenía aquel libro marcado exactamente en aquella página? ¿Mi-Mi-Mi-Miguel asesinan-nan-nan-do a mi-mi-mi ma-madre? Estaba tan

afectada que mi lenguaje interno no dejaba de tartamudear. Aquello era imposible, era mi hermano... y era mi madre..., también su madre... Mi familia. Me estaba volviendo loca. Mi pensamiento, mi vida y mi estabilidad patinaban. Finalmente, todo tropezaría y acabaría cayendo.

Para la más absoluta desesperación, más datos surgían para completar el engranaje, me entraron ganas de vomitar al recordar cómo Miguel había saludado al sospechoso visitante del hospital, a aquel hombre elegante que, estaba segura, había tenido algo que ver con la muerte de mamá. Recordé la inquietud de mi hermano cuando lo sorprendí saludando y su reacción al preguntarle por él. Tuve que idear una estrategia para salir del apuro. No quería encajar aquellas piezas por nada del mundo, no quería acabar el puzle. Me negaba a admitir que pudiera ser un asesino. Habría otra explicación, pero en ese momento solo quería huir de allí.

—Entraron a robar en casa —dije. Quise estudiar su reacción, por si estaba implicado. Nada aparente.

—Esto ya me lo contaste por teléfono. No se llevaron nada, ¿verdad? ¿Quieres que contrate un servicio de seguridad?

—Ya lo he hecho.

—¿Nada más?

Bebió de su copa sin quitarme el ojo, atentamente, ni siquiera parpadeó. Confuso. Parecía dudar sobre mi veracidad. Así que tuve que escupir una estrategia de distracción.

—Estoy saliendo con un chico. —Esperé...

Tragó con dificultad el vino y se levantó con júbilo para darme un abrazo. Mientras me estrechaba entre sus brazos me entraron ganas de llorar.

—¡Qué bien, hermanita! Ya te haces mayor —bromeó—. ¿Y cómo se llama?

—Lucas —dije, escueta, intentando que no notara el balbuceo causado por las lágrimas.

—¡Cuéntame!

Tuve que hacer un gran esfuerzo para aparentar normalidad. Le hablé sobre algunos detalles de su persona. En aquella situación, en la que él escuchaba tan atento mis confidencias, como el hermano que siempre había sido, aún me parecieron más absurdas mis recién adquiridas sospechas.

Oportunamente, cuando sentía que ya no podía soportar más aquel teatro, escuchamos que se abría la puerta de casa.

—¿Marisa? —preguntó él.

¿Quién más podía ser?, pensé, algo irritada. Era como si cada acto que realizaba ahora Miguel me doliese, irritase, enfadara y cabreara. Sin motivo. O con motivo oculto. *Pensamiento intruso*.

—Sí, cariño. Ya estamos de vuelta.

—¿Qué tal ha ido?

—¡Muy bien! El cuscús estaba delicioso.

Ella (su figura que, obviamente, no se moldeaba a base de costillas de cerdo) y su acompañante entraron en la cocina. De nuevo, la misma reacción de sorpresa y miedo se posaron en mi pecho. Volvían a hurgar en la herida, esta vez rasgaban la carne de derecha a izquierda y mi piel se abría mostrando sus entrañas. No llegaba a acostumbrarme a tanto susto, uno seguido del otro. Aquello era como estar en el túnel del terror. Me mantenía tensa y expectante, esperando morir de espanto. El hombre que acompañaba a Marisa..., lo conocía. Exactamente de aquel día en que ejercité mis dotes de detective, descubriendo así los enormes cuernos que se asomaban por la cabeza de Miguel. ¿Marisa se traía a su amante a casa? Entonces me enfadé con ella, poniéndome del lado de mi hermano. Si mi mundo se estaba derrumbando, tal vez los escombros y las ruinas caerían sobre mí en cualquier momento, aplastándome sanguinolentamente. Ya no podía más con tanta emoción rabiosa junta, esperaba una chispa con la que estallar. Marisa me saludó.

Era tal mi confusión que me mantuve tiesa como una estatua, incapaz de efectuar cualquier gesto que desestabilizase algún detalle que acabase con todo de golpe. Ella se acercó y me besó sin más, con naturalidad. Su fragancia rompió la barrera de la mía. Me ganaba en todo.

—Hola —contesté. Debí congelarla cual nitrógeno líquido con mi frialdad.

—Martín. Te presento a Eloísa, la hermana de Miguel.

Martín, querubín-figurín-calzetín-saltarín-bailarín..., me dio la mano. Lo siento, estaba rabiosa y eso me hacía pensar chorradas, cosas inútiles que distrajeran mi dolor, estupideces como buscar palabras que rimasen con su nombre de manera consonante.

—Encantado —dijo, espléndido, sin quitarle el ojo a Marisa.

Hubo un silencio. Marisa sonreía a Martín, andarín-retintín-tallarín..., quien a su vez idolatraba a Marisa. Miguel observaba la situación con una sonrisa bobalicona (tonto de remate, no espabilaba... ¡Le estaban poniendo los cuernos en sus narices! Y es que era bobo de narices)... Hasta que Marisa añadió:

—Oh..., lo siento, no sé si os conocíais. Eloísa, Martín; es mi mellizo. —Lo tomé del brazo, como si así pudiese ver mejor su parecido—. ¿No somos idénticos?

—¿Qué? —se me escapó la incredulidad.

En realidad, había oído hablar de Martín. Trabajaba en la India en una empresa de no sé qué y no venía mucho por aquí. Ni siquiera estuvo en la boda y no había tenido oportunidad de conocerlo hasta ese día. Lo había borrado de mi mente.

No solo mi hermano era un asesino (sospechoso, únicamente sospechoso, tengo que concretarlo), *pensamiento intruso*... sino que ahora Marisa, foco de todo mi odio, mis ideas delirantes y frustraciones, estaba fuera de culpas y era en realidad el angelito celestial que aparentaba. ¿Dónde descargaría ahora mi sufrimiento? Rieron y comentaron la curiosidad del caso. Yo fingí mi asombro por las leyes de la genética y la reproducción, y tras el café conseguí escaparme de aquel horror. Todo mi mundo se había agitado de tal manera que tan solo necesitaba pararlo, y con urgencia. *Stop*.

Más tarde, al llegar a casa, me tapé con una manta, ocultándome de la misma existencia, y seguí con la lectura. Ahora corría prisa, pero además aquel diario me ofrecía la oportunidad de sumergirme en un mundo imaginario y alternativo. Ya que el mío era espantosamente horroroso y quebradizo.

Por fin llegó la noche de la fiesta. Alona se colocó frente al espejo, con lentitud en sus gestos, con ilusión por ver su reflejo; quería conocer la imagen que en realidad captarían los ojos de Moret. Se encaró a su retrato con cierto descaro... ¡Estaba radiante!

—Querida, ¿puedo pasar? —interrumpió la señora Pody. Venía a peinarla.

La mujer cogió un cepillo de madera, un cuenco con perfume y comenzó con la tarea. Alona se sentó en un taburete frente a su nueva imagen, en un silencio que la señora Pody no esperó a romper:

—Cariño, ya no eres una niña. Mi vida..., qué hermosura..., tienes el mismo pelo que tu madre y los ojos de tu padre...

Bla, bla, bla... cariñoso y tierno; pero Alona estaba tan centrada en su objetivo, que apenas podía

oírlo.

Cuando de nuevo quedó a solas, se observó con más detenimiento. Quería estar perfecta, ¡ser perfecta para Moret! Deseaba cautivarlo y acorralarlo, sin otra opción que quererla. Debía quedarse prendado por tanta belleza y se sentía satisfecha con el resultado. Su peinado se erguía, orgulloso, como la insolencia que pretendía mostrar esa noche. Dos rizos caían revueltos cual la travesura con la que pretendía jugar. Aquel vestido se ajustaba a su figura perfectamente, tanto como ella se ajustaría a los anhelos de Moret. El color dorado de aquel vestido crema destellaba si acaso con más fuerza que nunca, de la misma manera que Alona resplandecía. A la joven se le escapó una tenaz mirada. Esta noche, a sus diecisiete años, seduciría a Moret Moyano.

Luego se juntó con Martina. Ella también llevaba un vestido confeccionado por Felisa. Estaba muy bella, con un coqueto vestido azul que se le ajustaba perfectamente a la cintura; sin embargo, parecía ansiosa e insegura. Miraba alrededor cogiéndose y retorciéndose las manos. Como si esperase algo. Al preguntar sobre la causa de su estado, no quiso contestar.

Alona, por su lado, no estaba inquieta porque estaba convencida de que aquella noche alcanzaría su objetivo, saborearía la incertidumbre de Moret ante sus atrevimientos... No cabía lugar para la duda o los nervios. Retiró la cortina granate de terciopelo que las separaba del salón, en lo alto de la escalera principal. Observó que la estancia relucía decorada en oro y luces, con brillos y destellos, produciendo un ambiente de ensueño. Era algo nebuloso y digno de recordar. La orquesta había cesado para dar paso a la voz grave del mayordomo:

—Señoras y señores, la señorita Martina y la señorita Alona, discípulas del querido señor Moret Moyano.

A la orden de Luis, ellas bajaron las escaleras hacia el salón. Ambas caminaban con elegante gracia, como les habían enseñado. Martina miraba inquieta hacia todos los lados, buscando algo, rastreando. Alona sabía exactamente hacia dónde debía dirigirse, hacia el señor Moret. Su mirada era latente, pausada y sostenida. La joven observó la reacción que causaba en él. Moret tragó saliva y la observó también con detenimiento, aunque con mayor sutileza, sin llegar a utilizar la misma cantidad de descaro que la joven. En realidad, reflejaba una mayor dosis de confusión en su semblante que nunca. Pero siempre mantenía las formas, así que nadie más se había percatado de su duda. Alona sí la cazó; llevaba mucho trabajo adelantado en catalogar sus gestos y archivarlos, toda una estudiosa, la persona más diestra para reconocer la verdadera emoción de aquel hombre.

Comenzó el banquete. El señor Moret se rodeó de sus amigos en la mesa, estos acudían acompañados de sus esposas. Las niñas se sentaron a cierta distancia. Fue la casualidad quien dictó aquella desgracia. Alona presenció su primera duda de la noche... ¿Cómo iba a seducirlo desde la distancia?

Martina parecía especialmente nerviosa con la colocación en su mesa. Apenas habló durante la cena.

—¿Me vas a contar lo que te pasa? Soy tu amiga. —Esta vez Alona vio oportuno insistir.

Martina no podía articular correctamente ni un vocablo. Decía tonterías, palabras inconexas o emitía frases poco coherentes. Como si le faltara el engranaje que unía la cordura. Sin embargo, su mirada contenía más verdad que sus palabras: echaba pequeños vistazos a un chico que estaba enfrente y ligeramente a la izquierda.

—¿Es por Victorino? —preguntó Alona.

Martina asintió con un gesto de la cabeza y bebió agua como si acabase de realizar una travesía por el desierto.

—Es que... ¿Te gusta?

Esta vez evitó responder, ofreciendo salsa para el asado. Alona saludó con la mano al chico:

—¡Victorino! ¿Serías tan amable de prestarme tu sitio? Necesito hablar con tu madre.

Martina la miró con rabia en sus ojos. En ese instante odiaba a Alona con todas sus fuerzas. Se

centraba en fruncir el ceño de tal manera que esa energía acabaría fulminando a su amiga como por arte de magia.

La madre de Victorino pertenecía a una de las familias dedicadas al viñedo. Las jóvenes habían coincidido con ella a raíz de una pequeña urticaria que en una ocasión había padecido. Victorino aceptó con una sonrisa y cambió su asiento con Alona.

Durante el resto de la cena, Martina hablaba con el chico con más soltura de lo esperado. De hecho, él se mostraba más asustado que ella. Los dos se sonrojaban coquetamente. Llegó el momento del baile. La orquesta tocaba ritmos melódicos. Los padres de Victorino salieron a bailar y este se lo propuso a Martina. Ella le contestó con un decidido gesto: lo tomó de la mano y lo sacó a la pista. Con absoluta convicción.

Pero Alona estaba sola, enfurruñada y con la cabeza apoyada sobre la mano. Frustrada por no tener a Moret al lado, pendiente de ella. ¿Es que no se había fijado en su bonito vestido? Con horror, al levantar la cabeza de la desesperación y elevar la mirada hacia su hombre, vio cómo una elegante mujer se le acercaba. Iba acompañada por quien, seguramente, era su padre. Hicieron las debidas presentaciones y Moret besó su mano. Ella hizo una pequeña reverencia. Extremadamente elegante. ¿Quién era aquella mujer que conseguía atraer su atención? Le costaba coger aire. Lo hacía con grandes bocanadas. Su vestido no era un buen aliado, le apretaba y la ahogaba. Nunca había imaginado que pudiese existir en este mundo otra mujer capaz de acercarse a Moret, y que no fuera ella. En su ecuación no había tenido en cuenta ese factor: la competencia.

Intentaba decidir con rapidez, y aunque no acostumbraba, el miedo la estaba paralizando. Entonces sintió una punzante mirada. El dueño de aquel gesto estaba sentado al fondo de la mesa, cerca del grupo con el que charlaba el señor Moret y la misteriosa dama. Aquel desconocido la miraba con deseo y severidad. Tenaz. Como si la joven fuese un objeto que quisiera agarrar. Alona lo ignoró, hasta que observó que a Moret no le pasaba desapercibida la conducta de su amigo. Esbozaba una mueca de desaprobación. ¿O eran celos? Tras analizar la reacción, decidió utilizar aquella oportunidad para acercarse a su objetivo, así que le regaló al desconocido una coqueta y fingida sonrisa. Acto seguido, el hombre, con distinguido hablar, se dirigió al grupo:

—Señor, ¿no nos va a presentar a su brillante discípula?

Moret parecía fastidiado. Ante la insistencia de todos los demás acompañantes, incluido el señor Méndez, no tuvo más remedio que llamar a Alona a su lado. Ella se levantó con semblante sereno de su silla, recogiendo el vestido con delicadeza, y se acercó con insolente pausa, victoriosa. Por fin conseguía estar cerca de su objetivo. Sin embargo, continuó con la obra teatral y lanzó su mirada a aquel extraño, intentando causar celos en su hombre anhelado. Se hicieron las presentaciones:

—Querida, este es Pierre, un gran amigo. El nexa de unión con los negocios que poseo en el extranjero, viene desde Francia.

—Encantado, señorita. —Besó su mano, mirándola directamente a los ojos.

Ella no mostró ni pizca del desagrado que le causaba aquello, porque Moret hervía colorado a su lado y eso le gustaba.

—A los demás ya los conoces.

Alona saludó con cortesía, en especial al señor Méndez, que comenzó entonces a hablar maravillas de la joven. Explicó con entusiasmo cómo había curado a su mujer. Halagó su capacidad estratégica y su inteligencia. Alona señalaba algún comentario; intentaba ser lo suficientemente inteligente en su discurso como para cautivar a sus oyentes, pero no tanto como para asustar a los hombres, por lo que a veces fingía cierta inocencia o grácil fragilidad para que la adorasen tiernamente. Entonces, el señor Pierre interrumpió el diálogo:

—Estoy seguro de que la estamos aburriendo... ¡Por Dios! ¡Asistimos a una exquisita velada! Creo, señores míos, que esta mujer desearía disfrutar del baile y de la música. ¿Le gustaría que fuera yo quien le propusiera salir a la pista?

—Sería un gran placer, Pierre. —La joven alargó la palabra «placer» e hizo una pequeña reverencia; esta vez sin dejar de mirar al señor Moret, divertida.

Salieron a bailar. Tocaron varias piezas y su acompañante resultó ser un buen bailarín. Su acento francés le daba un aire distinguido. Alona comentó con sinceridad que le encantaría aprender el idioma. Entre vuelta y giro, la joven observaba de soslayo a Moret, que fingía tranquilidad mientras charlaba con sus acompañantes. Pero aquellas breves miradas hacia los bailarines delataban una inquietud cuya causa no entendía. Tras unos minutos de fingido teatro, desapareció. Alona no lo encontraba por ningún lado. Con temor, reconoció que tampoco estaba presente la desconocida dama, su oponente. El señor Moret volvía a dejarla sola, y esta vez para marcharse con otra mujer. Le dolía tanto el corazón... El pecho palpitaba, se sentía encerrada, la angustia la ahogaba... Ya no podía fingir más delante de Pierre. Sus esfuerzos estaban resultando inútiles y, cuando más necesitaba a Moret..., se quedaba en nada. Y solo existía la ausencia, el vacío, la nostalgia y la frustración. Como siempre, todo era en vano. Se disculpó con su pareja de baile.

—Me siento algo fatigada, saldré a tomar el aire, ¿podría disculparme?

—¿Necesita compañía?

—Oh... no, no... no se preocupe, ahora mismo no sería buena acompañante. Volveré en unos minutos.

—Desde luego, señorita. Espero volver a disfrutar de su presencia. —Pierre besó su mano de nuevo y se alejó respetando sus deseos.

Alona salió al balcón. Se acercó a la barandilla y miró el horizonte. Su silueta de oro y crema rompían la oscuridad de la noche. Cerró los ojos y respiró hondo. Le llegó su aroma. Sí, el de él. Miró a su derecha. Nada. Miró a su izquierda: él.

—¿Estás disfrutando de tu noche? —El señor Moret la miraba.

La primera vez que ambos habían estado a solas aconteció en un carromato, justo antes de partir hacia su nueva vida, cuando Alona entró en el coche de caballos y la señora Pody subía el equipaje. Esta era la tercera vez. En este nuevo instante, flotaban dentro de una burbuja y todo lo externo se quedaba fuera. Lo único que podía sacarlos de allí era un ligero murmullo de gente y música que les recordaba, de manera molesta, que existía más gente aparte de ellos. Alona quiso pensar que la hermosa dama no estaba presente. Lo conocía bien, Moret era un ser solitario que amaba su trabajo por encima de todo, un ser inalcanzable que no perdía el tiempo con estúpidas damas ignorantes de su persona, sus deseos y anhelos. ¿Cómo había podido dudar de él? Nadie estaba a su altura; solo ella lo conseguiría:

—No disfruto tanto como deseaba...—dijo.

Moret no contestó. Olía la insolencia de la joven y no sabía si aquello le gustaba. Era demasiado confuso. Bueno, tal vez sí, tal vez le gustaba. Ella se acercó. ¡Tal vez lo deseaba!

Para Alona era sencillo, era lo que llevaba esperando toda la fiesta, el momento de seducirlo. Deseaba ser atrevida, pero le empezaban a flaquear las piernas. A pesar de la reacción de su cuerpo, su valor la acercó más a él.

—Pierre es un gran compañero. Hacemos importantes negocios... —Moret empleó una conversación neutra. Vacía de contenido emocional, intentaba controlar la situación pero se podía detectar la incertidumbre.

—No me gustaría perder el tiempo hablando de él —contestó ella.

El gesto de Moret Moyano se congestionó. Entonces la niña colocó las manos sobre su pecho. Miró al suelo un eterno segundo y volvió a levantar la mirada, coquetamente rizada por sus pestañas. Sintió bajo las palmas el sonido del corazón del hombre, como un eco que retumbaba hasta su interior.

—Alona... —dijo él. No terminó la frase.

Cogió las manos de la joven con suavidad y cariño, las retiró de su piel apenas unos centímetros.

Ella sintió de nuevo la fuerza de la furia y le dijo:

—¿No entiendes lo que en realidad deseo? No entiendes que... —El señor Moret tapó su boca con los dedos para que no pudiese terminar la frase.

—No tienes nada que decir. Me lo dices todo siempre sin necesidad de hablar. Bailemos. —Alona lo miró con el ceño fruncido, confusa. No la dejaba acercarse, aunque tampoco la estaba alejando del todo. Algo más calmada, asintió con la cabeza.

Bailaron en silencio una sola canción en la que él la agarraba fuerte y la estrechaba contra sí. No dejaron de mirarse ni un instante. Alona, debido a su contundencia, y Moret, debido a la confusión. Dudaba con aquello que le estaba ocurriendo. Tan solo era una niña de diecisiete años, ¿cómo podía comportarse así? ¿Por qué tenía esa gran capacidad para descolocarlo?

Alona no dudaba ni un solo segundo.

12

La ironía

A la mañana siguiente, una Alona extasiada no podía dejar de cantar y reír.

Cerraba los ojos y repetía las escenas del día anterior una y otra vez mientras fingía seguir danzando. Recordaba el aroma de Moret Moyano con viveza, su mirada, su emoción... Especialmente se deleitaba reviviendo cómo la agarraba en el baile. A veces de manera temblorosa, otras firme. Algunas veces dulce, otras rabiosa. Conocía su duda, pero esto no le producía dolor. Se sentía orgullosa por atreverse a turbar a aquel hombre y quería hacerlo una y otra vez. Aquel juego le encantaba, porque tenía la certeza de que saldría victoriosa.

Ese día, Martina y Alona acudían de visita, de casa en casa, atendiendo las urgencias de los trabajadores, cada una ensimismada, exhalando grandes suspiros. Una por Moret, la otra por Victorino.

Con repentina brusquedad, una imagen envenenó el corazón de Alona. Moret paseaba en las cercanías al lado de una mujer. Con horror descubrió que se trataba de la desconocida dama del baile. Llevaba un grácil paraguas que la protegía del sol, reía con estruendo y sus andares eran femeninos y estudiados.

—Martina, ¿conoces a esa mujer? —preguntó, apresurada y víctima del pánico.

—¿Es que tú no?

—No. Dime quién es, por favor.

—Todo el mundo habla sobre ella. Se trata de la hija de una de las familias más ricas del pueblo.

—Martina esbozó una sonrisa traviesa y continuó hablando en un susurro—: Hay rumores...

—¿Qué rumores? —Cada poro de la piel de Alona se estremeció. Aquello no le gustaba nada. Sabía cómo acabaría la frase.

—No son más que chismes..., dicen que la mujer ha venido para prometerse.

—Con... ¿Con quién?

—¿Lo preguntas de verdad? Pareces idiota... ¿Con quién va a ser? ¡Con Moret!

Martina hablaba entre risas, con cierta agitación por el jugoso enredo que suponía aquella noticia, sin saber que a su amiga le dolía como la muerte. Un vertiginoso agujero se la tragaba. Tomó aire como si acabase de correr cien metros perseguida por un toro, y entonces la rabia embistió:

—Tú eres la estúpida, Martina. Sabes que Moret nunca me..., nunca nos dejaría solas... a nosotras... Parece que... que no lo conoces... No hay nadie que esté... ¡No se distraerá de su cometido! Y menos por una mujer tonta y coqueta de la alta sociedad...

—¿«Tonta y coqueta»? ¿Acaso la conoces para hacer tal afirmación?

Alona dudó. No emitió palabra. Sentía cómo las lágrimas acudían a sus ojos. Empujaban queriendo salir. Martina parecía no percatarse de nada, porque añadió una estaca al corazón de su amiga:

—Pues estás muy equivocada, dicen que su padre la está preparando para ir a la universidad.

—No es posible. A las mujeres no nos permiten completar estudios superiores.

—Las cosas van a cambiar. Se dice que existe un número reducido que ha solicitado permiso al rey para acudir a la universidad. Esperan respuesta. Creo que el padre de tu misteriosa dama pretende educar a su hija en la materia, en su propia casa, y demostrar al resto del mundo la posibilidad de que las mujeres estudien y acudan a formarse de manera reglada.

Alona quedó en silencio. Estaba verdaderamente dolida. La dama contaba con todas las facilidades del mundo para acercarse a su hombre. En la dañina comparación que realizaba, salía perdiendo en cada detalle. Superior en categoría, superior en estudios, superior en modales, carácter y sobre todo... mayor, mucho más cercana a la edad de Moret... El conjunto hacía que la mujer quedara en el mismo escalón que Moret, y Alona, unos cuantos peldaños por debajo. Pero ¡nunca lo querría tanto como ella! De eso estaba segura. ¿O no? Y si... No, no, no... Noooooo... ¿Y si a Moret le hiciera feliz otra mujer?

Tras la jornada laboral, en la que Alona hizo un sobrehumano esfuerzo por no echar a correr, llegaron a la mansión casi a la hora del almuerzo. Para alivio de la joven, en la puerta encontraron a Moret, quien, sin la elegante dama, charlaba con el señor Pierre. Este último mantenía una actitud demandante y Moret parecía algo molesto; aunque como siempre, guardaba las formas y la cortesía.

Las dos amigas saludaron y pasaron de lado, sin querer importunar. Alona observó a Moret y este le dedicó una triste mirada, suplicante. Entonces, la joven tuvo que detenerse en seco, sentía ganas de abrazarlo. Martina la empujó, arrastrándola por el codo.

—Vamos, Alona, dejemos a los señores.

Obedeció a su amiga a regañadientes. A veces no encontraba la manera de ser correcta, con tanta chispa volátil en su interior. Ambas subieron a sus habitaciones para realizar el aseo previo al almuerzo.

—¡Venga! ¡Date prisa! —le gritaba Martina desde el otro lado de la puerta—. Pero ¿por qué tardas tanto?

—¡Ya casi estoy!

Alona se miraba una y otra vez en el espejo. Deseaba estar siempre perfecta. Se peinaba, se ponía bonita para él. Debía alcanzar la perfección.

—¡Vamos a llegar tarde!

La joven por fin salió de su habitación y le pegó un pequeño empujón a su amiga. Esta le respondió con otro. Se echaron a reír. Entre las dos había surgido una gran amistad. Lo sabían todo la una de la otra. Bueno, casi todo, porque Alona aún no se había atrevido a contarle a su amiga lo que sentía por Moret. Por miedo de quedar en ridículo. Él se había encargado de disimular en público los gestos de cariño hacia la joven. Con sus broncas en la sala de estudios pero sus perdones en secreto; con su sinceridad en el balcón el día de la fiesta, pero su indiferencia en la mesa del comedor. Además, estaba aquella elegante mujer que lo pretendía. Tan solo el baile de la noche anterior, delante de todos los invitados, habría podido levantar sospechas sobre la complicidad entre los dos. Por eso, para Alona aquello era su mayor éxito. Aunque ahora dudaba. ¿En verdad existía tal acercamiento? ¿Estaba Moret enamorado de otra mujer? ¿Eran sus gestos, únicamente reacciones educadas ante la insistente insolencia de la joven? Tal vez todo estuviese en su imaginación.

Mientras bajaban las escaleras, Moret se cruzó con ellas en dirección opuesta, y paso veloz. Parecía apesadumbrado o incluso enfadado. Lejos de detenerse a saludar, subió los escalones de dos en dos, con amplias zancadas. Alona no encontró respuesta a sus miradas. Solo una horrible indiferencia.

—Anda... estás enamorada del señor, ¿verdad? —le dijo Martina. O sea, que sí que lo sabía.

—Chiss... ¡No lo digas tan alto! —pidió Alona, asustada—. ¿Cómo lo has sabido?

Su amiga sonrió, divertida.

—No hace falta que me lo diga nadie, me paso casi diecisiete horas diarias contigo. ¿Crees que soy tonta?

—No.

Alona pensaba que Martina no perdía el tiempo observando las sutilezas a las que ella prestaba toda su atención. Carecía de esa sensibilidad, a veces fastidiosa, que no sabía muy bien cómo describir. Y menos mal, porque necesitaba a alguien racional a su lado que le centrara las ideas, que le advirtiese de que su comportamiento era poco cuerdo, basado en conjeturas y muy arriesgado. Sin embargo, esta vez la había cazado al vuelo. El amor que sentía por Moret se le escapaba con poco disimulo.

—Se te nota a la legua, amiga mía... —rio Martina.

—No me importa. Tengo ganas de gritarlo para que todo el mundo lo oiga, así él se dará cuenta de una vez por todas...

—¿Y qué crees que pasará entonces? —Martina dejó de sonreír, estaba poniendo su cara de preocupación. Alona se sentía juzgada y ridícula—. Solo eres una niña. Olvídate. Tú misma lo dices. Sus intereses no pasan de su obsesión por este viñedo. Por eso estás a su lado, para ayudarlo en su tarea, para nada más... Nunca arriesgaría eso por ti. Además..., está la dama de esta mañana... —Tocó su hombro intentando consolarla.

Martina estaba siendo muy sincera, cumpliendo su papel de buena amiga; pese a eso, aquello se volvía cruel teniendo en cuenta que era imposible que Alona pudiese olvidarse de Moret. La tortura no tenía fin.

—Gracias, Martina —la abrazó—, pero no es tan simple. Creo..., no, sé que él siente algo por mí, algo que le turba profundamente. Y hace verdaderos esfuerzos por escondérselo al resto y... a sí mismo también. —Al escucharse hablar, casi ni ella pudo creerse lo que decía.

—Ay... Tú y tu imaginación... Ten cuidado. Puedes estar equivocándote. Ojalá que no, Alona... Ojalá...

A la joven se le quedó un regusto amargo en la boca. Las dudas de Martina volvían a crearle inquietud. ¿Estaría haciendo el ridículo coqueteando con el señor Moret? ¿Era él tan educado que la confundía su sutileza al rechazarla?

Toda su seguridad quedó arrastrada por las palabras de su amiga; era como si, al escucharlas desde fuera, se volviesen más racionales. Decidió enfadarse con Moret Moyano por no ser contundente en sus respuestas. Por sus excesivos modales y frialdad al actuar. Siempre tan pensativo y silencioso, sin compartir nada de manera intencionada.

Mientras comían, la conversación viajó de un lado a otro con ligereza. Como de costumbre, Alona quiso cazar parte del secreto de Moret, entre pestañeo y pestañeo. Pero no pudo, pues no le dirigió la mirada ni una sola vez. Se mostraba totalmente indiferente. Aquella actitud confirmaba las reflexiones de Martina, pero no hubo gesto alguno de regodeo por su parte. Y por ello, la admiraba y quería.

La angustia avanzaba por el cuerpo de Alona, pudriéndola. Justo cuando empezaba a sentirse ridícula y rechazada, la duda volvió a darle un atisbo de esperanza. Por fin Moret se dirigió a ella:

—Alona, vamos a dar un paseo. —Era una orden.

Martina mostró sorpresa y sin decir palabra salió del comedor para dejar a solas a la pareja. Antes de desaparecer, guiñó un ojo con disimulo, para que solo Alona pudiese verlo. A pesar de la crudeza de sus anteriores palabras, quería el bien para su amiga, era cómplice de sus deseos.

Una vez fuera, el sol volvió a quemar sus rostros, los grillos volvieron a romper el silencio y la brisa seca a revolver el pelo de la joven. Se adentraron por el estrecho camino rodeado por la desordenada vegetación, cruzaron el puente de piedra, fueron salpicados por la pequeña catarata y bordearon el riachuelo hasta llegar a la inmensa explanada que acababa en el agudo barranco en el cual Moret Moyano había muerto en una ocasión. En el centro de la inmensidad, el hombre comenzó su discurso:

—Esta mañana he hablado con Pierre. —Esperó para observar el rostro de la niña, en el que no encontró más que impaciencia por seguir escuchando—. Sabes que es un gran amigo de la familia Moyano y un gran compañero de negocios. Le debo parte de mi fortuna. Fue él quien me ayudó a

levantar este lugar cuando murió mi padre.

—Oh... —Nunca le había hablado de su familia, así que la joven no sabía muy bien cómo reaccionar—. Lo siento. ¿Qué le ocurrió?

—Esa no es la cuestión que nos ocupa —dijo, nervioso—. Pierre vive en Francia. Dirige otra casa de vinos. Me ha pedido que...

Moret cogió las manos de la niña y la miró a los ojos. Ella hizo el mismo gesto a la inversa: miró sus manos tiernamente acogidas y después levantó el rostro hacia él.

—¿Qué? —Se le cortó la respiración.

—Me ha pedido que te vayas con él. —Respiró sonoramente, como si fuera una tormenta—. Allí ejerce un gran médico. Dice que podría instruirte. Se quedó impresionado con la historia que el señor Méndez contó sobre ti.

Tras un eterno silencio, a Alona empezó a preocuparle una sola cosa. Se preguntaba... ¿cómo habría reaccionado Moret ante aquella petición? ¿Ante el miedo de perderla? ¿Permitía un futuro sin ella?

—¿Y qué le has contestado? —Él soltó sus manos, volvió la cabeza en dirección al mar, evitando mirarla, y se mantuvo en silencio. La niña insistió—: ¿Qué le has contestado?

Nada. De nuevo, el vacío. Detrás de todo ese silencio se encontraba su orgullo. No quería darle más explicaciones. Quería guardarse sus emociones para sí, no arriesgarse ni precipitarse. Los sentimientos que él tenía podían ser pasajeros, un factor que por su perecedera naturaleza no debía ser tenido en cuenta en la toma de decisiones. Ante aquella racionalización, Moret pareció recomponer su seguridad y acarició con dulzura la mejilla de Alona, de manera paternal. Esta se enfureció por no obtener respuesta y por ser tratada como una niña. Le apartó la mano con rabia y brusquedad.

—¿Qué le has contestado? —gritó, muy alto.

Exigía una respuesta. Moret levantó los hombros, expresando así su incomodidad ante aquella actitud implacable. Apenas podía controlar sus emociones, tanto que al intentar contestar de forma educada, su voz se tornó áspera y titubeante.

—No... No importa lo que yo pueda decir u opinar. Le debo mucho a Pierre, así que me he visto obligado a responderle que te lo preguntaría a ti, y que tú decidirías. No eres mi esclava.

—¿Qué quieres que haga?

Esperaba que su hombre le rogase que se quedara. Quería que sintiese la necesidad de encadenarla, si eso iba a impedir su partida.

—Eres muy útil aquí, Alona. Haces una gran labor, dejaría marchar a una de mis mejores trabajadoras. Por supuesto que no quiero que te vayas. Serías una gran pérdida para el viñedo.

—¿Y... nada más?... ¿No quieres perderme porque te soy útil aquí?

—¿Qué más quieres que te diga?

Moret se sentía turbado, incapaz de decir esas palabras que evitarían la marcha de la joven. Aquello que sentía era una locura. Todo se precipitaba ahora que se encontraba ante la posibilidad de perderla. Alona le cerró las puertas.

—Márchate. Quiero estar sola. —Era una orden. Las lágrimas caían por su mejilla. Moret quiso coger una—. ¡Lárgate de una vez! —insistió llorando.

Moret se fue, por supuesto, guardando la compostura, pero sintiéndose en secreto un cobarde, por no poder expresar en voz alta esa duda inquieta apenas audible y borrosa. Aquello que no sabía identificar. Se consoló a sí mismo diciéndose que conseguiría olvidar sus emociones en pocos días, solo debía centrarse en el trabajo. ¡La niña tan solo tenía diecisiete años! ¿Qué era aquello? Amor paternal, seguro. Sí... Seguro que lograría olvidarse de ella, claro. Todo era una estúpida ilusión causada por la insistencia de la joven. Un apego por el cariño al haberla traído tan joven y haberla educado. Algo que se acentuaba ante la posibilidad de perderla. Seguro que sí...

Alona se quedó toda la tarde allí tendida. Llorando. Entre convulsiones. La rabia fluía por sus venas, como un veneno, produciéndole un dolor insoportable. La lógica marcaba con claridad el camino que debía seguir: «Deseo estar al lado de Moret. Lo ha confesado con claridad: me valora como trabajadora. Si me marchó a Francia aprenderé más que aquí, especialmente con este cuadrulado, tedioso e inútil ritmo de aprendizaje que él dirige. Si avanzo en mis conocimientos, para después volver, seré más útil para el viñedo que ahora. Si soy más útil, Moret me respetará más. Si me respeta más, tal vez pueda verme a su altura. Si me ve a su altura, tal vez pueda quererme como yo quiero...».

Llamaban al timbre. Me costó salir de mi cueva en el sofá. No quería que el mundo viniese a mí. Pero ¡si estaba escondida! ¿Quién me había encontrado? Abrí la puerta, con la manta sobre los hombros a modo de poncho:

—¡Hola! —Era el vecino de arriba.

Con tan solo doce años, su mirada curiosa criticó mi imagen cruelmente. Vale que me arrastraba con una manta a modo de capa voladora, pero... ¿está la mente de la humanidad tan podrida que ya con doce años nos enseña a criticar?

—Hola. —Intenté sonreír, e incluso peinarme un poco. Yo sí que estaba podrida—. ¿Qué quieres?

—Me han dado esto para ti. —Mostró un sobre cerrado. Algo voluminoso.

—¿Quién te lo ha dado? —Desde que entraron a robar, mi confianza se había extinguido y a cambio me dejaba una paranoia extrema.

—Me ha pedido que no te lo diga, es una sorpresa —lo dijo con alegría.

La reacción suavizó un poco mi temor. Aunque tenía un buen motivo para mostrarme asustadiza.

—¿Cómo era esa persona? ¿Se trataba de un hombre?

—Soy un niño pero no un idiota. Me ha dado cinco euros para que no te lo diga. ¿Por qué no lees la carta y lo averiguas? —Era un listillo.

Abrí el sobre, temblorosa. Mi vecinito estaba allí plantado, observándome. No lo eché porque en parte me daba algo de seguridad que me acompañase. ¿Qué maldad me impulsaba a arrastrar a aquel niño conmigo para sentirme más segura? Si hiciesen una película sobre mi vida, que no la van a hacer..., yo no sería la protagonista linda y valiente de la historia. Sería un personajillo feúcho y débil. Me retracté:

—Puedes marcharte si quieres. Ya has cumplido.

—¿No me vas a dar una pequeña propina?

Madre mía... Sí, era un listillo.

—Toma. —Busqué algo suelto en mi cartera. Dos euros. El niño se había forrado.

—¡Gracias! —Y escapó corriendo.

Observé el sobre con *husmeante* precaución y decidí abrirlo. En el interior, descubrí una llave acompañada de una nota que decía:

Baja las escaleras. Ven sola.

Ya estábamos... El típico «ven sola». Esto ocurre cuando el malo de la película quiere hacer daño al bueno, que de bueno que es, es tonto y decide hacer justo lo que el asesino en serie, archienemigo o acosador inestable, quiere: que vaya solo. No llego a comprender los motivos. Tras esta deducción, lo primero que hice fue buscar compañía, de inmediato. Cogí mis llaves, conecté la alarma de seguridad, cerré la puerta y con poncho incluido (o capa voladora, según la película), fui en busca de una ayuda que no tuviese doce años. En busca de Lucas. Cuando llegué a su puerta, allí, en el felpudo, había otro sobre. Sentí miedo por él. Lo habían secuestrado. Seguro. Abrí la nota aguantando la respiración:

Ya tienes la llave de esta puerta.

Por Dios... ¡Qué idiota! Y solté un suspiro liberador. Aquello no era una película de terror, sino una comedia empalagosa y romántica de la que era protagonista. Todo encajó, aquella nota tan peliculera la había escrito Lucas. Seguramente ahora mismo se sentía un verdadero James Bond, pero no había contado con que yo vivía mi propia historia de intriga.

Qué idiota... Esta vez lo pensé con ternura. Era un dulce intento. Sonreí. Sentía una mezcla de curiosidad y felicidad, cualquier cosa que ocurriese a continuación me agradaría sin dudarlo, buscaría su lado bueno. Me sentía tan libre de mis habituales pensamientos destructivos que se me olvidó que, solo unos minutos antes, un niño de doce años había criticado mi aspecto con

voracidad y que yo seguía igual. Sin cambios significativos. Y si... ¿Y si consiguiésemos tener esta actitud siempre? ¿Se podría entrenar la mente, educarla, de tal manera que persistentemente vea el lado bueno de las cosas y de las personas? ¿O es necesario esperar a alguien capaz de producirte ese estado mental?

Giré la llave y entré en su casa. En el vestíbulo había otro sobre. Buf... Qué original, otro sobre... *Pensamiento intruso*. Repito. Nada de ironía: hoy vería las cosas buenas. Me retracto. En realidad, a MVY le gustaba que hubiese puesto otro sobre, era gracioso. Y eso me hacía falta: alegría.

Dirígete al salón.

Pues sí que había gastado papel para un párrafo taaaaan largo, sentimental y profundo. De nuevo un pensamiento crítico escondido tras la ironía. *Pensamiento intruso*. Me retracto... Fui capaz de identificarlo y opté por ignorar ese parloteo mental basado en valores tan repulsivos como puede serlo una cucaracha patas arriba. Elegí pensar que aquello era adorable y que estaba recibiendo un cariño increíble.

En el salón había un paquete envuelto para regalo con un rótulo que decía:

Ábrelo.

Menos mal que me lo explicaba... Sin aquella aclaración, ¿cómo hubiese deducido yo sola, sin ayuda, que debía abrir un paquete envuelto para regalo? Ironía. Esta vez me estaba divirtiendo y no era un comentario crítico, admiraba la simplicidad de aquel gesto con una ternura inimaginable.

Al abrir el paquete, observé que se trataba de un delantal de color verde fluorescente en el que estaba escrito lo siguiente: «¡Cuidado! La mejor camarera que conocerás en tu vida acaba de llegar». Solté una carcajada. Incluso se me escaparon unas lagrimitas. No sé si eran de simple risa o de absoluta felicidad. Otra nota; Lucas había evolucionado en el proceso, ya no había utilizado un sobre entero para acompañar el papel.

Pista para encontrar la próxima sorpresa:
¿en qué habitación de la casa sueles cocinar?

¡Qué difícil! Sí, sí, muy difícil... (hoy la cosa iba de ironía). No escatimaba en pistas... ¿Eso era lo que se le había ocurrido para construir una adivinanza que me llevase a la cocina? Esperaba fervientemente que aquello no mostrara su idea sobre mis capacidades intelectuales. ¡Cómo me estaba riendo!

En la cocina me encontré medio folio recortado de manera perfecta. No sé cómo lo hace la gente. En mis intentos de dividir un papel sin tijeras, con el método de doblar la hoja y hundir el pliegue para después rasgarlo, me sale de todo menos un resultado recto y uniforme. Es algo que siempre me ha parecido imposible. Pero no, hay gente que lo hace y Lucas era uno de ellos. Fíjate, lo estaba descubriendo. Leí:

Menú de la noche:

Puré de patatas

Pechugas en salsa

Fresas

Cocinero: chef Lucas

P.D.: Para terminar... mi habitación.

¡Esto sí que era una forma original de invitarme a cenar! Me estaba sorprendiendo con su manera de hacer las cosas. Sí, cada vez me gustaba más.

Fui a su habitación, con el corazón en un palpito robusto. Aquel lugar no era terreno neutral. No sabía cómo me sentía. Tal vez inquietud es la palabra correcta. Giré despacio el pomo de la puerta, como con miedo a entrar. ¡Aaaaah!..., todo estaba a oscuras a excepción del danzar luminoso de docenas de velas. La cama, cubierta de pétalos que rodeaban un último regalo: una espléndida rosa.

Excesivamente romántico. Un cliché. Si se hubiese tratado de una película y yo fuera la espectadora, aquello me hubiese producido ganas de vomitar, mínimo. Pero no podía ser más perfecto para la realidad, mi realidad. Estaba extasiada.

Me sentía mimada, cuidada..., y aquello produjo una curiosa transformación en mí. Me estaban tratando tan bien que me convencían de que merecía todo aquello por ser quien soy, como soy. ¿Si aquel hombre

pensaba que yo valía aquel esfuerzo, por qué recórcholis yo no iba a creer merecerlo? Cerré los ojos. Aspiré el incienso. Por fin, llegué a sentirme a gusto a solas conmigo misma. ¿Por qué yo nunca me había tratado tan bien? ¿Por qué no me había colocado nunca unas rosas sobre la cama? ¿Por qué había tenido que esperar a que otra persona lo hiciera?

Se me olvidó que Lucas andaría por allí. No sé cuánto tiempo pasé tumbada sobre la cama, extasiada, las prisas dejaron de tener importancia. Una voz me interrumpió:

—Ahora es cuando se supone que debes buscarme. Estoy escondido.

Volví a sonreír. No me iba a cansar de hacerlo aquella noche. La voz provenía de detrás de la puerta.

—¡Aquí estás!

Lucas fingió asustarse. El silencio dominó la escena. Después de todo lo que me había preparado, me sentía muy unida a él y muy segura, así que le besé. Él me respondió utilizando el mismo lenguaje, después se separó un poco y me dio media vuelta, como si bailásemos un vals, y me abrazó por detrás, besándome en el cuello. De nuevo un cliché perfecto para repetir en mi vida tantas veces como pueda. Un escalofrío recorrió mi espalda. Caímos encima de la cama.

Mientras nos besábamos... *Pensamiento intruso...*, algo estropeó el momento. Dentro de mí, alguien repugnante, una cucaracha por ejemplo, interrumpía mi alegría. Me decía: «Lucas ha preparado todo esto solo para seducirte y llevarte al huerto».

La verdad es que me estaba sintiendo algo presionada. Después de todos esos regalos, él esperará su premio. ¿Qué más se puede hacer en una cama llena de pétalos de rosa? Era tan obvio lo que la situación requería, que ni siquiera me daba tiempo de plantearme si deseaba hacer el amor con él o no.

Las dudas no me estaban dejando disfrutar el momento. Ni siquiera podía dejarme llevar en un apasionado arrebato, como pasa en las telenovelas... Supongo que formará parte de la ficción.

Seguíamos encima de la cama, él me abrazaba y me acariciaba la mejilla, me peinaba un pelo travieso o simplemente me miraba a los ojos. Entonces lo preguntó...

—¿Quieres que esta noche hagamos...?

Allí estaba la pregunta. En mi mente la cucaracha me insultó: «Idiota, te lo va a preguntar y tú ni siquiera has decidido nada. ¿Crees que se está aprovechando de la situación para llevarte a la cama?».

Mientras tanto, Lucas continuó con su pregunta:

—¿Quieres que esta noche hagamos el puré de patatas juntos? —Me quedé patitiesa—. Lo siento, pensaba que me daría tiempo, pero se me ha complicado el trabajo y no he podido salir antes. Si lo prefieres, puedes esperar sentada en el sofá mientras cocino. Te daré una copa de vino —lo dijo muy rápido, con apuro.

Lucas tenía otra cosa en mente, estaba preocupado por no haber podido preparar el puré a tiempo. Pensaba que aquel contratiempo estaba estropeando su sorpresa. Y seguramente su mente andaba con su propio discurso, muy diferente del mío. De nuevo me equivocaba intentando anticipar sus pensamientos.

—Me encantaría hacer el puré de patatas contigo esta noche —lo dije tan embelesada que parecía tonta.

No era hacer el puré lo que me hacía hablar así de enlentecida, sino la ilusión de que él no hubiese leído la situación como una gran oportunidad de llevarme al huerto. Mi vocecita continuó con sus insultos: «Has sido una imbécil y una mal pensada. Te acaban de dar una lección». En esta ocasión, estaba en lo cierto.

Me gustó hacer algo tan habitual como preparar un puré de patatas con Lucas. Aquel acto me hacía pensar que así tenían que ser los días a su lado. Llenos de actos cotidianos que resultaban tiernos y graciosos. Entonces yo también me convertí en alguien alegre y divertida. A su lado, aquello era fácil.

Me preguntó si le había echado suficiente sal, y aproveché mi recién descubierto júbilo para lanzarle un poco de puré con una cuchara catapulta. Sí, ya lo sé, otro cliché, pero los humanos aprendemos imitando, ese es parte del problema y de la solución a su vez... Lucas cogió con la mano otro poco y me lo lanzó a la cara. Reaccioné agachándome a tiempo, pero él me persiguió con su mano manchada de puré por toda la casa mientras yo intentaba escapar. Y entonces, justo enfrente de un mueble del estudio, me encaré a él y volví a besarle. Me levantó como a una pluma y me dejó posar sobre el mueble. Rodeé su cintura con mis piernas, a horcajadas. Aquel acto tuvo su

consecuencia: Lucas aprovechó para vengarse y cubrirme de puré la cara. Me reí con ganas. Una risa que ensordecía con su agudeza todos los pensamientos más destructivos, todas las dudas que no me dejaban ser yo misma, todas las racionalizaciones que me encarcelaban y la visión pesimista y crítica de este mundo. Como resultado de aquella libertad que explotaba por la boca, me decidí, sin ser consciente siquiera de que había hecho un proceso de deliberación: sobre aquel mueble hicimos el amor por primera vez. Sin dudas. Con pasión y con amor, pero sobre todo con estrépita risa que desaparecía únicamente para dar paso a ahogados gemidos...

Dos hombres para una mujer

Querido señor Moyano:

Como bien sabrás, me marcho.

La razón es obvia. Si para ti mi valor reside en las habilidades que adquiriera como trabajadora, me voy para aprender aún más y poder ser te así, en un futuro, más útil.

No lo dudes, te echaré de menos a cada instante. Sufriré cada momento que no pueda estar junto a ti y cada oportunidad perdida de hacerlo. Allí nunca me despertaré con la ilusión de verte, estarás a cientos de kilómetros y la esperanza me emborronará, convirtiéndome en alguien triste.

Cuando vuelva, tras estos infinitos tres años, seré diferente, una persona digna de su admiración.

Respiraré cada bocanada de aire pensando en volver,

Alona

La joven dejó la carta sobre la almohada del destinatario y la acarició antes de irse. Durante aquella noche, no había podido dejar de discutir consigo misma. Luchaba entre dos poderosos deseos: la necesidad de ver al señor Moret cada día y la de avanzar. En esta ocasión, la agonía que sentía en su pausado encarcelamiento había ganado la batalla. Se iría para crecer sin censura. Para correr todo lo que ella quería.

Se despidió ante todos entre lágrimas. La echarían de menos. El señor Moret, con su elegante e inquebrantable semblante, ocultaba su verdadero estado tras una sonrisa forzada. En voz baja, la joven anhelaba un acontecimiento inesperado que cambiase su destino. Quería que Moret le rogase que se quedara, que la salvara de su exilio de tres años. Él tan solo le dio la mano y le deseó suerte mientras le revolvía un poco el pelo. ¡Cómo odiaba Alona aquel gesto! Le demostraba que seguía viéndola como a una niña pequeña. Fue un momento amargo, y sin sal.

Comenzaba a echar de menos aquella mansión y a sus habitantes, y ni siquiera había dejado de verlos todavía. Se introdujo despacio en el coche de caballos, como dando tiempo y oportunidad al destino de cambiar su curso. Pero no, allí le esperaba el señor Pierre, con una sonrisa triunfante en la cara.

—Buenos días, Alona.

Ella contestó con voz apagada, casi en un suspiro.

Fueron varios días de viaje. Por el camino, la joven pretendía estar distraída, porque de otra manera el dolor la mataría. Intentaba centrarse en observar los diferentes parajes, en crear inquietudes sobre las costumbres francesas y en aprender alguna palabra nueva en el idioma del país. Eso era lo que practicaba cuando más triste estaba: archivaba información entre parpadeo y parpadeo. Clasificaba recuerdos dependiendo de su color: azul o negro.

—El médico que atiende mi viñedo se llama Dominique. Aprenderás mucho de él. Te formarás de manera excepcional. —Alona miró con tristeza y Pierre se conmovió. Al ver el desconuelo en sus ojos, intentó convencerla, aunque aquello era imposible—. Cuidaremos de ti, ya lo verás. ¡Jamás conocerás tanto lujo y atención!

—Gracias...

—Aprenderás la lengua enseguida.

La joven miró por la ventana como si escuchase aquellas palabras, no producían bálsamo en ella.

Tras varios días llegaron a una gran mansión. Alona no estaba acostumbrada a aquellas proporciones. Le enseñaron su aposento, mucho más amplio que su anterior habitación, y los campos, con muchas más hectáreas, por supuesto. Aquella inmensidad de metros daba cabida a muchos más objetos, a más personas que conocer, mayores terrenos que explorar y experiencias con las que crecer. Sin embargo, sentía que aquello estaba vacío, y que por mucho terreno que tuviese para correr y por mucho que le dejaran hacerlo a la velocidad que ella quería, nunca llegaría a la meta: volver junto a él.

Durante la primera semana, todo se presentaba excitante, es lo que ocurre con la novedad. Acompañaba al doctor Dominique de un sitio a otro, visitando a los trabajadores que requerían de su atención. El médico era un hombre joven, de veinticuatro años y extremadamente guapo, con rostro de niño y pelo rizado. Hablaba francés, castellano y un poco de inglés, y mostraba una gran sensibilidad con los pacientes. Alona adoraba, por encima de todo, su gran conocimiento. Dominique se distinguía por una personalidad construida a base de libertad. Había viajado mucho, de manera que había escapado de los marcos de las costumbres y había decidido quedarse con los valores que más apreciaba de cada lugar visitado, de cada experiencia vivida, de cada poblado atendido y religión descubierta. Era una mezcla que atraía la parte más curiosa de Alona. Despertaba en ella mayores ganas de expansión que nunca. ¿Cómo formarse tanto en tan poco tiempo? ¿Cómo aprovecharse de los conocimientos adquiridos a lo largo de tantos viajes? ¿Cómo viajar con él desde la reminiscencia? Los conocimientos de aquel hombre se le escapaban con descontrol, en cada gesto, en cada frase, en cada anécdota contada... Hasta entonces, Alona había estado acostumbrada a una manera más ordenada de aprender. Tediosamente ordenada. Ahora todo era tan atrayente que no sabía por dónde empezar a archivar datos relevantes. No podía filtrar, no había absolutamente nada que la aburriera, nada que desear. Debía poner su cerebro en marcha máxima. ¿Había pedido correr? Pues ahora la estaban adelantando. A pesar de ir perdiendo, disfrutaba con la carrera más que nunca, la ponían a prueba y vencería.

Transcurridos tres meses, la niña comprendía el francés casi a la perfección, y aunque le costaba un poco más hablarlo, se manejaba con soltura. Y no solo eso, pues Dominique le estaba enseñando algo de inglés. En realidad, le estaba enseñando la vida. Compartían muchos momentos a solas, y en esos instantes resultaba ser un hombre divertido y espontáneo. Extremadamente inteligente. Cuando construía una frase, se podían apreciar tantos matices diferentes, tantas asociaciones minuciosas y acertadas que Alona se quedaba perpleja. Pero la magia del joven radicaba en su capacidad de espolvorear virtudes de humor, ironía y vitalidad a cada comentario sumamente ilustrado. Por muy triste que se sintiese Alona, la curiosidad y Dominique le hacían sonreír.

Pero pronto su deseo de volver a ver a Moret la invadió, ese conocido vacío que comenzaba de nuevo a gangrenarse, como una úlcera, cada vez expandiéndose más por su piel. Se sentía sola. Pierre y Dominique eran prácticamente su único contacto. Y se sentía aún más sola cuando comprendía que Moret no había contestado a su carta. Tras ciento cincuenta y dos días, él no la echaba de menos, no se interesaba por su estado, no pensaba en ella. Vivía a pesar de su ausencia. Se sentía como una ingenua. Le dolía imaginar que ahora probablemente estaría compartiendo su tiempo con aquella ilustre dama del baile, dejándose atrapar por lo correcto, lo responsable, por lo sencillo. Realmente por lo cuerdo. ¡Cómo le hacía sufrir pensar que él pudiese ser feliz con otra persona...! Así de

enrevesado era el dolor. Realmente, poco coherente.

Todo lo que no fuera estar con Dominique le producía un efecto soporífero. Bostezaba ante la compañía de Pierre, que le repugnaba hasta límites insospechados, aborrecía cómo se esforzaba por impresionarla. Aquel hombre era cargantemente narciso. Tan solo empleaba sus energías para mostrar al resto del mundo, y en especial a la joven, su poder, riquezas y capacidades. Un día, en un intento de colmarla de atención y por demostrar hasta dónde llegaban sus influencias, le dijo:

—Voy a organizar un baile en tu honor. Ya es hora de que te sientas como en casa. Debes animarte.

Alona esbozó media sonrisa, cuando en realidad lloraba, porque en ese baile no podría ponerse un vestido confeccionado por Felisa, no podría reír junto a Martina y sobre todo no tendría oportunidad de impresionar a Moret.

Llegado el día de la fiesta, se vistió con poco esmero y no quiso peinarse el tirabuzón que le caía del recogido. ¿Para qué...?

Era una noche fría y silenciosa hasta que el barullo de los invitados comenzó a romper el indiferente ensimismamiento que hasta entonces había sentido la joven por el acontecimiento. El salón comenzó a llenarse, nunca había visto a tanta gente junta. Pierre se encargó de mantenerla a su lado. Realizó las pertinentes presentaciones, los invitados con pequeñas reverencias y nerviosismo acudían a saludar de manera individual y ordenada al anfitrión, cual rey todopoderoso y gordinflón, con ese bigote que se movía al hablar o se ensuciaba de salsa. La joven se sentía fastidiada. Observó que Pierre no solo se erguía hinchado para intentar impresionarla, sino que también la exhibía delante de los presentes, como un objeto de su propiedad. Ella debía fingir estar de acuerdo con aquella pantomima. Cuando en realidad solo le debía lealtad a otra persona. Para siempre.

Aprovechó que los sentidos de Pierre comenzaban a embriagarse para escapar un instante de aquel infierno de presentaciones y bailes con pareja impuesta. Salió al balcón. Sabía que no podría disfrutar de un encuentro fortuito con Moret, como ya había ocurrido en una ocasión. Era cruelmente imposible. Pero se deleitó recordando aquella vez...

Aunque la noche cortaba con sus cristales de hielo, no se llevó abrigo. Necesitaba experimentar el aire puro, hasta hacerse daño, para poder sentirse viva. Una lágrima resbaló.

—Bonita fiesta. —Alona se enjugó los ojos y miró hacia atrás. Era Dominique, con su eterna y angelical sonrisa de niño bueno.

—Sí... Ha venido mucha gente.

—Debes saber que Pierre ejerce una gran influencia, no solo en los alrededores... Toda Francia lo conoce.

—¿Por su vino?

—Bueno... Por su vino también.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tiene poder sobre muchas otras cosas, control sobre cuestiones diversas, negocios... Quiero decir que todo el mundo le respeta. —Hubo un silencio indiferente—. Te vas a enfriar. ¿Cómo sales con tan poca ropa? Ya conoces los riesgos del frío: tus pulmones...

—Dominique, no hace falta que me lo repitas, me estás enseñando bien.

—Lo sé... —Miró hacia abajo, ciertamente ruborizado.

El doctor solía estar tranquilo y confiado a su lado. No hacía esfuerzos por impresionarla de ninguna manera. Fresco y risueño; espontáneo y real. Pero en aquella ocasión, Alona pudo observar cierto titubeo al hablar. ¿Por qué le brillaban los ojos un poco más? Incluso... ¿Tal vez intentaba agasajarla? Aunque llevaba un bonito y elegante vestido, con el cual Dominique no la había visto nunca antes, ni siquiera se había parado a mirarse en el espejo, no se había acalorado a conciencia y tampoco se había peinado con esmero. Toda ella, o eso creía Alona, debía transmitir desgana y aburrimiento. No entendía muy bien por qué provocaba aquella reacción sobre Dominique, y se

enfadó, ya que el único hombre que parecía indiferente ante su presencia era Moret, aunque para él se preparaba minuciosamente, hasta la perfección. De repente una inquietud, que nunca antes le había surgido, comenzó a brotar. Quiso indagar más sobre su influencia en aquella nueva actitud complaciente de Dominique.

—¿Serías tan amable de traerme el abrigo?

El joven se dirigió al vestíbulo. En pocos minutos le traía su ropa y dos copas de vino. Bueno, él siempre había sido educado. Tal vez era eso y nada más. Debía seguir investigando.

Dominique despertaba el respeto de la gente a su alrededor, no solo por su distinguida formación, sino también por su capacidad de expresar. Era capaz de convencer a cualquiera con sus argumentos. Si se lo hubiese propuesto, habría sido capaz de negociar con el mismo diablo el fin de la maldad; con el sol, la noche eterna; y convencer a los perros para que comenzaran a maullar. Su inteligencia acostumbraba a dejar a los demás anonadados. Y ahora, esa noche, ¿balbuceaba ante Alona?

Comenzó como un juego. La joven intentaba desconcertarlo. Simplemente por explorar la posibilidad de influir sobre un hombre respetado. Alguien habituado a la altanería, que tendía a la jocosidad y acostumbrado a causar impresión sobre los demás. Se puso el abrigo y le pidió en un susurro:

—Vámonos de aquí. Me ahogo... —Lo cogió de la mano y, al hacerlo, a Dominique se le cayó la copa de vino que sostenía.

Aquello era sorprendentemente adorable, el joven parecía otra persona. La seguridad se había esfumado. Sus conocimientos de medicina y el prestigio adquirido le servían de poco en aquella situación.

De camino a la penumbra del jardín nocturno, Alona reflexionó. La culpa de aquellos experimentos la tenía Moret. La había herido por no contestar a su carta, por su indiferencia... Le escocía un rabioso despecho. Sí, detrás de todo aquello se escondían dos grandes protagonistas: el orgullo herido y la curiosidad por conocerse mejor. ¿Qué reacción era capaz de causar en los demás? ¿Especialmente en los hombres? ¿Sería capaz de perfeccionar su técnica hasta conseguir que Moret se inmutara? Por Dios... ¡Tenía ganas de zarandearlo!

La pareja se adentró en el jardín de la mansión y se escondió en la oscuridad. Se sentaron en una pequeña escalinata que dirigía hacia los viñedos. ¿Y ahora qué? Moret y su prometida recorrieron su mente un instante. No entendía muy bien por qué no podía dejar de sonreír ni por qué no le salían las palabras. Le faltaba aire. ¿Es que Dominique también influía en ella? El joven se sentó un escalón por debajo. La noche era heladora pero clara, y la luz de la luna golpeaba su rostro con fuerza. Alona sintió una mariposa en el estómago. ¿Por qué? Dominique le sonrió con sus blancos dientes. Tenía una boca verdaderamente bonita, su sonrisa se ladeaba hacia un lado con seguridad y sus cejas se arqueaban divertidas. Miraba a la joven con alegría y con esos pequeños ojos marrones. Empezaba a inquietarse; pocas veces le molestaba el silencio, y aquella era una de ellas. Dominique hizo una genial pregunta:

—¿Crees en la magia?

Así era él, disponía de la habilidad para realizar comentarios que te transportaban a otros mundos. La habilidad de atraer la curiosidad de Alona y de hacerla reír.

—¿Cómo voy a creer en la magia, si baso mi vida en la ciencia? —dijo ella.

Dominique sonrió, ganándole en resplandor a la luna.

—Bueno... Yo también soy médico... ¡Y uno bastante bueno por cierto! No lo olvides... Pero creo en la magia. —Alona no podía dejar de sonreír—. ¿Te lo demuestro?

—Sí, por favor...

Dominique sacó una moneda del bolsillo y se la enseñó a su público con gracia:

—¿La ves? —Movié las manos con sorprendente agilidad—. Pues ya no la ves.

La moneda desapareció de su vista. Dominique hizo una reverencia. Había vuelto a encontrar toda su confianza, ahora miraba a la joven con cortante descaro. Aquello turbaba a Alona con la misma

fuerza que la atraía.

—¿Cómo lo has hecho? —En ese momento ni siquiera Moret ocupaba sitio en su mente.

—Ya te lo he dicho. Es magia.

—¡Cómo te atreves a mentirme así!

Discutieron sobre el tema durante un rato, hasta que el silencio volvió a incomodar la escena. Y de nuevo, Alona tuvo oportunidad de admirar su belleza y tiempo para echar de menos sus hábiles comentarios, que empezaban a inundar el hueco de su vacío interior.

—¿Estás bien? —De nuevo Dominique acertaba rompiendo el silencio.

—Sí. Es divertido esto de la magia...

—No me refiero a eso. Hablo de si estás bien aquí, en Francia. Con Pierre... y conmigo.

La expresión de su rostro se ensombreció, arqueando las cejas con preocupación. Alona no pudo mantener la mirada, tuvo que bajarla hacia el suelo, era demasiado guapo. Entonces ocurrió: lo que llevaba guardando tanto tiempo comenzó a brotar con naturalidad. Lo contó todo. Una palabra se encadenaba con la siguiente sin esfuerzo, y el joven la escuchaba con suma atención. Lo único que no se atrevió a sacar a la luz fue su amor por Moret. No le parecía oportuno, no quería parecer tan estúpida ante Dominique. Y realmente era una ingenua.

—Debe de ser duro. Estar tan lejos de tu tierra y ver que tu mentor no te ha pedido que te quedes a su lado. No creo que nadie en este mundo pueda pensar que no vales. ¿Y si Moret pensaba en ti cuando te dejó marchar?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tal vez quiera ofrecerte algo más? ¿Algo que él no puede darte? ¿Que experimentes? Mira, Alona, viajar es la manera más útil de crecer. Seguro que espera tu vuelta con ganas. Y volverás, gracias a mis grandes conocimientos —guiñó un ojo, indicando que estaba de coba—, transformada en alguien verdaderamente formado y útil. ¡Ja! ¡Los dejarás asombrados!

A Alona se le escapó una lágrima. Y otra. Y mil más. No pudo ocultarlas. Qué fácil era ser ella misma enfrente de Dominique... Lo abrazó. Necesitaba consuelo. Este no opuso resistencia y la agarró con fuerza. La joven empezó a sentir cosquillas en la tripa y algo que no supo reconocer del todo. ¿Deseo? Se asemejaba a la sensación de vértigo y a la gravedad. Algo que la empujaba físicamente hacia Dominique. No podía ser. Tan solo tenía un corazón y este pertenecía a un solo hombre. Sí, de eso estaba segura.

—Gracias. Eres un buen amigo.

A partir de aquella confidente noche, la amistad entre ambos fue creciendo.

Quedé con mi padre para comer. Llamé al timbre y la señora que le ayudaba con las tareas domésticas me abrió la puerta, él había salido a hacer recados.

Cada vez que visito mi antigua casa, noto con furia la ausencia de mi madre. Acabé de nuevo en su estudio, para sentirme, de alguna manera, conectada a ella, y de paso encontrar rastros de aquellas respuestas que buscaba. Inspeccioné los cajones de su escritorio. En el primero tropecé con su móvil; no le quedaba batería y lo puse a cargar. En los demás cajones no encontré más que informes, artículos y manuales de cirugía. Cuando quise cerrar el último cajón, quedó trabado. Al revisarlo, descubrí que tenía un

doble fondo y allí, escondida, había una hoja de papel:

Contraseña del móvil: 6584

Contraseña del correo electrónico: Elomig

Contraseña de la tarjeta de crédito: 5984

Me sorprendió que mi madre guardase la información relevante bajo un doble fondo de cajón. Vale que tenía mala memoria, pero aquello era excesivo.

Introduje la contraseña para poder acceder al móvil. El buzón de mensajes estaba vacío, también la carpeta de las llamadas recibidas y la de enviadas. Parecía que hubiese borrado por completo cualquier dato. Aquello me extrañó, pues solía amontonar los mensajes hasta que se llenaban las bandejas y salía el aviso. Después me pedía ayuda para borrarlos. Era un poco desorganizada con este tema. No controlaba demasiado. Diría que lo justo.

Revisé la agenda del móvil buscando a alguien que tuviese las iniciales C. M. De nuevo, no encontré nada. Mi paranoia me advertía de que tal vez alguien había podido borrar todos los datos por algún motivo. ¿Cómo no había visto el móvil antes?

—¡Eloísa, cariño! ¡Ya estoy en casa! —Papá entró por la puerta y a su lado *James*, su perro, movía la cola y saltaba sobre mí para que lo saludase—. ¿Qué haces en el estudio?

—Cotillear. —Nunca nadie me ha acogido con el entusiasmo que *James* lo hace. ¡Es que se muere de felicidad al verme!

—Echas de menos a tu madre, ¿verdad? —Me dio un pequeño masaje en los hombros.

—Sí.

—Yo también, cariño... Ay... —Soltó un largo suspiro—. Solía llevar una coleta parecida a la que llevas hoy tú. ¡Cuánto te pareces a ella!

Sonreí ante ese comentario. Era cierto, y al instante me vino una clarísima imagen a la cabeza: una coleta rubia que se balanceaba y un vestido crema de flores. Tendría unos seis años y me agarraba a su cintura apretando con fuerza. Olía a limón.

Papá me había preparado mi plato favorito, las alitas de pollo con patatas

panaderas, y durante la comida hablamos de temas sin relevancia, especialmente sobre cómo estaba creciendo *James*.

—¿Has estado con Miguel? —le pregunté.

—Sí. Hace poco tuvimos que tratar unos asuntos de empresa. Tenía algunas dudas.

—¿Va todo bien?

—Tranquila, los negocios van viento en popa, tu hermano debía ausentarse unos días y quería que le recomendase a alguien para dejar al mando en ese periodo.

—¿Te explicó adónde iba? —De nuevo mi ramalazo paranoico.

—No. Supuse que quería pasar más tiempo con Marisa, ahora que está embarazada tendrá que cuidarla bien. Ser tu máximo jefe supone algunas ventajas... —Sonrió con picardía.

Nos sentamos en el sofá para reposar la comilona. *James* se tumbó a mi lado, como si quisiera hacer especial honor a la invitada; pensé que aquel perro era en gran medida culpable de que mi padre estuviese más alegre.

La intimidad alcanzó a Alona y Dominique. Cuando se quedaban a solas comenzaban una guerra de sutiles y sugerentes comentarios. El juego les divertía. Disfrutaban bromeando el uno con el otro; el joven estaba cogiendo soltura y ella tenía que superarse cada día para mantenerse a la altura de su oportuna inteligencia.

Seguía sin recibir noticias de España. No había cartas para ella y, aunque la tristeza, el despecho y la angustia no cesaban, sí se ocultaban cada vez que Dominique se encontraba presente. Se sentía tan bien a su lado, se divertía tanto que apenas fue consciente de que habían transcurrido diez meses, con una ligereza pasmosa. Nunca se sentía desatendida, siempre cuidada y protegida. Su anhelo de crecer conseguía expandirse hasta límites que ella no hubiese imaginado. Crecía como aprendiz, como persona y como mujer. Había descubierto cómo utilizar un suspiro, cómo mirar y cómo dejar de hacerlo, cómo tocar con sutileza extremadamente sugerente y qué palabras alargar en su paladar; si conseguía mostrar parte de su lengua, el efecto causado aumentaba.

Un día, Pierre llamó a su puerta:

—Alona, ábreme, tengo algo para ti.

Por fin. Correo. De España.

Primero, acarició un poco el sobre. Como aquella vez en la que había dejado su carta sobre la almohada de Moret.

Querida niña,

Espero que en Francia puedas calmar tu gran curiosidad, aunque creo que es insaciable. También deseo que estés recibiendo el trato y los cuidados que mereces. Si no fuera así, házmelo saber, porque no dudaré en ir a buscarte.

Por aquí todo sigue igual desde que te marchaste... Todo el mundo te echa de menos...

Agradezco la carta que me dejaste en la almohada, agradezco que quieras volver y me siento

orgullosa de tu sacrificio por aprender.

Atentamente,

Moret Moyano

Alona leyó esas líneas una y otra vez. Se trataba de una carta muy formal, por supuesto, digna del gran señor tranquilo y pausado al cual no se le escapaban las emociones de forma deliberada. Seguro que había necesitado aquellos diez meses de demora para decidir qué era correcto contestar. ¡Cómo lo odiaba! ¡Qué repugnantemente correcto era! Y ¡cómo lo quería! Lo que sentía por él no se le había olvidado ni un ápice.

Durante un buen rato la joven anduvo inspeccionando cada detalle de su letra y del contenido, intentando sacar jugo de limón amargo o matices de azúcar dulce. Algo que le asegurase que Moret la amaba. Bueno, se conformaba con algo que lo sugiriese. Se mantuvo atenta a las dos veces en las cuales él había utilizado los puntos suspensivos. ¿Qué infinito desconocido había tras ellos? ¿Estaba ahí su amor?

Al final del exhaustivo estudio se sentía eufórica, alegre y vital. Notaba hormigas en el estómago. ¡Cómo echaba de menos a Moret! Acarició la carta, inspiró su olor, la tocó para sentir el contorno de las letras y la abrazó. Esto sí que lo conocía bien. Era amor, deseo, anhelo, tristeza... Todo junto y revuelto. Enrevesado y dulcemente confuso. Dudosamente posible. Excitante.

Llamaron a la puerta:

—Alona, es hora de marcharnos. —Su sabroso acento lo delataba. Era Dominique. La joven abrió la puerta—. ¿Qué te pasa? Pareces... No sé... ¿Por qué me miras así? ¿Es que te alegras tanto de verme?

—Por supuesto —quebró su voz sexualmente. Comenzaba el juego. Alona se sentía más fuerte que nunca. Más poderosa, tenía ganas de comerse... a alguien.

—Hoy nos toca visitar la Maison Babineaux.

—¿Y qué les ocurre? —dijo ella, mesándose el pelo.

—La señora Bouvier tiene un problema con... —no le dejó terminar.

—¿Y es muy grave? ¿Urgente?

Se acercó mucho a Dominique. Nunca antes habían estado tan cerca. El hombre tragó saliva.

—Pues... —volvió a tragar saliva—, no creo que...

—¿No podrían sobrevivir sin nosotros unos minutos? —dijo ella mientras cerraba la puerta de su habitación, acorralando así a Dominique.

—¿Qué haces, Alona?

Ella puso cara de fingida frustración, con una pequeña sonrisa maléficamente coqueta.

A Dominique ya no se le ocurría nada, estaba demasiado desconcertado como para actuar. Hay animales que, cuando están ante un peligro, fingen estar muertos. Eso era exactamente lo que hacía el joven, quedar petrificado. Ahora Alona le acariciaba la nuca mientras se enroscaba a su cuello como una serpiente a punto de comer.

Fue un beso que apenas rozó el labio de Dominique. Sintió su carnosidad y su calor. El hombre se encargó de ofrecer su cariño, derritió a la joven, quebró su muro. Entonces, Alona quiso caer sobre él. Fundirse en él. Pero una duda la detuvo... ¿En quién había estado pensando cuando cerró los ojos? ¿Quién la había empujado a actuar así?

¡Pues vaya con Alona! Observé algo extraño en aquellos últimos tramos de la lectura. La tinta estaba emborronada. Pensé que alguien podía haber llorado sobre aquella página, alguien que vertiendo sus lágrimas hizo más

difusa la grafía. Aquella misteriosa narración no solo me estaba enganchando por la posible relación con la muerte de mi madre, sino porque me interesaba la historia y me intrigaba su final. ¿Habría existido de verdad Alona? Me estaba empezando a sentir muy unida a ella.

Tras la siesta, salimos a dar un paseo: *James* corría eufórico, saltaba sobre mi padre repitiendo el mismo recorrido y los mismos rituales de cada día, y con el mismo entusiasmo que la primera vez. Transmitía el gran secreto de la vida: la felicidad con el disfrute de cada acto cotidiano. Me sentí insignificante. Un perro lo conseguía y yo no era capaz.

Más tarde, al llegar a casa, me preparé una cafetera y cogí el portátil de mamá para inspeccionar su correo electrónico. Si C. M. no aparecía en su agenda del móvil ni en sus cosas, tal vez pudiese estar en su correo.

De nuevo me encontré con más de lo mismo. Nada. Había borrado toda la bandeja de entrada. De repente, se me ocurrió una idea. Miré en «mensajes enviados». ¡Bingo! No se le había ocurrido vaciarla. Mi primer frenesí cayó en picado tras inspeccionar el contenido. Ojalá no hubiese encontrado aquella información... Nunca.

Una minoría de mensajes se dirigían a la universidad, otros eran correos idiotas o publicitarios. La mayoría era para C. M. Leí el más reciente, en una serie de correos, ordenados por fecha. Una conversación entre C. M. y mi madre. Podía leer las sucesivas contestaciones:

Buenos días, Carlos,
Espero que hayas dormido bien después de nuestro breve encuentro.
Cada vez pienso más en ti, me haces sentir viva y alegre.
El martes volvemos a quedar. ¿A la misma hora en el mismo sitio?

Querida mía,
Nos vemos a las 19.00 en mi casa. Confirmado. Tráete ese blusón que tanto me gusta.
Sí, sí..., el rojo.

Qué caprichoso eres. Desde el primer día que me puse ese blusón, ya no puedes pensar en mí de otra forma.

Te equivocas, desde el primer día en que te vi, solo podía pensar en tu gran inteligencia. En la admiración que despertabas en mí. Ahora que conozco el blusón, puedo ver el cómputo global. Tengo una sorpresa para el martes...

¿Qué es? No puedo esperar.

Estoy deseando que llegue el martes.

Me eché a llorar en cuanto leí todo aquello. Me dolían los ojos con cada palabra, e incluso así no podía dejar de leer. En docenas de mensajes veía cómo mamá coqueteaba descaradamente con aquel hombre. Aunque, claro, no solo coqueteaba... sino que se lo «cepillaba». A escondidas.

Por lo que pude entender, la relación comenzó a raíz de un congreso en el que mi madre participó como ponente. Carlos había ido a escucharla a todo tipo de actos, y en cada uno de ellos mandaba un correo elogiándola. En un principio, mamá contestaba con cortesía pero sin coqueteo a sus preguntas y elogios. Todo parecía bastante profesional. Sin embargo, la capacidad de elogiar de ese tal Carlos había surtido efecto y cayó estrepitosamente en sus redes después de recibir un ramo de flores con una invitación a cenar en un caro restaurante. «Tengo una oferta que no podrás rechazar», decía la invitación. Mi madre no habría podido resistirse a la posibilidad de un nuevo proyecto.

Estuve aproximadamente dos horas leyendo todo aquello. Debía procesarlo de una vez y creerlo: mamá tenía un amante, un tal Carlos. Otra pieza más del puzzle. ¿Tal vez se trataba del hombre que le hizo la última visita en el hospital? ¿El mismo que me perseguía con su todoterreno? Otra vez se me olvidaba concretar... ¿El cómplice de asesinato de Miguel?

Encasillados

Cada persona vive en una superficie de dos centímetros cuadrados. Encasillada. Haciendo lo que se supone que dictan las normas de este compartimento. Si la casilla estableciese «de puente en puente y tiro porque me lleva la corriente», así lo haríamos, nos dejaríamos arrastrar. Sin embargo, hay cosas que se saltan las reglas, extrañas y maravillosas, pero no nos han enseñado a identificarlas así.

Acudes a tu trabajo y entonces te conviertes en enfermera, maestra, bombera o barrendero. Y se supone que debes asistir, educar, apagar fuegos o barrer. Te olvidas de todas las posibilidades que puedes ofrecer, de todas las ideas que puedes crear, de tus posibles inventos. Hay un código, un protocolo o unos horarios que cumplir.

Te apuntas a un curso de baile. Y eres bailarina los martes y jueves de 17.30 a 19.00. Pero ya no puedes ser yogui, porque también este curso se imparte los martes y jueves por la tarde. Por las mañanas, imposible; soy enfermera, maestra, bombera o barrendera. Eso indica mi horario. Hay que elegir, y para ello te basas en criterios de otros, porque los médicos dicen que hay que hacer deporte y el yoga me parece algo suave, aunque no lo sé, nunca lo he practicado. Sin embargo, no he de olvidar lo importantísimo que es encontrar un momento para relajarse, dicen que eso previene enfermedades graves... Tendré que reflexionar... ¿Yo qué soy, sedentaria o estresada? Si fuera sedentaria debería hacer baile y, si fuera estresada, yoga. En ese momento ves en la tele un anuncio de yogures desnatados y decides ser bailarina. No porque practiques en exceso el sedentarismo, sino porque acabas de decidir que eres gorda. Te olvidas del yoga. Entonces te conviertes en bailarina de septiembre a junio. Porque se suele hacer así. Ya está. Concretado.

En los mejores casos, te atreves a soñar y decides seleccionar una ilusión

facilita. Eso te han enseñado. No sabes muy bien quién. A soñar despacio. A creer que las cosas espléndidas e increíbles no pueden pasarte a ti. «Tienes que ser realista.» ¿Cuántas veces has oído eso? Tengo una teoría más útil. Debería permitirse soñar: implicarse en lo que se quiere, disfrutar y crecer con el proceso. Y enseñar; o mejor, educar en que cuando algo no se consigue no es motivo de tristeza. En realidad, estás creciendo a cada paso, estás avanzando. Puedes seguir soñando y puedes seguir disfrutando. Entonces la frase más oída sería «atrévete a soñar y aprende a no caer cuando no lo consigas». De eso debiera tratar la vida, de ofrecerte al máximo.

¿Qué es lo que nos retiene en nuestra casilla? Tal vez no somos conscientes de que vivimos en ella. O tal vez nos dé miedo lo que hay allí fuera. Nos habituamos y hacemos siempre lo mismo. Sin innovar, sin saber de qué somos capaces, atendiendo a lo que todo el mundo espera y valora. Nos auto-limitamos porque es fácil, cómodo, y encima está la televisión, el bombardeo de información y la tecnología para absorbernos cuando sentimos cierta inquietud de conocernos y superarnos. Nos distraen y manipulan. Somos más sencillos de dirigir de esta manera. Planos.

Normalmente, la gente se encuentra más o menos segura en su casilla. Tranquila con un guion fijo que le da instrucciones. ¿Qué pasa cuando alguien empieza a sentir que aborrece cada tarea dictada, cuando encuentra algo que prefiere y que está más allá de los dos centímetros cuadrados? Si alguien se siente así, es que está a punto de explotar y se escapa de su casilla. ¿Y adónde va? Tristemente, a otra nueva casilla que se autoconstruye. La especie humana tiende a crear hábitos que supuestamente nos facilitan la vida. No puede estar reinventándose continuamente, porque su cerebro tiende a ahorrar energía con los automatismos... Eso significa que nuestra cabeza o es una vaga o quiere guardar esa energía ahorrada para cosas más importantes, y nosotros no sabemos bien cómo emplearla.

Reflexionemos sobre lo que nos ocurre a los demás cuando alguien que está en nuestro tablero cambia de juego. Nos duele. Cuando esa persona deja de hacer lo de siempre, sentimos que quiere alejarse. Abandona las reglas de nuestra partida para jugar a otra cosa. Nos traiciona. Además, nos procura cierta envidia, esa parte de nuestro ser que está encarcelado quiere escapar con ella, quiere descubrir si lo que hay más allá es mejor. Esta es la trampa.

Mucha gente no deja su casilla por miedo a ofender a los demás. No se quiere lo suficiente como para atreverse a ser ella misma, se convierte en alguien complaciente, correcta y a la vez tristemente empañada.

Entonces, ¿qué le había ocurrido a mamá? ¿Por qué había elegido tener un amante? ¿Había saltado de su casilla de madre amantísima y esposa fiel para estrellarse? ¿O para ser feliz?

Aunque me costaba cierto esfuerzo estar enfadada con ella, estando muerta, la rabia y la desilusión me absorbían. Traición. Dos sentimientos totalmente opuestos que peleaban como dos toros enfrentándose con los cuernos. Lo hacían repetidamente cerca del corazón y, con cada choque que retumbaba, rompían y rasgaban cachitos de mí. Dolía muchísimo. Lo peor de todo era que no podía compartirlo con nadie. Intentaba huir de Miguel, por lo menos hasta que tuviese claro si era o no un asesino... Qué horrible y surrealista duda. Y por supuesto, no iba a contárselo a papá, no quería causarle un dolor como aquel, algo innecesario. Pero si no soltaba todo aquello, me explotaría en la cara y decidí hablarlo con Lucas.

Habíamos quedado para comer después de que acabara mi turno en el bar. A las dos y cuarto me esperaba en el portal; su rostro y agitación al verme me recordaron a *James*, que cuando me ve aguarda mientras mueve alegre la cola, con tal felicidad ante mi llegada que no sabe cómo controlarla.

—¿Dónde quieres comer? —preguntó.

—No sé... ¿Adónde quieres ir tú?

—Me da igual, donde tú quieras.

Al principio, en una relación disfrutas de una bonita ceguera incondicional. Después se acaba y comienzas a ver algunos fallos en tu acompañante. Es inevitable, nadie es perfecto. Es un momento clave. Si decides que no puedes tolerar estas faltas o manías, la relación se acaba. Si llega el día en que ante uno de estos errores echas un grito con intención de quejarte, pero al girarte te sale una disimulada carcajada, encuentras lo que todo el mundo está buscando. Por el momento, yo odiaba que Lucas delegase en mí la responsabilidad de cada decisión sobre nuestros planes.

—No sé, estoy muy cansada, no me apetece pensar. Elige un sitio, por favor.

—Donde más te apetezca. —Y me dio un beso en la boca. Yo no estaba

dispuesta a perder la batalla. Por muchos besos que me diese.

—Siempre tengo que elegir yo. Es hora de que tú también lo hagas, ¿no te parece?

—¡Cualquier mujer estaría encantada de que le dejase elegir! Yo quiero ir adonde mi princesita quiera —lo dijo con retintín. No le pegaba ser tan cursi.

Por Dios... Estaba cansada de pensar; tras toda la noche en vela, había madrugado y sufría una horrible jaqueca. Diagnóstico: agotamiento mental.

—Lo que tu princesita quiere es que elijas tú y la sorprendas —concluí con injusta brusquedad.

Hubo un gran silencio. Pensé que tal vez por un golpe de suerte él estuviese pensando. Pero me equivocaba:

—No sé... ¿Adónde quieres ir? —Y me miró suplicante.

La rabia me invadió. Admito que en otro momento hubiese reaccionado de otra manera, tal vez riéndome con una sorda carcajada de su incapacidad. Pero es que ya había llenado todo un vaso de rabia y mal humor, así que aquella gota desbordó el recipiente. Me crucé de brazos, me senté en el escalón del portal y dije algo propio de una niña de tres años:

—De aquí no me muevo hasta que elijas un lugar para comer. —Pareció hacerle gracia, cosa que aún me enrabetó más.

—¿Vamos al restaurante italiano?

Me ofreció su mano para ayudarme a levantar. No me apetecía nada volver a aquel restaurante. Habíamos ido muchas veces. Quería algo novedoso que me hiciese salir de aquel bucle de pensamientos recurrentes.

—Mejor vamos a probar esa nueva pizzería que han abierto en la plaza. — Al final, anulé su decisión... ¡Con lo que le había costado!

—Vale —aceptó entre risitas.

Está bien, lo admito. Era una batalla absurda. Le había pedido que decidiera para rechazarlo después. Pero tenía que ganar en algo o caería inconsciente. Dependiendo del humor que tengamos, creamos diferentes mundos alrededor; todo puede ser maravilloso un día, y al siguiente las cosas que nos parecen encantadoras se ven podridas. Sería una gran suerte encontrar a alguien capaz de aguantar mis destructivos terremotos.

Lucas me abrazó mientras nos dirigíamos a la pizzería. Era un cielo. Había descubierto mi cabezonería y se le escapaban amplias carcajadas ante ella. Nos

sentamos y trajeron la carta. Discutimos aproximadamente durante cinco minutos los ingredientes de nuestra pizza. No coincidíamos en nada. Él era rarísimo comiendo. Al final, decidimos mitad de unos y mitad de otros. Después mantuvimos una luchada conversación sobre el tamaño. Yo quería una familiar, él opinaba que con una mediana nos bastaba. Acabamos cogiendo la familiar, y por supuesto más tarde descubriríamos que había sido un error. Yo enfurruñada, Lucas entre risitas.

Mientras esperábamos la comida, me preparaba para contar el nuevo descubrimiento sobre mamá... Por fin podría desahogarme con alguien. Él me escucharía atento, agarraría mi mano con su calor y añadiría un racional comentario que acabaría con mi pelea de toros interna. Y... otra vez me equivocaba anticipando sus reacciones, pues en realidad hizo algo horrible, devastador y cruel. Me dejó con la boca abierta y con ganas de echarme a llorar. No podía entenderlo. Lo describiré a cámara lenta, para que no se pierdan los detalles. Despacio, metió sus grandes pero a su vez delicadas manos en el bolsillo para sacar el móvil. Si hubiese una banda sonora que pudiese acompañar el instante, sería estridente y tensa. Algo parecido a la que se usó en la escena de la ducha en *Psicosis* de Alfred Hitchcock. Lentamente, mientras yo observaba atónita la secuencia, marcó las teclas correctas en el móvil para acceder a las aplicaciones. Me echó una mirada maliciosa (vale, esto me lo estoy inventando), y comenzó a jugar al backgammon en la pantalla de su móvil. Primero cerré los ojos, el izquierdo antes que el derecho, tragué saliva, arrugué la cara, giré la cabeza hacia abajo y me toqué el corazón con la mano derecha para soportar el dolor.

El silencio pesaba como el plomo. Esperaba que mi mutismo fuera suficiente pista para que se diera cuenta de lo que hacía. ¿Y qué era lo que hacía? Ignorarme completamente y entretenerse jugando con su móvil, en solitario, en vez de escucharme, atenderme o tenerme en cuenta en la ecuación de aquella comida. Tenía ganas de matarlo, y justo en el momento en que deslumbraba esperanza en el cuchillo de sierra que había sobre la mesa, me llamaron por teléfono. Lucas levantó la mirada, una décima de segundo antes de volver a su «ardua» tarea.

—¡Hermanita! ¿Qué haces? —Era Miguel, con voz alegre.

—Comer... Hemos venido a la nueva pizzería de la plaza. —Estaba un

poco arisca.

—Me han dicho que es un asco. —Mierda, ahora Lucas podría reírse aún más a gusto. Se lo iba a pasar bien.

—¿Qué es lo que quieres? No te oigo bien.

—Solo quería saber cómo ibas con el libro, ¿lo has acabado ya?

—No. —Fui muy seca.

—Así que... te está costando. ¿Es muy largo?

—Bastante. —Una estrategia para echarlo atrás.

—Me lo dejarás cuando acabes, ¿verdad?

—Te he dicho mil veces que sí —mentí.

En realidad pensé: «Te lo dejaré si descubro que no eres un asesino».

—Pues nada más, hermanita. Mira a ver si tu novio te baja los humos, que últimamente estás de un borde...

—Sí, sí... bueno... —Forcé una carcajada—. Hasta luego.

—¿Quién era? —me preguntó Lucas.

—¿Y a ti qué te importa? —Él puso cara de incredulidad—. Estás ahí jugando con el móvil sin hacerme ni caso. Te intereso una mierda.

—Pero si te escucho...

—¿Mientras juegas?

—Sí, claro. Es que estoy enganchado a este juego.

—Pues tenía algo importante que contarte.

—Cuéeeeeentame. —Metió el móvil en el bolsillo, con cara lánguida: aún no había empezado a hablar y ya se estaba aburriendo.

—Ahora no me da la gana.

Nada más llegar a casa llamé a mi amiga Bárbara para contárselo todo.

Con la carta en el pecho y tendida sobre la cama, Alona miraba la pared. Llevaba diez meses pensando que Moret la ignoraba. Diez meses acumulando rabia. Diez meses sintiéndose prescindible para el hombre por el cual moría. Su orgullo se había ido deshinchando durante este tiempo, poco a poco... Ahora esa breve contestación lo había curado todo.

Debía decidir. Dominique estaba ahí, extremadamente inteligente, tanto que saciaba su curiosidad por completo. El joven la llenaba de atención y de él obtenía la comprensión absoluta. Desde el beso, no había cambiado nada. Seguían el mismo juego: un roce de manos escondido, una sostenida mirada, una mariposa revoloteando en el estómago... A Alona le temblaban las piernas cada vez que él se acercaba. Entonces, ¿por qué creía que no era suficiente? ¿Por qué no dejaba de obsesionarse con un hombre que le hería con su indiferencia una y otra vez? La duda tan solo cruzó un instante por su mente; sabía que por mucho que su orgullo le gritase «basta ya», su amor por

Moret lo traspasaba todo. No era algo cuerdo. Era algo deliciosamente doloroso. Increíblemente imposible. Tan solo veinticuatro horas después de recibir la carta (él había tardado diez meses), cogió papel y pluma y escribió la respuesta.

Sería una carta sencilla. Sabía que debía controlar el contenido emocional si pretendía una respuesta rápida. De otra manera, Moret pasaría otros diez meses decidiendo cómo contestar a aquella niña tan impertinente. Deseó con todas sus fuerzas que la respuesta a aquella carta no fuese una invitación de boda, y es que, en el fondo de su tristeza, temía cada día que su hombre se hubiese escapado, que se hubiese comprometido con aquella misteriosa dama del baile. Desde la distancia sentía una impotencia terrorífica.

Querido señor Moyano:

Aunque se hayan demorado, me alegra recibir tus noticias.

Me tratan bien. Dominique es un gran médico y disfruto de sus enseñanzas. Deseo volver para poder contarte los avances en el viñedo de Pierre. Espero que te encuentres bien y que respondas a esta sencilla carta... Temo que puedas olvidarte de mí. Encontrarás una confidente, si lo deseas. Podría ayudar desde aquí.

Espero con ansia la vuelta,

Alona

El plan funcionó. Tras cuarenta y cinco eternos días, encontró su respuesta.

Mi querida niña,

Por aquí todo sigue igual, un poco más triste sin tu alegre curiosidad y espontaneidad.

La productividad del viñedo progresa, y no quiero ni imaginar qué sucederá cuando puedas implantar tus nuevos conocimientos en nuestras tierras. Te lo agradezco.

Sin embargo...

La carta continuaba de manera extensa, tratando temas de organización y productividad de las viñas. Contaba a la joven sus dudas sobre la gestión o sobre los nuevos tratamientos que se imponían. Puede que su hombre no se estuviese declarando, pero comenzaba a confiar en las habilidades técnicas de la joven y en su criterio. Alona intentó acercarse a él desde allí, desde la ilusión compartida por un objetivo común: el trabajo y el viñedo. De esta manera, comenzó una nueva forma de hablar: una carta enviada, una contestación recibida. Ambos descubrieron que podían contar el uno con el otro, utilizaban el correo para escribir sus dudas, sus miedos, temores, pero también los logros del día a día. Era fácil y liberador tratar sobre papel todas estas cuestiones, sincerarse y encontrar consuelo. La confianza y la intimidad comenzaron a crecer.

Una tarde de verano, en que comían en la terraza posterior de la casona y el ambiente era agradable y soleado, Pierre aprovechó para preguntar a la joven:

—¿Qué te cuenta mi gran amigo Moret en sus cartas?

Ante aquel intento por indagar, la joven bajó la mirada al plato mientras movía el tenedor en círculos.

—Me habla de los viñedos, de los cambios en los métodos de producción y de los trabajadores. Alguna vez me da noticias sobre Martina y mis amigos.

—¿No habláis de nada más? —insistía con visible impaciencia, queriendo conocer la relación que existía entre la joven y su compañero de negocios. Parecía molesto.

—No. —Dirigió una serena mirada hacia su interlocutor. Tajantemente cortante. Hubo un gran silencio, con el que indicaba que era suficiente.

—Conoces lo que le ocurrió a la familia de tu señor, ¿verdad? —cambió así de tema.

—Pierre, por favor, no deberías... Puede que solo sean chismes —dijo Dominique para enfrentarse a aquel comentario.

—Todos los chismes tienen parte de razón. —Bebió un poco de vino—. Cuentan que los padres de Moret murieron en extrañas circunstancias.

—¿Qué ocurrió? —Alona abrió los ojos, desorbitada.

Pierre disfrutaba de lo lindo observando la curiosidad de la joven. Captaba toda su atención. Mantuvo la tensión un instante más, alargando el placer que sentía con la expectación y mirando con regocijo a Dominique.

—Su madre fue descubierta muerta, flotando en el mar.

—¡¿Cómo?! —exclamó la joven.

—Hay quien piensa que cayó accidentalmente. Y la cosa no acaba aquí... Exactamente un año más tarde, en el aniversario de su muerte, su esposo, y padre de tu señor, también murió. Puede que víctima de la pena.

La joven se entristeció. Quería saber más. Se estaba acercando al secreto que guardaba Moret. Aquello eran más pistas, debía cazarlas.

—¿Eso es todo? —dijo Alona.

Dominique miró suplicante, pero en vano. Pierre continuó con la trama:

—El personal de la mansión, quienes verdaderamente compartían el tiempo con la familia Moyano, tiene otra versión. —Realizó otra repelente pausa—. Dicen que la pobre mujer no cayó de manera accidental y tampoco consideran que ella misma decidiese acabar con su vida. Era una persona feliz que disfrutaba mucho de su hijo y amaba a su esposo. No tenía, pues, razones para querer morir.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—Sospechan que fue asesinada...

Y bebió de su copa, dándole tiempo a Alona para preguntar:

—¿Qué más sabes?

—Exactamente un año más tarde, el señor Moyano se suicidó con cuarenta años, dejando el viñedo en herencia. Durante aquel último año de vida enseñó a su hijo, tu queridísimo señor Moret. Le instruyó en lo necesario para poder dirigir el viñedo, y por ello creen que fue premeditado. Padre e hijo pasaban largas horas a solas. La gente no los veía muy a menudo.

—¿Qué? ¿Quién dice eso? ¿Por qué se suicidó? —Alona se atropelló con sus propias preguntas. Pierre sonrió, orgulloso de acaparar todas las miradas de la joven.

—Unos dicen que murió de pura tristeza, y los hechos apuntan a suicidio. Sin embargo, hay quien piensa que también fue un asesinato. No lo sé..., existen muchas versiones.

La joven no cabía dentro de sí; Dominique volvió a cortar la conversación:

—Pierre, no estás en tu derecho de contarlo. Debería ser Moret quien tomara esa decisión...

—¡Tonterías! —Ella debe saberlo si quiere volver junto a él. Fue Moret quien vio con sus propios ojos cómo, a escasos metros, su padre se mataba. Un disparo en la cabeza. Las malas lenguas dicen que ya no fue el mismo, se quedó marcado para siempre.

Alona no paró de darle vueltas durante varios días. Al final decidió escribirle a Moret una carta. Omitió la conversación mantenida con Pierre pero le preguntó sobre su familia, dándole oportunidad para sincerarse con ella.

La contestación a aquella carta fue correcta y tremendamente frustrante.

Querida niña,

Me alegro de que te estén tratando como mereces, pero espero que esto no logre

convencerte para que no vuelvas junto a nosotros. Junto a mí.

Me preguntas sobre mi pasado. Yo nací en esta gran casa que ya conoces. Mi madre, Amadora, era una mujer cariñosa y amable que me educó con amor. Mi padre era el gran señor del viñedo, respetado y querido por todos. Me enseñó a ser correcto y educado, además de todas las aptitudes que he adquirido para dirigir el negocio familiar. No tuve hermanos. Cuando mis padres murieron, heredé el viñedo. Como ves, a excepción de los viajes de negocios, me he pasado toda la vida en la mansión.

Nunca antes había conseguido hablar con alguien como lo estoy haciendo contigo, sincerándome y encontrándome con una compañera fiel como respuesta.

Con cariño,

Moret Moyano

La joven decidió ser un poco más directa:

Mi querido Moret:

Conoces cómo aconteció la muerte de mis padres, conoces los detalles, pues yo te los conté. Sabes lo agradecida que te estoy por darme una nueva oportunidad, por sacarme de la tristeza y acompañarme. Pierre me ha narrado una historia sobre la muerte de los tuyos, no pienso creer nada que él me diga si tú no lo confirmas. Quería que estuvieses bajo aviso.

Siento tristeza cuando imagino lo que has tenido que sufrir, me gustaría acompañarte también en esto, compartirlo, me gustaría poder aliviar tu pena, podría abrazarte si estuviese junto a ti, podría quererte tanto que nada pudiese afectarte.

Quiero ser esa persona.

Alona

La contestación llegó muy rápida. Más de lo habitual.

Mi querida niña, no hace falta revolver el pasado. Déjalo estar.
Espero tus noticias,

Moret Moyano

Tras un año carteándose, el amor rebosaba en cada palabra que se dirigían. La impotencia que les causaba estar lejos había desatado un gran anhelo.

Moret seguía dudando sobre sus emociones, no podía creer lo que estaba sintiendo. Por fin había admitido que quería a Alona, aunque no sabía muy bien cómo. ¿Como a una niña? ¿Como a una mujer? ¿De forma platónica? La admiraba y también la echaba de menos. Se había sorprendido a sí mismo expresando sus sentimientos como nunca antes había podido hacerlo. Por primera vez desde la muerte de sus padres, se sentía acompañado y consolado. A veces, el amor incondicional que le ofrecía la joven le asustaba un poco, no sabía qué había hecho exactamente para conseguirlo. Aún quedaban dos años hasta que volviese. Tiempo para pensarlo.

Alona, sin embargo, se sentía dividida. Allí estaba Moret, un hombre inalcanzable que controlaba las situaciones tan correctamente que nunca se dejaría llevar. Y por otro lado, su atento amigo Dominique, que la divertía, la llenaba y acompañaba en su exilio. También lo quería y admiraba, temblaba ante su presencia. ¿Cómo podía ser? ¿Es que amaba a dos personas? Aunque de una cosa estaba segura: moriría por Moret y volvería a su lado cuando acabase el periodo de aprendizaje, era su razón de existir. Además, él guardaba un secreto relacionado con la muerte de sus padres. De eso estaba segura y aquello intrigaba a la joven de tal manera que su devoción aún se hacía más grande.

Era como relamerse ante un plato que todavía no has probado pero del cual puedes oler su exquisito aroma. Un plato que te prohíben. Y Alona llevaba muchos años pasando hambre, imaginando cómo podía ser aquel plato, queriéndolo sin haberlo siquiera degustado...

El universo encaja las piezas que tú encuentras

Miraba, sin ver realmente, la pantalla del ordenador en un estado de *shock* mantenido. ¿Cómo podía mi madre tener un amante? ¿Cómo podía Miguel ser un asesino? ¿Es que mi familia era una completa mentira?

Por supuesto, me costaba creer que Miguel tuviese algo que ver con la muerte de mamá, pero algunas piezas me llevaban a pensarlo. ¿Por qué me negaba su relación con el máximo sospechoso del asesinato? ¿Qué me ocultaba, qué es lo que había intentado contarme en varias ocasiones? Recordé sus palabras: «No quiero que pienses mal de nadie. Es complicado, no hay que sacar conclusiones precipitadas. A veces, la gente se ve obligada a hacer cosas de manera inevitable y hay que ser capaz de perdonar, hermanita, de comprender...».

¿Qué podría haber pasado para que se viera involucrado en todo esto? ¿Por qué insistía con la lectura de la historia de Alona? ¿Cómo se relacionaba todo aquello con el embarazo de Marisa? Y había otra cosa..., una sospecha que me había embargado desde el principio pero que no me atrevía a resolver: mi madre había señalado a Miguel antes de morir, y de manera acusadora. Lo que había leído en aquel libro sobre métodos de investigación criminal me asustaba, no tanto por su posible veracidad; entendía que se trataba de una falsa creencia, ¿o no?... Lo que me preocupaba era que mi hermano había estado buscando aquella información y había señalado con fosforito amarillo la respuesta que lo involucraba como asesino.

Decidí que durante los próximos días me dedicaría a estar tirada en el sofá. Recreándome en mi desilusión, revolcándome en la traición de mi familia y alimentándome de más dolor. Cuando estoy muy triste o incluso confusa, dejo que mi estado anímico me arrastre. A veces creo que las personas, cuanto más dolor sienten, más dolor quieren sentir. Es como si

todo esto justificase de alguna manera nuestro estado, nos gusta el papel de víctima...

Llegó un correo electrónico que consiguió llamar mi atención. «Publicidad: Máster universitario en profesorado.» Dudé. Había conseguido desobedecer a una de mis más arraigadas creencias, esa que me decía que siempre iba a ser una estupenda bióloga de bata blanca. Accedí a cubrir un puesto de camarera. Y no me había ido mal. Ahora disponía del dinero necesario para ir tirando y no morir de desnutrición o aburrimiento. Pero mi sueño estaba ahí. Mientras estuviese aplazado, debía seguir haciendo lo posible por conseguirlo, así que decidí apuntarme a aquel máster. Se impartía a distancia y podía acoplar sus horarios a mi antojo. Descubrí que era bastante caro, por suerte era camarera y contaba con un sueldo. Daban muchas facilidades respecto a flexibilidad de horarios y plazos de pago.

Me parece que son demasiadas las veces que digo «qué mala suerte tengo». *Pensamiento intruso*. ¿De verdad estoy gafada? ¿O puede que no lo intente lo suficiente? Si no he encontrado un puesto de bióloga, no creo que haya sido cosa del destino... Una cosa está clara: mi currículum da pena. «¿Qué mala suerte tengo?» Bajo esa frase debe de esconderse algo más triste, algo como que abandono antes de empezar. Tengo esa vocecita dentro de mí que me alerta: «¿Para qué lo vas a intentar, si no serás capaz?». *Pensamiento intruso*, y después una malvada aliada camufla la verdad con sus «Qué mala suerte has tenido...», en un intento de ser condescendiente. Sé que en ocasiones la vida es un sorteo; y por eso mismo lo mejor que puedo hacer es comprar todos los boletos posibles para que me toque mi oportunidad. Aquel máster podría despuntarme de otros currículos y por fin podría dejar de quejarme sobre mi suerte.

—¿Te gustaría conocer la ciudad del amor? —le preguntó una mañana Pierre a Alona.

—¿París?

—He de hacer una visita de negocios. Dominique también me acompaña. Es una gran oportunidad.

—¡Me encantaría! —El hombre se emocionó por el entusiasmo que mostró la joven; le encantaba causar estragos en ella.

—Haz las maletas. Partimos mañana. Son varios días de viaje, merecerá la pena.

París era una ciudad llena de rincones para inspeccionar. Se hospedaban en el Hotel Du Havre

Blanc, un lugar decorado con todo detalle para viajes de negocios y trabajo. Los lujosos aposentos se caracterizaban por su gran tamaño. Alona disfrutaba de su propia habitación con una cama de matrimonio y un edredón de elegante terciopelo rojo. Las paredes se decoraban con enormes candelabros y retratos que espiaban, sigilosos, la intimidad de los huéspedes. La joven nunca habría imaginado tanto lujo.

Disfrutó de un gran baño con agua caliente, se recostó un rato y después se peinó delante del espléndido tocador hasta que el sonido de la puerta la distrajo de su tarea. Era Pierre:

—¡Voy a hacerte un regalo! —Entró en la habitación con gran vitalidad. Avasallando y sin dar los buenos días.

—¿Sí?

—Vamos a comprarte un bonito vestido parisino.

—¿De verdad?

—Algo que conjunte con tu encanto. —Y guiñó un ojo.

—Gracias, Pierre —lo agradeció con sinceridad.

Dominique tenía un conocido en París, un viejo profesor al que quería mucho. Por ello se disculpó con la pareja, no podría acompañarlos aquella mañana.

—Qué pena no ser el primer hombre que disfrute viéndote con ese vestido... —le dijo el joven, con disimulo, a Alona, antes de su partida.

—¿No serías mucho más feliz si fueras el primero en verme sin vestido? —contestó ella, coqueta.

Dominique arqueó su sonrisa como de costumbre, haciéndolo más atractivo si se podía, y la joven se derritió un segundo antes de que Moret acudiese a su mente.

Pierre mostraba sus conocimientos sobre París y sus calles con altanería. La joven no podía esconder su admiración por aquella ciudad que la deleitaba con su encanto. Una guitarra decoraba con su sonido una callejuela con olor a *crêpe*, y en un rincón encantado se ubicaba un pequeño establecimiento con unas cortinas moradas que escondían su interior. Pierre lo señaló:

—El dueño de esta tienda es un gran sastre, y amigo mío por cierto —le explicó—. Su clientela es muy selecta.

—¿Y me va a hacer un vestido? —Alona se sentía encantada y mimada.

—Sí. Me debe un favor. —Una campanilla tintineante anunció la llegada de la pareja a la tienda.

—*Bonjour, mon ami* —saludó Pierre.

Un pequeño hombrecillo se sentaba en una banqueta mientras arreglaba los bajos de un precioso vestido de gala. Miró a los recién llegados por encima de sus gafas. Mostraba un bigote elegante, pero su cabello escaseaba en la coronilla:

—*Bonjour, Pierre!* —Se acercó para abrazar a su amigo, que tuvo que agacharse en exceso para poder recibir aquel gesto de cariño—. ¿Qué haces en París?

—Tan solo negocios. Alona, te presento a mi amigo Adolphe.

—*Enchanté* —dijo el hombre realizando una graciosa reverencia.

—*Enchantée* —contestó ella delicadamente.

—*Et voilà!* Creo que... ¿Quieres un bonito vestido? —Adolphe habló entonces con un dudoso castellano.

Su acento la había delatado. Alona afirmó con la cabeza.

Pasaron a una sala llena de telas de diferentes colores y texturas. La joven admiraba todo aquel material de primera calidad. Se sorprendió con tal variedad y exquisitez. No pudo evitar sentir una pizca de nostalgia. Felisa habría disfrutado de lo lindo allí.

—Puedes escoger el tejido que quieras.

El hombre miraba a la joven, señalando la sala y ofreciéndole seleccionar la tela que más le gustase. Alona se sentía como una princesa.

—Adoro el color azul... —contestó ella con un exquisito francés que espiraba exóticas partículas

de su lengua materna.

Tras elegir una bonita tela de color azul profundo, Adolphe comenzó a coger las medidas para el vestido. Alona era bastante más alta que aquel hombre, por lo que él debía subirse en una banqueta para poder hacer bien su trabajo. Pierre sonreía, orgulloso, desde un lateral, sintiéndose un hombre poderoso e irresistible. Podía hacer todo tipo de regalos a las mujeres, y se deleitaba haciéndoselos en concreto a su joven ayudante. Quedaron en volverse a ver en siete días. Casi no podía esperar.

Caminaron durante toda la mañana, visitando cada monumento extraordinario, explorando cada presumida callejuela y admirando las inmensas plazas. Tras el paseo, Alona se moría de hambre y su estómago la delató con un feroz rugido:

—Vaya... —sonrió Pierre con cariño—. ¿Quieres que vayamos a comer?

—¿Y Dominique? —Ya lo echaba de menos.

—Sabe cuidarse solo, no te preocupes —le contestó con cierta irritación en el tono.

Pierre anduvo cinco minutos más hasta que entraron en un refinado restaurante. Al fondo, un hombre tocaba un gran piano de cola. Alona se fijó en su alrededor, deteniéndose en una mujer sentada varias mesas por delante. Llevaba el pelo recogido en un correcto moño y vestía un elegante y actual vestido. Cruzaba las piernas con cierta insolencia y chupaba cuidadosamente una larga boquilla para tabaco, que sujetaba grácil con la mano. El humo salía de su boca, rozando un color de labios carmesí, y sus ojos se entrecerraban, dándole un aire ausente. Todos los hombres de aquel restaurante la miraban con admiración, y también Alona.

Pierre le indicó la mesa en la que comerían y, al acercarle la silla, Alona notó el roce de su mano sobre las caderas. Nunca antes había intentado tocarla de esa manera. Se sintió incómoda pero hizo como si nada hubiese pasado. Puede que solo se tratara de un error, un desafortunado gesto.

Por lo demás, París seguía embelesando los sentimientos de la joven. Recordaba y anhelaba a Moret a todas horas, pero eran tan grandes las ganas de amar en aquella ciudad que aceptó, gustosa, el acercamiento de Dominique, con quien compartió mucho tiempo. El médico jugaba con las insinuaciones y a la joven no le importaba; la terrible verdad era que, a pesar de la contradicción, también quería y deseaba a Dominique, y la duda cada vez era mayor. Ambos se divertían a lo grande en los rincones a escondidas, en los grandes salones a la vista de todos, paseando a orillas del Sena... Estaban tan sumamente ensimismados que vivían ajenos a los celos que poco a poco iban creciendo en Pierre, para quien la relación que mantenían no pasaba desapercibida.

Tras una semana de espera, llegó el día de recoger el vestido. Alona se lo probó detrás de un biombo de madera. Los allí presentes se mostraron maravillados. Sus curvas, su elegancia y su mirada coqueta en el espejo embelesaron a todos los hombres de aquella tienda. «Tan solo me faltan una boquilla y un cigarrillo para ser como la mujer del restaurante», pensó ella. Sentía el poder que ejercía sobre su alrededor, la reacción que causaba.

—Estás muy hermosa, querida —le dijo Dominique, tomándola de la mano y dándole la vuelta, como si bailaran, para poder verla flotar sobre aquel vestido.

Pierre se mantenía en un congestionado silencio.

—¡Gracias!

La joven, en su excitación, corrió a darle un abrazo al hombre que le había hecho tal regalo, y este se derritió y accedió a sonreír:

—No hay de qué. Te lo mereces todo.

Alona pudo lucir su vestido en la Salle de la Bourse de la Opéra Comique de París, donde disfrutó

de lo lindo moviéndose con lentitud y tranquilidad, observando cómo los hombres la miraban de soslayo y cómo las esposas pegaban algún que otro codazo a sus maridos. La joven descubrió que siempre cenaban en restaurantes de élite, que conseguían entradas para la ópera nada más mencionar el nombre de Pierre y que todo el mundo lo respetaba, casi en exceso. Incluso, tal vez, se percibía cierto miedo.

Aquella noche cenaron acompañados de varias copas de vino de más, y luego dieron un breve paseo hasta el hotel. París era una ciudad hermosa de noche, con sus luces y su aroma de verano. Con vida aún en la oscuridad. Alona escuchaba el eco de sus pasos, que rebotaba en las esquinas de las casas: la voz fuerte y joven de Dominique y la voz áspera y más desgastada por los años de Pierre. Recopiló sus últimos meses. Había conocido a mucha gente que la había hecho crecer. Estaba satisfecha con la velocidad de sus avances. Aunque se acordaba de su antigua casa, y sobre todo de su señor, debía admitir que el tiempo estaba pasando rápido, con tantos descubrimientos y tanta atención que le prestaban. Sentía cariño por Pierre, dentro de su pomposidad la estaba cuidando bien, y quería a Dominique, no entendía muy bien cómo había pasado, pero así era. Aquello se había ido construyendo poco a poco y ahora era incontrolable. El amor que sentía por él era grande, pero a su vez incapaz de quitar terreno al que sentía por Moret. Algo que la confundía por completo. Se despidieron en el pasillo del hotel. El joven doctor le guiñó un ojo. Aquello significaba que horas más tarde lo tendría en su habitación, cuando Pierre se hubiese dormido, y juntos escaparían con la luz de la luna.

Efectivamente, a las dos de la madrugada llamaron a su puerta. Alona se ensanchó un poco el escote y se peinó delante del espejo antes de abrir. Pero fue una sorpresa encontrar a Pierre detrás de la puerta. Al instante, la joven se tapó con una bata.

—¿Qué ocurre? —preguntó, inquieta.

—No puedo dormir...

Entró con brusquedad y se sentó en una butaca tras haberse servido un poco de whisky de un estante. Hizo tintinear los hielos del vaso. Alona lo miraba, un poco asustada, al verlo por vez primera con esa expresión aturdida. Se atrevió a preguntar:

—¿Te preocupa algo?

El hombre la miró con deseo, no como otras veces, esta vez sin contenerlo.

—Ponte el vestido que te he comprado.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—Pierre, no creo que sea buena idea. Deberías irte. Mañana me lo pondré de nuevo, si es lo que deseas.

—Eres una desagradecida. Me ha costado mucho dinero; si te digo que te lo pongas ahora, te lo pones.

La joven descubrió que aquello era serio. Cogió el vestido del armario y fue hacia el biombo que hacía de vestidor.

—No quiero que te tapes, pónitelo delante de mí. —Se levantó de la butaca y pegó con agresividad al biombo hasta tirarlo.

—¡Pierre! ¿Qué te ocurre? —La joven se acercó a él como un domador que intenta tranquilizar a su fiera.

Olía a alcohol y apenas podía enfocar la mirada. Le puso las manos sobre los hombros para intentar camelárselo.

—Tranquilo, Pierre... —le habló al oído, suavemente. Parecía funcionar—. Estoy aquí contigo.

—Pero ¡no es lo que realmente deseas! —Él explotó y la empujó, enfadado. La joven cayó al suelo.

—¿Qué quieres decir?

—Te aprovechas de mí. Vienes a mi casa y te enseño el arte de la medicina, te cubro de atención y de regalos, y tú no me lo agradeces. Estás todo el día pensando en volver a casa con tu admirado señor Moret, y mientras te entretienes con Dominique, al mismo tiempo juegas conmigo, restregándome que te acuestas con él. Todo ello para hacerme daño. ¿Por qué no soy yo a quien quieres? ¿Acaso he fallado al cuidarte, mimarte y atenderte?

—Pierre, lo siento, yo no sabía...

—¡Eres una sucia ramera!

El hombre la levantó del suelo sin esfuerzo y rompió su blusón, rasgándolo con estrépito. La joven intentaba escapar en vano. Pierre comenzó a besarla por el cuello y a deslizar la mano por su pecho. Alona no quería llorar, no le iba a dar aquel gusto. Seguía intentando escapar, no se rendiría.

Justo cuando se veía perdida, volvieron a llamar a la puerta. Esta vez tenía que ser Dominique.

—¿Habías quedado esta noche? Puta barata... —Pierre la miró enfurecido—. ¿Delante de mis narices y en la habitación que yo os pago a los dos?

Alona chilló con fuerza:

—¡Dominique! ¡Ayúdame! —Pierre la lanzó encima de la cama y se tumbó sobre ella.

—No te resistas. No eres más que una furcia...

—¡Dominique!

Se podía escuchar cómo, al otro lado, el joven intentaba echar la puerta abajo. Pero aquel trozo de madera era robusto. Asustado y furioso, no dejó que sus emociones nublasen su capacidad. Con sangre fría elaboró un plan. Recordó que su habitación era contigua a la de la joven, así que saltó con destreza de un balcón a otro. Sin embargo, las puertas estaban cerradas por dentro. Golpeó con el puño mientras gritaba:

—¡Déjala...! ¡Te juro que, como la toques, te mataré!

Pierre levantó la vista, algo confuso, momento que Alona aprovechó para golpearlo en la cabeza con la botella de whisky que él mismo había dejado encima de la cómoda. A pesar de la poca fuerza empleada, quedó aturdido unos segundos. La joven corrió hacia el balcón. Casi al abrir el portillo, Pierre volvió a agarrarla de la cintura y se la llevó hacia la cama. Había estado tan cerca...

—¡No! —Ahora lloraba.

Sentía la saliva de Pierre y su fuerte olor tras cada nauseabundo beso. Y Dominique observaba la escena con impotencia. Sin embargo, no dejó de maquinarse, de elaborar... De usar su privilegiado cerebro...

Tras la eterna pausa, ideó cómo entrar, desgarró su camisa y con ella envolvió su codo. Así se protegió de los cortes cuando rompió el cristal que daba acceso a la habitación. Una vez dentro, empujó a Pierre con fuerza y le sacudió a puñetazos. Cinco puñetazos, contó Alona.

—Ya basta, Dominique... Vámonos —pidió la joven entre sollozos.

Dejaron a Pierre sangrante y contusionado. Solo.

Me enfadé por... ya no me acuerdo, y para siempre

Alona apartó un poco la mohosa cortina de la ventana del hostel donde se alojaba con Dominique. Llevaban tres días sin apenas salir. Observó, distante, el buzón de correos en el cual hacía tan solo unos minutos había introducido una carta dirigida a Moret. Le ponía sobre aviso de los nuevos acontecimientos. Sabía que ahora no recibiría respuesta, carecía de una dirección fija a la que acudir. Dominique la miraba desde la cama con su cara angelical, con su inteligente mirada. Aquello era un instante justo antes del caos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella saliendo de su ensimismamiento.

—No lo sé... Lo único que tengo claro es que no podemos volver con Pierre.

—Gracias, Dominique. —Se acercó a la cama—. Me has salvado, pero... te has condenado, lo siento. —Le besó en la mejilla. Él cerró los ojos, profundamente enamorado.

—Haría cualquier cosa por ti. Lo sabes.

Alona le debía la vida a aquel hombre que suspiraba por ella. Se sentía tan agradecida... Volvió a besarlo, delicadamente, en la boca. Desde aquel primer acercamiento en el baile, no había vuelto a hacerlo. Dominique mostró unas ruborizadas mejillas y volvió a besarla, apenas rozó sus labios; eran ligeras caricias con un movimiento parecido al aleteo de una mariposa, sutilmente húmedo. Sujetaba su cara por la barbilla, para acercarla con cuidado, como si fuera una preciada estatua de cristal que pudiera romperse. Alona sintió vértigo, un vacío al que le apetecía saltar...

Olía a hierba recién cortada y a miel. Tal vez con matices de chocolate negro. Algo incongruente para el resto de los sentidos, incluso para la razón. No lo había experimentado nunca antes. Los ojos de Dominique, tan graciosamente inteligentes y tiernos, ahora la miraban con ingenuidad; su segura sonrisa se mantuvo un instante antes de que la joven volviese a besarlo, apreciando un calor tierno y protector. Como un abrigo en invierno. Dominique deslizó las manos por su cadera, con pausa y a su vez con ligereza, le desabrochó la blusa, con la misma habilidad que realizaba las suturas en las heridas sangrantes. Entonces, Alona sintió que su estómago se encogía y quemaba, ardía. Una sensación cruelmente deliciosa, una sacudida que deseaba mantener latente, pero que al mismo tiempo sentía que necesitaba deshacer. Se dejó derretir bajo aquel deseo y comenzó a temblar por la confusión.

Se moría porque Dominique —la causa de que se sintiera así, aquel que la enredaba, aquel a quien admiraba y amaba— fuera feliz. En concreto, deseaba ser ella la causa de esa felicidad. Quería ofrecerle el mismo trato, el mismo cariño, el mismo amor... Y entonces, una nube ceniza interrumpió un segundo..., un miedo atroz a destruirlo, un miedo sanguinario a hacerle daño, un miedo fiero a hacerle infeliz, conquistó el momento liderado por la imagen de Moret, tan solo un segundo. Dominique ganó la batalla mientras le besaba con ternura el cuello. Con sus manos le acariciaba la tripa en círculos, hasta detenerse en su ombligo. Alona nunca antes había notado tanto cariño en dosis tan concentradas. Se sentía tan querida y protegida que apenas podía pensar en nada más. Se distanció de todo, como si tan solo existiera ese momento en su vida, el de estar en aquella cama

junto a él, como si su ternura fuera suficiente para vivir. Hicieron el amor mientras Dominique le acariciaba la espalda con delicadeza.

Alona estaba extrañamente tranquila y nerviosa al mismo tiempo. Seguía temblando, convulsionando de miedo y con unas décimas de fiebre. Su respiración se agitó y con ella la de Dominique, que era igual de elocuente en aquel acto que en sus habituales conversaciones e igual de delicado con sus manos que con sus cotidianas miradas. Ella se agitaba, le faltaba aire y luchaba por conseguirlo. Tiritaba. Ambos se agarraron con fuerza, se empujaron con rabia, se mordieron y balancearon...

Cuando llegó la pausa, ella se recostó, hecha un ovillo. Quería esconderse en aquel cuerpo que tenía al lado. Sentía la respiración de Dominique en el cuello y el movimiento de sus pulmones en la espalda. Él recorrió con un dedo sus centímetros de piel desnuda, como si fuera una carretera llena de curvas, le retiró el pelo y la besó en la nuca. Aquella paz duró hasta acunarla.

—Eres adorable —dijo Alona al despertar.

Todavía era de noche, habían quedado adormecidos. Le acarició la cara.

—Sí. Muchísimo más que tú —contestó él, con gracia.

La joven no sabía muy bien qué pasaría entonces. ¿Adónde irían? ¿De qué vivirían? ¿Cómo viajarían? Se mantuvo pensativa, reflexionando y rememorando datos, antes de añadir:

—¿Crees que existe la posibilidad de que Pierre se arrepienta? Nunca antes había hecho nada parecido. Puede que la embriaguez... Tal vez quiera disculparse.

—¿Qué estás diciendo? ¿Volverías con él?

—No... Tienes razón. Es solo que no puedo soportar que te encuentres en esta situación por mi culpa.

—No es tu culpa... —Pareció reflexionar un poco antes de añadir—: ¿Recuerdas el baile que organizó Pierre en tu honor? ¿Recuerdas cuánto te impresionó el respeto que los asistentes le profesaban?

—Sí —afirmó Alona sin saber muy bien adónde llegaría todo aquello.

—¿No te has dado cuenta de que aquí, en París, no hemos tenido problemas a la hora de conseguir entradas para la ópera, sitio en los restaurantes más selectos...?

—Sí —repitió ella, aún más abrumada.

—Hay algo que debes deducir de todo esto. Pierre no es conocido solamente por su vino. Es un hombre poderoso y la gente no lo respeta, sino que le teme. Está metido en cuestiones turbias, Alona, negocios negros. Debes saber que tiene un séquito entero de personas a su disposición, lacayos que le deben favores, gente desesperada.

Alona quedó aturdida, pensando en por qué nadie le había dicho nada antes. Sobre todo se enfadó con Moret. ¿Cómo había permitido que se marchara al lado de un hombre así? Entonces Dominique la cogió entre sus fuertes brazos, impidió sus lágrimas y así quedaron dormidos.

Por la mañana, la luz que se filtraba por la ventana los despertó. El joven besó a Alona en la frente. Y ella eligió a Moret como primer pensamiento del día antes de volver a la realidad. Después, reconoció que Dominique estaba especialmente apuesto por la mañana.

Ambos sonrieron un segundo al mirarse, antes de que la preocupación retornase a sus rostros.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella.

—Mira, yo no seré tan rico como Pierre... —Dominique parecía haber reflexionado durante la noche—, pero soy un gran médico, y tengo dinero ahorrado, lo suficiente como para que podamos vivir de manera tranquila hasta encontrar otra cosa.

—¿Y adónde iremos?

—Antes de empezar con Pierre, tuve que rechazar otros trabajos. Volveré a ofrecer mis servicios. Y... ¡tú me acompañarás! —De nuevo, su sonrisa deliciosamente arqueada en un lado de la boca—. Ahora, lo primero que hay que hacer es desayunar.

—¿Qué? —¿Cómo podía pensar en comer?—. No tengo hambre.

Alona se sentía segura al lado de Dominique. Se fiaba de su capacidad para idear un plan exitoso de escape y agradecía la tranquilidad que eso ofrecía; pero había dispuesto de toda la noche para pensar si... ¿Podría vivir desconociendo la fecha exacta en que volvería a ver a Moret? ¿Podría vivir con Dominique y olvidarse de él para siempre?

—Conozco un lugar en el que, tan solo con oler el exquisito aroma de sus pasteles y de su café, no podrás resistirte.

—¿No será peligroso?

—Hoy mismo saldremos de la ciudad, podemos permitirnos un último regalo en París. Llevamos tiempo encerrados, Pierre habrá dejado de buscarnos aquí.

Dicho lo cual, llevó a la joven a un concurrido establecimiento. El bullicio de la gente, el sonido de los cubiertos y el olor a café despertó los sentidos de la pareja. El joven intentaba, como siempre, hacer reír a su acompañante, y pronto ella se dejó arrastrar por sus inteligentes comentarios. Aquello era la magia que envolvía a Dominique, la ligereza y la alegría, la protección, pues él calculaba todo correctamente. Conversaban sobre personas de su alrededor:

—Esa señora de allí odia a su esposo. Fíjate, cuando él no mira, le echa un poco de sal en el café.

—Te lo estás inventando —dijo ella, incrédula.

—No, no. Te prometo que lo he visto. ¡Mira! Lo hace de nuevo...

Y cuando la joven giró la cabeza para comprobarlo, Dominique aprovechó para verter sal en el escaso café que le quedaba a ella en la taza.

—No es verdad.

—Tienes razón, te estaba mintiendo... —Alona entonces sorbió de su taza, escupiendo inmediatamente el contenido entre risas.

—Eres un idiota.

—¿Quieres saber más?

—Dime.

—A aquel hombre de allí, le gustas.

—No creas que soy tonta, Dominique. No volveré a girar la cabeza para que me hagas otra jugarreta. Aunque dime..., es algo que me interesa... ¿Por qué crees que le gusto?

—Porque es imposible no enamorarse de ti.

Alona no supo qué contestar. Quería mucho a Dominique, incluso podía ser que lo amase; aunque nunca tanto como al hombre por el cual respiraba. Así que no contestó. Giró la cabeza para evitar una respuesta, disimular y observar al mencionado hombre. Ciertamente, miraba de reojo hacia ellos.

—Dominique... He pensado que tal vez podíamos volver a España. Los dos. Moret Moyano te aceptaría gustoso entre sus hombres.

—Pero ¡si no puede dejar de mirarte! —El joven ignoró el comentario de la joven.

—No seas pesado. ¿Has escuchado lo que te digo?

Era muy arriesgado volver con Dominique a la mansión. Tendría que elegir entre dos hombres y sabía exactamente quién saldría perdiendo. Podía ser muy doloroso tener a Dominique cada día al lado, conociendo el sufrimiento que le había causado, queriendo al mismo tiempo a dos hombres que vivían bajo el mismo techo. Pero no veía otra solución para no perder a Moret. Y a eso, no estaba dispuesta.

—No lo creerás...

—¿Qué pasa ahora? —dijo, desesperada por aquellas esquivas respuestas.

—Se está acercando...

—¿Quién?

—El hombre que te digo...

—Esto es serio, Dominique, no volveré la cabeza. Deja ya las tonterías.

—No bromeo, Alona. —La seriedad con que dijo aquello convenció a la niña.

El hombre avanzaba con agilidad entre sillas y mesas a pesar de su corpulencia. Vestía un desgastado traje marrón aparentando pertenecer a la clase alta. Cuando se hubo acercado a la mesa de la pareja, un olor fuerte, a sudor concentrado, impregnó el momento. Se dirigió a ellos diciendo:

—Buenos días, señores. Muévanse muy despacio y salgamos de este establecimiento. Sin hacer estupideces —lo ordenó mientras mostraba disimuladamente la culata de un revólver y lo movía en dirección a la puerta de salida.

—¿Quién es usted? —preguntó Alona.

La pareja, en realidad, intuía quién era, o por lo menos a quién pertenecían sus servicios.

—No seas estúpida, niña, una palabra más y mueres aquí mismo.

Alona quiso distraer su atención. Esta vez se había adelantado a Dominique para elaborar un plan.

—¿Vienes solo?

—¡Niña! ¡He dicho que te calles! —escupió al intentar bajar el tono de su voz.

—Es que..., aquel hombre de la barra te está haciendo señas —prosiguió la joven con miedo vestido de valentía.

Por un instante, el atracador pareció asustarse ante aquel comentario. Miró en la dirección en la que Alona le había indicado con su pregunta, lo que ella aprovechó para coger un cuchillo que estaba sobre la mesa y guardárselo bajo el vestido. Aquel truco se lo acababa de enseñar Dominique, al verter sal en el café tras su descuido. Cuando el atracador se cercioró de que no había nadie conocido, contestó:

—No vengo con nadie. Cállate. Dominique, ya puedes controlar a tu puta o la mato. No regalaré otra oportunidad.

Salieron del local y se adentraron en un callejón oscuro. Durante los siguientes minutos, los tres guardaron silencio, mientras seguían sentados y apoyados sobre la pared.

—¿A quién esperas?

—¡Alona! —le reprendió Dominique—. Por favor, no sigas.

—Si quisiera matarnos, ya lo habría hecho. Llevamos un buen rato en un callejón sin salida. Podría hacerlo ahora mismo y nadie se enteraría. Esperas a Pierre, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose al atracador, que sonrió malévolamente.

—Mírate... Eres una furcia muy lista... Mis órdenes son manteneros con vida hasta que él llegue, y también de mataros si intentáis escapar.

—¿Qué consigues tú con esto? —preguntó Dominique.

—¿No os habéis enterado? Creo que no conocíais muy bien a vuestro señor. Ha puesto en marcha una gran estrategia de caza. Y vosotros sois la presa. —Su carcajada fue brutalmente horrorosa—. Tiene muchos contactos y ofrece una gran recompensa por vuestras vidas. Y un poco menos por vuestras muertes, aunque suficiente, diría yo.

Alona miró a Dominique con sorpresa.

—Ya te dije que no solo le conocían por su vino. Está metido en más cosas...

Alona se enfadó de nuevo porque nadie la había alertado sobre aquel peligro que escondía Pierre. Ahora se arrepentía enormemente de su actitud en aquel primer baile en el que, en un intento de poner celoso a Moret, se había atrevido a coquetear con él. De haberlo sabido...

Quiso poner nervioso a su secuestrador:

—Pierre está tardando. Aunque... bueno... no tiene importancia.

—¿Qué pasa? —preguntó el delincuente.

—Nada.

—O hablas o te despellejo aquí mismo, niña, a tiras.

—¿De verdad crees que te pagará? Intenta pensar un poco con la cabeza...

—¿Cómo te atreves? ¿Qué? ¿Qué quieres decir? —Empezaba a funcionar, se estaba alarmando.

—¿Por qué crees que habéis quedado aquí? Si el trato se diese en una calle concurrida, tal vez... Pero ha quedado contigo en este callejón, del cual no vas a salir con vida.

—¡Cállate!

El hombre se puso en pie y apuntó con la pistola a la frente de Alona. Estaba muy nervioso. El sudor le caía por la frente a chorros. Le había inyectado la duda. Tras un eterno minuto en el que parecía estar planeando una nueva estrategia, cogió a la joven con brusquedad y la arrastró sin dejar de apuntarla con la pistola:

—No se te ocurra hacer nada, o ella muere —amenazó ahora a Dominique.

La llevó hacia la salida del callejón, se asomó a la luz de la calle para observar si Pierre aparecía cerca. La gente paseaba por la acera de enfrente, sin enterarse, riendo o simplemente con prisa por llegar al trabajo. Ajena.

—Por ahí viene. Y parece que no está solo —dijo Alona.

El agresor volvió a cometer el mismo gran error por segunda vez: miró en la dirección en la que el índice de Alona señalaba, aflojó su fuerza y se descuidó. La joven lo aprovechó para clavarle el cuchillo que había guardado en el vestido. Lo hizo con exactitud, no se fiaba de su fuerza pero sí de sus conocimientos. Hundió el cuchillo en el muslo, en el espacio justo en el que se encuentra la arteria femoral. Esto también se lo había enseñado Dominique: con un flujo aproximado de un litro al minuto se desangraría en poco tiempo. El revólver cayó al suelo y ella lo cogió. Entonces Dominique se acercó y arrastró a aquel hombre, que gritaba pidiendo ayuda, al interior del callejón. Escaparon de allí y en un rincón del Sena pararon a respirar.

—¡No se detendrá hasta encontrarnos! —gritó Alona entre sollozos. Acababa de acuchillar a un hombre y todo su cuerpo convulsionaba, confuso. Dominique la abrazó.

—Tranquila. Ahora necesitamos pensar. —Miró con ternura a la joven y la besó en la frente—. Has sido muy valiente. Nos has salvado.

—¡Volvamos a España!

—No creo que sea buena idea, Alona.

—¡Dominique! —Ella se revolvió entre sus brazos, llorando desconsolada y enfadada. Le pegó con el puño en el pecho—. ¿Qué dices? ¡No podemos quedarnos por aquí! ¡Nos encontrará! ¡Me iré sola si hace falta!

—Alona... Por favor, escúchame. —El joven intentaba calmarla agarrándola de las manos. Pero ella estaba histérica—. ¡Alona!

—Déjame. ¡Tenemos que ir a España! ¡Tengo que volver!

—¡¡Alona!! —Dominique la zarandeó un poco y la agarró con fuerza—. España es exactamente donde Pierre espera que vayamos. Nunca podremos pasar la frontera sin que sus hombres nos encuentren.

Debajo de un puente, a orillas del Sena, en París, donde la gente se enamora, una joven que se sentía muy vieja lloraba y gritaba, desolada y vacía porque nunca volvería a ver a su verdadero amor. En su locura, porque no se reconocía, probablemente acababa de robar una vida.

Transcurrió mucho tiempo desde aquel episodio. Los furtivos viajaban de noche y se escondían de día. El dinero que tenía Dominique les permitía sobrevivir, pero Alona se sentía muy culpable por todo aquello. La protegía sin recibir nada a cambio. Si por lo menos pudiese amarlo completamente... Tanto como él lo hacía. Se enfadaba consigo misma por ello y se maldecía. En ocasiones, el amor que sentía por Dominique la desbordaba. Cuando lo analizaba, volvía a entender que no era «la misma clase de amor».

Y por fin llegaron al valle del Loira. El majestuoso río reinaba en su entorno: bosques, grandiosa naturaleza, praderas eternas... E históricos castillos que se alzaban orgullosos.

El plan era el siguiente: a las afueras de Orleans, Dominique tenía a un viejo amigo que comenzaba sus andanzas como mercader. Su producto era el queso, que elaboraba en una casona. Un

lugar bastante aislado. Emmanuel, que así se llamaba, no era alguien conocido todavía. No los buscarían allí, en el fin del mundo.

Majestuoso, el castillo de Chambord exhibía los veinte años que duró su construcción. Se rumoreaba que Leonardo da Vinci había tenido algo que ver en aquel diseño. Se destacaban sus ocho torres inmensas, cuatrocientas cuarenta habitaciones, trescientas sesenta y cinco chimeneas y ochenta y cuatro escaleras. Y lo máspreciado se ocultaba en el interior, una espectacular escalera abierta, dominada por una hélice doble por la que entraba la luz. El mariscal de Sajonia había sido su último habitante, muerto allí en 1750. Los fantasmas de las antiguas fiestas que se celebraban en aquel lugar merodeaban por el palacio. El olor de la riqueza de sus vestíbulos y aposentos se extendía por los cincuenta y dos kilómetros de árboles que formaban alrededor del palacio un bosque igualmente majestuoso.

Y no muy lejos de aquel lujo se encontraba la modesta casona de Emmanuel. El hombre se alegró mucho de ver a su amigo.

—Es inquietante la historia que me estás contando.

—Bueno, no podía engañarte —contestó Dominique—. Pierre nos persigue y puede ser peligroso. No tenemos a dónde ir, nadie nos ha querido acoger, precisamente por esta razón, así que entenderé que no puedas hacerte cargo de nosotros.

—Ese hombre nunca me ha gustado. ¡Se cree todopoderoso, el muy malhechor! ¡Por supuesto que os podéis quedar aquí! No temeré a ese desgraciado personaje. ¡Dominique! ¡Amigo mío! — Golpeó su espalda con fuerza.

—Gracias. Te lo compensaré. De verdad...

—Podéis quedaros en la casa del antiguo servicio. Ahora no vive nadie allí. Las cosas no van bien del todo y me he quedado solo. Me vendrán bien cuatro manos más.

—Es perfecto.

—No puedo ofreceros dinero, solo alimentaros y un lugar en el que vivir.

—Es más que suficiente, Emmanuel. Te estaré eternamente agradecido.

Esquivaba las numerosas llamadas de mi hermano como si fueran balas. Tampoco me apetecía estar con Lucas; bueno, la verdad es que de lo que realmente no me quedaban ganas era de fingir que estaba bien y no quería que me viera en ese papel tan victimista y desesperanzador. Lo de mi madre me había afectado. ¿Podía estar enfadada con una muerta? ¿Iría al infierno por ello? Y tenía algo más enrevesado que esconder, algo que ni yo misma podía creerme: sospechaba que quien visitó a mi madre un minuto antes de que muriese asfixiada y dos minutos antes de que señalara con el dedo a Miguel, posiblemente en un intento de desvelar a su asesino, me perseguía con un todoterreno negro con una pegatina rosa de bebé a bordo. ¿Cómo iba a contarle todo aquello a Lucas sin que pensara que estaba loca?

No pude alargar más el momento sin levantar sospechas, y un mediodía quedamos a comer. Para alimentar mi dolor, él de nuevo se puso a jugar al backgammon mientras esperábamos el primer plato. Ya le había dicho cuánto

me había molestado aquello, pero al parecer sufría amnesia esporádica. ¡Qué endemoniadamente enrabiada me sentía!

Empezaba a desesperarme, ya no me moría por estar con Lucas, al menos, no como me pasaba antes. ¿Qué había cambiado? ¿Era el backgammon? ¿Era la realidad la que se imponía a nuestros grandiosos inicios llenos de romanticismo? ¿Tenía yo parte de culpa? ¿Estaba demasiado sumergida en mis propias preocupaciones? *Pensamiento intruso.* ¿Había mi madre empañado la idea sobre el amor? No sé si todas aquellas preguntas me hubiesen surgido de no descubrir el secreto de mamá. ¡Si engañaba a mi padre debía de ser por alguna razón! Deseaba conocer los motivos. Racionalizar la traición.

Al comienzo de mi relación con Lucas, el hecho de que se olvidase de cocinar el puré me parecía algo adorable y romántico. Si en vez de hacer puré, me hubiese ofrecido jugar al maldito backgammon... ¿me hubiese parecido igual de tierno por tratarse de los inicios?

¿Puede otra persona completarnos? ¿Dárnoslo todo? *Pensamiento intruso.* Yo siempre he sido una persona sensible, ¿qué pasa si Lucas no lo es? Si le contase todo lo que ahora me preocupa, ¿cómo reaccionaría? ¿Y si no me acompañara en cada momento confuso de mi vida? Debería aprender a serme útil, debería poder autoconsolarme. En definitiva, debería quererme mucho a mí misma para que no me importara si los demás pueden comprenderme o no. Estar segura de lo que pienso, de lo que decido, de lo que soy. Para poder estar con otra persona sin sentirme herida o, peor..., sentirme sola.

Pero seamos prácticos: ¿qué pasa si tú quieres ir al teatro y él no? ¿Y si quieres viajar y él prefiere quedarse en casa? ¿O cuando quieres expandir tu forma de pensar y conocerlo todo, pero tu pareja ni siquiera entiende qué es eso de expandirse? ¿Eliges seguir adelante con tus experiencias y volver a casa para contárselo, aunque no lo compartas? Es un camino solitario. ¿Eliges quedarte a su lado intentando que los pequeños placeres de la vida cotidiana te llenen? Es un camino que acabará destruyéndote. ¿Eliges la ambigüedad y decides, como mi madre, tener un amante? ¿O un compañero de viajes? Si eliges un compañero de viajes, de teatro, de experiencias... ¿Lograrías hacerlo sin acabar amándolo? ¿Qué pasaría entonces con tu pareja? *Pensamiento intruso.*

Me escudaba en el trabajo y en el máster para evitar a la humanidad. Un día, al salir del bar, en una farola, encontré un anuncio: «Se busca profesora de biología para clases particulares. Dos horas semanales». Marqué el número de teléfono y concerté una entrevista. Parecía cosa del destino. La fuerza del universo encajaba las piezas, las que yo había encontrado. Así se completaba el puzle:

Pieza n.º 1: Admito que ejercer como bióloga, ahora mismo, es prácticamente imposible y que no hay nada de malo en consentir otra opción, un cambio de planes, otra profesión.

Pieza n.º 2: El universo decide que me detenga a observar el cartel de «Se busca camarero» en el bar El rincón de los sitios. Acepto la oferta, lo que me procura un sueldo.

Pieza n.º 3: Ante mí, como por arte de magia, aparece otra nueva oportunidad para no demorar en exceso mi sueño: un máster de profesorado. Como la pieza n.º 2 me procura el dinero que necesito, puedo empezar el aprendizaje hacia mi deseado futuro laboral.

Pieza n.º 4: El universo vuelve a mostrarme un papelito: la oportunidad de poner en práctica mi formación mediante unas clases particulares.

¡Encajan! Y sugieren que al completar el puzle se formará una bonita imagen de una bióloga con su bata blanca.

¿Estamos ciegos? Definitivamente, sí. Estos sucesos que parecen aleatorios o incluso mágicos, no lo son en absoluto, es solo que, tras quitarme mis torpes pero arraigadas creencias, pude abrir bien los ojos y descubrir un mundo de posibilidades y opciones reales. Había comprado muchos boletos para que saliera ganadora del sorteo.

Aquella noche, Lucas llamó a mi puerta. Yo estaba tumbada en el sofá, en posición fetal e intentando desaparecer de nuevo.

Me saludó con cara de aburrido, o eso interpreté, porque me enfadé con él por no mostrar más entusiasmo al verme. ¿Iba a despreciar cualquier cosa a partir de ese momento? ¿Enfadarme hasta lo más profundo de mi corazón por tonterías cuando en realidad lo que me enfadaba era mi propia incapacidad para expresarle mi tristeza? *Pensamiento intruso.*

—Hola —dije, ofreciendo mi peor cara.

Quería mostrar excesivamente mi infelicidad para que él la sintiera. Quería que reaccionara, cuando en realidad la que debía hacerlo era yo. Continué el drama:

—¿Qué haces aquí?

—Te traigo algo de comer. —Y me besó en la mejilla.

Pero a mí me molestó que no lo hiciese en la boca. Traía una pizza. Me molestó que fuera una pizza y no comida china; pero claro, a él no le gustaba la comida china. Creo... Sí, también me enfadé por eso.

—No tengo mucha hambre. —Era mentira, pero encajaba perfectamente con mi papel victimista.

—¿Veremos el partido? —dijo con una sonrisa suplicante.

Aquella sonrisa me gustó, cosa que no quise admitir, porque me enfadé con él. Vaya novedad... ¡Quería ver el partido en vez de sentarse a mi lado, cogermela mano y escuchar mis inquietudes! *Pensamiento intruso*. ¿Por qué Lucas no era capaz de adivinar lo que yo quería? ¿Por qué no sabía leerme la mente?

—¿Has venido aquí solo por el partido? —pregunté, mosqueada.

Fingí enfadarme por eso. Cuando digo fingir me refiero también ante mí misma. No era completamente consciente de que lo estuviese haciendo, pero había algo... *Pensamiento intruso*. ¿Acaso era tan difícil adivinar que necesitaba de su comprensión y sensibilidad, que necesitaba acompañante que aligerara mi agonía? ¿Por qué demonios no lo presentía? ¡Le estaba dando tantas pistas! ¡Estaba representando tan bien mi dolor! No era necesario ser un profeta para acertar con aquello.

—Eeeh... —Algún pequeño segmento de gen femenino le hizo detectar que algo estaba ocurriendo; y desde luego, por su balbuceo, no tenía ni idea de qué era—. Bueno..., podría ver el partido en mi casa... Solo... Así que creo que he venido para verlo contigo. ¿Querías hacer otra cosa?

Entonces fui consciente de todo. Quería contarle lo que me pasaba, con detalles. Quería desahogarme y explotar. Que él me abrazase y tranquilizase. Pero como creía que se espantaría ante semejante culebrón, deseaba que él se percatase de todo como por arte de magia, sin pedir de manera explícita lo que deseaba. Debería existir alguna especie de superpoder que ofreciese la

oportunidad de transmitir información por el contacto con la piel... Mi comportamiento era tan absurdo como eso.

Comencé a llorar. Las lágrimas salían a pesar de la vergüenza que sentía. Tan confundida y perdida. Miguel estaba involucrado en el asesinato de mi madre, que engañaba a mi queridísimo padre. Mientras, yo me enfadaba con Lucas por querer ver el partido, por traer pizza, por no ser sensible, por no querer ir al teatro, por no detectar lo que me pasaba, por no cogerme de la mano, por no comer comida china, por tener el pelo despeinado, por jugar al backgammon, porque anticipaba que en el futuro no querría ir de vacaciones conmigo, porque mis muslos eran demasiado grandes, porque pensé que no querría comprarse un gato (seguro que era más de perros), por haber cambiado de colonia, porque le gustaba el fútbol, por su lunar en el cuello, por no arreglarse para la ocasión aunque fuese absurdo (ya que íbamos a tumbarnos en el sofá), por tener un amigo sumamente mujeriego que debía de ejercer una mala influencia en él, por no darme un beso en la boca, por no avisar que venía a cenar (aunque me venía muy bien, no tenía comida), por una pequeña legaña en su lagrimal, porque la pizza venía con un enorme mordisco apresurado, por una pequeña mancha de aceite que iba a caer sobre la mesa, por una arruga en miniatura de su pantalón, por una mueca que afeaba la cara, por un pelo que sobresalía del resto en la dirección de sus cejas, porque mi cadera no era estrecha... Puedo seguir, pero prefiero no hacerlo. Ya lo veo suficiente.

Al verme llorar, pensó que la culpa era del fútbol, y el pobre dijo asustado:
—Si quieres, puedo ver el partido en mi casa. Si prefieres estar...

Entonces me enfadé, para variar, porque interpreté que se quería ir. Me dejaría tirada y desconsolada; no iba a escucharme, me mataría de pena.

—Si quieres irte, ¡vete! —le dije escupiendo rabia.

—Eh... —De nuevo, el minisegmento femenino del gen detectaba algo—. No es que me quiera ir..., aunque creo que tú sí que quieres que me vaya. Tal vez te apetece estar sola... —¡Era lo último que me apetecía! No solo no adivinaba lo que estaba ocurriendo, sino que... ¡lo deducía todo del revés!

—Es que no me entiendes... —dije con voz de telenovela. Cómo odio oírme decirlo de aquella manera...

—Pues... No sé... Creo que es una reacción desmesurada a no querer ver

un partido, no te preocupes...

—¿Crees que es solo eso? —dije pensando que padecía algún tipo de trastorno mental. Y me enfadé por ello, por supuesto.

—Tal vez... ¿estás en esos días?

—¿Qué días? —No entendía.

—¿Estás con la regla?

Aquello fue el colmo. Me eché a llorar desgarrada. No me entendía, nunca lo haría, tendría que dejarlo y vagar sola por la vida, sufriendo en silencio, sin nadie atento escuchándome, sin amor, sin pasión, sin alma gemela... Mientras me metía en un bucle sin salida, él se acercó y me abrazó. Me sentí arropada, por lo menos físicamente. Su alta temperatura calmó mi tiritar. Al apoyar mi cara sobre su pecho, el tierno almohadillado me tranquilizó y la fuerza que empleaba para agarrarme me hizo sentir protegida. Llegaba el rico olor de su nueva colonia, que no era tan mala. Entonces me balanceó un poco, hasta que culminó la acción acariciándome la mejilla y diciendo:

—Si quieres, podemos ver una peli de las que te gustan...

Me eché a reír mientras me enjugaba las lágrimas. No entendía nada, y esta vez me parecía algo adorable. Así que tomé la primera buena decisión de la noche. Con sinceridad. Me tumbé en el sofá sobre su regazo, y mientras me tocaba el pelo le conté mi historia. Todo. Mis dudas, sospechas, ideas posiblemente estúpidas... Él escuchaba sin mediar palabra y cuando acabé continuó con su silencio.

—¿No dices nada? —dije, con cierto enfado.

De nuevo no me entendía, nunca lo haría, tendría que dejarlo y vagar sola por la vida, sufriendo en silencio, sin nadie atento escuchándome, sin amor, sin pasión, sin alma gemela...

—¿Qué quieres que diga? —interrumpió el hilo de mi telenovela.

—Algo.

—Algo —repitió bromeando. No me hizo ni puta gracia. Perdón.

—Esto es serio.

—Tal vez tengas que enfrentarte a tu hermano y contárselo todo. Deberías quedar con él en un lugar transitado, porque si realmente está implicado, correrías peligro. Yo puedo esperar en los alrededores, él no me conoce. Así estarás protegida. Si ves cualquier indicio que confirme tus sospechas, acude a

la policía de forma anónima; si al final él no tiene culpa, sufriría por tus dudas y se rompería la confianza entre vosotros. No le cuentes a tu padre lo de tu madre, porque le harás daño. Pero piensa que todas las parejas tienen problemas, no juzgues tan fácil, no sabes las razones que la arrastraron, y ahora no merece la pena enfadarte con ella. Seguro que tenía muchos otros puntos positivos, recuérdala de esta manera.

—Pues... —Mi fragmento de gen masculino intentaba procesar tanta racionalidad—. Ya puedes poner el partido si quieres.

Incluso mis tripas comenzaron a rugir, con hambre; de tanto llorar me había quedado vacía y, tras aquella sesión de racionalidad, tranquila. La pizza estaba exquisita. De hecho, me apetecía más que la comida china.

Ahora que...

Ahora que el sol caía con fuerza sobre los castillos del valle del Loira, iluminando con sus rayos los solitarios y eternos pasillos, filtrando su luz y ofreciendo un hermoso espectáculo que nadie observaba...

Ahora que una vaca mugía en la pradera, ocupada únicamente en azotar con su cola una mosca...

Ahora que cada día existía una rutina, ejercía un arduo trabajo y el olor a queso impregnaba cada momento...

Ahora que el mundo entero parecía estar en pausa extrema, en un extraño silencio...

Ahora que Dominique buscaba en ella, en vano, la misma complicidad de antes...

Ahora que Alona recordaba con intensidad unos ojos claros y tiernos...

Ahora que por anhelo sufría tanto...

Ahora que la tristeza la invadía sin control, la desgarraba y hacía que cada segundo perdiese un año de vida...

Ahora que la duda la embargaba, pues otra mujer podría estar acompañándolo...

Ahora que sabía que no recibiría una carta con su nombre, que la persona responsable de ser como era no existiría en su mundo...

Ahora que sabía que nunca jamás volvería a verlo...

Ahora, ¿qué?

Sin permiso para caer

Me encontraba frente a la oficina de Miguel, sentada en el coche, comiendo anacardos mientras intentaba decidir. ¿Debía enfrentarme y abofetearlo con todas mis preguntas? Hoy no tenía pensado hacerlo; quería observarlo, comprobar que la vida de mi hermano era la que yo pensaba, que no era un desconocido... En definitiva, que no era un asesino. Y de nuevo me encontraba poniendo en práctica mis dotes detectivescas.

Lucas me había sorprendido mucho la noche anterior. Desde que dejé los juegos de adivinar y me sinceré con él, no me juzgó, ni siquiera se detuvo a sugerir que lo que describía era descabellado. Cogió los datos y con ellos construyó una solución racional, fría y estratégicamente muy buena. Sí, tal vez debía hacerle caso.

Mientras acopiaba valor, Miguel salió del edificio. Con gafas de sol y un traje negro, hablaba entusiasmado por el móvil. Eran las doce del mediodía, muy pronto para salir del curro. Tal vez tuviese alguna comida de trabajo, una reunión... O tal vez no, ya que una mujer en un descapotable azul metálico pasó a recogerlo; era morena, elegante y muy delgada. Por si pudiesen existir dudas acerca del tipo de relación que mantenían, le besó apasionadamente en la boca. No era Marisa. Mi hermano le dio una palmadita en el culo de manera jocosa. No era Marisa. Repito. No era Marisa.

Vale, vale, vale, vale... Tranquila. Respira. Una. Dos Tres. Cuatro veces. ¡Qué cabrón! Vale, vale, vale... ¡Es él quien le pone los cuernos a Marisa!... A ver... Entonces ¿ya no es un asesino? Ahora simplemente es un ruin traidor y ¡un cabrón! Vale, vale, vale, vale... Respira. Una. Dos Tres. Cuatro veces. Lo que Miguel lleva queriendo decirme durante este tiempo es que tiene una

amante y seguramente por esta razón estaba preocupado con el embarazo. Entonces, ¿no era un asesino? Aunque... ¿Una cosa exime la otra? ¡Qué cabrón de mierda! ¡También es un asesino! *Pensamiento intruso*. Vale, vale, vale, vale... Vale. No te anticipes. Respira. Una. Dos. Tres. Cuatro veces.

Los datos hasta ahora únicamente lo involucraban de alguna manera, no lo señalaban directamente. Pero es que como mi madre engañaba a papá y Miguel a Marisa, como mi mundo se llenaba de terrores, suponía que mi siguiente descubrimiento también sería una pesadilla: Miguel habría matado a mamá.

Desde que la conocí, he pasado la vida dudando de Marisa, con mi actitud suspicaz he intentado proteger a Miguel de un monstruo inexistente, creyendo con firmeza que no le convenía. Incluso me hice la película de que tenía un amante que en verdad era su hermano gemelo... Así que la cruda realidad era otra: Miguel no le convenía a Marisa, era un presunto asesino y le ponía los cuernos. ¿Acaso no conocía a mi propio hermano? Había compartido con él más que las bolas de un helado, prácticamente toda mi vida. De adolescentes, nos uníamos frente a un enemigo común, nuestros padres, y en otras épocas compartíamos los juguetes, secretos y alguna que otra riña... Cosas de hermanos. En nuestra biografía compartida no recuerdo ningún buen momento para convertirse en un asesino. Ni en... ¡un cabrón y un ruin traidor! Una. Dos. Tres. Cuatro veces. ¡Por Dios! ¡Iba a tener un hijo! Todo mi mundo se desmoronaba a mi alrededor. Pero esta vez, no pensaba ir con él. No. Aquello no me ofrecía autorización para arrastrarme como una lombriz. Cuando algo va mal, puede ir peor, pero esto no me da permiso para caer más hondo.

RECETA N.º 3: NO DESMORONARSE

Nivel de dificultad: Elevado. ¿Cómo no desmoronarse cuando las cosas van peor que cuando iban mal?

Ingredientes (para una persona):

- 1 kilo de Amor por ti misma.
- MVY.

- Emociones con grandes componentes de energía: *Ira, enfado, orgullo, rabia...* (aquellos que te incitan a luchar).



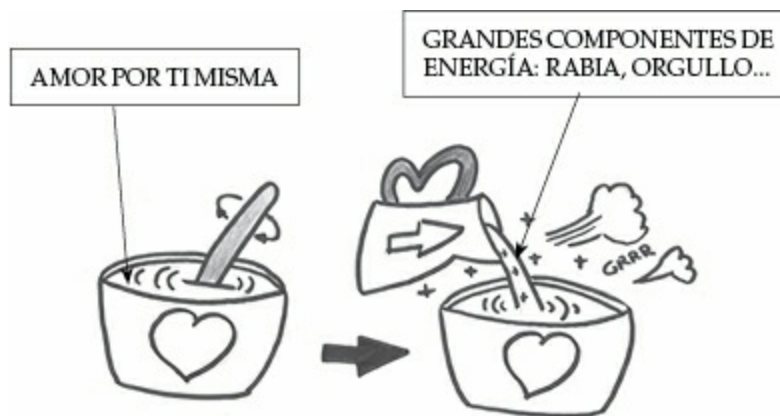
- Emociones con pocos componentes de energía: *Tristeza, apatía, desesperanza, desilusión...* (aquellos que nos incitan a taparnos con una manta).



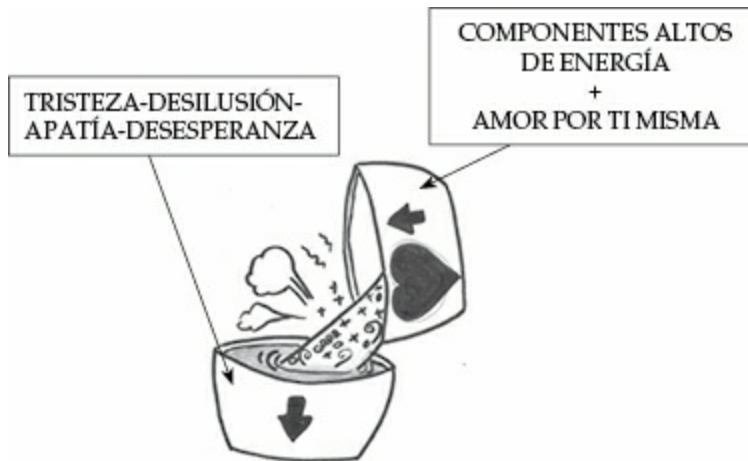
- *1.º paso:* Cogemos un bol y vertemos todas las emociones con pocos componentes de energía. En mi caso, la tristeza y la desilusión. ¡No remováis el contenido! ¡No le deis más vueltas! Podríamos quedarnos pegadas a él para siempre.



- 2.º *paso*: En un bol diferente, vertemos el kilo de Amor por ti misma y removemos (nos esforzamos por concentrarnos en ello). Esta masa es contundente y si la potenciamos, mezclando las emociones con grandes componentes de energía: orgullo, rabia..., aún nos será más útil.



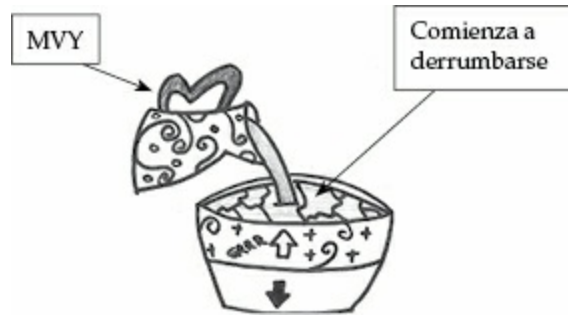
- 3.º *paso*: Vertemos sobre el bol que contiene las emociones de componentes bajos de energía esta segunda mezcla: Amor por ti misma + orgullo, rabia... Tienen diferentes densidades, y la segunda mezcla quedará por encima de la primera, tapándola durante un tiempo, dejándola en el fondo.



- 4.º *paso*: Cogemos parte de la mezcla que ha quedado por encima (la que contiene los componentes altos de energía); pero no toda, solo la más superficial (para que siga quedando una capa que mantenga cubierta la tristeza, la desesperanza y la desilusión) y la elaboramos amasándola y masajeándola. De esta manera conseguimos un tercer producto: la iniciativa para solucionar nuestro problema. La iniciativa evitará que nos derrumbemos.



- 5.º *paso*: Debemos utilizar la iniciativa y elaborar un plan para afrontar nuestro problema. Un plan diferente al de taparse con una manta. La iniciativa caduca relativamente pronto, aunque depende de lo buen cocinero que seas.
- 6.º *paso*: Justo al mismo tiempo que caduca la iniciativa y cuando hemos ejecutado nuestro plan, volveremos a casa y observaremos cómo la ligera capa que hemos dejado de los componentes que nos animan a luchar comienza a derrumbarse, dejando así de ejercer su función de mantener aisladas a la tristeza, desilusión, apatía...

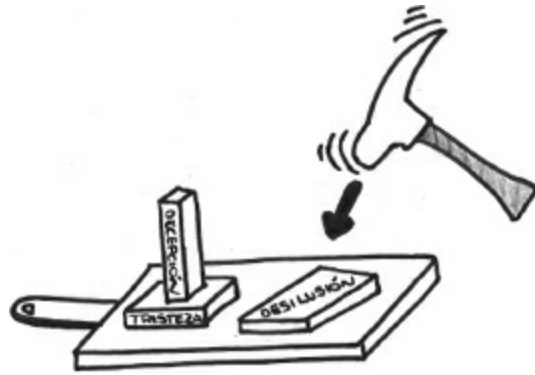


Los sentimientos bajos de energía saldrán a la superficie. Así que necesitamos verter justo en ese momento a MVY, para que acepte a la tristeza y a la desilusión como emociones que hay que digerir despacio.

- *7.º paso:* MVY funciona a modo de cuajo, así que lo dejamos reposar en el frigorífico durante una noche. A la mañana siguiente veréis cómo la tristeza, la desilusión, etcétera se coagulan, separándose cada una del resto en masas muy sólidas.



Así identificamos y diferenciamos a la tristeza de la desilusión o de la desesperanza. Ya no lidiamos contra una mezcla sin nombre, y esto nos ayudará a digerirlas; pero para que el proceso de digestión sea más sencillo, aconsejo romperlas en cachos más pequeños con algo contundente: un martillo, una actividad deportiva intensa, un saco de boxeo, lanzamiento de cojines, la escucha de un buen amigo... (algo que nos desahogue).



¡Y a digerir!

Necesitaba unos brazos en donde pensar, acogida, así que corrí a contárselo a Lucas, que me escuchó atento. Estaba de acuerdo en que todo empezaba a coger un matiz oscuro.

Invitada por la ira que sentía, llamé a mi hermano para concertar una cita. Fue difícil, estaba muy liado, según él con negocios, las consultas médicas de Marisa... ¡¡En realidad, el muy cabrón estaba liado con otras cuestiones!! Una. Dos. Tres. Cuatro veces.

Por fin concreté la reunión:

Asunto de la cita: preguntar si es un asesino. Hora y fecha: en 3 días a la 13.30 h.

—¡Necesitamos más especias, Alona! —gritó Emmanuel un día cualquiera.

Dominique se acercó a ella con cariño, como siempre. Mirándola a los ojos, queriéndola hasta la muerte. Alona evitó el contacto. Cabizbaja.

—Déjame que te ayude. —Ató con delicadeza el pañuelo que la joven se ponía siempre que tenía que ir al pueblo.

—Odio tener que disfrazarme cada vez... —La desesperanza quebró el final de sus palabras. Pero ¿qué importaba explicar nada?

—Lo sé, mi amor. Es por tu bien. Así es más difícil que te reconozcan.

—¿Acaso crees que Pierre sigue buscándonos?

Habían transcurrido seis meses. La pareja temía que la recompensa por sus vidas siguiese vigente, y aunque creían que Pierre ya habría abandonado la zona, dudaban de los posibles séquitos. Conocía a mucha gente, personas que le debían mucho, incluso la vida.

—No lo sé, debemos prevenir. —Tan solo se trata de llevar un pañuelo en la cabeza.

«¿Tan solo de un pañuelo? —pensó Alona—. Se trata de mi vida, de mi razón de ser, de mis ganas de vivir... No quiero esconderme para siempre. No quiero que Moret se olvide de mí.» Pero no lo dijo, ya había causado suficiente daño. Besó a Dominique en la mejilla y se marchó en dirección al pueblo.

Comenzó a dar pequeños pasos por aquel polvoriento y diminuto camino. Tan solo se escuchaba su respiración. Profunda, ahogada. Un suspiro tras otro. A su cuerpo le costaba vivir. Alrededor, el sol quemaba con fuerza. Su piel no lo sentía. Lo ignoraba.

Al llegar al pueblo, un tirabuzón se escapó de la protección del pañuelo. Qué más daba, no iba a perder tiempo en ajustárselo. ¿Qué más daba todo?

Su alrededor parecía silencioso. En realidad, dos niños golpeaban con fuerza un balón y una niña lloraba porque a su muñeca se le había caído un ojo. Los vendedores del mercado gritaban a pleno pulmón, prometiendo el mejor producto y un mendigo pedía limosna en la puerta de la iglesia. En silencio. Alona no escuchaba nada de aquello. Decidió cruzar la plaza y acortar por una estrecha y oscura calle. Sus músculos se arrastraban entre la mugre de aquella poca concurrida callejuela. Llegó a la *boutique* de las especias. La robusta tendera llevaba un vestido embutido que ofrecía generosamente su escote. Parecía tener dificultades para respirar, pero eso no le impedía hablar con voz ruda y basta:

—¿Qué queréis? —La verruga que ofrecía en el lado izquierdo del moflete pareció moverse con vida propia.

Alona pidió las especias. Le molestaba que aquella mujer gritara tanto y que parlotease como si a alguien le importase la calidad del pescado del vendedor de la plaza. Todo a su alrededor no ofrecía más que gente estúpida preocupada por idioteces comunes. Cogió los productos y se marchó cuanto antes. Aunque sin prisa. ¿Y qué importaba el tiempo?

Eligió de nuevo volver por la oscura callejuela. No es que tomase la decisión de forma deliberada, pero sus pies preferían el silencio oscuro al ruidoso colorido de la vida de la plaza. ¿Y qué importaba decidir nada?

En ese momento, como si de un aviso divino se tratase, un vecino de Orleans se asomó a la ventana para arrojar, disimuladamente, las aguas sucias de la casa por la ventana, con tan mala fortuna que cayeron de pleno en la cabeza de la joven. Aquel desagradable acontecimiento rompió el escudo de indiferencia de la niña, la desbordó y, como si la hubieran despertado de golpe... las

lágrimas acudieron a su rostro. Hacía mucho que no lloraba. Se preguntó lo inevitable. ¿Qué le impulsaría ahora a luchar? ¿A quién tenía que demostrar su valía? ¿Por quién debía superarse cada vez? ¿Para quién debía ponerse bonita cada mañana? ¿Quién llamaría a su curiosidad? ¿A quién provocaría con sus insensateces? ¿Quién iba a domar su carácter?
... ¿Quién era ella sin Moret?

Bárbara

Alona miraba por la ventana, ensimismada. El fuerte viento arrastraba las hojas contra el cristal con agresividad. Un día un poco extraño, tétrico, triste, moribundo... El verano dejaba paso al otoño y en el ambiente se respiraba la proximidad del frío. Los desnudos árboles eran abofeteados una y otra vez por las ventiscas.

Dominique jugaba a los naipes con Emmanuel. De vez en cuando lanzaba su mirada hacia la joven, con preocupación, estaba muy callada desde que llegaron a la quesería.

Pronto sería la hora de cenar. Arroz y unas rebanadas de pan. Eso había pensado cocinar Alona. En aquella desesperante quietud... En aquella horrible y eterna rutina desprovista de objetivos que coronar..., la vida le hizo un regalo. Unos golpes aporrearon la puerta. Enérgicos. Alona se irguió como un gato que arquea la espalda. La primera novedad que acontecía en meses.

Emmanuel miró a sus acompañantes con sorpresa. No esperaba visita. Se levantó algo inquieto y se dirigió hacia la puerta. Apenas giró el portillo, al otro lado empujaron con brusquedad haciendo chirriar la madera.

—¡Ese mediocre narigudo! El muy bufón se creía que iba a soportar sus idas y venidas nocturnas... Pues no, no, no. ¡No! Si piensa que puede tomarme el pelo... ¡A mí! ¡Ja!

Una mujer entró en la habitación parlotando su furia. No se dio cuenta de que tres personas miraban con sorpresa su actuación, mientras se movía de un lado a otro, blasfemando sin control. No era delgada, tampoco muy gruesa. Sus facciones estaban muy bien marcadas con dulce simetría. De su voluminoso y despeinado recogido, le caía un mechón sobre la frente. Liso como una tabla. Su mirada delataba ira y orgullo quemado. Su cara hervía roja como el vapor. Tras unos segundos, por fin la mujer observó a su público. Enjugándose las lágrimas, dijo:

—Vaya... Lo siento... No sabía que tenías visita.

—Alona, Dominique... —dijo Emmanuel sin dejar de mirar a aquella mujer con preocupación—. Esta es mi hermana Marie.

—¿Son españoles? —preguntó ella—. ¡Encantada! —lo dijo con brusquedad. Después continuó con su anterior monólogo.

—¿Nos disculpáis? —pidió Emmanuel, dirigiéndose a la pareja que observaba, incrédula—. Me gustaría hablar con ella a solas.

La pareja abandonó la estancia y dejaron a los hermanos en una tensa conversación. Cenaron a solas en la casa del servicio, generalmente apenas lo hacían, compartían prácticamente la totalidad del tiempo con Emmanuel. Cuando se preparaban para dormir, llamaron a la puerta. Alona abrió, aquel día estaban ocurriendo novedades tras las puertas.

—¿Puedo? —Era Emmanuel.

—Sí, claro, pasa.

—Tengo que pedirte un favor. Me preocupa Marie. Se va a quedar unos días por aquí. No lo sé... Tal vez mucho tiempo. ¿Te importaría cuidar de ella? Es decir... ¿hacerle compañía, escuchar lo que

diga? Te ayudará con las tareas. —Al hablar parecía nervioso, incluso suplicante.

—Por supuesto. —Era lo más emocionante que le había ocurrido a Alona en meses, ¿cómo podía rechazarlo?

A la mañana siguiente, Marie bajó a desayunar con el resto. Sus marcadas ojeras y sus hinchados ojos delataban una noche sin descanso, llena de llanto. No probó bocado. Cuando todos terminaron, pronunció sus primeras palabras del día:

—¿Nos vamos ya a trabajar?

Alona no pudo más que esbozar una sonrisa. La actitud de aquella mujer le gustaba. No hablaba de estúpidas cuestiones sin sal, como el resto del aburrido mundo. No se andaba con rodeos.

Emmanuel, como cada día, debía acudir al pueblo y encargarse de los clientes con los que compartía su producto. Dejó a las dos mujeres frente al establo. *Camille*, una enorme y simpática vaca, mascaba el pasto mientras esperaba a que le sacaran la leche.

—¿Me dejas *à moi*? —preguntó Marie a Alona mezclando ambos idiomas.

Lo dijo solo por educación, ya que no esperó la respuesta. Con seguridad se acercó a la vaca, se remangó el vestido y comenzó con la tarea.

La joven quedó perpleja ante la habilidad de la mujer.

—¿Lo habías hecho antes?

Marie la miró con escepticismo y comenzó a hablar, dirigiéndose a la vaca.

—Ay, *Camille*... —Golpeó el fuerte lomo del animal con cariño—. Ella pregunta si lo he hecho antes. ¡Cuéntale que somos viejas amigas!

Hubo un extraño silencio en el que la mujer parecía recordar con nostalgia viejos tiempos. Alona no quiso interrumpir.

—Acompañé a mi hermano en la quesería desde el principio... Luego, tuve que partir. —Miró a Alona esperando un comentario, pero ella se lo negó—. ¿Eres una mujer de pocas palabras? Eso me gusta... Así puedes escuchar. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintisiete?

—Diecinueve. —No sabía si hablar en castellano o en francés.

—*Mon Dieu!* ¡Si no sabes nada de la vida!

Cómo odiaba que la gente creyera aquello solo con saber su edad. Sabía del amor y sabía de la muerte. En realidad, había matado a un hombre y ahora moría por amor. No dijo nada.

—Cuando lo conocí, yo también tenía diecinueve años... Era tonta... Una estúpida, mojigata... Si yo te contara... Como siempre ocurre con los hombres. Él apareció una tarde, aquí, *avec* esa sonrisa. —Se levantó para señalar un trozo de hierba a apenas unos metros de *Camille*—. Con esa sonrisa, seguía mezclando el francés y el español.

Marie observó la cara de la joven, que tenía que hacer verdaderos esfuerzos por entenderla, y como si leyera sus pensamientos, añadió:

—¡Perdona! Yo viví en España tres años, con un hombre... Y me gusta practicar el idioma, aunque lo tenga algo oxidado.

—Está bien...

—Entonces sigo mi historia... Yo tenía diecinueve años cuando lo conocí. Vino a buscarme a esta casa que huele a *fromage*. Y me fui con él. Cualquiera otro también me hubiera hecho escapar... pero *son* sonrisa... ¡Era tan bonita! Sí, sí... Vivimos un año en Burdeos... y después nos fuimos a vivir a España... Ayyy... —Suspiró—. Y me engañó... durante una y otra noche... Yo *sospeché*... ¿*Il se dit* así?

—Sospeché —le corrigió Alona.

—O... *Oui, oui*... sospeché... Pero no lo vi. Y ayer, ¡al final lo encontré, con mi vecina y en mi cama! —Esperó a que Alona se estremeciera. Pero no—. Tienes que saber que los hombres no valen ni una

moneda... Ahora que tienes diecinueve años, lo sabrás deprisa.

Conforme hablaba, su castellano fluía como si recorriera viejos caminos, afianzándose como una huella en la arena que es pisada dos veces.

—¡El muy *estupide*! ¡Pero no voy a llorar!

Las lágrimas recorrían su rostro a pesar de sus palabras. Alona se acercó para abrazarla, y al hacerlo Marie mostró un gesto de dolor rechazando aquel contacto. La joven se asombró y se apartó un poco. Entonces la mujer, sin decir nada, se remangó el vestido y enseñó la piel, llena de moraduras. Algunas ya estaban amarillentas, pues tenían una edad; otras rosadas, que acababan de nacer...

—¿Te pegaba?

La expresión de Marie asintió a la pregunta. Se enjugó la cara y añadió:

—Y estoy embarazada...

—¿De verdad?

—Sí. —Y rompió a llorar.

Bárbara es mi mejor amiga. Todo el mundo debería buscarse alguien así. Inmediatamente. Ella puede estar ahí o no estar, suele depender de lo que tú quieras en ese instante, pero también de lo que ella necesite. Lo explicaré mejor. Yo siempre tengo ganas de verla, aunque hay etapas en la vida en que la falta de tiempo libre te desborda, o que la cabeza te pide tumbarte en el sofá una tarde de sábado. Normalmente, cuando tienes una cuadrilla de amigas, debes cuidarla, mantener la relación e incluso en ocasiones fingir que estás bien para no aguar los momentos que pases con ellas. Con Bárbara, no. Con ella puedes estar como realmente te sientes; ya que si finges, te pilla. Posee una sensibilidad especial. Incluso si estás rodeada de otra gente, te echará una mirada cómplice que diga «A ellas puedes engañarlas; pero a mí, no». Después te llamará por teléfono y te preguntará si estás bien. Y no acaba aquí; además, puedes contestar a esa pregunta con «No me apetece hablar», sin miedo a que se sienta herida. Y metódicamente, al cabo de unos días, tú misma cogerás el teléfono para llamarla y contarle todo lo que te preocupa.

Puedes pasar un tiempo sin mantener el contacto; y en cuanto vuelvas a hacerlo, existirá exactamente el mismo tipo de relación que mantenías con anterioridad, y sin reproches. La confianza no se extingue. La amistad está forjada con hierro y es indestructible. Ahora mi vida estaba siendo farragosa y, aparte de un par de salidas nocturnas y varias llamadas telefónicas, no había tenido más contacto con Bárbara.

En las cuadrillas, a todas nos une la amistad que se ha mantenido a lo largo del tiempo, los instantes compartidos y el amor que sentimos la una por la otra. Sí, es otro tipo de amor, los hombres no lo llaman así. No tengo ni

idea de cómo lo llaman, ¿cosas de hombres?, ¿fidelidad?, ¿compañerismo?, algunos con el lado femenino muy agudizado... ¿Amistad? Cuando alguien de la manada sufre, los demás miembros la defenderemos a muerte, unidas contra un frente común, poniendo cada una todas sus habilidades e instrumentos, enseñando los dientes afilados. Si una mujer del grupo se sincera, y se muestra tal como es, con sus debilidades, las demás se unen a ella en el sufrimiento. La consuelan, le tocan el pelo, se miman, se quieren, se defienden, se proporcionan un consuelo, una empatía incondicional...

Pero cuando se finge ser fuerte cuando no es así o se intentan ocultar las debilidades, comienza una especie de competición. Existen comentarios cruel y delicadamente críticos entre los miembros, estrategias de manipulación, deseo imperioso de tener razón en cualquier chorrada, sentimientos de inferioridad que se ponen encima de la mesa, disfrazados de miradas con superioridad, planes elaborados para crear subgrupos dentro de un mismo grupo, vinculaciones extrañas... A veces es agotador. Con Bárbara, nunca. Ella no entra en esos juegos, creo que los observa desde lejos. Sin criticarlos, como alguien que espera que pase una tormenta. Y siempre que hablas con ella, te hace sentir bien, eleva tus fortalezas, minimiza tus debilidades, te da confianza y entiende tus decisiones, aunque no las comparta. En muchas ocasiones, viene a pedirte consejo, y eso aún te hace sentir mucho mejor.

Otra de las cosas que me gusta de ella es su capacidad de comprensión. Puedes contarle cualquier cosa. «Oye, Bárbara, ayer vi un cerdo volando.» Y ella te preguntará de qué color era. No te juzgará ni te criticará. Por supuesto, todo esto es recíproco, es decir, cuando hablas con ella, te conviertes en alguien tan buena como ella. Te transforma en alguien mejor, de una manera fácil y sencilla, sin esfuerzo. Donde las dan, las toman.

El caso es que se me había ocurrido algo para averiguar si el libro que contaba la historia de Alona estaba basado en hechos reales. Y para ello necesitaba la ayuda de Bárbara. Se me presentaban dos opciones: contarle por qué necesitaba su ayuda con todo detalle, omitir cierta información o simplemente pedírselo sin tener que explicarle nada. No me haría preguntas si yo lo prefería. Tanta libertad de posibilidades permite que elijas la correcta.

Había quedado con ella en su casa. Estaba muy atareada con un nuevo proyecto entre manos. Bárbara es ingeniera informática y entonces utilizaba

su inteligencia para crear una nueva aplicación para móviles. Seguro que acabará ganando millones. Si hubiese sido una visita más, no hubiera dudado en decirme «Estoy muy liada, ¿te importa venir cuando pase el caos?», y no me hubiese importado. Pero cómo no, me había hecho un hueco, dada mi urgencia en la petición.

Su piso era pequeño, muy luminoso y elegantemente decorado. En mi opinión, resultaba perfecto y acogedor. Como ella. Me sirvió una taza de té verde. Dijo que era muy bueno para la salud. También me sirvió un gran trozo de tarta de chocolate que le había preparado su madre, que según ella era muy bueno para el alma. Después de hablar de algunas de sus preocupaciones con la aplicación del móvil, me preguntó:

—Y bien... ¿Para qué necesitas mi ayuda? —Se le quedó un trozo de chocolate pegado en el diente.

—Tienes chocolate en... —Me reí. Ella también. No existía nada incómodo entre las dos—. Necesito tu ayuda con un tema peliagudo. Y me sería muy útil tener una amiga informática ahora mismo...

—Si es por eso, tendré que cobrarte. —Volvió a sonreír. No preguntó nada más, así que decidí continuar, sin presión.

—Necesito saber si una tal Alona Solís y un tal Moret Moyano existieron alguna vez. —Eran los únicos personajes de los cuales conocía nombre y apellido.

—¿Has probado mirar en Google?

—Eh..., sí. Pero es muy complicado. Aparecen muchos nombres. Creo que vivieron hacia principios o mediados del siglo XIX. Se me hace difícil.

—Buf..., pues qué viejos son. —Sorbió de su taza de té, seguía sin preguntarme el motivo—. ¿Eran famosos o conocidos por algo en concreto?

—No sé... Es probable. Él era un mercader. Producía vino, y creo que le iba bastante bien.

—Bueno, dame toda la información que tengas.

—Puedo decirte que dirigía unos viñedos en la costa mediterránea y que sus padres murieron en extrañas circunstancias... No sé si ella era conocida por nada en concreto, pero acompañó a Moret durante un tiempo.

—Parece una novela de misterio.

—Sí..., más o menos...

Decidí contárselo todo. Absolutamente todo. Las palabras fluían de mi boca sin miedo a ser penalizadas, mis dudas, mis certezas, mis emociones. Bárbara escuchaba con atención toda la historia. Y cuando acabé, se levantó y cogió un cuaderno y un bolígrafo.

—Por favor, repítame todos los nombres que pueden estar relacionados. ¿Cómo se llamaba él?

—Moret Moyano.

—¿Y la chica?

—Alona Solís.

—¿Y sus amigos franceses?

—Pierre y Dominique. El primero también dirigía unos viñedos. Dominique era médico.

—¿No sabes sus apellidos?

—No.

—Muy bien. Es una búsqueda difícil. Veré si encuentro una base de datos que recopile sucesos ocurridos por aquella época, tal vez apareció algo en los periódicos... Me llevará un tiempo.

—Muchas gracias, Bárbara.

—Gracias a ti por escucharme en mi agonía con la aplicación del móvil.

—Siempre era así de detallista y siempre nos hacíamos sentir muy bien la una a la otra.

Continuamos con una emocionante conversación; su interés por el tema era tan fuerte que me hacía sentir a gusto. Ahora mis dudas no parecían tan absurdas, incluso pude echarme a llorar un poco, me salió sin querer, era parte del desahogo y del sentirme tan comprendida.

Pon una amiga como esta en tu vida...

Rebelión

Al día siguiente, Marie desapareció. Su hermano la excusó, diciendo que debía realizar unos trámites en Orleans. Alona no podía dejar de pensar en ella, la había cautivado. Pobre, embarazada de un hombre que la trataba como a un trapo. Hacia las siete de la tarde, cuando la brisa era más fría, pudo ver cómo la mujer se acercaba con paso apresurado a la casa principal. Dejó sus tareas para poder hablar con ella; quería saber cómo se encontraba, quería ayudarla, pero sobre todo quería aprender de su sufrimiento. Aprovechaba cualquier oportunidad para explorar cosas nuevas, incluso cuando podría parecer algo frío. Llegó al vestíbulo y vio a Emmanuel, que gritaba enfadado:

—¿No lo has hecho?

—¡No! —contestó Marie mientras se levantaba con furia los pliegues del vestido para poder subir las escaleras que la llevaban a sus aposentos.

El hombre no se inmutó ante la llegada de Alona, y se marchó negando con la cabeza y con gesto entristecido. La joven no dudó, subió las escaleras y llamó a la puerta:

—¡Déjame en paz! ¡No pienso hacerlo! —gritaron desde el otro lado.

—Marie, soy yo, Alona. ¿Quieres que pase?

Hubo un eterno silencio, después el sonido de unos débiles pasos y, finalmente, se abrió la puerta. Marie miró con indiferencia a la joven, le indicó que pasara y se sentó frente al tocador. Alona se colocó sobre la colcha de la cama, en silencio, esperando a que la mujer lo rompiera. Se observaba en el espejo; su cara lucía desencajada, pero sus facciones seguían manteniendo la belleza. Se soltó el recogido y comenzó a peinarse. Su cabello era liso y negro como el carbón, voluminoso.

—Me ha dicho... que yo debía perderlo...

—¿El qué? No entiendo —dijo Alona. La mujer la observó enfadada, molesta por su desconcierto.

—Emmanuel me ha pedido que mate a mi bebé.

—Perdona..., no estaba entendiendo.

Era como si aquella mujer se estuviese resquebrajando a trozos e intentase cogerlos uno a uno para ir pegándolos. Había más trozos de los que podía abarcar. La situación la estaba desbordando.

—Me pidió cita en esta vieja consulta clandestina, con ese oscuro médico, y escúchame, *ma fille*, no creo que sea un doctor de verdad. Yo entré en aquella sala. Estaba sucia. Olía a sangre... —Marie quedó pensativa. Alona esperó a que continuase. El silencio se prolongó en exceso, así que preguntó:

—¿Y qué has hecho?

—Compré carmín —contestó la mujer.

No parecía estar cuerda, se peinaba delante del espejo, con la piel enrojecida por las corrosivas lágrimas, con las huellas de la tristeza marcadas en cada contorno del hueso. Miraba su reflejo como si fuera la mujer más guapa del mundo. Alona no sabía muy bien cómo actuar. Dudaba si se mantenía en sus cabales. Entonces, Marie dejó con pausa el cepillo sobre el tocador, se levantó, se alisó la falda y se dirigió al cajón de su mesita de noche. De allí sacó un pequeño objeto, envuelto en papel sedoso. Se podía leer *Guerlain, parfumeur à Paris* en un lateral. Marie se sentó frente a la joven. Abrió el

papiro de seda con soltura. Aquel diminuto objeto era lo mejor que le había pasado a Alona en meses, de nuevo la curiosidad que llamaba a su puerta. Era un pequeño cilindro que manchaba el papel que lo envolvía.

—Escogí el color rojo —añadió Marie.

De nuevo se colocó frente al espejo. Se retiró el pelo de la cara, respiró hondo y comenzó a pintarse con aquel carmín.

—¿Cómo lo has conseguido? —Era raro encontrar un pintalabios entre la gente común. En España, Alona solo había podido observar el maquillaje sobre las actrices y en raras ocasiones en el mundo de la alta sociedad.

—*Ma fille...* conoces la marca Guerlain, ¿no? —Suspiró mientras se retocaba el carmín—. Acaba de lanzar una cosmética para la gente de la calle. No es de gran calidad, pero me han dado las instrucciones adecuadas... Puedes untar la pasta con un poco de aceite y cera. —Así lo hizo Marie, cogiendo los ingredientes de un pequeño frasco de cristal que tenía sobre la mesa del tocador—. El resultado es brillante.

Sonreía a pesar de los añicos que componían su interior. Era un gesto extraño que daba cierto terror. Una gran sonrisa roja que blanqueaba el color de sus dientes, los labios brillaban y reflectaban la luz de la vela de aquel cuarto. De alguna manera, estaba hermosa. Aquel color *rouge* había espantado sus profundas ojeras y peleaban contra la tristeza.

—Entiendes por qué me pinto los labios, ¿no? —En realidad Marie no hablaba con Alona, sino que se respondía a las preguntas que ella misma formulaba construyendo un monólogo en el que nadie más tenía cabida—. Es la rebelión.

Entonces, de nuevo, se quedó pensativa unos instantes mientras se observaba en el espejo. Después hizo un gesto a su acompañante para que se acercara.

—Prueba tú.

Alona estaba nerviosa: ¿cómo podía ser aquello una rebelión? Marie la sentó en su tocador, cogió la pequeña barra de carmín y con cautela empezó a deslizarla por la boca de la joven, añadiendo un toque de aceite y cera para producir aquel efecto reflectante. Al terminar se observó en el espejo. Estaba radiante, se sentía poderosa. Segura. Entonces pensó algo que nunca antes se le había ocurrido formular: «¿Es necesario que Moret esté a mi lado para ser quien soy? ¿Tengo que depender de un hombre que no es capaz de escapar de lo que cree estrictamente correcto por mí? ¿Que no me responde como le pido? ¿Que, probablemente, incluso me ignora?».

La rabia fluía por sus venas de color carmín. ¡Qué estúpida había sido! ¿Por qué no se había querido más? ¿Por qué había tenido que decidir cada momento de su vida por un hombre ausente? ¿Por qué sufrir? ¿Por qué no avanzar? ¿Por el misterio que envolvía a su personalidad? ¿Por su secreto? Debía olvidarlo, jamás lo volvería a ver. No desvanecer porque él no estaba. Sería Alona con o sin él.

Lucas aporreó mi puerta. Mierda, ¡llegaba tarde!

—Pasa, pasa... Enseguida me visto.

—¿Todavía estás así? —dijo con enfado. Y con toda la razón. Había perdido la noción del tiempo—. Bueno, por lo menos tendrás una cerveza, ¿verdad?

Lucas se dirigió al frigorífico, sacó una cerveza y se sentó en el sofá. Abrió el armario con prisas... «¿Qué me pongo...?» Me probé unos pantalones, una

falda, un *short*... ¡No! No era momento para una crisis de vestido. Intenté tranquilizarme. ¿Por qué hoy los pantalones negros no conseguían que pareciese más delgada? *Pensamiento intruso*. Me senté en bragas, frente al armario, revuelto y desordenado, tanto como lo estaba mi cabeza. Entonces tuve una idea. Se me ocurrió algo que no le hubiera contado a nadie por miedo a parecer idiota; pero como estaba a solas... no tenía que dar explicaciones, así que por muy absurdo que pareciese, lo intentaría. Me dirigí en bragas hacia el baño y, antes de pensar en la ropa, en mi aspecto o en mi peinado, cogí del armario un pintalabios. Color rosa fucsia, sorprendentemente llamativo. ¿Lograría el mismo efecto que en la novela de Alona? ¿Me sentiría segura? ¿Me haría más delgada? Me miré frente al espejo mientras deslizaba con cuidado la barra de carmín. Estaba guapa. Pero temía volver a probarme los pantalones. ¿Es que había engordado? Miré la báscula, que se burlaba de mí desde una esquina. Me subí a ella. Y justo antes de que la pantalla informativa marcara mi sentencia, Lucas apareció por la puerta.

—¿Te tienes que pesar ahora? Llevas media hora intentando prepararte y solo has conseguido ponerte las bragas.

Ni siquiera se fijó en mi pintalabios. Tan estupenda que creía estar... Me miraba sin tapujos, y de algo estaba segura: mis bragas no me hacían más delgada. De hecho, se podían ver todos mis «encantos» sin reparos... Intenté desaparecer de aquella dantesca situación. No teníamos tanta intimidad, vale que nos habíamos visto desnudos en varias ocasiones, pero aquello era otra clase de intimidad, algo más embarazoso, algo por lo que habría que esperar muchos años para experimentar.

—Es que no sé qué ponerme...

—Uf... —suspiró—. ¿Y qué más da?

—Es que hoy no sé qué me pasa, los pantalones no me quedan bien... — Me sentía muy estúpida.

Entonces él se desabrochó el cinturón. Por un momento temí que fuera a mear estando yo presente, para eso tampoco estábamos preparados. Pero en realidad se levantó la camisa y enseñó su tripa, la sacó un poco para hacerme reír y se la agarró como si fuera una embarazada.

—Mira qué *triporra* me ha salido. Antes no estaba aquí.

La verdad era que a mí me encantaba su tripa. Y no es una tripa digna de

un supermodelo, pero me atraía especialmente. Entonces, ¿por qué creía que a los demás les importaba que mis medidas no fueran 90 x 60 x 90? Tal vez yo también tenía mis encantos. Detalles que me hacían única y, por eso, digna de admirar. Me reí con ganas.

—¿Y qué vas hacer con esa *triporra*?

—Hacerla más grande. —Me miraba como un niño pequeño, lo cual me hizo aún más gracia.

—¿Y por qué?

—Porque ¡no es una *triporra*! ¡Es la curva de la felicidad! Y quiero que todo el mundo se entere de que soy muy, muy feliz contigo! ¡Por eso pienso hacerla más y más grande!

¿Por qué a los hombres se les aplica el término «curva de la felicidad» y las mujeres tienen «celulitis»? Todo lo que acabe en «itis» no puede ser bueno.

Lucas se acercó y me besó con cariño. Después se marchó, sin más, como si no acabara de hacer nada especial, cuando en realidad me había hecho ver la luz sobre la estupidez de todos mis complejos. Pero antes de desaparecer del todo, añadió:

—Ese pintalabios te va muy bien... Podrías salir solo vestida con él. —Y esbozó una sonrisa maliciosa. Esta vez, de las pícaras y deseosas.

¿Podía aprender de su capacidad para ser feliz? ¿Había nacido él aprendido? Me lo volvía a preguntar cada vez que me sorprendía con su aparentemente ingenua genialidad. Me puse los pantalones. No recuerdo muy bien si los negros o los marrones. Qué más daba. ¡Me iba a cenar con un hombre estupendo que me hacía reír! Que me enseñaba a ser feliz y a combatir a mi estúpida y charlatana mente.

La búsqueda

Un día polvoriento, llegaron a Orleans dos hombres. Eran dos mercantes, amigos, que buscaban exactamente lo mismo...

Uno de ellos tuvo la suerte de hospedarse en el hostel de Philippe. Dejó las maletas a las siete de la mañana y bajó a desayunar. Allí, la fortuna le volvió a sonreír regalándole el dato que necesitaba para completar su búsqueda. La información salió de la boca del tabernero, que hablaba con un amigo:

—Parece ser que nuestro amigo dispone por fin de la ayuda que necesitaba —dijo.

—Emmanuel hace el mejor queso que he probado nunca —contestó el cliente al otro lado de la barra mientras mordisqueaba un trozo del mencionado producto—. Me alegro de que las cosas le vayan mejor. —Tras otro bocado, continuó—: ¿Sabes algo de su nuevo servicio?

—La verdad es que no. Apenas salen de la vieja casona, nunca les he visto por aquí.

—¿Cuántos son?

—Un matrimonio. Lo sé porque mi mujer se lo escuchó decir al encargado de los suministros. También le sirve a Emmanuel, y va mucho por allí.

—Las mujeres lo saben todo, amigo. No se les puede esconder nada. —Ambos rieron con complicidad mientras brindaban.

El recién llegado, que escuchaba atento, no demoró su partida. Dejó el dinero sobre la mesa y se marchó al encuentro del matrimonio del que acababa de escuchar hablar.

Hacia las diez de la mañana llegó al perímetro de la vieja casona. El sol caía con fuerza sobre los terrenos que rodeaban la casa de Emmanuel. Justo en el límite en el que acababa el bosque infranqueable, comenzaba una pequeña explanada, y allí se encontraba Alona observando la belleza del paisaje. El viento despeinaba su pelo recogido, moviéndolo de aquí para allí. Apoyaba una de las manos sobre la cadera, con la otra intentaba apartarse el mechón que jugueteaba sobre la cara. Parecía cansada y sudorosa por el esfuerzo del trabajo. Entonces, como si sintiese al primer visitante, giró despacio la cabeza y, con la mano a modo de visera para protegerse de los intensos rayos del sol, divisó al hombre a unos cincuenta metros de ella. Él también la estaba observando.

El segundo visitante tuvo un ligero percance con su carro mientras llegaba a Orleans. Una de las ruedas se rompió. A las ocho, tras solucionar el problema y tan solo una hora más tarde que el primer visitante, pasó a refrescarse a la misma taberna. Todavía quedaban los restos de comida y el dinero que había dejado su amigo sobre la mesa.

Mientras tomaba un sorbo de su taza, y sentado sobre la barra, el tabernero entabló conversación:

—¿Quiere usted un poco de queso?

—No, gracias. Dispongo de poco tiempo.

—Una pena, es un buen queso...

—Tal vez en otra ocasión. —Aunque sus modales eran educados, tampoco diferían excesivamente de los del primer visitante.

—¿Ha venido por negocios?

—No, en realidad estoy buscando a una persona. Tal vez usted pueda ayudarme.

—Dígame —dijo sonriente, mientras frotaba un vaso con un trapo.

—Comencé mi búsqueda en París, voy siguiendo la pista de una mujer y su acompañante. Ella se llama Alona, y él, Dominique. Es un prestigioso médico.

El tabernero dejó de frotar el vaso para concentrarse en sus recuerdos. Tras unos segundos contestó:

—Lo siento, amigo, no puedo ayudarlo. Aquí en la ciudad conozco a todos, y los rumores viajan rápido. No creo que nadie encaje en su descripción. Dígame, ¿lleva mucho tiempo buscándolos?

—Nueve meses.

—¿Y no desespera usted?

—Debo confesarle que en ocasiones, sí. Pero realmente quiero encontrarlos, así que no puedo desistir en mi tarea. —El hecho de imaginar el reencuentro hacía sonreír al visitante, que quedó ensimismado. Imaginando...

—¿Seguro que no quiere un poco de queso? —interrumpieron sus deliciosas proyecciones de futuro.

—Bueno, deme un poco. Necesito fuerzas para poder seguir mi viaje.

Mientras el camarero cortaba un trozo de queso, recordó la conversación que había mantenido tan solo unos minutos antes con su amigo, y entonces lo dijo, sin percatarse de la importancia que tendría aquello sobre los futuros acontecimientos:

—Un momento, señor... Puede que sepa algo. En casa de Emmanuel disponen de nuevo servicio. No los conozco personalmente y no tenía noticias de que fueran médicos; de hecho, ayudan en la elaboración de este mismo queso que, insisto, debe catar. Pero... sí que son una pareja. ¡Puede que sean ellos!

—Muchas gracias, amigo, probaré. ¿Me podría indicar dónde se encuentra la casa?

El segundo visitante se marchó como el primero, veloz, tras conocer la ubicación de la quesería.

Al llegar a la polvorienta casona, el calor seguía cayendo con pesadez y el ambiente permanecía extraordinariamente silencioso. Como si la naturaleza fuera totalmente consciente de la catástrofe que ocurriría a continuación. Al acercarse más a la casa, le rodeó el silencio.

Alona intentaba disfrutar del resto de sus días. Se levantaba a las siete y les servía el desayuno a los dos hombres de la casa. Siempre lo mismo: leche, queso y pan. Ellos devoraban mientras la joven apenas probaba bocado; la tristeza la estaba haciendo muy delgada. Tras el desayuno se ponían manos a la obra, trabajaban duro en la elaboración del queso, mientras ella también realizaba las tareas de la casa. El proceso de elaboración no era sencillo: debían cuidar de las vacas, había que tratar la leche, hervirla, pasteurizarla... Emmanuel aprovechaba la ayuda que ahora tenía para visitar posibles clientes y Marie compraba alimentos en Orleans, porque lo más prudente era que la pareja no saliese de la casona.

A pesar de las dificultades que le ofrecía la realidad, Alona disponía de algo que no había tenido antes: esa pizca de fuerza que le había inyectado Marie, las ganas de seguir luchando. Tras una careta pintada de carmín, intentaba ofrecer una imagen orgullosa de sí misma, pues no quería que nadie viera que por dentro una lucha encarnizada se disputaba sin fin. No volvería a caer en un pozo oscuro, lucharía. Si Marie podía hacerlo, con la gran curvatura que se podía observar en su abdomen, ella también. Los cambios bruscos de ánimo eran el pan de cada día. Lo mismo le embargaba la rabia que

la ternura, la risa floja que el llanto... Pero lo superaría. De eso estaba segura; junto a Marie, lo superaría...

El único momento en que Alona se dejaba llevar era con Dominique. Por las noches se quitaba ligeramente su careta para sentir una pizca de paz, cuando se acurrucaba junto a él y este la escuchaba hablar o simplemente la abrazaba y acariciaba hasta que se dormía. El hombre era muy consciente de que Alona no era feliz, por eso intentaba llenar su día a día de pequeñas sorpresas. Una vez le trajo un lujoso manjar de la ciudad. Otro día le cortó unas flores del campo, que impregnaron la habitación con su reconfortante fragancia. Pero sobre todo soportaba los bruscos cambios de ánimo que sufría la joven con calma, atención y cariño. Mirándola siempre con admiración y amor.

Una mañana en la que Alona no soportaba más el olor a queso, salió a respirar un poco de aire fresco. El calor atizaba con fuerza, aunque una ligera brisa zarandeaba refrescante su pelo. De repente, su vista detectó en aquella panorámica que conocía a las mil maravillas un objeto diferente, algo que nunca había estado allí. Miró sobresaltada y se encontró con alguien que la observaba con pausa; le era muy conocido, miraba paciente, como alguien que hace hambre antes de comer, relamiéndose ante lo que le esperaba. El miedo recorrió su cuerpo con velocidad. Corrió a avisar a Dominique entre gritos:

—¡Nos ha encontrado!

Pierre se apresuró en llegar, revólver en mano.

Mientras, Dominique se acercaba a Alona para intentar protegerla. Ya era demasiado tarde, les apuntaba con un arma.

—Buenos días, amigos míos. —Hizo una irónica pausa—. Tenía muchas ganas de encontrarme con vosotros. Estoy agotado del viaje, espero que podáis ofrecer un poco de vino a esta tan grata e inesperada visita.

Les indicó que entraran en la casa. Emmanuel no se encontraba allí; como cada mañana, había salido a cerrar un negocio y Marie había ido a Orleans para comprar especias.

Alona sirvió un poco de vino en una copa y Pierre continuó dando órdenes:

—Creo... que me gustaría probar también un poco de queso. Vosotros dos podéis sentaros en aquellas sillas. Tenemos mucho para hablar. ¿Dónde está vuestro amigo Emmanuel?

—A punto de llegar —dijo Dominique en un desesperado intento de agitar a Pierre.

—Pues más vale que no lo haga o también morirá.

Alona pensaba a toda velocidad. En algún lugar de su interior se sentía aliviada. Ya no tendría que volver a esconderse de Pierre. Ahora se enfrentaba al lobo cara a cara, y cualquier resultado sería mejor que quedarse en aquella quesería de por vida.

Pierre jugueteaba con la pistola mientras sorbía el vino. Tomándose su tiempo, relamiéndose.

—Así que os habéis escondido en esta cloaca. Es poco lujoso para una señorita como tú, ¿no? —dijo dirigiéndose a Alona.

—Es mucho más de lo que tú me ofrecías a cambio de sentirte dueño de mi persona —contestó ella con ira.

Pierre se levantó y la abofeteó en la cara. Dominique se dispuso a defenderla, pero le amenazó con el revólver.

—Sois unos asquerosos traidores. Os di de todo y me lo agradecéis propinándome una paliza y escapando después juntos. Mi niña... —añadió, mirando a Alona con fingido cariño—, tan solo quería un poco de amor. ¿Era tanto lo que pedía? —se desahogaba en un monólogo, sin darse cuenta de que el segundo visitante estaba a punto de llegar:

—¿Hola?

Se escuchó una voz que traspasaba las ventanas, serena. A Alona se le erizó el vello, sintió desmayarse y le ardían todos los recovecos de su cuerpo. De nuevo, su presencia invadió el lugar. Pierre también reconoció la voz e, incrédulo, miró a la joven con odio. Indicó con el dedo a la pareja

que se mantuviese en silencio. Alona no dudó en desobedecer.

—¡Moret!, ¡vete! ¡Tiene un revólver! —La joven moriría si hacía falta.

Pierre corrió de la habitación hacia el exterior. Pero tras un eterno momento de silencio...

—Amigo mío... ¿Qué haces por aquí?

—No finjas, Pierre. Y no se te ocurra llamarme «amigo». Lo sé todo.

—Estupendo, entonces. Entra, siéntate y tomemos un poco de vino.

Alona no podía creerlo. Observaba, incrédula, la pequeña habitación. Todos los hombres en los que había pensado los últimos años estaban allí, juntos. Sus aromas se entremezclaban, sus presencias se filtraban unas con otras y todo ello convertía las emociones de la joven en una marea sin control de luna. Pierre, Dominique y Moret.

Pierre era su horror.

Dominique era su apoyo, la oportunidad de haber querido y ser correspondida. La paz. La razón. Lo posible.

Moret, su razón de vivir. Su amor. La turbulencia. La locura. Lo imposible e inalcanzable.

Pierre comenzaba a sentirse inquieto y se movía de un lado a otro, murmurando.

—Esto no entraba en mis planes. No quería matarte, Moret... Pero ahora que estás aquí, no sé si me queda otra opción. ¿Y por qué diablos has tenido que venir?

Él no contestó. Miró a su agresor con elegante pausa. Alona consiguió detectar un pequeño indicio de agitación en su rostro, ya que llevaba muchos años estudiándolo, nadie más podría adivinarlo. Se podría decir que por su semblante parecía controlar la situación. Ante el silencio, Pierre continuó:

—Ah..., entiendo. Has venido a por tu fulana. —Dominique se levantó de la silla, enfadado; pero ante el revólver volvió a sentarse, impotente. Moret seguía impassible—. No lo intente, señor doctor... o acabo con usted.

—¡Irás al infierno! —contestó el joven con rabia.

No podía soportar la idea de que atacaran a Alona. Esto le hacía actuar con impulsividad, imprudencia y de manera inusual en él. Apenas podía mantener la razón; a diferencia de Moret, quien aparentemente mantenía el control.

Hubo una larga pausa en la que Pierre parecía estar planificando su siguiente paso. Y por fin lo hizo. Sonrió con malicia y continuó su discurso:

—Observe, señorita —se dirigió con odio a Alona—. Mírenos como estúpidos. Tres hombres babeando por una prostituta. Todos aquí, reunidos. Dos grandes mercantes y señores y un gran doctor. ¿Y quién eres tú? Solo una estúpida niña coqueta.

Dominique se agitó, pero Moret... nada. Alona miraba con odio a Pierre, porque aquello que estaba diciendo le dolía, y es que en el fondo se sentía muy culpable. Si en aquel baile en el que intentaba llamar la atención de Moret no hubiera coqueteado con Pierre, este no se hubiese encaprichado de ella. Si no se hubiera acercado tanto a Dominique, no se hubiese enamorado... Lo único que no entendía era la razón por la que Moret estaba allí. Dudaba. ¿Debía salvarla porque la quería o porque creía que era su deber hacerlo y, como siempre, quería estar a la altura de un buen caballero?

Nadie respondía a Pierre, que continuaba con su discurso:

—Sí..., la culpa de todo la tienes tú, ¡estúpida niña presumida!

No parecía controlar su ira, ni siquiera para relamerse ante su privilegiada situación. La rabia le iba creciendo sin límite a medida que hablaba. Apuntaba con su revólver directamente a la joven, y esta le miraba con desprecio.

El sol golpeaba con mayor fuerza que nunca en aquel privilegiado paraje, mientras en el exterior unas ligeras nubes se movían con rapidez, ofreciendo claros y sombras en los terrenos; las ardillas saltaban por las ramas y roían sus frutos; Emmanuel cerraba un negocio con un estrechón de manos, las vacas mugían y una mosca revoloteaba cerca del cristal, dándose cabezazos una y otra vez.

Pierre disparó.

Se escuchó el eco de un grito desgarrado. Una herida sangrante. Una muerte inminente.

Alona lloraba desconsolada. Recordaba todos sus últimos momentos. Cuánto había querido, cuánto dolor había causado... Con sus manos ejerciendo presión sobre el pecho del herido, intentaba taponar la herida. Dominique había interceptado la bala. Una bala cuyo único fin en este mundo era matar a Alona. El joven se había adelantado y con un empujón había salvado su vida. Ahora él yacía en el suelo, sufriendo las consecuencias en el corazón de una metralla que no llevaba su nombre. La sangre salía a borbotones incontrolables de entre los huecos de los dedos de Alona, podía sentir las palpitations de las entrañas de Dominique en la palma. Este se ahogaba en su propia sangre mientras miraba a su enamorada, aún con admiración, con ternura y amor... Sentía ganas de regalarle una flor para que no se sintiera triste tras su muerte. Ella comenzó a besarle en el rostro, con cierta brusquedad, como si intentase reanimarlo con aquello. Como si intentase compensarle.

En esa ocasión, Moret no quedó impasible. Aprovechó la confusión y la lenta recarga de la pistola para embestir a Pierre con fuerza, quien cayó hacia atrás, se pegó bruscamente contra el bordillo de la chimenea, y quedó inconsciente. Entonces cogió el arma y salió de la habitación en silencio, mientras arrastraba el cuerpo de Pierre y dejaba a solas a Alona junto al cadáver de Dominique, abrazándolo como nunca lo había hecho en vida.

El sueño

Alona se acurrucó entre sus antiguas sábanas. Llegaron a la vieja mansión de España a las cuatro de la madrugada, dejando atrás dos cadáveres.

Los viejos olores llegaban al olfato de la joven como cuando era una niña, pero aquello no era consuelo. Había soñado con volver durante mucho tiempo y ahora todo su deseo de retorno había quedado oculto tras la tristeza. Ni siquiera pudo disfrutar de la presencia de Moret durante el largo viaje. Estuvieron a solas, y solo podía pensar en Dominique; cada vez que lo hacía le dolía el pecho y las lágrimas recorrían su rostro. Le había salvado la vida y la había querido como nadie iba a hacerlo nunca. Recordaba una y otra vez los momentos con él, se culpaba una y otra vez por lo ocurrido... Fue tan cariñoso con ella, tan cuidadoso y tierno. Tan atento. Y moría por ella. Literalmente.

Se levantó al alba. Quería volver al trabajo de inmediato, aplicar todo lo que había aprendido con Dominique, quería sentirlo vivo, y esa era la manera. Pretendía ocupar cada segundo de su día con ello, no disponer de espacios vacíos que pudieran hacerle pensar en la oscura tristeza que la inundaba y ahogaba.

Bajó las escaleras para desayunar, la señora Pody se asombró ante lo que estaba viendo:

—Mi niña —dijo echándose a llorar—, nunca pensé que volvería a verte.

Alona la abrazó mientras la mujer lloraba, quería mucho a la señora Pody; aunque ahora no podía hacerlo, tan solo disponía de espacio para sufrir por Dominique.

—¿Dónde está Martina? —Tenía ganas de enseñarle lo que había aprendido.

—Pero ¿vas a ir a trabajar, con todo lo que ha ocurrido?

Moret bajó las escaleras con paso ligero y se acercó al comedor. Luego se dirigió a la joven:

—¿Alona, podrías acompañarme?

Ella asintió con la cabeza.

Durante mucho tiempo la pareja se había carteadado, alcanzando un nivel de intimidad que no tenía antes de la marcha de la joven; pero, desde la muerte de Dominique, no habían hablado del tema. Ella ahora no podía amar intensamente; le parecía una ofensa hacia Dominique, quería sufrir para compensar todo el dolor causado. Se estaba castigando. Él era demasiado educado como para entrometerse en sus asuntos, así que se movía con cautela alrededor de la joven, sin hacer mucho ruido para respetar su luto.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella mientras salían al exterior.

—Sé que tienes ganas de trabajar. A mí... —Parecía querer decir algo bonito, pero se atragantaba en su miedo.

—¿A ti qué?

—A mí... me pasaría como a ti. Quiero decir... también tendría ganas de trabajar. —Se miraron con complicidad. En realidad, eran iguales.

—¿Adónde vamos? —La complicidad ya había durado suficiente.

—Antes de que empieces con todo, hay alguien que quiere verte.

Caminaron durante aproximadamente veinte minutos hasta que llegaron a una pequeña casa de dos pisos.

—Este edificio no estaba antes aquí... No lo recuerdo... —dijo Alona sin verdadera curiosidad, ya que la intriga también había muerto junto con Dominique.

—Tienes razón. Se terminó de construir hace un año.

—¿Quién vive aquí?

Para contestar a su pregunta, Martina salió corriendo de la casa. Parecía cambiada, había crecido algo en su interior, que la mostraba más fuerte y serena. Abrazó a su amiga con fuerza y la besó.

—Me alegro tanto de que estés sana y salva. —Acariciaba el pelo de su amiga, una y otra vez, como si no se creyera del todo que estuviese allí con ella.

—Yo también me alegro de verte, no sabes todo lo que he pasado...

—Tienes muchas cosas que contarme.

—Sí, ahora prefiero no hacerlo. ¿Podemos trabajar? ¿Hacer la ronda? Más adelante hablaremos.

—Martina asintió. Su rostro no mostraba inquietud; estaba tranquila porque su amiga ya estaba de vuelta.

—Aunque antes de ponernos a trabajar, permíteme... ¡Hay algo que tengo que anunciarte! —parecía vacilar.

—¿Es que ya no vives en la mansión?

—No...

En ese momento, Moret salía de la casa acompañado de un joven alto. Al principio, Alona no pudo reconocerlo, pero una vez se hubo acercado... ¡Victorino! Una alegría que creía perdida invadió su corazón.

—¿De verdad? —Martina reía feliz ante la sorpresa de su amiga—. Dime..., desde que me fui, ¿cuánto tardaste en casarte?

—Un año y medio aproximadamente.

El joven se acercaba con paso pausado. Saludó con cortesía.

—¿Recuerdas cuando se sentó a mi lado en aquel baile? —preguntó Martina, sin dejar de mirar ni un segundo a su marido.

—Sí, claro, yo tuve que quedarme sola mientras salíais a la pista de baile —le reprochó Alona con tono jocoso. Aunque la jocosidad real había muerto con Dominique.

«Aquel baile se celebró la noche en que conocí a Pierre y en la que todo empezó», pensó.

Victorino sonreía al son de la conversación, sin decir nada, hasta que por fin añadió:

—Nos gustaría que viniera a comer a casa. Sé que estará cansada, pero sería un honor. —Hizo una reverencia exagerando la palabra «honor».

Todos rieron, y Martina añadió:

—¡Qué bufón! Pues sí, me encantaría que vinieses.

Tras ver a su amiga y conocer a su esposo, Alona se sentía mucho mejor; además, una larga jornada de trabajo ayudó a esconder un poco más la tristeza, que no desaparecía pero parecía poder ir mitigándose.

Durante sus visitas, pasó a saludar a Felisa, que se alegró mucho de verla. Había confeccionado dos vestidos para la joven durante su ausencia. Seguía tejiendo, y ahora lo hacía para todos los conocidos del señor Moret, ganando mucho dinero con ello.

Alona debía esforzarse para poder asimilar tanto cariño y poder disfrutar, sintiéndose mimada y acogida por su antigua familia, porque el dolor no le dejaba respirar aquel aire fresco. Continuamente imaginaba aquellos momentos al lado de Dominique. ¿Cómo actuaría si estuviera aquí? Echaba de menos su genialidad y no sentía muchas ganas de pensar en su otro amor. Ahora solo quien salvó su vida ocupaba sus pensamientos, incluso en ocasiones la duda llegaba a su cabeza... ¿Hubiese Moret arriesgado la vida por la suya? ¿Por qué había ido a buscarla? ¿Por qué no le hablaba con la misma

confianza que utilizaba en sus cartas? ¿Por qué se desvanecía ahora que estaba triste y lo necesitaba? Dominique no lo hacía. Siempre había estado presente, atento y sensible a las necesidades emocionales de la joven. ¿Por qué demonios no había podido querer a Dominique de la misma manera que quería a Moret, incondicionalmente?

A la hora de comer, las dos amigas dejaron de hacer su ronda habitual para dirigirse hacia la nueva casa:

—El señor Moret nos la regaló por nuestra boda. Es muy amable.

—Sí, es muy correcto. Todo un detalle —casi lo dijo con rabia. Siempre tan detallista y a su vez tan cobarde ante sus sentimientos.

—Y bueno... Sé que a la mansión llegaban bastantes cartas tuyas, y muy pocas iban dirigidas a mi nombre. ¿Qué le escribías a Moret?

—Nada importante. —No tenía ganas de hablarlo en ese momento, y su amiga, que lo cogió al vuelo, cambió de tema.

¡Cómo le gustaba este talante de Martina! Sabía comprenderla, parar en el instante justo sin ejercer más presión y acompañarla cuando sí lo necesitaba. Parecía que pudiese leerle la mente.

—Dime, ¿cómo es Victorino? —Martina se ruborizó ante la pregunta—. Amiga mía, todavía te pones roja cuando hablas de él.

—Bueno..., pues ¡tiene muy mala memoria! —Alona la miró, incrédula. ¿Ese era su rasgo de carácter?—. Se olvida prácticamente de todo lo que le cuento, pero por eso cada vez que lo hago es como si fuera la primera vez. Sabe escuchar y siempre tiene una solución para las cosas.

Entonces comprendió que su amiga estaba muy enamorada, hablaba de un posible defecto de su marido como si fuese el punto más fuerte.

Cuando llegaron, Alona quedó impresionada al ver cómo Luis, el viejo mayordomo y Victorino se peleaban en la cocina por darle vueltas al estofado. Quiso saludarlo:

—¡Luis! —El mayordomo se volvió con alegría, y con temblorosos y pequeños pasos se acercó a la joven para abrazarla.

—Ahora vive con nosotros; nos ayuda con algunas tareas y dispone de su propia habitación —le contó su amiga.

—Ya no valgo para trabajar en la gran mansión. —El hombre se dirigía a Alona con cariño, pero también con respeto y educación.

—Victorino y yo trabajamos los dos, así que no podemos con todo —aclaró Martina mientras se acercaba a besar a su marido—. ¡Pero quieres dejar de cocinar! ¡Eso no es propio de un hombre casado! Debería ser yo quien...

—Déjame ayudar a Luis, cariño, soy un excelente cocinero.

«Las mujeres no estamos educadas para que nuestros hombres nos cuiden con las tareas de la casa», pensó Alona con inquietud. Pero tampoco para trabajar habiendo recibido una instrucción tan minuciosa como la que ambas amigas practicaban cada día. ¿Eran pioneras de algo nuevo? ¿Era la misma rebelión de la que Marie le había hablado?

Victorino se movía exactamente a la misma velocidad con la que hablaba. Es decir, de manera pausada. Con viveza en sus palabras pero tranquilidad de ritmo y timbre. Era muy divertido. Por el contenido de su discurso, parecía no enterarse de muchas de las sutilezas de la conversación, y era cierto que se olvidaba de los datos importantes. Sin embargo, Alona pudo detectar en su mirada que permanecía al corriente de más cosas de las que quería aparentar. Le gustaba que su mujer se riese de sus despistes y, tal vez por eso, fingía. Aunque solo a veces, otras en realidad no se enteraba de nada. Era relajante estar a su lado. Parecía mostrar mucha habilidad para comprender más allá de las palabras, para leer los gestos, esa clase de sensibilidad a la cual Alona se había mantenido fiel toda su vida y de la que Martina le había hecho dudar a veces. Era curioso cómo ahora su amiga se había casado con alguien que también disfrutaba de esa habilidad, aunque la ocultase tras sus «despistes».

Antes de sentarse a comer, Victorino se dirigió a Luis:

—Hoy también compartirás mesa con nosotros, ¿verdad?

—Señor, es usted demasiado amable. Tienen visita, no sería muy propio que...

—Estaría encantada de compartir mesa contigo, como lo hacía de pequeña... ¡Siéntate! —dijo Alona con entusiasmo.

Martina parecía incómoda. Le habían enseñado que el servicio no come con los señores. En esto se parecía en cierta manera a Moret. Cumplía con las normas y los límites que le enseñaban. En realidad, le encantaba la opción de comer junto a Luis, pero le costaba admitirlo, y de ahí su incomodidad. Sin embargo, se vio arrastrada por el entusiasmo de Victorino.

—Le gusta que Luis comparta con nosotros la comida. Espero que no te importe —le dijo a Alona en un susurro.

—No te preocupes... Es perfecto.

Mantuvieron una alegre conversación que arrastró la tristeza de Alona. Era muy fácil sonreír. La pareja desprendía mucha alegría. Hablaron sobre la evolución de los viñedos y, ante una conversación más seria, Victorino demostró razonar unas teorías muy interesantes.

Al acostarse esa noche, Alona pensó que Victorino era un hombre muy alegre y divertido; y a la vez, cuando la situación lo requería, también inteligente. Desde luego, le daba su aprobación, estaba a la altura de su amiga. Martina iba a ser muy feliz, y se alegraba muchísimo de ello, aunque al mismo tiempo lloró por Dominique durante toda la noche.

Me sentaba sobre la barandilla de la ventana. Sin miedo a lanzarme, sin miedo a caer, porque sabía que estaba en el mundo onírico.

Sí, aquello era un sueño, por lo tanto podía hacer lo que se me antojase. Me lancé al vacío. Al principio caía sin control, pero de nuevo lo recordé: era libre de las leyes físicas, así que podía volar. Empecé a mover los brazos de arriba abajo, aleteando. Comencé a ascender. No tanto como quería. Volaba sin despegar, parecía que estuviese planeando entre los tejados, sin capacidad de controlar la altitud del vuelo. No me hundía, ni tampoco llegaba todo lo alto que quería.

De tanto intentarlo, mis brazos se entumecieron, así que decidí reposar un poco y entrar desde la terraza al interior de una casa que se me antojó muy acogedora. Un buen sitio para descansar.

Todo era blanco y brillante. La cama parecía realmente confortable, así que me tumbé. Aquella enorme habitación tenía dos puertas. Una a cada lado, derecha e izquierda. Cerré los ojos para dormir un poco, pero unas pisadas me sobresaltaron. Lucas entraba por la puerta de la derecha. Abría los brazos para acogerme. ¡Qué felicidad! ¡Qué segura estaba bajo aquel abrazo!

Pero entonces llamaron a la puerta de la izquierda. ¿Quién era? Me levanté para abrir. Al verlo solo sentí calambres por las piernas que subían

por el estómago hasta el pecho. ¡Un cosquilleo tan delicioso! No podía ver con excesiva claridad su cara..., de repente supe quién era: Moret. Me daba la espalda y, por eso mismo, sentía una fuerte necesidad de que me mirara, de que me hablara, de que me quisiera... «¿Por qué no me miras? ¿Qué es lo que escondes?», pensaba como Alona. Por algún motivo, sentía una fuerte atracción por él. Cuanto más intentaba acercarme a él, más borrosa se volvía su figura, hasta el punto de que desapareció y me desperté.

Alguien llamaba al timbre de casa. Era temprano.

—¡Sorpresa! —Lucas llevaba puesta una gran mochila de deporte y una amplia sonrisa—. ¡Nos vamos de excursión!

Pasamos el día en el SPA. Fue un bonito regalo. Una sorpresa que me mimaba en un día cualquiera, y que en principio no prometía. Algo que rompía lo cotidiano y lo aburrido. Una delicia. Yo tenía una extraña sensación en la tripa y era por culpa de aquel estúpido sueño. Había sentido una gran atracción por aquella sombra, por Moret, algo que todavía me removía por dentro y calambreaba. Algo que no había aprendido a sentir en la realidad, no lo había experimentado y no lo identificaba con nada que hubiese apreciado antes. Totalmente nuevo. ¿Cómo podía ser?, si solo había sido un sueño.

¿Me pedía mi inconsciente una nueva emoción? ¿Sentir la locura que describía Alona? ¿El desasosiego, la rabia, la ternura, el orgullo herido, la pasión, lo delicioso y lo hiriente de lo inalcanzable? ¿Podía ese amor ser real?

¿¡Qué demonios era lo que había sentido y por qué no sabía ponerle nombre!?! ¿Por qué lo deseaba tanto? ¿Dónde podía encontrarlo?

Rompiendo inquietudes

Los días pasaban muy rápido. Siempre la misma rutina. Desayunar temprano y con ojeras, trabajar durante toda la jornada y llorar la mayor parte de la noche.

Las cenas y las comidas se estaban convirtiendo en un problema. Las compartía con el señor Moret a solas, porque Martina ahora vivía en un nuevo hogar. Mantenían conversaciones frías y educadas. La mayor parte del tiempo la joven miraba al suelo y él intentaba sacar adelante unos diálogos superfluos.

En los silencios la complicidad no se había extinguido; pero en las palabras, más explícitas, debían fingir. Bueno, él deseaba hacerlo, no entendía muy bien si lo que sentía era lo correcto, y ella no pretendía buscar su atención; seguía pensando en Dominique, no quería insultar su recuerdo. Así transcurrieron aproximadamente seis meses, desquiciantemente iguales.

Una tarde, Alona quiso acercarse paseando al lugar donde comenzó todo: la gran explanada que acababa en un barranco, donde Moret se había lanzado en una ocasión sin morir, donde le había preguntado si quería marcharse a Francia con Pierre... Justo en el límite en el que acababa el bosque, se detuvo y cerró los ojos un instante. Pensó que Dominique seguiría vivo si ella se hubiese negado a visitar Francia aquel día, si no hubiese coqueteado con Pierre en el baile... Entonces, una mano la agarró por el brazo desde atrás.

—Hacía mucho que quería hablar contigo.

Era Moret. No había hecho falta darse la vuelta para reconocerlo. Su voz en forma de vibraciones y aire caliente golpeaba la piel del cuello de la joven. Todo su cuerpo se estremeció, pero no contestó.

—Sé que no te encuentras bien. Me gustaría ayudarte...

Aquella era la primera vez que él daba el primer paso, que iniciaba el acercamiento. A la joven se le escaparon unas cuantas lágrimas silenciosas. La abrazó desde atrás. Ella se derrumbó al sentir el cuerpo de Moret pegado al suyo.

—¿Por qué tuvo que morir por mí? —dijo entre un sollozo desgarrado, y se hubiera desmayado si el hombre no la estuviese sujetando con fuerza.

—Te quería. —La joven no contestó a eso—. Tú no tienes culpa, mi niña. Fue su elección y eso dice mucho de él. Creo que murió feliz, por verte a ti viva.

—No es justo.

—No.

Tras otro silencio abrumado con los sollozos, Moret añadió:

—Le estoy muy agradecido. Ha cuidado de ti perfectamente y ahora, gracias a él, puedes estar aquí. Puedo sentir que duermes bajo mi techo... Y puedo cuidarte... —Pareció reflexionar y un pensamiento salió escondido tras la siguiente frase—. Cuidarte mejor... Protegerte de todo.

—Pero ¿por qué? —De nuevo la rabia fluía entre sus venas, Moret seguía sin definir con exactitud sus emociones y la volvía a llamar «niña»—. ¿Por qué quieres cuidarme? ¿Por qué viniste a buscarme? Silencio. Tragó saliva.

—Siempre has hecho lo mismo. Utilizas palabras poco concretas para definir lo que sientes, huyes de mí hasta que no puedes soportarlo más o hasta que piensas que me has perdido, te acercas para a continuación volver a marcharte... A veces pienso que me quieres, otras que eres inalcanzable, a veces me miras con deseo, otras me tratas como a una niña... Estoy cansada de tu juego. Estoy cansada de leer tus gestos, de que te escondas. ¡Te quiero! Siempre lo he hecho. Siempre lo has sabido.

Silencio. Una gota de sudor se deslizó sobre la frente de Moret.

—Quiero estar a tu lado. Ser tu compañera y confidente.

Silencio. Le temblaron las manos y el abrazo flaqueó.

—Quiero que me admires, valgo tu amor.

Silencio. El abrazo desapareció.

—Deja de pensar en lo que es propio, en lo correcto, en lo educado y en lo que puedan pensar los demás. ¡Ya no soy una niña!

Silencio. Alona se dio la vuelta. Ahora estaban cara a cara.

—Podrías apoyarte en mí.

Silencio. Él tensionó la mandíbula.

—Sé que tú también sufres. Puedes hacerlo conmigo. Tienes mi cariño.

Silencio. Ocultó la mirada.

—Mi amor es incondicional. Puedes hacer lo que quieras conmigo, mantenerme lejos y después pedirme que me acerque cuando lo necesites. Estaré para ti. Vivo por ti. Pero ¡antes, debes decirme que soy tuya!

Silencio. Una respiración agitada.

—Quiero compartir mi vida contigo.

Silencio. Una cara espectral.

—Puedes esconderme delante de todos si te avergüenzo, puedes ocultarme... Pero elígeme como tu compañera, por favor. Haría lo que fuera por ti.

Silencio.

—He nacido para estar a tu lado.

Silencio. Moret alargó el brazo para empujar la cintura de Alona bruscamente hacia la suya. La miró con ternura, sin escondites, le quitó el pelo de la cara y la besó. Sus labios se movían junto con los de la joven, las lenguas acariciaban, el corazón golpeaba el pecho con fuerza queriendo salir, la sal de las lágrimas se mezclaba con la dulzura de la saliva, los dedos acariciaban con la ligereza de una pluma y la joven sentía vértigo cuando cerraba los ojos.

Se abrazaron y, por fin, Moret rompió el silencio:

—Esperaré a que termines tu luto. —Volvió a acariciar la mejilla de la joven y se marchó. Siempre tan oportunamente correcto. Esta vez había acertado, necesitaba tiempo para llorar por Dominique.

Sin duda, el hombre sabía más de lo que Alona creía. Deducía que ella había querido a Dominique, pero a su vez entendía que era otro tipo de amor, y que en realidad lo único relevante en esta vida era la complicidad que existía entre ellos. Independientemente de todo lo que ocurriese y de cómo etiquetasen su relación, serían inseparables. No importaba la gente que estuviese alrededor, la gente a la que pudiesen querer, o con la que compartían la vida; nunca sería lo mismo, ni se acercaría a lo que había entre ellos. Incluso con sus dificultades para definir lo que sentía, siempre había sabido que esa niña era algo más. Algo increíblemente parecido a él.

Alona se sentía segura, sus dudas se habían disipado. Podía descansar en paz, Moret le correspondía.

Se acercó un poco al afilado barranco, para aspirar aire puro y quizás una brizna de mar. Entonces descubrió que el acantilado no caía con toda verticalidad. A tan solo un metro de ella se escondía un pequeño saliente que ofrecía una plataforma minúscula, aunque segura, a la que saltar. Se atrevió a

hacerlo. El mar enfurecía contra las rocas debido a la osadía de la joven. Era peligroso. La brisa la zarandeaba, intentando avisarla en vano. Alona sentía demasiada curiosidad por ese espacio. Era allí donde había ido Moret cuando ella pensaba que estaba muerto.

Le costó unos segundos descubrir en la pared de la roca una pequeña y mohosa puerta de madera que, oculta entre el musgo, apenas se podía ver. Aunque con cerrojo, no estaba cerrada con llave, había que ejercer mucha fuerza para abrirla. Empujó y entró. La puerta chirrió, quejosa.

El ambiente cargado de humedad y el olor a sal inundaban una habitación. Las paredes eran la propia roca que se abría formando una cueva. Mojadas, parecían sudar. Alona carraspeó, casi podía saborear el salitre y le picaba la garganta. La cueva se adornaba con una mesa, una silla y algunas velas. Encima de la mesa descansaban un montón de papeles garabateados. Encendió una de las velas y se tomó tiempo para inspeccionar. Su atención se posó sobre una carpeta que archivaba metódicamente unos cuantos recortes del periódico local:

Diario de Villa Rocosa, 13 de agosto de 1839

SE ENCUENTRA EL CADÁVER DE UNA MUJER EN EL MAR

Se halla a Amadora Cruz, conocida vecina de nuestra localidad, flotando en la orilla de la playa.

La mujer, de cuarenta y cinco años, es descubierta en la playa de Villa Rocosa flotando a tan solo unos metros de la orilla. Un vecino recoge el cadáver y llama a la policía.

Amadora Cruz era la esposa de Jesús Moyano Cuevas, bien conocido en nuestra localidad por su producción de vino, con importaciones importantes en Francia y éxito internacional. Deja a un hijo de tan solo diecisiete años.

La policía apunta a que la mujer se ahogó en el mar y después fue arrastrada por la corriente, si bien queda pendiente realizar un detallado examen del cadáver. «Solía salir a menudo a darse un baño, a pesar de que le advertíamos de lo peligroso que podía resultar», dice el servicio, que recuerda con cariño a la mujer.

El pasado jueves la familia empezó a sospechar, tras no aparecer Amadora por su casa en toda la noche. Fue descubierta el mediodía del viernes.

La fecha señalaba al sábado 13 de agosto de 1839. Amadora... Así se llamaba la madre del señor Moret. Y su padre, Jesús... Los recortes de periódico seguían. Aquello presentaba el gran secreto que escondía esa familia.

Diario de Villa Rocosa, 15 de agosto de 1839

NUEVOS ACONTECIMIENTOS EN TORNO A LA MUERTE DE AMADORA CRUZ

Se descubren nuevas pistas que sugieren que la mujer no murió por causas naturales.

La policía desvelaba ayer, tras el examen del cadáver, que Amadora Cruz pudo ser asesinada antes de ser arrojada al mar. Fueron descubiertos signos de asfixia en el cuello. Dos moratones a cada lado sugieren que alguien pudo matarla con sus propias manos.

«No entendemos quién pudo hacerle daño, era muy querida por todos», comenta una mujer del servicio. El mayordomo añade: «Era una mujer amable. Se ocupaba especialmente de su hijo, día y noche, y no tenía muchos conocidos fuera de los viñedos. No sé qué hará el muchacho a partir de ahora sin ella...». Todos se muestran verdaderamente consternados.

La familia se ve claramente afectada por los nuevos acontecimientos y nadie quiere hacer declaraciones.

A la espera de nuevas pruebas, se abre una investigación policial sobre el caso.

Diario de Villa Rocosa, 23 de agosto de 1839

LA POLICÍA NO AVANZA EN EL CASO DE ASESINATO DE AMADORA CRUZ

Se estanca la investigación policial en torno al asesinato de Amadora Cruz, descubierta el sábado 13 de agosto flotando a pocos metros del mar con signos de haber sido estrangulada.

La policía se ve obligada a abandonar la investigación por el momento, debido a la falta de pruebas.

«No vamos a olvidarnos de ella, hemos pedido consejo a departamentos policiales más especializados, pero debemos dar prioridad a otros casos hasta nuevos acontecimientos», afirma el jefe de policía con verdadera frustración.

La familia no quiere hacer ningún comentario al respecto.

Diario de Villa Rocosa, 13 de agosto de 1840

SUICIDIO EN LOS VIÑEDOS MOYANO

Nuevos acontecimientos en torno a la familia Moyano. Jesús Moyano Cuevas se quita la vida delante de su hijo tras haber transcurrido un año exacto de la muerte de su esposa, Amadora Cruz.

El pasado 13 de agosto, Jesús Moyano, de treinta y nueve años y conocido en la localidad por sus viñedos, se quitó la vida. El hombre, que murió por un disparo en la cabeza, deja a su hijo de dieciocho años (que lo presencié) solo y a cargo del viñedo familiar. La tragedia ocurría en el aniversario del presunto asesinato de su mujer, aún sin resolver.

La policía afirma que se retomará la investigación por el asesinato de Amadora Cruz, dado que este nuevo suceso desvela nuevas pistas.

«Durante todo este año, Jesús y su hijo compartían casi todo el tiempo. Se dedicó a instruir al joven en la dirección del viñedo. Creemos que fue un acto muy meditado, dada la fecha del suicidio y su ocupación del último año», comenta un buen amigo de la familia.

El servicio de la mansión escuchó un disparo que provenía de los aposentos de Jesús, donde se encontraba con su hijo. Este salió corriendo en busca de ayuda y contó haber visto cómo su padre cogía el revólver y se disparaba en la cabeza. Afirma que se despidió de él, sin darle ninguna explicación. Se contempla una posible depresión a causa de la muerte de su esposa.

A raíz de los nuevos hechos, el hijo pasará a disposición judicial para ser interrogado.

Alona quedó estupefacta. ¿Qué había ocurrido en aquella familia? ¿Qué fue exactamente lo que vio Moret? ¿Qué explicaciones le dio su padre? ¿Se lo contaría alguna vez? ¿Compartiría el sufrimiento con ella?

Estaba claro que aquel capítulo era clave. Recopilemos y atemos cabos: mi madre muere en extrañas circunstancias y señalando acusadoramente a mi hermano. Su última semana de vida la pasa leyendo con interés un libro escrito con pluma y tinta. De caligrafía ordenada, algunas páginas conservan restos de gotas, como si alguien al leerlas hubiese llorado. Conocía la localidad en la que ocurrían los hechos, Villa Rocosa, en 1839 aproximadamente. No entendía qué relacionaba aquella especie de diario con la muerte de mamá, ni

por qué mi hermano, posiblemente implicado en su muerte, se mostraba tan interesado en leerlo. Me habían perseguido por él, pero ahora que Miguel sabía que lo llevaba siempre conmigo y que había renovado la seguridad de mi casa, ya no había vuelto a ver aquel todoterreno con la pegatina rosa de bebé a bordo, ni a su ocupante perseguirme, probablemente amante de mi madre y posible coautor de su asesinato. ¡Ah!, cómo olvidar que no solo mi madre tenía amante, sino que Miguel seguía sus pasos... «¿Dónde están las conexiones? Este enredo debe de tener una forma de desenredarlo...» Llamé a Bárbara.

—¿Qué tal te va con la aplicación? —Primero mostré verdadero interés por lo suyo.

—Mejor, ya he solucionado algunos de mis quebraderos de cabeza.

—Me alegro.

—Aún no he podido comenzar con tu búsqueda, espero que me perdones, mañana mismo tendré un hueco. De todas formas, he preguntado a algunos compañeros y he localizado una base de datos en la que tal vez encontremos algo. —Ella también mostró verdadero interés por lo mío.

—Creo que son buenas noticias. Tengo más información para ti. Te facilitará la tarea.

—Dime.

—Todo ocurrió en Villa Rocosa, a partir de 1839. Los padres de Moret Moyano eran Jesús Moyano y Amadora Cruz, por lo que el segundo apellido del personaje sería Cruz.

—¡Estupendo! ¡Esto aligerará mucho la búsqueda! Espera que lo escriba.

—Qué bien... Te agradezco mucho que me estés ayudando.

—Es un placer. Aunque ya me lo compensarás... —Al otro lado del teléfono Bárbara bromeaba con una risa macabra—. ¿Qué tal tu nuevo trabajo?

—¿Te refieres a las clases de apoyo particular?

—Sí. ¿Cómo te desenvuelves con tu nuevo papel de profesora?

—Bien. Iker es un buen chico, un currante. Preparo los temas y así repaso también algunos de mis viejos contenidos de carrera.

—¿Y tienes tiempo para todo con el máster, el curro en el bar y esto?

—Bueno, me apaño, siempre disponemos de más tiempo del que creemos

tener.

—Me alegro. ¡Ánimo, Eloísa! Te llamo en cuanto sepa algo.

Cosas de verdad y otras de mentira

A veces me pregunto: ¿cuántas veces me dejo engañar por mis sentidos? ¿Cuántas veces mis percepciones no son más que ilusiones? Así lo afirma el diccionario. «Ilusión: fotografía mental engañosa inducida por la imaginación o por la interpretación errada de los sentidos.»

Entonces, ¿puede ser que nuestra mente sea otro tipo de sentido? ¿Un tipo de sentido interno? Es como cualquier otro: recoge información y la procesa sin nuestro permiso en un eterno diálogo interno. Si abrimos los ojos, no podemos controlar lo que vemos y lo que no; si está dentro de nuestro campo visual, lo captaremos. Del mismo modo, no podemos controlar la impulsividad de nuestra mente cuando empieza a parlotear. ¿Es posible mantenerla callada una sola vez?

Lo peor de todo esto es que creemos que lo que pensamos es como una pegatina que no se puede quitar de nuestra piel, un tatuaje, algo que va con nosotros sin poder evitarlo. Somos capaces de decir «mi vista me ha causado una mala pasada», pero no lo generalizamos a nuestros pensamientos. No deberíamos identificarnos con todos ellos, muchas veces nos equivocamos. Necesitamos un filtro, algo como MVY, que diferencie lo verdadero de las ilusiones. Algo que nos explique cuál es la causa o estímulo que produce como resultado el contenido de nuestro incesante parloteo interior.

Prefiero creer que son nuestras acciones las que van definiéndonos. Por eso, superar día a día nuestro parloteo mental, nuestro «no soy capaz», con acciones que le lleven la contraria, es lo mejor que puedo hacer para definirme como individuo... Para existir plenamente.

Por todo esto, decidí llevar la contraria a todos los miedos que impedían que pudiese afrontar mi problemática situación. Quería ser valiente y así lo decidí. A pesar de los pensamientos que me empujaban a lo contrario, actué:

—Lo sé todo —le dije a Miguel nada más sentarme a la mesa. Él enrojeció un poco y levantó la mano para llamar a la camarera, que acudió de inmediato

—Un café solo. ¿Tú qué vas a tomar? —Me lanzó una mirada inquisidora. No venía a cuento con su pregunta.

—Café con leche.

—Eso es todo. —Cogió una miguita de pan de la mesa y la aplastó entre sus dedos pulgar e índice antes de mirarme con rabia.

—¿No vas a decir nada? —pregunté mientras la camarera se alejaba.

—¿Qué es lo que sabes?

—Todo.

No sabía muy bien por dónde empezar. *Pensamiento intruso*. Mi cabeza cacareaba: «en realidad, no tienes pruebas»; «puede que te estés equivocando, sueles hacerlo a menudo», etcétera. Pero algo más profundo en mí, algo más intuitivo, me decía que era el momento de poner las cartas sobre la mesa. Debía acusar a mi hermano de asesinato:

—Nunca hemos hablado de cómo murió mamá.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, extrañado.

—No hemos hablado de cómo te señaló con el índice antes de caer desplomada.

A él le costó reaccionar:

—Bueno... ¿De eso hablas? ¿Sabes por qué me señaló?

Yo no sabía qué contestación darle. No me quedaban pruebas concluyentes, así que asentí esquivamente instándole a que él continuara con el diálogo, que me ofreciera más datos que lo delataran. Pero ante mi silencio comenzó a hablar, algo acelerado:

—Ya. Mira, no entiendo muy bien... ¿Y qué es lo que sabes? Llevo mucho tiempo intentando adivinar por qué me señaló de esa manera, así que no me vengas ahora con que tú estás al corriente del asunto. ¿Desde cuándo? ¿Por qué demonios no me has dicho nada?

—Espera, ¿me estás diciendo que no sabes por qué?

No se estaba delatando en absoluto... En realidad, estaba confuso.

—No. He estado leyendo sobre el tema, pero no encuentro más que pamplinas. —Se le notaba realmente frustrado y enfadado, hablaba del libro

sobre criminología.

—Pues creo que intentaba decirnos... Avisarnos sobre quién... —Justo cuando iba a declararlo culpable de asesinato, pareció derrumbarse.

—Quería advertirme, ¿verdad? Lo suponía... —Su rostro palideció, hasta encontrar un tono casi azulado—. Ella sabía que arruinaría mi vida, intentó decírmelo.

—¿De qué estás hablando? —No tenía ni pajolera idea de qué me hablaba.

—¿Prometes no juzgarme?

—Lo prometo. —Mentira. *Pensamiento intruso.*

La camarera se acercó con los cafés. Llevaba un bonito delantal de flores y el pelo recogido en un elegante moño. Mientras dejaba las tazas sobre la mesa, aproveché para observar desde la ventana el coche en el que me esperaba Lucas. Era mi flotador en caso de hundimiento, aunque ese flotador estaba algo despistado jugando al backgammon... Miguel continuó:

—Una de las noches que me tocó dormir en el hospital, cuando mamá estaba tan enferma, mantuvimos una conversación íntima. Ella enseguida se percató de que algo me estaba ocurriendo, que algo me preocupaba, así que me preguntó... Yo pensaba que se moría y no podía mentirle. Además, siempre tenía soluciones para todo...

—Miguel, céntrate. ¿Qué es lo que te ocurre?

Por fin cogió fuerzas para sentenciar:

—No le estoy siendo fiel a Marisa.

Vaya novedad.

—¿Y se lo contaste a mamá?

—Espera... ¿Por qué no pareces sorprendida?

—Ya lo sabía. —Tomé un sorbo de café mostrando aire distinguido, levantando una ceja y manchando de carmín la taza.

—¿Cómo...? —preguntó.

—Te he visto con ella.

—¿Que me has visto? ¿Era eso lo que venías a decirme? —Parecía sorprendido.

—Eh..., sí. Continúa. ¿Qué te dijo mamá? —Quería ver hacia dónde iba todo aquello, antes de acusarlo de asesinato.

—Me comprendió.

«Cómo no... —pensé—; de tal palo, tal astilla.» Luego analizamos la situación detenidamente. Me advirtió, suspirando, de que tenía muchas cosas que perder. Yo desconocía que Marisa estaba embarazada... si no...

—¿Y cuáles son las causas de tu infidelidad, si se puede saber? —En vez de rabia, me salían palabras rimbombantes.

—Me estás juzgando.

—No es verdad.

—Sí es verdad.

—¡Dímelo! Intento entenderte. —Levanté un poco la voz y a Miguel no le hizo mucha gracia.

—No me grites. Alguien podría oírnos.

Miré alrededor. No había nadie sentado cerca. Calmé mi rabia y asentí con la cabeza.

—Ella es... —continuó Miguel, poniendo cara de enamorado—. Me hace sentir especial. Me comprende y me admira.

—O sea, que lo que te gusta de ella es tu reflejo en sus ojos.

Dejó de poner cara de idiota enamorado para enfadarse conmigo y recriminarme:

—No es solo eso. Es bonita y divertida. La quiero.

—¿Y Marisa?

—Marisa es tan perfecta que siempre estoy a la altura de la suela de sus tacones. Por supuesto, la quiero. ¿Se puede querer a dos personas al mismo tiempo?

¿Se puede? Inevitablemente volví a hacerme la misma pregunta... ¿Puede una sola pareja darnoslo todo? ¿Completar todas y cada una de nuestras necesidades? Pensé en Alona y en su amor dividido entre Moret y Dominique. Y luego a Lucas, quien, como si me escuchara, dejó el backgammon tan solo un segundo para dirigirme una pequeña mueca de «aquí estoy yo», asintiendo con la cabeza y dándome seguridad.

—No lo sé —reconocí con la mirada vacía.

Recordé vagamente la sensación que mi extraño sueño me había dejado la noche anterior. Esas dos puertas que me dividían hacia dos emociones diferentes: la seguridad de Lucas y el deseo hacia Moret, esa especie de caricia cosquilleante unida a lo inalcanzable.

—Vaya..., ahora no estás juzgándome.

—Bueno, continúa —reaccioné a tiempo, antes de perderme en divagaciones.

—Mantuvimos numerosas charlas sobre el tema, sobre mi infidelidad. Hasta que mamá comenzó a sentirse mejor y empezó con la lectura de ese dichoso libro. Entonces no dejó de hacer otra cosa, apenas me volvió a prestar atención. Seguía enfrascada en la lectura como si de ello dependiese su vida. Decía que debía terminarlo cuanto antes.

—¿De dónde sacó el libro? —pregunté.

—Un día me pidió que se lo trajera de casa. Lo tenía guardado en un doble cajón de la mesilla. La verdad, es un libro un poco extraño. Está escrito a mano.

—Lo sé.

—Yo pensaba que aquella lectura se estaba volviendo algo obsesiva. Empezó a leer un día o dos después de que le contara lo de mi aventura. Me decía que era de vital importancia.

—¿Crees que tiene alguna relación con tu lío?

—Al principio no, pero después, cuando me señaló con el dedo..., no se me ocurría ninguna otra explicación. ¿Intentaba advertirme para que abandonara la relación?

—Miguel, todo esto parece tener sentido, pero hay una cosa que no encaja. Antes de la muerte de mamá, un hombre vino a visitarla. ¡Minutos antes! Sabes de quién se trata, ¿no es así? —Estaba muy cerca de acusarle.

—¿De qué hombre me hablas?

Lo había decidido: quería ser valiente y, aunque mi parloteo seguía intentando lo contrario, en mi interior sabía que aquella pregunta era importante, y que yo quería mostrarme como una persona voraz y contundente, así que elegí la ejecución que me convertiría en aquello que estaba segura de ser:

—No te hagas el despistado, te vi saludarlo en el hospital. Justo antes de que desapareciera de la planta donde estaba la habitación de mamá.

—¿Él venía de su habitación? —preguntó, exaltado, y se bebió de golpe todo el café—. ¿Estás segura?

—Sí. Pensaba que lo sabías.

—No. No lo sabía... —Puso cara de preocupación. Luego se masajeó la sien con los dedos.

—¿De qué lo conoces?

—No puedo entender lo que está ocurriendo, Eloísa —balbuceó.

Su reacción era tan alarmante que incluso Lucas dejó varios minutos el backgammon y prestó atención por si se caldeaba el asunto. Insistí:

—¿Me vas a decir de una maldita vez de qué lo conoces?

—Es el padre de Ana.

—¿Quién es Ana? —Me devolvió una mirada desesperada, algo así como «¿eres idiota o qué te pasa?», hasta que lo deduje—. ¡Tu amante!

—No la llares así. Es algo más que una simple amante...

—¿Y de qué conocía el padre de Ana a mamá?

—No lo sé... Estoy intentando pensar...

—¿Sabe que estás saliendo con su hija?

—No. Creo que piensa que solo somos compañeros de negocios. No lo sé con certeza.

—Pues es todo muy raro. —Antes de contarle mis sospechas sobre la posibilidad de que aquel hombre hubiese matado a mamá, quise asegurarme de que no me estaba tirando un farol y de que Miguel no estaba compinchado—. Oye, dime... ¿para qué querías el libro con tanta insistencia?

—Mamá lo leía a todas horas, después me señaló con el dedo y murió. Maldita sea... ¡Quería saber por qué lo había hecho! No entendía nada... Creí que tal vez encontraría respuestas en el libro. —Se le veía enfadado, abrumado con tanta información desconcertante.

—Creo que a mamá la asesinaron. —Ya estaba hecho. Miguel sudaba muchísimo.

—¿Qué? No. ¿De verdad lo crees? ¿Es una broma? No. No puede ser. ¿En serio lo piensas?

—Sí.

—No...

—¡Que sí!

—¿Y quién?

—El último hombre que la vio con vida —sentencié.

—¿El padre de Ana?

—Creo que también fue él quien entró en mi casa a robar el libro — reafirmé.

—Creo que estás algo paranoica. —Miguel no podía creerlo. Le costaba aceptarlo y me ponía en duda.

Le expliqué todos mis argumentos, incluido el botón que mamá arrancó de la camisa de aquel hombre. Le saqué la prueba.

—Esto es excesivamente enrevesado, Eloísa. —Se levantó de la silla y dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—¡Miguel! —quise expresar la serenidad que a él le faltaba—. Fíjate si su padre tiene uno de esos coches grandes con cristales tintados. Espera, ¡conozco la marca! ¡Un Land Rover!

—¿Un todoterreno?

—Sí. Eso. Pero se parecía más a un coche de ciudad, algo elegante y con una pegatina rosa de bebé a bordo. Seguramente de cuando Ana era más pequeña.

Justo cuando mi hermano escapaba de la cafetería, me atreví a insistir:

—¡Miguel! ¿Sabes cómo se llama el padre de Ana?

—César o Carlos... O... No me acuerdo bien...

¿Carlos? ¿El amante de mi madre era el padre de la amante de mi hermano? ¿Y un sospechoso de asesinato y de invasión de propiedad con intento de hurto?

Mi hermano se marchó corriendo. Yo había conseguido afrontar y encarar la situación, enfrentarme a la verdad, a la sensación de que a nuestro alrededor se estaba mascando una horrible historia de terror. Sin embargo, Miguel se escondía en una cueva segura. Muchas veces los hombres recriminan a las mujeres su excesiva sensibilidad para las cosas... ¿Es mucho más honorable huir? ¿Escondirse en una caverna? Tal vez no sea muy valeroso, pero ¿es más efectivo para subsistir?

Mientras el hombre concreta un color en morado, la mujer es capaz de diferenciar tonos ciruela, berenjena, lavanda, uva y orquídea. Lo que para ellos es azul, nosotras necesitamos detallar si es azul cielo, verdoso pantanoso, turquesa, color piscina o de mar. ¿Es importante diferenciar el color de la hierba del del musgo? ¿Qué pasa si vemos una luz roja acompañada de una estridente sirena? ¿Nos ponemos a dudar si es bermellón o carmesí antes de

actuar en consecuencia? En definitiva, ¿si dudamos tanto, conseguiremos sobrevivir?

En vez de darle vueltas a la cabeza, ¿es más útil vivir entre escalas de siete colores? ¿Sufriría menos si lo hiciera? ¿O me perdería muchísimos y hermosos matices?

Tengo que añadir que hay hombres capaces de diferenciar el color cielo del turquesa, incluso tal vez la magenta del chicle, igual que algunas mujeres son capaces de utilizar únicamente el azul, rojo y amarillo para encontrar la paz y el musgo, así como el helecho para disfrutar de cada detalle escondido. ¿Podría aprender a hacerlo? ¿O estaba ya perdida?

En la habitación de Alona, de noche y bajo la oscuridad, se celebró una fiesta. Acudieron los invitados, vestidos con sus mejores galas para exhibir su fuerza, llegados desde todos los rincones posibles. No faltó ninguno: asistió el dolor con un pesado traje oscuro, las asfixiantes lágrimas vestidas de cristal, la angustia con atuendo rojo sangre, y no pudo faltar la culpa, que brillaba inundándolo todo. Danzaban pisoteando el suelo con contundencia y bajo un techo de respiración congestionada.

Alona no cabía dentro de sí misma. Otra vez la culpa quiso invitarla a la pista de baile. Pobre Dominique, había muerto para salvarla. Había conocido un amor tan puro...

Se odiaba con tanta fuerza que no podía soportar su propia compañía. Se levantó de la cama y se calzó. Intentaba dejar aquella habitación y encerrar allí a sus invitados. La abrumadora angustia se coló por una rendija de la puerta y la siguió.

Llamó a su puerta. No sabía qué hora era y no se percató de que, en el exterior, la noche era sosegadamente cálida y veraniega.

Él abrió la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Alona se derrumbó, hecha un ovillo sobre la cama. Moret no sabía muy bien qué hacer.

—Puedes tumbarte a mi lado —aclaró ella.

—Sí... —Moret dejó que se metiera en la cama, la arropó y él permaneció sobre las sábanas. Era lo más correcto.

De nuevo, comenzaron los invitados de la fiesta a llenar ese nuevo espacio de baile; esta vez, aquella insoportable compañía que la perseguía fue compartida en un abrazo. La fuerza de las personalidades de aquellos indeseados asistentes se dividía entre dos personas, y así todo era más soportable.

Moret se durmió antes que ella. La joven observaba en la oscuridad la silueta de su acompañante. Era fuerte, mezcla de juventud y vejez, un equilibrio atrayente: la vigorosidad de la juventud y la experiencia de la vejez.

Consiguió quedarse dormida, la compañía había despistado su lamento. Tan solo fue un instante, porque volvió a despertar, presa de la angustia que chillaba en su interior. No quería que aquella noche acabase nunca. Por la mañana, a la luz del día, todo volvería a ser igual. Su señor sería cortés y educado, mantendría las distancias y la indiferencia delante del resto de la gente. Lo cogió de la mano y así pasó la noche, sin poder cerrar los ojos y agarrando con ternura sus dedos.

A la mañana siguiente, la luz del sol despertó a Moret, quien abrió sus grandes ojos con sus

pestañas de avestruz. Lo primero que hizo fue ser cortés:

—Buenos días...

Alona, que no estaba para gestos educados, se mantuvo en silencio, observándolo. Entonces él la sorprendió. Liberándose de cualquier pudor, Moret apoyó la cabeza sobre su pecho. Ella le acarició el pelo con un gesto fugaz... Porque, de nuevo, todo duró tan solo un instante.

Mientras Moret se sentaba sobre la cama para atarse las botas, Alona se levantó, dispuesta a marcharse. Para su sorpresa, el hombre aprovechó para agarrarla de la cintura y empujarla sobre él. A Alona se le escapó una pequeña risa. No por ello su angustia había menguado ni un solo segundo. Y allí, sobre él, su hombre se preocupó por ella:

—¿Estás bien? No me gusta verte sufrir tanto. —Le acarició la mejilla.

Se miraban intensamente, con la misma intimidad compartida en sus cartas, con cariño. La admiración se espolvoreaba con idealización. Era la amargura de lo inalcanzable al alcance. Se sentían extrañamente felices por saber que su amor era tan complicado que se predestinaba a ser amargo y doloroso; pero al fin y al cabo, lo suyo era incompañible.

Alguien que golpeaba a la puerta interrumpió la escena.

—No pueden vernos juntos. —El lado más estricto de Moret salió a escena.

—Lo supongo... —Aunque eso le importaba muy poco a Alona.

—No por ahora, mi niña. —Ella seguía odiando que la llamaran «niña»—. Algún día estaremos juntos.

Acompañada

—¿Qué opinas de todo esto?

—Muy bien —dijo Lucas.

—¿Cómo que «muy bien»? Te estoy preguntando si crees que Miguel está implicado de alguna manera en el asesinato de mamá. ¿Crees que me esconde algo?

—¿A mí, me dices?

—Sí, a ti.

Paseábamos por las afueras de la ciudad, donde el aire producía más alivio. Hacía fresco, pero era acogedor. Te acurrucabas dentro de ti misma.

—Yo no estuve presente en la conversación que mantuviste con él.

Casi siempre me cuesta esfuerzo sacarle información, pero su opinión es tan reconfortante que no hago más que buscarla e insistir.

—Te la he contado.

Tras un triste silencio por mi parte, por fin quiso hablar:

—No creo que tu hermano esté implicado.

—¡No sabes cuánto me alegra oírte decir eso! —Confío mucho en su criterio.

—Por lo que dijiste, se llevó una gran sorpresa al saber que el tal Carlos visitó a tu madre.

—Sí, yo también lo pienso... No sé cómo he podido dudar de él.

—Bueno, tenías algunas pruebas. ¡Lo que yo no puedo creer es que tenga una amante! Y huele un poco mal...

—¿Qué quieres decir?

—¿No te parece extraño que el amante de tu madre sea padre de la amante de tu hermano? Esto parece una telenovela, Elo.

Hubo un silencio para la reflexión y también para la nostalgia:

—Mi madre solía leernos por las noches. —Quise compartir un recuerdo con Lucas.

—¿Cuentos?

—Sí. La protagonista siempre era una bruja.

—Como tú —dijo con cara de guasa.

—Tienes razón —reí, y continué—. Ni siquiera necesitaba leerlos, ¡se inventaba cualquier historia en el momento!

—Habrás heredado su imaginación. A veces se te va un poco de las manos... —¿Este chico solo sabe bromear? *Pensamiento intruso.*

—Ojalá la haya heredado. Recuerdo una historia en especial. A la bruja... ¡Vaya!, no recuerdo su nombre... ¿Cómo puede ser?... Bueno, a la bruja se le estropeaba la escoba y necesitaba ir a un aquelarre. Uno de los más importantes que se celebraba en el año. Decidió que, en vez de en escoba, podría ir en aspirador, y así lo hizo. Una vez que llegó la hora, se dio cuenta de que el aspirador funcionaba con electricidad, así que lo enchufó y salió por la ventana. Claro, el cable no llegaba lo suficientemente lejos, y la bruja se dio un tortazo. —Reí. Lucas no lo hizo, tan solo dibujó una sonrisa casi imperceptible—. Era mucho más gracioso cuando tenía seis años. —Me excusé.

—Seguro...

—Después me pasé la adolescencia coleccionando brujas, nunca lo había relacionado con los cuentos que nos contaba mi madre, hasta ahora.

Se mantuvo el silencio inspirador de la naturaleza hasta que el teléfono, enemigo de ella, la interrumpió. Era Iker, el *chavalote* al que le estaba dando clases. Cada vez le estaba cogiendo más cariño, a veces llamaba para cambiar sus horarios de clases.

—¡Eloísa! ¡He sacado un nueve en química! —exclamó—. Ya casi tengo el curso superado, ¡muchas gracias!

—Has trabajado duro, el nueve es todo tuyo.

—Bueno, este fin de semana me voy a tocar las narices... —rio.

—Me parece perfecto, te has ganado un merecido descanso.

—Mi madre quiere hablar contigo, espera. —Dejó el teléfono y me pasó con su madre.

—Te ha contado Iker la buena noticia, ¿verdad? Está muy contento. Este

fin de semana lo celebraremos de alguna manera.

—Me alegro.

—Mira, Eloísa, quería comentarte una cosa. —La seriedad en su tono de voz me hizo entender que llegaba algo importante—. Creemos que una de las profesoras de Iker tendrá que cogerse pronto la baja maternal. Está de cuatro meses. Se necesitará una sustituta. ¿Te parece que le pasemos tus referencias al director?

—Sí, ¡claro! —Otra vez el universo, que me mandaba una pieza de puzle.

—Le hablaremos bien de ti y esperemos que aún no haya nadie más en la lista.

—Muchas gracias, ¡os lo agradezco!

—Ha sido idea de Iker, está muy contento contigo.

—¡Gracias otra vez!

Al colgar me dirigí agitada a Lucas y le conté la propuesta que acababa de hacerme el universo.

—¿Te das cuenta? —La cara que puso fue de «no, no me doy cuenta pero de nada»—. Si no hubiese empezado a trabajar de camarera, no me hubiese podido pagar el máster en docencia. Si no tuviera ese máster, no me hubieran elegido para dar clases a Iker, y sin esas clases... ¡no me hubiese surgido la oportunidad de trabajar de algo tan parecido a ser una bióloga de bata blanca!

—Bueno, ¿ser profesora en un colegio es parecido a llevar una bata blanca? —lo preguntó en tono de broma, pero a mí me quitó la ilusión de un porrazo.

—¿Cómo puedes ser tan cruel?

—No te lo tomes así, Eloísa. Tan solo estaba burlándome un poco.

—Pues no me ha hecho gracia. Me da la sensación de que no estás orgulloso de todo lo que estoy haciendo. No sabes cuánto me costó aceptar ese trabajo de camarera, de aceptar que en estos momentos mi sueño laboral no estaba ni mucho menos cerca. Ahora estoy un pasito más alta, ¿no te parece?

—Cálmate, tranquila. Parece mentira que no me conozcas.

Me abrazó. *Pensamiento intruso.*

—¿No crees que has actuado como un completo imbécil? —Yo no me dejé engatusar tan fácilmente.

—Sí, un poco, lo admito. Es que pensaba que sabías que estaba de broma.

—No. No lo entiendo. No sé cuánto hay de broma y cuánto hay de verdad en tus crueles palabras.

—A veces...

—A veces, ¿qué? —No podía aguantarlo más.

—No me sale ser así, como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando hay una situación tan..., no sé..., tan difícil...

—¿Tan difícil?

«¡¿Qué tipo de dificultad podría contener esta conversación?!», me dije.

—Bueno..., tan emocional. Cuando hay una situación así, me sale bromear. No sé ponerme tierno si no es con esto. —Me abrazó, y yo me sentía muy bien bajo sus brazos—. No me salen palabras bonitas para decirte... Solo puedo bromear o darte de estos...

Me besó varias veces en la mejilla, se me escapó una sonrisa y bajo sus brazos seguí preguntando:

—¿Palabras bonitas para decirme qué?

Se encogió de hombros pero le obligué a seguir:

—En este caso, por ejemplo. Está claro que vas a tener éxito en tu futuro laboral. Cualquiera puede ver tu esfuerzo y percibir que estás dando los pasos adecuados, es el camino. No hace falta que te lo diga, es innegable, no me sale decir esas palabras en estos momentos. Es un poco ñoño, no sé... Por eso bromeo, no creo que dudes de que sí me siento orgulloso, ¿para qué decirlo?

—Pero yo necesito que digas las cosas, incluso las que te parecen obvias. Tienes que recordarme lo que sientes por mí. De hecho, a veces no entiendo muy bien por qué te gusta. No es que lo olvide, es que no lo sé.

—Vamos a hacer un trato, ¿te parece?

—A ver —dije, escéptica.

—A partir de ahora queda firmado nuestro contrato. Cada vez que yo me dirija a ti de forma jocosa, haciendo creer que no te admiro, que no estoy orgulloso de ti o incluso jactándome con la falsa idea de que me parezcas fea...

—¿Hablas de cuando gritas «¡que viene una fea!» o pones cara de teatralizado espanto?

—Sí.

—¿Hablas de cuando me pides que me quite cuando voy a achucharte, de cuando me niegas un beso o mencionas que soy un poco pesada?

—Sí... Esas ñoñadas, sí. —Me crucé de brazos—. A partir de ahora, cada vez que actúe de alguna de esas maneras, en realidad los dos sabremos que soy un poco gilipollas, y que no soy hábil para decir las cosas bonitas que sí quiero decir.

—¿Tenemos un trato para llamarte «un poco gilipollas»?

—No te veo muy convencida... Está bien, podemos negociar... ¿Un completo gilipollas inútil para decirte lo bonita que eres, lo aplastantemente orgulloso que estoy de ti, cuánto me gusta que me beses y abrases porque me siento digno de ser mimado y lo que te quiero? Bueno... y lo que me pones, claro.

—Me parece bien... Aunque no lo creas, también necesitaré que en determinados momentos me digas alguna que otra cosa de manera más explícita, así que ve ensayando. Ahora lo acabas de hacer bastante bien.

Aquel trato podría valer para el día a día, no para mis «crisis dubitativas». Todavía no tenía claro por qué le gustaba a aquel hombre, o cómo podría gustarle a nadie de este mundo. *Pensamiento intruso*, así que, de vez en cuando, debería explicármelo.

—Es un trato justo, lo intentaré con ganas y espero no defraudarte —dijo, poniéndose serio.

—Y tengo otra petición —negocié.

—¿Más cláusulas?

—Un beso cada vez que nos saludemos, otro cada vez que nos despedamos y un abrazo cada, aproximadamente, diez veces que nos juntemos por el pasillo.

—Acepto.

También lo dijo con seriedad, había dejado de bromear. Yo cambié el tema para aligerar y divertir el momento:

—Acabas de confesar que te pongo, ¿eh?

Él carcajeó con una de sus sonrisas ligeras, aliviado por entrar en su zona de confort.

—No mucho, pero nadie más que tú quiere acostarse conmigo, así que... eres mi única opción.

Nos reímos porque los dos habíamos firmado un contrato. Bajo ese comentario se ocultaba lo opuesto, que le ponía muchísimo. Le pegué una pequeña colleja cariñosa y dije con tono jocoso:

—¿Por qué eres tan capullo?

—Porque luego florezco. —Yo me reí con aquello—. Anda, vamos a tomar unas cervezas y a celebrar tu oportunidad de empleo. —Me abrazó y me besó la mejilla.

Obsesión

Transcurrió el tiempo sin su habitual papel protagonista, veloz y sin trascendencia. Exactamente nueve meses. Moret y Alona pasaban la mayor parte del tiempo juntos. Trabajaban durante todo el día y compartían pequeños viajes a los pueblos aledaños para ampliar su negocio. Todo parecía estrictamente profesional ante los ojos de la gente, que desconocía la ternura que sentía el uno por el otro.

Alona seguía de luto. No compartía la frecuente inquietud por la vida que mostraban los habitantes de la casa; aquel ruido, aquella emoción contenida en cada rincón..., era algo que la molestaba, ya que la joven moría por dentro y no sentía ganas de inquietarse por nada. El recuerdo de Dominique ocupaba casi la totalidad de sus pensamientos.

Pero aquel día, el alboroto se acentuó, al celebrarse el baile del fin de la maduración de las uvas y el comienzo de la recogida. Moret lo festejaba cada año: «la recogida de las uvas es uno de los momentos más duros del año. Antes de que dé comienzo, me gusta invitar a los trabajadores a buen vino y comida, para que cojan fuerzas y se sientan con energías para trabajar. Quiero que sepan que entiendo su duro trabajo y que les premio por ello. ¡Los trabajadores contentos hacen mejor vino!», le dijo un día Moret a una Alona, todavía muy pequeña.

Los sirvientes preparaban todos los detalles de la fiesta. La música ensayaba en el gran salón. La joven bajó a echar un vistazo; con sus veintidós años había ganado en elegancia y serenidad, y los hombres, incluido el servicio, no podían reprimir mirarla con admiración. Alona ya no sentía orgullo al despertar tanto interés. No le ocurría como cuando era una niña; ahora este hecho le hacía recordar una y otra vez que Dominique seguiría vivo si ella no hubiese coqueteado con Pierre en aquel primer baile, o si no hubiese sentido la curiosidad de llamar la atención de su joven enamorado. La culpa era su nueva amiga.

La señora Méndez le confeccionó un bonito vestido para la ocasión. Se lo probó delante del espejo: era dorado y brillante, y su estrecha cintura acababa con un vuelo muy pomposo. Se veía radiante, aunque en su mirada había desaparecido la fogosidad, la ilusión y la fuerza.

Detrás de las cortinas observó a la gente que iba llegando, el salón estaba casi al completo. Los hombres saludaban con un apretón de manos a sus amigos, y las mujeres, con sus mejores galas, se reunían para comentar los vestidos de las demás. Todo el mundo estaba tan ansioso por vivir y disfrutar... Era tedioso. Alona odiaba aquel baile, por recordarle tantas cosas: el día que conoció a Pierre, el día que condenó a Dominique.

Llegó Martina del brazo de su marido y una pequeña chispa de revuelo atizó el corazón de Alona.

El mayordomo y su potente chorro de voz interrumpieron la escena. Se abrieron las cortinas rojas de terciopelo.

—Señoras y señores, pronto comenzará la recogida de la uva, y como cada año hacemos su celebración. Sin embargo, en esta ocasión me gustaría recordar un motivo de alegría: Alona Solís, discípula del señor Moyano, vuelve a estar entre nosotros; llegó de Francia, donde ha disfrutado de

una exquisita formación, y es oportuno darle su merecido reconocimiento por la gran labor que hace. ¡Estamos en buenas manos, señores! Con todos ustedes me gustaría poder darle la bienvenida que merece. —La gente aplaudía entusiasmada.

Martina y Victorino se cogieron de la mano y abrieron la cortina de terciopelo para dar paso a la joven. Formaban una bonita pareja y todo el mundo los miraba con envidia. Incluida Alona.

No se había imaginado que tendría que sufrir aquello, hubiera querido pasar desapercibida. Esta vez bajaría la escalera sola, tan solo la horrible angustia la cogería de la mano. Todo el mundo aplaudía. Los hombres la miraban con descaro, en ese instante no necesitaban una excusa para poder observarla con detalle. El vuelo de su vestido dorado tintineaba al ritmo de la luz. Su elegancia adquirida en los grandes salones de París y el carmín de Marie la alzaban del resto de las mujeres allí presentes. Y lo que más destacaba en ella eran sus facciones. El pelo recogido en un refinado moño dejaba al descubierto todo el rostro. Una triste pero profunda mirada azul, con las cejas algo fruncidas a causa del dolor; una tez dorada por las horas de trabajo en el campo y los gordos labios ligeramente rosados y entreabiertos para poder coger todo el aire que la pena le estaba robando.

Moret la observaba desde abajo. A su alrededor, todo el mundo hablaba sobre la joven; algunos comentarios elegantes escondían lujuriosos pensamientos. Un fuerte dolor invadió su pecho. Era el amor que le hablaba a gritos: «Déjate de tonterías. Alona debe ser tuya. Es la mujer que estabas esperando, la elegida. Tu compañera. Está sufriendo, está sola y siempre te ha amado. Tu deber es cuidarla. Ya no es una niña, todo el mundo la desea, y ella quiere ser solo tuya».

Aunque no lo tenía planeado, Moret comenzó a subir las escaleras al encuentro de la joven. Alona quedó estupefacta, incapaz de realizar ningún movimiento. Sus labios se entreabrieron un poco más y sus cejas se arquearon con sorpresa. Pensó que tal vez la acompañaría en el descenso de la escalera, para que no tuviese que hacerlo sola. Pero no fue así; a una comedia distancia, Moret se detuvo nervioso y la miró con sinceridad. Se puso de rodillas y la cogió de la mano.

—Alona Solís... —Todo el mundo sabía qué ocurriría a continuación, pero nadie podía creerlo, por lo que el ambiente chirriaba tenso y expectante—. ¿Quieres ser mi esposa?

La felicidad derribó con fuerza la angustia y la pena, que sin esfuerzo cayeron por las escaleras, como una ola que arrasa un castillo de arena. Moret había salido de su escondite para amarla delante de todo el mundo, sin vergüenza. Con sinceridad y de modo espontáneo.

—¡Sí! —explotó su alegría.

Moret se levantó y la besó en la mano, correcto, contenido. Ambos se cogieron entre aplausos y bajaron juntos las escaleras. Alona miró a Martina, que se llevaba las manos a la boca, estupefacta. ¿Cuántas veces habían hablado de la posibilidad de aquel instante? Finalmente consiguió reaccionar para lanzar una mirada alegre y cómplice. La señora Pody se apoyaba en Luis para coger aire mientras se abanicaba con agitación.

Moret pidió una canción y ambos bailaron delante de todos los presentes. Agarrados y mostrándose como compañeros al resto del mundo. Sin escondites en sus miradas. Cuando la canción hubo terminado, todos se sentaron a cenar; esta vez Alona al lado de su prometido, sin necesidad de realizar estratégicos planes para conseguirlo. Moret había logrado traer la felicidad a las facciones de la joven, que ahora reía drogada por su enamoramiento.

Alona aprovechó para hablar con Martina.

—No puedo creerlo —repetía su amiga una y otra vez—. ¡Enhorabuena!

—Gracias... —Ella tampoco podía creerlo.

—¿Sabías que te lo pediría?

—No.

—¿Lo habíais hablado? ¿Te contó que te amaba?

—Algo parecido...

—¿Por qué no me lo dijiste? —Dominique acudió a la mente de Alona.

—No me sentía muy feliz. —Martina la miró con ternura, y se abrazaron de nuevo.

La señora Pody también acudió a la conversación y comenzó, como de costumbre, a atropellar cada palabra con la anterior. Su excitación y felicidad por la niña era admirable, pero abrumadora su incapacidad para coger siquiera aire. Alona no podía dejar de mirar a su señor. No, a su prometido. Esta vez ideó un plan que sabía que daría sus frutos.

Primero se aseguró de que Moret observara cómo ella se disculpaba ante el resto de asistentes y escapaba del salón por la puerta del servicio. Antes de marcharse, lanzó una mirada cómplice al objeto de su deseo. Moret se disculpó y la siguió entre bastidores.

Todo comenzó como un tango: lento, con notas de piano solitarias y débiles. Se persiguieron hasta llegar al lugar más deseado de todos, subiendo las escaleras de caracol, a la sala de estudios. Con los amplios ventanales que vigilaban la noche y las grandes estanterías de libros que presenciaban la escena.

Él la observaba en silencio. Sereno, cerró la puerta. Las notas de piano aumentaron su frecuencia y profundidad. Ella revoloteaba con gracia parisina alrededor del escritorio. Allí había comenzado todo. El conocimiento, las horas compartidas, los gestos estudiados, la admiración despechada, el enamoramiento adolescente que turbaba a Moret...

Un violín añadió tensión y deseo a aquel baile. Obsesión acumulada durante años..., durante casi una vida para Alona.

Un acordeón incitó a la fuerza, unos pasos de acercamiento, lentos. Moret la agarró de la cintura. Alona se puso a temblar. Entonces, la agarró con más fuerza, lo cual no arreglaba nada, pues Alona temblaba todavía más. Se juntaban para compartir lo mismo, convulsionaba mientras sentía cómo todo su cuerpo se pegaba al de su hombre. Con sus brazos, acariciaba cada contorno de su espalda, y su abdomen se pegaba deliciosamente al suyo. No parecía el señor educado de siempre, sino alguien libre de rasgos humanos y presa de los más primitivos instintos que acompañaron un beso. Las lenguas se empujaban en batalla mientras las manos recorrían espías nuevos escondites. No había reglas, no había sentimientos ni rincones prohibidos que explorar. Tan solo libertad e intimidad.

La música advertía de lo inevitable en el momento en el que Moret levantaba a la joven sin esfuerzo y la colocaba con contenida delicadeza sobre el escritorio, sobre los papeles, las ideas y sueños de sus cabezas plasmadas en papel; la pareja bailaba desnuda y profundamente unida con sus corazones llorando.

La voz desgarrada y afónica del cantante añadió la turbación. Tensión que fluía como un torbellino sin salida, haciéndose cada vez más insoportable dentro, inquieta, buscando sin control una manera de huir de su encarcelamiento, manteniéndose deliciosamente hasta que gracias al conjunto rasgado de instrumentos en sus sudorosas notas escapó para dejar paso al silencio y la paz...

Felicidad

Tan solo faltaban dos semanas para la boda, y todo el mundo seguía comentando con cierta incredulidad los acontecimientos del baile. Alona volvía a repasar los detalles una y otra vez, tumbada en su cama intentando creer que todo lo soñado se cumplía. Cuánto había tenido que luchar, cuánto vivido antes de que se le concediese su anhelo, y en dos semanas se convertiría en la mujer del hombre más inalcanzable; por lo menos eso había creído siempre... Inalcanzable...

A menudo, Moret salía a pasear con su prometida. En el espesor de los viñedos y bajo la complicidad de los grillos, que con su estruendo podían esconder cualquier otro sonido, Alona intentaba hacer de su prometido un hombre poco correcto. Lo deseaba con una fuerza incontrolable y, aunque él no podía escapar a sus encantos, su religión le obligaba a respetar a su prometida hasta el matrimonio.

—Alona, déjalo. Tan solo quedan dos semanas.

—No lo entiendo... En el baile... —le recordó ella.

—No vuelvas a mencionarlo. ¿Me oyes? Fue una debilidad que no volveré a cometer.

—Yo no lo recuerdo como una debilidad por tu parte... —Sonrió, pícara. Él se ruborizó.

—Eres el mismo diablo —contestó ella, entre risas. Parecía un hombre más risueño.

—No lo entiendo... ¿Cómo puede tu Señor...?

—Nuestro Señor —le corrigió sin dejar que acabara la pregunta.

Alona no estaba muy segura de eso. ¿Cómo podía su Señor haber dejado morir a una persona tan buena como Dominique?

—Nuestro Señor, entonces... ¿Cómo puede prohibir algo tan puro? ¿No es Él ejemplo de amor? ¿No es acostarse con alguien un gran acto de amor?

Aunque tal vez morir por alguien a quien amas, como lo hizo el joven médico francés, lo superaba todo. ¿Cómo podía Dominique no ir al cielo por mucho que hubiesen compartido cama en una ocasión?

—No es algo puro. El acto en sí cumple un gran objetivo, el de procrear, y se debe utilizar para este fin y, por supuesto, con la mujer a la que amas. —Alona se enfadó.

—Si no es algo puro, ¿es que soy algo sucio y vergonzoso para ti? —La muchacha dio media vuelta y con paso decidido se dispuso a abandonar el lugar; él le dio alcance.

—Claro que no, te amo, pero Dios espera que haga un juramento frente al altar antes de... Ay, mi niña... —¿Aun siendo su prometida no dejaría de verla como una niña? Su rabia aún mordía con más fuerza.

—¡No me llames «mi niña»! Lo odio con todas mis fuerzas y siempre lo he odiado.

Moret asintió con una sonrisa mientras le acariciaba la mejilla. Con ese gesto calmó a la fiera que ella llevaba dentro, haciéndola ronronear.

De camino a la mansión recorrieron los parajes en silencio, y agarrados de la mano. Alona pensaba que Moret no era feliz del todo. Se mantenía muy arraigado a sus creencias y a lo que todo el

mundo consideraba lo correcto, sin pararse a pensar siquiera qué era lo que él consideraba adecuado. La joven estaba dispuesta a liberar aquella alma encarcelada por una educación seguramente muy severa y por unos acontecimientos de la infancia bastante traumáticos.

—¿Qué opinarían tus padres sobre mí?

Moret se puso muy nervioso ante aquella pregunta.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Crees que les gustaría?

—Eres lo que siempre me han hecho buscar —dijo ausente, entre un murmullo casi inaudible.

Entonces se colocó frente a su amado y agarrándole la cara se dispuso a besarlo en la boca. Con cierta alegre brusquedad. Para su sorpresa, él evitó el gesto diciendo:

—Discúlpame, mi amor, tengo unos asuntos en casa de los Quintero. ¿Puedes continuar tú sola el camino hasta la mansión?

Y su hombre, todavía inalcanzable, se guardaba su secreto mientras se alejaba por el polvoriento camino. Nunca dejaría de ser un ser solitario con una mente purgativa que le hacía sentir culpable a cada momento. Pero lo amaba por cómo era, también por todo aquel sufrimiento y por todas sus facetas. Si era así como debía acompañarlo para el resto de su vida, lo haría.

Increíble.

No podía creerlo. ¿Era una casualidad? Una casualidad muy macabra.

Llevaba tres horas sumergida en un mar de recortes de periódicos. Bárbara me había llamado el día anterior, me puso un fajo de papeles sobre la mesa y dijo:

—Aquí lo tienes. He buscado en una base de datos utilizando palabras clave. Me temo que existen muchos más Moret y Alona de los que te pensabas. Ahora te toca a ti seleccionar las noticias que te interesen. Tienes mucha faena, te aconsejo que te prepares una cafetera entera y que te tomes un trozo de tarta para aliviar el trabajo.

—Gracias, Bárbara. Lo que voy hacer es ¡comprar una tarta entera para ti!

Tras un buen rato filtrando noticias encontré un texto con poco sabor, pero que cercioraba mis sospechas. Alona y su historia eran reales. La noticia aparecía señalada en la sección de sociedad:

Diario de Villa Rocosa, 24 de junio de 1858

BODA ENTRE VIÑEDOS

El señor Moret, tras la pedida de mano con la que nos sorprendió en uno de los lujosos bailes a los que nos tiene acostumbrados, contrajo nupcias con la señorita Alona Solís con fecha 23 de junio.

El soleado día acompañaba a la estruendosa fiesta, en la cual sobresalía la elegante hermosura de la novia. Con vestido blanco ajustado en la cadera y un velo semitransparente, Alona Solís dijo el «sí quiero» a su anterior señor e instructor de oficio para convertirlo en su marido.

Todos los trabajadores y la prensa local fuimos invitados a la ceremonia y al banquete nupcial. Con exquisitez y cortesía, la fiesta duró hasta el atardecer.

Desde el periódico agradecemos la invitación a un gran señor que obra cordial con nuestra comunidad.

Un día antes de la boda, a Alona la despertó un beso en la mejilla. Moret, con una mirada más joven de lo habitual, la observaba con atención:

—Vístete y ven conmigo.

La muchacha no dudó un instante. Se levantó de un salto y se dirigió hacia el biombo del dormitorio mientras preguntaba:

—¿Adónde me llevas? —Al observar con mayor detenimiento a su enamorado, vio su ropa y las manos manchadas de tierra y advirtió que desprendía un fuerte olor a sudor, dulce y delicioso—. ¿Por qué estás embarrado? Son las seis de la mañana... ¿Qué has estado haciendo?

—Madre mía... —parecía realmente sorprendido—, ni siquiera me he parado a pensar en mi aspecto... Me asearé un poco mientras tú desayunas. No tardaré. ¡Vaya descuido! No puedo ir así a donde vamos.

—Y... ¿adónde vamos? —repitió ella con insistencia.

Le encantaba aquel juego; y cuanto más tiempo durase la curiosidad, mejor. Su prometido le dio un beso en la frente antes de marchar, veloz e inquieto.

Durante el desayuno, la señora Pody no podía dejar de sonreír. Lo sabía todo, Alona estaba segura de eso y pensó que no podría soportar las ganas de contar lo que estaba ocurriendo, ya que era muy dada a hablar. ¡Cantaría!

—¿Adónde me lleva?

—Oh, no, no... No voy a contárselo. Tengo órdenes directas del señorito de guardar silencio.

—¿Cómo puede ser, señora Pody? Pensaba que estaba usted de mi parte...

—Por eso mismo debo guardar secreto, señorita. —La abrazó dulcemente—. Cuánto ha crecido. ¡Me alegro tanto de que vaya a ser tan feliz! Después de todo lo que ha ocurrido, quién lo iba a decir... Estaré eternamente agradecida al señor... —dijo mientras se alejaba para no caer en la tentación de hablar.

Por fin Moret bajó las escaleras con paso apresurado. Llevaba puesto un traje informal, pero elegante y juvenil, como cada detalle de su persona aquel día.

Recorrieron una vez más el fino camino envuelto en helechos, cruzaron el puente y se refrescaron con las gotas que escapaban de la cascada hasta llegar a la gran planicie.

—De alguna manera, todos los acontecimientos importantes de mi vida han estado relacionados con este verde rincón... —dijo Alona.

—No creo que vuelva nunca a ser tan verde...

—¿Por qué lo dices? —Alona quedó en silencio.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, para asomarse y poder captar tanta belleza. La explanada estaba cubierta por miles de rosas rojas. Estaba tan extasiada con aquella visión que no podía emitir ni un solo sonido.

—No dices nada... ¿Acaso es demasiado ostentoso? —preguntó Moret.

—En absoluto...

—Nadie podrá quererte tanto como yo nunca. —Dominique pasó por la cabeza de Alona un segundo—. Vamos. Tienes que verlo de cerca.

Las rosas serpenteaban entre sillas. Habían dejado libre un pequeño pasillo. Lo recorrieron y llegaron a una tarima blanca. Al fondo se observaba y se respiraba el mar.

—Aquí es donde vamos a casarnos —dijo Moret.

Alona sabía por qué su prometido había elegido aquella explanada como el lugar de la ceremonia. No solo por todos los acontecimientos que se habían desarrollado en ella, ni por ser el lugar al cual le gustaba huir para pensar, sino porque allí debajo, entre las rocas, se escondía la guarida del recuerdo de sus padres. Aquel habitáculo en el que, de alguna manera, ellos estarían presentes.

Pero esa noche la joven apenas pudo dormir. Recreaba en su imaginación el día de su boda, imaginándose de la mano en aquella explanada roja. Con los primeros rayos de sol llamaron a su puerta. Era Martina:

—No te he despertado, ¿verdad? Suponía que no habrías podido dormir en toda la noche, te conozco bien.

—Es una pena que yo no pudiese estar en tu boda. Me hubiese gustado verte tan feliz como lo estoy yo ahora —comentó Alona—. Hubiese luchado contra viento y marea por venir, si lo hubiese sabido.

—Lo sé. Ahora ya basta de tonterías, vamos a ponerte el vestido de bodas y a arreglarte.

Alona se dio un baño perfumado y después su amiga insistió en cepillarle el pelo.

—Tengo que agradecerte todo lo que has hecho por mí siempre, Martina.

—¿Y qué se supone que he hecho?

—Ser como eres.

—Eso no me ha causado mucho esfuerzo. —Empezó a reír.

—Lo digo en serio. Cuando murieron mis padres y vine aquí, toda mi vida cambió. Todo el mundo me agotaba con preguntas. Sin embargo, tú no lo hiciste, pero estuviste a mi lado, justo cuando necesitaba a alguien que escuchara. En vez de consolarme con palabras vacías, un día me diste un abrazo y me ofreciste ir a buscar hierbabuena... ¿Recuerdas?

—Sí. Te gustaban tanto las clases de Moret que intenté distraerte con la lección de aquellos días. ¡Hierbabuena! —Martina empezó a reír—. ¡Cuánto hemos aprendido desde entonces!

—Eras tan ligera..., como una bocanada de aire si te estás ahogando. Tu manera de preocuparte por mí ha sido perfecta. Siempre podrás contar conmigo para lo que quieras.

Las dos amigas comenzaron a reír, cada una con una disimulada lágrima de agradecimiento oculta en el ojo. Sin embargo, no pudieron ocultar el lloro una vez que Alona se hubo puesto el vestido. Estaba tan hermosa... de blanco marfil con un estampado revoltoso en espiral y de estrecha cintura. El velo solo dejaba entrever sus curiosos ojos.

—¿Me cogerás la cola del vestido?

—Por supuesto. Además... —dijo Martina, algo misteriosa.

—¿Qué pasa?

—No te lo vas a creer, pero tengo un regalo para ti. En un principio no pensé que fueras a acordarte; puede que ahora tenga un significado aún más especial.

Martina sacó de un bolso de mimbre un precioso ramo de flores. Al inspeccionarlo bien, Alona pudo observar que entre lavandas y rosas blancas se ocultaban unas pequeñas hojitas de hierbabuena.

—Era para recordar viejos tiempos, aunque te me has adelantado. ¿No huele bien tu ramo de novia?

Alona no podía creer la gran conexión que existía entre ambas.

Pronto llegó en carromato a la explanada para iluminar aún con más fuerza el escenario. Al final del camino, Moret Moyano esperaba con pausada tranquilidad, como acostumbraba a mostrarse. La gente se puso en pie. Todo el mundo a quien ella amaba estaba presente. A excepción de Dominique. Aunque en realidad, él la seguía allí donde iba.

Desde que comenzó a dar sus primeros pasos hacia el altar, todo fue rapidísimo, flotando en una nube que le impedía sentirlo todo con fuerza, Alona decía el «sí quiero», besaba a su esposo, se ponía el anillo y participaba del banquete presidiendo las mesas y recibiendo la enhorabuena de todo el

mundo. La fiesta duró toda la tarde, y cuando el sol fue desapareciendo de la pista de baile, todos estaban lo suficientemente embriagados como para no percatarse de que la pareja recién casada escapaba de escena.

—Tenía que huir de todo el mundo —dijo Moret mientras se desabrochaba el botón de la camisa.

—¿No lo estás pasando bien?

—Es el día más feliz de mi vida, pero ahora solo pienso en ti. Todavía no consigo entenderlo... ¿Cómo he conseguido merecerte?

—Porque nací para amarte, y todo lo que ha ocurrido en mi vida y en todo lo que ello me ha convertido me ha preparado para ser tu compañera. Aunque...

—¿Qué ocurre? ¿Dudas?

—Un poco...

—Dime... ¿Por qué sufres?

Alona disfrutó con la expectación causada en su marido.

—Porque, querido señor Moret... —no pudo contener más su risa—, eres poco alocado.

—¿«Poco alocado»? ¿Y eso es algo por lo que debas sufrir?

—Por supuesto.

—Vaya... Yo lo considero uno de mis mayores atributos...

—Pues no lo es. —Alona volvió a reír.

—¿Estás segura de eso?

—Sí.

—Debo advertirte entonces... Te arrepentirás de lo que has dicho...

—No. —Alona contestaba con monosílabos ocultos por una ligera risa.

—Puedo ser muy alocado...

—No creo... No te preocupes, yo te querré de por vida tal y como eres. Incluso con tu falta de locura.

—¡Eso debo remediarlo! ¡Ya verás!

Cogió en brazos a su esposa y la llevó sin dificultad hasta la gran explanada, ahora desierta y de color grisáceo porque los rayos del sol habían abandonado la tarea de dorar la escena. Allí arrojó a su amada sobre una cama de rosas. Mientras Moret arrancaba su ropa, impulsado por la ferocidad que le otorgaba el permiso de su Señor para lo que estaba a punto de ocurrir, Alona se pinchó en la piel con algunas de las espinas, lo que acentuaba todavía más su deseo. Cada pequeño pinchazo le recordaba aquella locura; su esposo mostraba una faceta totalmente diferente a la habitual, olvidándose de cualquier regla, de quien pudiese verlos, e incluso del dolor físico de las espinas, para entregarse al deseo. La luna iluminaba con su plata el rostro de la joven, que apenas podía respirar. La felicidad revoloteaba en su cuerpo como una mariposa cada vez más grande.

Por fin ambos decidieron dejar volar libre a la mariposa y entonces Moret apoyó la cabeza sobre el pecho desnudo de Alona. Tras unos minutos de relajado silencio, abrieron los ojos a la realidad.

—Mi amor, ¿qué te he hecho? —preguntó él, alarmado.

—Feliz.

—No, no... ¡Estás sangrando! —Se levantó con brusquedad para observar las pequeñas manchas de sangre que envolvían a los dos.

—Son solo unos rasguños. Tú también los tienes.

—¿Pero...?

—Es por las espinas de las rosas. Ya ves, ni siquiera las has sentido... —Alona besó a su hombre en la mejilla, risueña.

Moret se levantó agitado por lo ocurrido, y de nuevo cogió a su esposa en brazos mientras la envolvía en su propia ropa. Comenzó a andar en silencio; no se dirigían a la mansión, como Alona pensaba, sino que pararon a orillas del conocido río, el que sabía que estaba condenado a morir en el

mar.

—Tenemos que limpiar estas heridas. ¿Por qué no nos damos un baño? —sugirió Moret.

—¿Aquí? Cualquiera puede vernos.

—¿Quién es ahora la «poco alocada»? —Alona se ruborizó. En verdad la estaba sorprendiendo—. ¡Sígueme!

Se lanzó desnudo al río, que en su tramo final apenas cubría el cuerpo del hombre. Alona imitó su gesto y se estremeció ante las gélidas aguas. Tras cruzar nadando la parte con menos caudal, alcanzaron un meandro en el cual una pequeña presa natural de rocas procuraba un pequeño remanso oculto, algo más profundo. Allí Moret se detuvo y la abrazó.

—Aquí no podrán vernos. Estamos en medio de la nada.

—¿Vienes a menudo?

—Confieso que sí. Estoy un poco loco... —dijo Moret, riéndose con una de las risas más ligeras que Alona hubiese visto nunca.

Aprovechando aquella complicidad que nunca antes había surgido entre ambos, añadió:

—Una vez, cuando era muy pequeña, pero ya podía amarte... —Moret rio de nuevo—, te seguí hasta la explanada.

Esta vez, él se movió en el agua, algo inquieto. Ante su silencio, Alona se atrevió a continuar:

—Te vi lanzándote al mar. Creí que habías muerto y pensé que toda mi vida se había acabado.

—Bueno, ya ves que no. Puedes comprobar que estoy más vivo que nunca. Tengo varias vidas. — Parecía algo aliviado, aunque aún expectante por lo que la joven pudiese decir.

—No seas tonto. Me obsesioné con que pudieras guardar un gran secreto. Debo confesar que en mi infinita imaginación llegué a pensar que eras un ser sobrenatural. Puede que un vampiro o un hombre lobo... Ya que habías caído al mar, tal vez... ¿Eras una sirena? —bromeó, intentando relajar el ambiente sin llegar a conseguirlo—. Sin embargo, hace poco descubrí lo que había ocurrido.

Moret la apartó de su lado con brusquedad.

—¿Qué crees que ocurrió?

—Encontré tu rincón en la roca.

—¿Cómo? Dime... ¿Entraste? —La apretaba fuertemente con las manos, casi le hacía daño.

—La puerta no estaba cerrada, así que...

—¡Eso no importa! —gritó mientras se alejaba nadando—. No vuelvas a hacerlo... ¿Me oyes? ¡No se te ocurra volver a entrar! —A unos metros, giró para encarar a la joven con furia—. No está bien que enredes sin permiso. Eres excesivamente curiosa. Necesito cierto respeto por mí y mis cosas. ¿Entiendes?

—No... No entiendo que no quieras compartir esto conmigo. Soy tu compañera. ¿Acaso no tu confidente? Puedo comprender que tengas un lugar para recordar a tu familia. No veo nada vergonzoso en ello. —Alona se acercó a su esposo y con estas palabras consiguió calmarlo—. No volveré a entrar, te lo prometo. Quiero que sepas que admiro lo que guardas allí abajo. Es bonito que tengas un altar para tus padres.

—¿De verdad?

—Sí. De hecho te quiero todavía un poco más por echarlos de menos de esta manera.

—Está bien —aceptó él, algo más calmado—. No se te ocurra volver a entrar y no vuelvas a mencionármelo nunca.

—Está bien —repitió ella—. Pero debes saber que siempre te querré por todo lo que eres.

De nuevo hicieron el amor bajo las gélidas aguas, y aunque Alona tenía absolutamente cada poro de la piel estremecido, sintió que su esposo no se entregaba con la misma sinceridad que sobre las espinas. Algo turbaba su mente. Apareció aquella chispa de misterio en su mirada, aquel secreto que Alona seguía intentando cazar en sus gestos, y al tiempo que asomaba la misma curiosidad que crecía en ella cuando era una niña.

Los siguientes días fueron a cada cual más hermoso. La primera mañana juntos, Moret le trajo flores para despertar con la fragancia del recuerdo de la noche anterior, la llevó a la ciudad en numerosas ocasiones para deleitarse con los mejores manjares, la sorprendía con regalos y detalles y nadaron desnudos en el remanso del río... Toda la atención que no le había procurado cuando era una niña, la había guardado para ofrecérsela ahora.

El único atisbo de nubosidad que cubría aquellos soleados días era la conducta que en ocasiones mostraba Moret cuando se veía expuesto a otros. En la intimidad parecía un hombre prácticamente libre; sin embargo, en compañía de otras personas, las reglas y los modales acudían con fuerza a su comportamiento. Respetaba a Alona delante de todo el mundo, siempre que esta actuase correctamente y no diese muestras de cariño o de excesiva complicidad en público. Este hecho hacía sufrir en ocasiones a la joven, pero entendía que así era su marido y que así debía quererlo; de alguna manera también admiraba todo eso. Ahora era la esposa del señor del viñedo, debía moldearse según la circunstancia.

Alona adoraba su vida. Tenía buenos amigos, y disfrutaba de su inalcanzable amor alcanzado y de su adorado trabajo presente cada día. Pero algo cambiaría.

Una mañana respiraba los rayos de sol para culminar su felicidad cuando de repente le entraron unas incontrolables náuseas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su amiga mientras Alona vomitaba en un arbusto.

—Sí, sí..., ayer debí de cenar en exceso.

Pero no se encontraba bien. A media mañana, mientras levantaban de la cama a una mujer inválida, Alona se desmayó y cayó al suelo. Despertó enseguida; tan solo pasó unos segundos inconsciente, lo suficiente para alarmar a Martina y obligar a su amiga a reposar durante todo el día. Llamó a Victorino y entre ambos la acompañaron hasta su casa, donde la tumbaron y dejaron descansar.

Victorino fue en busca de Moret. No tardaron en aparecer, con preocupación en sus gestos.

—Estoy bien —le dijo a su esposo.

—No hace más que repetir lo mismo, esta mañana ha vomitado y se ha desmayado en casa de la señora Gilbert.

—¿Ha perdido la conciencia?

—Solo un segundo. —Moret colocó la mano sobre la frente de su esposa, asustado.

—Está hirviendo... ¿Recuerdas cómo perdiste el conocimiento?

—No perdí el conocimiento... Tan solo me mareé al agacharme y levantarme de nuevo; fue la brusquedad del gesto lo que me tumbó. Intentaba levantar a la señora Gilbert. Esa mujer tiene el lecho demasiado cerca del suelo..., habría que decirle que lo levante un poco si quiere que su esposo siga cuidando de ella sin padecer de la espalda.

—Deja de pensar en el trabajo —le reprochó Martina, gruñendo con los brazos cruzados y la cara roja.

—Se te ve pálida. —Moret continuaba con su diagnóstico.

—Eso es porque tengo mucha hambre y Martina no quiere darme nada de comer.

—Has vomitado esta mañana. No quería arriesgarme, tal vez no sea bueno... Todavía no sabemos qué te ocurre —se defendió.

—Ay, amiga, si algo he aprendido es que el cuerpo es más sabio que todos nuestros conocimientos... Si me pide comer, debería hacerlo. —Martina miró con suspicacia a Moret y él asintió con la cabeza.

—Está bien, le diré a Luis que nos prepare algo.

Todos volvieron a guardar silencio, sin dejar de observar a la joven, preocupados.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Alona—. Dejad de mirarme como si me estuviese muriendo.

Moret quedó espectralmente paralizado ante aquel comentario.

—Aún no ha llegado tu hora, mi amor.

Ella se rindió ante tanto dramatismo y respiró profundo.

—¿Qué es ese aroma?

—No lo sé, yo no huelo nada... —contestó Martina.

—Yo tampoco —dijo Victorino, que olfateaba como un sabueso en busca de un rastro.

Las fuertes náuseas comenzaron de nuevo a zarandear a la joven, que salió corriendo de la cama para vomitar a escasos metros de los presentes.

—Lo siento. Huele a cebolla —concretó mientras se recogía el pelo.

—¿A cebolla? —repitió Martina—. ¡Luis! Ven, por favor.

—¿Sí, señora?

—¿Qué estás cocinando?

—Iba a hacer mi famoso guiso...

—¿Lleva cebolla?

—Ahora mismo la estaba cortando —contestó con cara de no entender a qué venía tanta pregunta sobre las cebollas habiendo un charco de vómito sobre el suelo de la habitación—. ¿Quiere que limpie eso, señora?

—Si eres tan amable —pidió Martina con aire ausente—. Parece que se te está agudizando el olfato. Esto es muy raro... ¿Por qué tienes ganas de vomitar con la cebolla? Siempre te ha gustado.

—Tienes razón... No lo entiendo...

Martina quedó pensativa mientras se toqueteaba la barbilla en silencio, Moret miraba a su esposa observándola clínicamente, Luis salió de la habitación en busca de un utensilio adecuado para limpiar aquel estropicio, Victorino se mantenía alerta esperando a que los presentes comentaran sus hipótesis y Alona se quedó con la vista perdida mirando el charco de vómito. Las páginas de los libros, los conocimientos adquiridos, los datos clínicos y los síntomas acudieron a su mente para ser analizados con detenimiento. Y de pronto supo lo que le estaba ocurriendo. Las lágrimas acudieron a sus ojos y se dirigió a su hombre con mayor ternura de la que había sentido nunca. Sin poder controlar el llanto, le dijo:

—Moret, amor mío... —No hizo falta decir más.

Él comprendió al instante lo que sucedía y también comenzó a llorar. Martina miró hacia Victorino con la cara contraída con palidez, mientras este se temía lo peor. Pensó que a su amiga no le quedaba mucho tiempo de vida.

Entonces Alona comenzó a correr entre llantos hacia su amado para subirse sobre él a horcajadas, abrazarlo y llenarlo de besos. No dejaba de repetir:

—¡Soy tan feliz!

Victorino no entendía nada, miraba a su mujer en busca de alguna explicación, mientras ella solo podía observar la escena con la boca abierta.

—¿Puede alguien decirme que está ocurriendo? —preguntó, ahora algo enfadado.

—Está embarazada —contestó Martina mientras Moret abrazaba y besaba a su mujer con lágrimas de felicidad en los ojos.

Diario de Villa Rocosa, 15 de agosto de 1858

CELEBRACIÓN EN HONOR A UNA NUEVA VIDA EN CASA DE LOS MOYANO

El gran viñedo rebosa felicidad. Primero nos sorprendieron con la gran pedida de mano,

después con la gran ceremonia nupcial y poco más tarde anuncian la llegada de un bebé a nuestra localidad.

El próximo viernes se celebrará un baile en honor del acontecimiento en la gran mansión. Todos los trabajadores de los viñedos, amigos de la familia y la prensa estaremos invitados a la fiesta.

¡ENHORABUENA A LA PAREJA!

Pensé que Moret y su esposa habían sido una especie de «celebrities» de su época.

Entre los montones de papeles que Bárbara me había dado, encontré exactamente las mismas noticias que Alona halló en el escondite de Moret debajo del acantilado. Copias exactas, cerciorando así no solo que Alona realmente existió, sino que lo que se contaba sobre ella también podía haber ocurrido. Estos eran los titulares:

SE ENCUENTRA EL CADÁVER DE UNA MUJER EN EL MAR
NUEVOS ACONTECIMIENTOS EN TORNO A LA MUERTE DE AMADORA CRUZ
LA POLICÍA NO AVANZA EN EL CASO DEL ASESINATO DE AMADORA CRUZ
SUICIDIO EN LOS VIÑEDOS MOYANO

No podía entender por qué aquel diario había llegado a manos de mi madre, ni cómo se relacionaba con su muerte, ni por qué estaba escrito a mano, ni, lo más importante, ¿quién había narrado la historia de aquella chica? ¿Y por qué?

Y si...

¿Y si el secreto que guardaba Moret, ese que Alona se empeñaba en descubrir, tuviera algo que ver con la muerte de mamá?

Increíble.

No me lo podía creer. ¿Era una casualidad? Una casualidad muy macabra.

Tumbados sobre la cama, la pareja embarazada respiraba feliz.

—Sé que no te hace mucha gracia, pero tus síntomas son prematuros y el embarazo puede ser complicado.

—Ya lo sé. No me hables como si no entendiese de medicina... Creo... No, estoy segura de que ahora mismo sé más que tú.

Moret sonrió, divertido, por la competitividad que mostraba su esposa. Estaba orgulloso, se sentía agradecido porque era ella quien había luchado por ambos desde que se conocieron, quien había apostado por su amor, quien había arriesgado y quien le ofrecía ahora tanto.

—Debido a tu estado, creo que...

—Sí, ya lo sé... —no le dejó terminar, le interrumpió con tono de resignación—. No quieres que

trabaje hasta que el bebé nazca. Me lo has dicho muchísimas veces

Alona pasaba la mayoría de las horas tumbada sobre la cama, tocándose la tripa, hablando con su futuro bebé y recibiendo frecuentes visitas de su esposo. Veía a su marido feliz, como nunca antes. Le encantaba cuando llegaba a su cama y la desnudaba. La acariciaba siguiendo siempre el mismo recorrido: primero le tocaba las manos y subiendo por los brazos jugueteaba unos segundos con su pelo, después volvía a bajar por los hombros y la espalda para deslizarse repetidamente por el contorno de su cadera y acabar el trayecto sobre su tripa para el resto del momento.

—Creo que será una niña —aventuró Moret un día.

—Yo creo que será un niño.

—Pues entonces será un niño, porque a testarudez no te gana nadie...

—Nunca me hablas de tu familia. —Moret no contestó—. Eres mi esposo y me gustaría compartirlo todo contigo. —Él seguía sin decir nada—. He leído que tu padre murió estando tú presente, no tuvo que ser fácil. Y menos aún después de perder a tu madre...

—No quiero hablar de eso. Ya lo sabes.

—Está bien, mi amor, aunque... ¿podrías contarme cómo eran tus padres en vida?

—Te lo he contado un sinfín de veces. Mi madre era una mujer cariñosa y amable. Cuando murió, mi padre pasó un año entero a mi lado. No dejábamos de estar juntos ni un solo segundo, y me enseñó todo lo que sé sobre cómo dirigir un viñedo.

—¿Crees que te lo enseñó porque sabía que te dejaría un año después? ¿Dijo algo importante antes de morir?

—¡Alona! —contestó algo brusco—. Te he dicho que no quiero hablar de eso.

Ahora reinaba el silencio, y la muchacha se preguntó qué le contaría a su hijo sobre sus abuelos o qué le contestaría cuando preguntase por qué ya no estaban.

Los días pasaron rápido. Moret accedió a que su esposa diese pequeños paseos con Martina e incluso a que comiesen juntas alguna vez, con la condición de que después se tumbara en la cama para descansar durante largo tiempo.

Aquel mediodía había refrescado y Alona dejó la ventana abierta para asomarse y disfrutar de la sensación, lo supo.

—Ya viene —comenzó a gritar. La primera en acudir fue la señora Pody—. ¡Ya viene!

—¡Oh, Dios santo! ¡Avisaré a todos!

—¡Date prisa!

Con cada contracción, Alona sentía mayor felicidad. Pronto conocería a su bebé, pronto podría ver cómo era su carita, sus manitas... —contracción—, sus ojitos... Por fin sabría si era un niño —contracción— o una niña... Pronto lo abrazaría —contracción-contracción-contracción.

Pese al dolor, preparó un cubo con agua tibia y cogió unas toallas. Se tumbó sobre la cama y esperó a que vinieran todos. Moret acudió el primero, con paso ligero, y Martina inmediatamente detrás gritando a pleno pulmón:

—¡Poned a calentar agua! —Hasta que vio que su amiga se le había adelantado—. ¿Ya lo has hecho tú?

—Sí, pero necesitaré más. —Contracción.

Moret agarraba su mano —contracción— mientras Martina se preocupaba de sacar adelante a la criatura. Así lo había querido Alona. Quería que una mujer le ayudara en el parto —contracción—, y que fuera su amiga, con quien había compartido muchísimos alumbramientos.

Contracción-empujón-contracción-empujón. Alona sentía cómo de su interior escapaba una vida. Era increíble... Contracción-empujón. El tiempo se detuvo. Ya nada importaba. Contracción. Ni tan siquiera su marido. Contracción. Ni siquiera la pena. Empujón. Ni el dolor. Contracción. Todo había ocurrido para que aquella criatura naciera. Contracción. Todo había merecido la pena. Empujón. Llanto. Llanto alarmante y mágico.

Martina limpió un poco al bebé antes de enseñárselo a Alona. No se lo podía creer, ahora era mamá.

—Déjame cogerlo. —Moret besó a su mujer con lágrimas en los ojos y abrazó a su bebé—. Es un niño.

—Lo supe desde hace tiempo —contestó exhausta de felicidad. Moret volvió a entregarle a la criatura.

—Tú siempre tienes razón.

—¡Martina! Soy tan feliz de que hayas sido la primera persona en ver a mi hijo...

—Es un honor. Lo cuidaré como si fuera mío. ¿Y cómo se va a llamar?

Alona no dudó en contestar:

—Jesús. —Moret se frotó los ojos, intentando sin éxito ocultar los gordos lagrimones que caían con estrépito.

—Muy bien. Jesús Moyano Solís entonces —dijo Martina, sin entender muy bien por qué Moret se había emocionado tanto—. Si me permitís preguntar, ¿por qué lo habéis elegido?

—Así se llamaba mi padre —aclaró él con orgullo—. Y es, además, el nombre de nuestro Señor.

Alona no quiso dormir hasta que el cansancio agotó sus intenciones de no dejar nunca de abrazar a su hijo. Moret cogió el relevo intentando calmarla.

—No te preocupes. Nos quedaremos aquí hasta que te despiertes. Has hecho un gran trabajo trayendo a este hermoso bebé a nuestras vidas. Ahora te mereces descansar y Jesús se merece una madre más despierta... —bromeó.

Alona cayó rendida de felicidad.

Entre noticia y noticia intentaba ponerme en contacto con Miguel, pero aquello se estaba volviendo una tarea imposible. Desde que le transmití mis sospechas sobre el asesinato de mamá y la posibilidad de que Carlos, el padre de su amante, estuviese involucrado, no había vuelto a hablar conmigo.

¿Cuánto tiempo necesitaría para asimilarlo? ¿O tal vez nunca lo haría? ¿Huiría? Le había dado suficientes pistas como para que empezase a sospechar por sí solo. Posiblemente, él mismo acabaría llamándome con el rabo entre las piernas cuando descubriese algo más...

Por mi parte, sentía cierto alivio al saber que Miguel ni era un asesino ni estaba involucrado. Tan solo era un traidor infiel. Volví a intentarlo de nuevo... El tono se alargó infinitamente hasta que el buzón de voz contestó: «Hola, soy Miguel, deja tu mensaje, pero solo si es digno de que lo escuche...».

Continué leyendo.

Increíble.

No me lo podía creer. ¿Era una casualidad? Una casualidad muy macabra.

Los momentos con su bebé no eran suficientes, crecía demasiado deprisa. Todo el mundo lo colmó de amor, por lo que se estaba convirtiendo en un niño risueño y sonriente.

Moret lo adoraba. Pasaba horas jugando con él. Había delegado sus muchas responsabilidades entre sus mejores trabajadores. Alona seguía ejerciendo, pero no con tanta regularidad.

—Es un gran padre —le dijo una mañana Martina mientras realizaban sus labores habituales—. No es muy usual que un hombre cuide así de sus hijos.

—¿Qué quieres decir?

—Tan solo te comento los chismorreos que se escuchan por los viñedos.

—¿Qué chismorreos?

—Dicen que no es normal que un hombre deje de lado su trabajo para criar a un hijo. Ya sabes, la gente opina que deberías ser tú quien empleara más tiempo en sus cuidados. —Alona quedó estupefacta ante semejante estupidez.

—¿De verdad dicen eso? —No pudo más que reír—. Para empezar, querida amiga, Moret no ha dejado su trabajo; está educando a su sucesor y, de paso, disfrutando de él, igual que hizo con nosotras. ¿Recuerdas...? Admiro su amor y entrega. Y admiro que me deje trabajar. Aunque me muero de ganas de ver de nuevo la carita de Jesús cada vez que salgo de casa.

—Todo eso está muy bien, Alona. Lo comparto. Solo te digo que es poco usual.

—¿Y desde cuándo he sido yo «usual»?

Jesús crecía con premura. Su característica más notable eran sus enormes y curiosos ojos.

—¡Cómo se mira las manitas! Parece querer conocerlo todo —comentó Alona a su esposo mientras observaban con felicidad jugar a su hijo.

—Es como su madre, que quería saberlo todo; en exceso, incluso —guiñó un ojo.

Un invierno indiferentemente frío:

—¡Pero si es capaz de sentarse sin caerse!

—¡Jesús! Lo has conseguido. —Su padre lo levantó al vuelo.

Una primavera cualquiera:

—Empezará a gatear en breve, lo intenta...

—Sí, aunque le pesa un poco la retaguardia... —rio Alona.

A los tres años, tuvo lugar el único acontecimiento capaz de interrumpir la «anonadez»: Martina se quedó embarazada y a los nueve meses dio a luz a una guapísima niña. La relación entre las dos parejas cada vez era mayor, más íntima.

—Mamá, ¿por qué Mar no puede andar como yo? —preguntó Jesús un día.

—Aún es muy pequeña.

—Yo creo que es un poco estúpida y no aprende.

—¡Jesús! ¿Quién te ha enseñado esas palabras tan feas? —le reprendió su padre.

El niño no quiso responder; inocentemente miró hacia su madre, delatando así todo el misterio:

—Alona..., ¿le has enseñado a decir «estúpido» a tu hijo?

—No, desde luego que no.

—Se le escapa a veces —dijo el niño intentando defender a su madre. Moret resopló rendido.

—Jesús, debo explicarte algo. Mar es muy pequeña como para andar tan rápido como tú.

Martina salió, divertida, en defensa de su hija:

—Además, jovencito... Cuando cumpla tu misma edad, seguro que corre como el viento. Más rápido de lo que tú lo haces ahora.

—Eso no es verdad —respondió el niño, rojo por el enfado—. ¡Entonces, cuando yo sea tan pequeño como ella, aprenderé a andar antes!

Todos rieron ante aquella incoherente inocencia. Martina siguió hablando:

—Mira, cariño, tú ya no puedes ser tan pequeño como ella. Solo puedes crecer más hasta convertirte en un hombrecito y un caballero. No puedes ir hacia atrás.

—¿Te cuento un secreto? —intervino Victorino.

—¡Claro!

—¿Sabes por qué dice Martina que Mar correrá más rápido que tú cuando tenga tu misma edad?

—¿Por qué? —Los ojos del niño estaban tan abiertos que no cabían dentro de su carita.

—Porque Mar te admira mucho e intenta copiar todo lo que haces, quiere ser como tú. Por eso, estoy seguro de que le enseñarás muy bien. Por supuesto, aprenderá del mejor.

El niño quedó satisfecho, se sintió importante, así que continuó jugando con su amiga, con mayor ímpetu si se podía.

El día en que Jesús cumplió los seis años, su madre lo despertó con un beso en la frente.

—Buenos días, cariño, tu padre y yo tenemos una sorpresa para ti.

—¿Qué es, mamá? ¡Dime!

Alona sonrió ante la insistencia de su hijo.

—Primero debes desayunar. Luego, vendrá tu padre y juntos iremos a ver tu sorpresa.

Jesús no podía dejar de hablar con la señora Pody, que siempre mimaba demasiado al niño. Como la abuela que nunca tendría.

—Seguro que me han comprado un barco. ¿Es eso, mamá?

—Nooooo.

—¿Un caballo?

—Nooooo.

—¿Entonces qué es?

—¿No puedes esperar un poco más?

—Sí, mamá... —dijo, obediente pero a regañadientes.

Entonces llegó Moret.

—Buenos días a todos. —Y esbozó una sonrisa—. Creo... Sí... Tengo una extraña sensación...

—¿Qué te pasa, papá?

—Es como si se me estuviera olvidando algo importante... —Jesús empezó a reír mientras observaba cómo su padre se rascaba la cabeza intentando recordar—. ¿Qué será? ¿Qué será? ¿Tal vez mi mujer pueda ayudarme?

Alona negó con la cabeza, en silencio, con expresión de no estar al tanto del asunto.

—¡Papá! ¡Yo sé qué es lo que se te olvida!

—Calla, hijo, que no me dejas pensar...

—¡Papá...!

—Alona, mi amor, ¿te acuerdas lo que contaba aquella vieja mujer que conocimos una vez?

—Sí, puede que eso funcione... —contestó, divertida.

—¿Qué mujer? —Jesús no podía soportar tanto preámbulo.

—Era una mujer cheposa que vivía en una caverna en las montañas, no muy lejos de aquí. Se decía que tenía poderes especiales.

—¿Qué poderes? —Al niño ya no le importaba nada más que aquella historia, ni siquiera su regalo de cumpleaños.

—La gente hablaba sobre ella, decían que tenía soluciones para todo. Un día a tu mamá se le

olvidó algo muy importante y, como no podía recordar, fuimos a ver a aquella bruja.

—¿Era una bruja?!

—¡Moret! —le reprochó Alona siguiendo el guion—. Se suponía que era un secreto...

—Es verdad. Jesús, ahora deberás guardar el secreto... —Miró a su hijo con seriedad—. No puedes decirle a nadie que ella es una bruja ¿Lo prometes?

—Sí. Lo prometo. Pero ¡cuenta, cuenta!

—Está bien... Aquella bruja nos reveló que si alguien a quien quieres mucho te da siete besos en la frente, puedes recordar aquello que olvidas. Entonces le di siete besos a tu mamá, y como me quería mucho, pudo acordarse de todo.

—¿De verdad? ¡Mamá! ¿De verdad funcionó? —Alona asintió con la cabeza—. ¡Papá! Yo te daré esos besos en la frente.

—No sé, hijo. No sé si funcionará... Tengo que querer mucho a quien me dé esos besos...

Jesús agarró graciosamente la cabeza de su padre, quien lo tomó en brazos y lo besó siete veces en la frente. Moret puso cara de embrujado y tras unos segundos añadió:

—¡Ha funcionado! ¡Ya me acuerdo! ¡Hoy es tu cumpleaños! ¡Y tengo un regalo que dartel!

—¡Bieven! —Jesús no podía creer lo que estaba ocurriendo.

Sus padres lo cogieron de la mano y lo llevaron por las espléndidas escaleras que partían en dos desde el vestíbulo. Moret cogió las grandes llaves que abrían la ruidosa puerta de madera. Subieron por la oscura escalera de caracol. Jesús se detuvo, aquel lugar daba un poco de miedo.

—¿Aquí arriba no estará la bruja verdad? —Sus padres rieron.

—No. No tienes por qué tener miedo, aquella vieja mujer no puede salir de su casa, está hechizada.

—Menos mal...

Continuaron hasta llegar a la última puerta y, al abrirla, el niño pudo ver gracias a la luz que se filtraba por las espléndidas ventanas todas las estanterías llenas de libros y la gran mesa. Estaban en la sala de cristal.

—Tu papá y yo hemos pasado mucho tiempo bajo estas paredes, prácticamente nos conocimos aquí... Él me enseñó casi todo lo que sé.

—Hijo, a partir de ahora empezaremos a conocer todos los secretos que guardan estos libros...

Cuando Mar cumplió los seis años, se unió a las clases, y de esta manera el ciclo se repitió. Moret instruía, como había hecho antes con Martina y Alona, a su hijo y a su buena amiga cada mañana.

El tiempo no dejó de pasar con la característica propia de los momentos felices, ferozmente rápido.

Encontré una noticia que, tras el primer vistazo, me pareció que se repetía, pues creí que hablaba sobre la muerte de Amadora Cruz, la madre de Moret; pero tras detenerme un poco más en sus detalles, me quitó la vida de espanto.

Increíble.

No me lo podía creer. ¿Era una casualidad? Una casualidad muy macabra.

Diario de Villa Rocosa, 18 de junio de 1874

SE ENCUENTRA EL CADÁVER DE UNA MUJER EN EL MAR

Alona Solís, bien conocida en nuestra localidad, es descubierta muerta, flotando a orillas de la playa.

La mujer, de treinta y nueve años, es descubierta por un vecino en la playa de Villa Rocosa flotando a tan solo unos metros de la orilla. El hombre recoge el cadáver y llama a la policía.

Alona Solís era esposa de Moret Moyano. La pareja era conocida no solo por su ocupación en el viñedo, sino por la cordialidad y el servicio que han prestado a esta localidad. Llevaba desaparecida aproximadamente un año, la policía no dejó de buscarla durante todo este tiempo. Deja a un niño de tan solo dieciséis años.

Las autoridades apuntan a que la mujer se ahogó en el mar y después fue arrastrada por la corriente. Queda pendiente realizar una detallada investigación sobre el caso. Se desconoce su paradero durante todo este último año, se sospecha que estuvo retenida contra su voluntad y que el secuestrador acabó arrojándola al mar.

Los temores sobre un posible homicidio aumentan si tenemos en cuenta que años atrás, concretamente el sábado 13 de agosto de 1839, Amadora Cruz, madre de Moret Moyano, esposo de la víctima, apareció muerta en circunstancias parecidas. Nunca se descubrió qué pudo ocurrir. «No podemos descartar la existencia de un asesino en serie que puede estar obsesionado con la familia Moyano. Es una gran familia de esta localidad, cuyas aportaciones al pueblo han sido desmesuradamente positivas. El asesino no quedará libre», comenta el inspector Lorca, jefe de la policía de Villa Rocosa.

«Alona Solís, querida por todos, permanecerá en nuestro recuerdo. Fue una gran médica y siempre cuidó de los suyos, especialmente de su hijo, a quien quería con locura. Nunca nos repondremos de esta pérdida», comenta entre sollozos una muy buena amiga de la familia. El esposo, Moret Moyano, no quiso realizar declaraciones, pero su aspecto era el de un hombre claramente consternado.

La conexión

No pude controlar las lágrimas. Le había cogido cariño a Alona. Llevaba mucho tiempo leyendo sobre ella y me gustaba. Era fuerte. Se había esforzado mucho por conseguir lo que quería y ahora alguien se lo arrebató de golpe. La mataba. Como a mi madre...

Deseaba, de alguna manera, poder ser como ella. Capaz de amar y de odiar al mismo tiempo, capaz de ser sensible con los demás y luchadora por sus propios propósitos, inteligente, curiosa, con ganas de vivir a pesar de todo. Justo cuando descubría que no se trataba de un personaje de ficción, conocía la triste verdad. Había sido una mujer de carne y hueso... Solo podía llorar por su hijo, por su marido y por su historia.

Me enjuagué las lágrimas, debía pensar. ¿Cuál era la conexión entre su muerte y la de mi madre? Tan solo podía sacar pequeñas conclusiones poco evidentes, y es que Alona y mi madre se parecían en algunas cosas. Ambas habían trabajado para la medicina, eran inteligentes y pioneras en lo suyo... Pero todo era poco concreto. Aquella historia no me dejaba nada más que preguntas revoloteando. No me estaba aportando ninguna respuesta. De nuevo, intenté llamar a Miguel. No cogía el teléfono. Debía hablar con él y de manera urgente. Todo comenzaba a adquirir un matiz muy negro...

¿Quién había matado a Alona? ¿Fue la misma persona que acabó con Amadora? ¿Qué edad tendría para poder asesinar en dos generaciones diferentes? Tanta pregunta me estaba creando una especie de telaraña en el cerebro que no me dejaba pensar. Sentía a cada una de mis neuronas confundidas, echando humo y no pudiendo dar más de sí. Los datos se iban sumando pero no podía conectar nada con ello. Intenté terminar con los recortes de noticias para ver si por lo menos aportaban luz a los acontecimientos.

Diario de Villa Rocosa, 10 de mayo de 1873

DESCONOCIDO EL PARADERO DE UNA VECINA DE VILLA ROCOSA

Las alarmas vuelven a sonar en la gran mansión de los Moyano. Alona Solís, esposa y madre de la familia, desapareció ayer.

Desde el pasado sábado por la noche, no saben nada sobre el paradero de la mujer. Fue vista por última vez a las nueve de la noche cuando, tras arropar a su hijo, se despidió del servicio para acostarse ella también. Tan solo una hora más tarde, Moret Moyano volvía de terminar sus tareas en el viñedo cuando descubrió que su mujer no se encontraba en la cama. Pensó que se había ido a dar un paseo, algo habitual en ella.

«Aquel día no se encontraba muy bien, y dijo que se acostaría temprano», comenta el ama de llaves.

La policía ya ha puesto en marcha la investigación. Se espera y desea que todo acabe en un susto.

Diario de Villa Rocosa, 17 de mayo de 1873

TRANSCURRE UNA SEMANA DESDE LA DESAPARICIÓN DE ALONA SOLÍS

Se cumple una semana desde que Alona Solís, esposa y madre de la familia Moyano, desapareciera en extrañas circunstancias.

La policía sospecha que puede estar retenida contra su voluntad y mantiene esperanzas de encontrarla con vida. Sin embargo, en la gran mansión se respira un aire de desconfianza, porque no se ha pedido ningún rescate, y es que en la casa ya ocurrió algo parecido cuando Amadora Cruz, madre del esposo de Alona, desapareció en circunstancias parecidas.

«Por favor, que no vuelva a repetirse, por favor, Dios mío...», se escuchan los sollozos de una mujer del servicio mientras se introduce en la mansión. Todos se muestran sumamente consternados.

Si pensaba que la sorpresa no podía de nuevo azotarme, me equivocaba. Otra vez, como si regurgitara, un intenso calor me subió desde el estómago.

Diario de Villa Rocosa, 14 junio de 1875

SE REPITE LA TRAGEDIA EN EL GRAN VIÑEDO DE VILLA ROCOSA

Como si se siguiese un guion, un año exacto tras la muerte de su mujer, M. Moyano se quita la vida.

De la misma manera que le ocurrió a su padre, Moret se quitó la vida el pasado domingo arrojándose de uno de los acantilados próximos a los viñedos. Aunque su cuerpo aún no ha aparecido, un vecino presencié la escena.

La desgracia de los Moyano parece no tener fin. Cuando era un adolescente, Moret vivió la aparición de su madre muerta en la playa y cómo su padre se disparaba en la cabeza bajo su presencia. Años más tarde, la historia se repetiría con la muerte de su esposa.

Deja un hijo huérfano, heredero del viñedo.

«Moret le enseñó bien. Y nosotros cuidaremos de él», comenta una pareja amiga de la familia y encargada de la mayoría de las tareas del viñedo.

Pero la historia se repite de nuevo y la policía sigue sin saber qué ocurre. Por el momento se

protege al pequeño con una escolta la totalidad de las horas del día.

«Nuestro señor llevaba todo el año deprimido, su humor cambió y desde la muerte de su mujer no levantó cabeza. Tan solo tenía energía para su hijo, para enseñarle... Pero esta se agotó y la tristeza ganó la batalla», nos relata una apenada sirvienta.

¿Qué demonios estaba ocurriendo en aquella familia? En ambos suicidios (en el de Moret y en el de su padre), existía un testigo, por lo tanto era poco probable que los hombres de aquella familia fuesen también víctimas de asesinato. ¿En verdad había un homicida obnubilado por las mujeres de los Moyano que conseguía que sus maridos se quitasen la vida de pura tristeza exactamente un año después? No lo sé... Tenía que ser algo más.

Encontré varias noticias que hablaban sobre los fracasos de la policía por resolver el caso, pero nada más acerca de Jesús. Tal vez debía pedirle a Bárbara que buscara algo sobre él en concreto. Se puede decir que incluso me estaba preocupando por saber cómo había superado todo aquello. Imaginé que seguramente con la ayuda de Martina y Victorino. Me sentía de lleno involucrada con aquella familia, los sentía como amigos, ya que línea a línea había descubierto sus historias y personalidades, y ahora me preocupaba toda aquella historia real.

Justo al terminar de revisar el montón de noticias, sonó mi teléfono. Deseaba que fuera Miguel, por lo que corrí a coger la llamada. Se trataba de Lucas:

—¿Sí? —Silencio al otro lado—. Lucas, si haces una llamada y te responden, debes contestar tú también; si no, la conversación es imposible.

Silencio de nuevo, por lo que continué en solitario:

—Lucas... Tampoco sirve que te comuniques con gestos... No puedo verte.

—Ah, no lo sabía, gracias por explicármelo. —Es un gracioso.

—¿Qué quieres?

—¿Yo?

—Sí, tú. —Me estaba empezando a desesperar. No estaba para perder el tiempo. Mi atención permanecía absolutamente absorta en la resolución del asesinato de mamá.

—¿Te he llamado yo?

—Lucas, no estoy para bromas. Dime, por favor —dije algo seca.

—Chica..., qué humor.

—Ya... —Seca, sequísima.

—Hoy es tu día de fiesta, ¿no?

—Sí.

—Pues te mereces un gran día.

Silencio. Desesperantemente silencioso. *Pensamiento intruso*. Aunque Lucas estaba siendo muy amable conmigo, yo no tenía intención de relajar mi estado de ánimo crítico.

—¿No dices nada? —preguntó por fin.

—¿Qué quieres que te diga?

—Te preparo una sorpresa y tú me respondes agria como un yogur pasado...

—Venga, vale, tienes razón...

A decir verdad, me estaba mimando y mi nebulosa mental no tenía derecho a estropear mis momentos felices. Así que recapacité, intenté educar mi estado de ánimo y decirme a mí misma: «Tú no eres esta persona amargada, sufridora y victimista. Eres alguien que quiere vivir la vida en toda su plenitud. Divertida y fuerte. ¡Como Alona! Eso es, no importa lo que hayas sufrido, solo quieres vivir de lleno el amor y amar. Repartir...».

—He pensado que podíamos ver el partido de fútbol en mi casa. —Todo mi discurso anterior al garete. ¿Esa era su idea de una sorpresa?—. Yo cocino, ¡verás qué te preparo! Te vas a chupar los dedos.

—Está bien —dijo mi yo derrotista y victimista con la peor voz que pude.

—¿No te apetece? ¿Si quieres hacemos otra cosa?

—No. Está bien. Si prefieres ver el partido...

—Es que es un encuentro importante. ¡Después podemos salir!

—Mañana madrugo. No importa.

—Puedes quedarte a dormir en casa, si quieres.

—Ya veremos.

En verdad, me apetecía mucho dormir con él. Contarle todo lo que había descubierto, que me escuchara y me acariciara hasta calmarme el alma. Pero mi yo victimista había inundado mi personalidad, convirtiéndome en alguien frío y demandante de atención.

Colgué el teléfono y me paré a pensar. ¿Quién estaba siendo egoísta? ¿Yo, queriendo boicotear su partido con mi necesidad de ser atendida entre

algodones (aunque tuviese una buena razón)? ¿O él por poner el partido antes que mi necesidad de ser atendida? ¿Le había contado que necesitaba ser escuchada? ¿Escuchada una vez más? No. ¿Quería que lo adivinase por mi tono de voz y mi mal humor? Desde luego que sí. ¿Es el hombre capaz de adivinar sentimientos por el tono de voz? Desde luego que no. ¿Es la mujer capaz de esperar dos mitades de cuarenta y cinco minutos, más el descanso del partido, para contar sus emociones y ser atendida? Por supuesto que no.

Si había podido reflexionar sobre ello y detectar estas sutilezas, ¿sería capaz de educar mi estado de ánimo y mi capacidad de comprensión para comportarme respetuosamente con Lucas? Ya se vería. Seguí con mi tarea, aunque no sin antes intentar ponerme en contacto con Miguel, sin éxito, claro.

Aún quedaban varias páginas para acabar aquella especie de diario. No entendía muy bien quién podía haberlo escrito, pero debía de ser alguien que conociese bien la historia de Alona. De repente, se me ocurrió mirar en la última hoja, tal vez estuviese firmada. No.

Pero aquella caligrafía... ¡Los últimos párrafos estaban escritos con un estilo de letra diferente!

Me había acostumbrado a aquella grafía antigua, temblorosa pero clara al mismo tiempo, femenina. Sin embargo, las últimas hojas estaban escritas de manera diferente, con mayúsculas y de forma muy recta. Contundente en su mensaje. Indudablemente, alguien diferente de quien había empezado a escribir había terminado aquella historia. El corte era brutal. El escritor habitual no había podido siquiera terminar su último párrafo:

Alona pasó lo que pensaba eran sus últimos días de vida encerrada en aquel cuarto húmedo. Amando con locura, fiel a sus valores, sus latidos se contaban para Moret, para Martina, para Dominique y sobre todo para Jesús. Su sueño hecho realidad. Le costaba tanto creer que no podría verlo crecer..., le costaba tanto imaginar que aquello era lo correcto, no quer

El párrafo quedaba incompleto, cortado brutalmente con lo que parecían unas manchas oscuras. Como si algo lo hubiese salpicado... ¿Era sangre?

¡Dios mío! ¡Sangre! ¡Habían matado también al escritor de aquella historia!

El texto continuaba con lo que, claramente, se trataba de la otra caligrafía,

las páginas estaban algo arrugadas; de nuevo, como en tramos anteriores, mojadas y la tinta corrida en algunos tramos. Alguien había llorado sobre aquellas palabras. ¿El asesino?

EL AMOR ES ALGO INALCANZABLE E INCONTROLABLE. PERO NO DEBERÍA SERLO. NUNCA EXISTIRÁ UNA MUJER COMO ALONA. NADA DEBERÍA PODER ARREBATÁRMELA. POR ESO, AHORA, ES SOLO MÍA.

LA HE QUERIDO TANTO QUE LE OFREZCO LA LIBERTAD. YA NO SE VERÁ ATADA A LAS INCONGRUENTES LEYES DE LA NATURALEZA, QUE PODÍAN HABÉRMELA ARREBATADO, QUE PODÍAN HABERLE HECHO SUFRIR O QUE PODÍAN HABERLA ALEJADO DE MÍ.

ES ESTE AMOR EL MÁS PURO QUE EXISTIRÁ JAMÁS, ES ALONA LA MUJER QUE NACIÓ CON ESTE OBJETIVO, EL DE SER DIFERENTE AL RESTO, EL DE SER ADORADA.

TODO LO QUE FUE EN VIDA SEGUIRÁ SIÉNDOLO AHORA, PARA TODA LA ETERNIDAD. YA NO VAN LAS ENFERMEDADES A PUDRIR SU ESPLÉNDIDA PIEL, NI A ANUDAR EL HILO DE SUS INTELIGENTES PENSAMIENTOS... YA NO CAMBIARÁ NADA, SEREMOS PARA SIEMPRE LO QUE SIEMPRE HEMOS SIDO. AMOR ETERNO Y PREDESTINADO A LA INMORTALIDAD. ELEGIDOS. CREADOS EL UNO PARA EL OTRO.

ASÍ ME LO ENSEÑARON, ASÍ ME MOSTRARON LA VERDAD QUE EL MUNDO DESCONOCE Y ASÍ LA ENSEÑARÉ.

UNA VEZ QUE SABES QUE ES ELLA. NADA DEBERÍA QUITÁRTELA. SOLO ESPERO CON ANSIAS EL REENCUENTRO EN EL OTRO MUNDO.

¿Entonces? ¿Así acababa aquella historia? Ahora no me cabía duda, el asesino había escrito las últimas palabras. El contenido era muy loco. Transmitía el mensaje de la posibilidad de obtener amor matando al ser querido. Se podía ver por todos lados el miedo de perder o no poseer a Alona. Y eso de «nada debería poder arrebatármela, pero ahora es solo mía y de nadie más» indicaba que el asesino no creía que Alona fuera suya antes de matarla, no tenía esa sensación de pertenencia. Seguramente estaba celoso de la relación que mantenía con Moret, la quería para él mismo. Aunque..., no se mencionaba a Amadora. ¿Podrían ser dos asesinos diferentes? Alguien tan locamente enamorado de Alona debía de conocerla bien o por lo menos estar en su círculo de amistades. ¿Victorino? Lo dudaba. ¿Moret?, lo descartaba por aquel texto anterior que decía: «Por ello Alona pasó lo que pensaba eran sus últimos días de vida encerrada en aquel cuarto húmedo. Amando con locura, fiel a sus valores, sus latidos se contaban para Moret...». Si quien escribió aquello sabía que Moret era el asesino, no podía haber dedicado esas últimas palabras tan amables hacia él.

¿Por qué estaba dando por sentado que era un hombre? ¿Y si una mujer se

enamorado de Alona? Entonces... ¿Martina? ¿Cualquier otro vecino que desconozco, un pobre chiflado que idealizaba desde lejos a Alona? ¿Un acosador? ¿El asesino mató también a quien escribió la historia? ¿Podía tener una personalidad múltiple que le hiciese cambiar la letra y ser el mismo que había escrito anteriormente con tanta racionalidad y conocimiento? Uf..., qué complicado. ¿Y cómo conocía las andanzas por Francia de Alona?, ¿la había seguido siempre? ¿Y si fuera todo una invención de un loco obsesionado? Tal vez el secuestrador la había obligado a contarle su historia. Por eso había transcurrido un año desde que la secuestraron hasta que la mataron. ¿Y la relación con Amadora? Los acontecimientos en dos generaciones habían sido tan macabramente iguales... ¿Y qué conexión existía con la muerte de mamá? ¡¿Qué demonios ocurría?!

Tenía que seguir leyendo, debía acabar las pocas hojas que me quedaban para completar la historia y poder obtener mis respuestas. Tan solo quedaban cuarenta minutos hasta la hora en que había quedado con Lucas para cenar, pero esto podía ser importante.

Maneras de entender el amor

Los momentos de felicidad corrieron hasta los treinta y ocho años de Alona, los cincuenta y uno de Moret y los quince de Jesús. Y allí se detuvieron, exactamente a las diez de la noche de un sábado.

La mañana de aquel día amaneció sin dignarse avisar de la tragedia. En el pueblo la gente disfrutaba de sus paseos, de sus pequeñas compras y de animadas charlas, el servicio de la mansión comenzaba a ponerse en marcha emitiendo pequeños ruidos tintineantes con platos y cubiertos y Moret abrió los ojos y contempló la belleza de su mujer, que no se esfumaba con los años, sino que se realizaba más. La besó y dijo:

—Despierta... Hoy será un gran día. —Alona mantuvo los ojos cerrados mientras se acurrucaba en el pecho de su marido. Olía tan bien... a deliciosa seguridad, a refrescante paz y a gran fuerza.

—¿Y qué va a pasar hoy? —Acarició la espalda desnuda de Moret.

—Haremos una pequeña salida.

—¿No tenías que trabajar?

—Sí, más tarde.

—¿Entonces tenemos tiempo para remolonear? —preguntó, esta vez abriendo bien los ojos.

—Por supuesto. —Moret besó, enamorado, a su mujer y ambos hicieron el amor con tanta intensidad como la primera vez, aunque sin saber que aquella sería la última.

Más tarde, Alona fue a despertar a su hijo. Tocó dulcemente en la puerta:

—Cariño, despierta.

Tras un momento de silencio, se oyó:

—¡Vete! Estoy durmiendo... Hoy no tengo clases... ¡Quiero dormir!

Jesús ya no era un niño. Intentaba imponer su personalidad, aún por construir, por encima de todo. Su madre lo comprendía bien, ella había sido tenaz en la adolescencia y le divertía poder observar cómo su hijo pasaba por todo este proceso.

—¿Me dejas pasar?

No hubo respuesta al otro lado de la puerta; sabía que en realidad Jesús deseaba que Alona entrara y lo despertara como cuando era un niño, con un beso y unas cosquillas. A su vez, intentaba demostrar que ya era mayor y que no necesitaba nada de eso, por lo que seguramente en su interior se disputaba una batalla. Alona quiso ponérselo fácil y entró en la habitación. Encontró a su hijo acurrucado entre las sábanas.

—Buenos días, cariño...

—No te he dado permiso para entrar. —Su boca articulaba aquellas palabras, pero su rostro pedía un beso.

—Sé que no necesitas nada de esto, pero yo lo estoy deseando. ¿Dejarías que tu madre te diera un abrazo?

—Mamá, ¡ya no soy un niño!

—Pero yo sigo siendo tu madre, aunque no lo necesites ya... ¿Lo harías por mí?

—Está bien. —Alona detectó su fingida resignación.

Lo abrazó y se tumbó a su lado. Mientras le acariciaba el pelo, comentó:

—Tu padre quiere que hagamos una salida hoy.

—¡Otra vez! ¿Por qué? Es un aburrido.

—Queremos pasar tiempo contigo... Me encantaría disfrutar de este día acompañada de mi niño.
¡Lo estoy deseando!

—¿Vendrá Mar con nosotros?

—Lo siento, Mar estará con sus padres. ¡Mañana podréis hacer lo que os apetezca!

—Pues yo no quiero ir...

—Me gustaría tanto comer en la playa... —dijo Alona con voz soñadora—, chapotear en el agua, tirarnos de la gran roca...

—¿La gran roca? —Jesús abrió bien los ojos, sin poder ocultar su entusiasmo.

—Sí, tu padre quiere que nos llevemos los caballos, así que podremos llegar hasta la gran roca.

—Bueno... —El niño intentó controlar su entusiasmo con un carraspeo—. Iré..., pero ¡lo hago por ti y por papá!

—Eso ha quedado claro, se nota que no tienes ganas de venir...

—Vale, ahora déjame solo, me vestiré y bajo enseguida.

—¿Qué quieres desayunar? —le preguntó su madre mientras se levantaba de la cama.

—¡Como si no lo supieras!

—Está bien... Pan del pueblo entonces...

Alona besó a su hijo en la frente mientras pensaba que siempre sería un niño para ella. Lo amaba con fuerza y se sentía completamente feliz cada vez que estaba a su lado.

La mañana pasó con rapidez; Moret y Jesús disfrutaban lanzándose de la gran roca. Alona se acercó a ellos.

—¡Mamá! ¡Mira! —Jesús saltó de la roca y con ligereza cayó al agua.

—¡Qué valiente eres, esto está muy alto! —le animó ella.

Ahora le tocaba saltar a Moret. Alona veía, divertida, cómo le costaba decidirse, parecía un niño asustado que intentaba por todos los medios aparentar valentía ante su hijo. Decidió acercarse para ofrecerle apoyo.

—No es para tanto, mi amor... No está tan alto.

—Lo sé, es que ya no soy un jovencuelo. Aunque para ti es muy fácil, no tienes que saltar —dijo con apuro.

—¿Y por qué no?

—Es bien sabido que este tipo de cuestiones concierne a los hombres... Soy su padre... A las mujeres no se os pide mostrar vuestro arrojo de una manera tan sumamente estúpida...

—¿Crees que no sería capaz?

—Déjalo, sé de sobra que eres muy valiente, pero hay que calcular bien el salto, tener fuerza y saltar con energía...

—¡Jesús! —llamó Alona a su hijo, que esperaba desde el agua a que su padre se lanzara—. ¿Te gustaría que yo saltase?

—¿Qué? No lo sé... ¿Puedes hacerlo?

Alona se destapó y cogió carrerilla, su marido intentó detenerla, no pudo hacer nada ante la decisión de su mujer. Saltó y se zambulló en el agua. Miles de burbujas recorrieron su cuerpo casi desnudo, haciéndole cosquillas, y sus oídos se entumecieron debido a la presión del agua. Se mantuvo unos segundos ahí abajo, en la inmensidad marina y el silencio, a escasos metros de un pez que nadaba en círculos y exhalaba pompas. Tras un instante, de nuevo el ruidoso exterior destapó sus

oídos y el oxígeno llegó a sus pulmones. Lo primero que escuchó fue el zambullido de su marido en el agua, que tras su mujer se lanzaba desde la gran roca. Lo primero que saboreó fue la sal del mar que le secaba la lengua y lo primero que vio fue la cara de sorpresa de su hijo que no sabía muy bien qué decir:

—¡Mamá! ¡Has saltado!

Moret se acercó a besar a su mujer y después los tres juntos nadaron y chapotearon sin poder dejar de reír. Cuando el mar hizo rugir los estómagos de la familia, se sentaron sobre unas toallas en la arena. Comieron un poco de pan, queso y embutido. De postre, unas uvas y, cuando quedaron bien saciados, recostaron sus hinchadas tripas a la sombra. Escuchando los ruidos de las olas al orillarse, las gaviotas y el viento mecerse, quedaron adormilados en un sopor causado por el efecto del calor del sol sobre la piel. Alona entreabrió el ojo para observar a su hijo, que dormía boca arriba y con los brazos extendidos. Le cogió de la mano y así siguió durmiendo su siesta.

Eran las seis de la tarde cuando llegaron a la gran mansión. Los grillos tampoco se dignaron avisar de que los tiempos felices caducarían en breve.

Alona cenó con su hijo y la señora Pody; estaba hambrienta tras pasarse el día entero disfrutando del mar. Después acompañó a Jesús a su habitación y lo recostó:

—Buenas noches, hijo. —Le besó la frente.

—Buenas noches, mamá.

—Que descanses. Hoy lo he pasado muy bien. Te quiero mucho —dijo mientras lo arropaba.

—Yo también te quiero. —Alona ya se marchaba, y entonces Jesús le dijo las últimas palabras que compartirían en vida—. ¡Mamá!

—¿Qué pasa?

—¡No sabía que eras así de valiente!

—¿Lo dices por haber saltado de la gran roca?

—¡Sí! No sabía que las mujeres...

—Ay, Jesús..., algún día te contaré lo valiente que tuve que ser cuando viví en Francia.

—¿Viviste en Francia?

—Sí, ahora duérmete, mañana seguiremos hablando.

—Está bien. Hasta mañana, mamá.

—Hasta mañana, te quiero.

Moret estaba trabajando y Alona se sentía excesivamente cansada aquella noche, así que se acostó temprano. Acurrucada entre las sábanas, pensó que no podía ser más feliz.

¡Mierda! Llamaban al timbre de casa. Guardé el libro apresuradamente y ojeé por la mirilla.

—Soy yo. —Era Lucas.

No sé por qué fabrican las mirillas de manera que cuando las usas hacen un pequeño ruido que se puede escuchar al otro lado de la puerta. Si es un asesino, ¿qué? ¿Y si es alguien que quiere robarme el libro? ¿Y si es un pesado vendedor y no quieres que sepa que estás en casa?

Abrí la puerta en pijama, con pelos de loca paranoica y ojeras. Lucas dijo al otro lado de la puerta:

—Habíamos quedado a las nueve en mi casa. Llegas tarde. —Puso cara de preocupación—. ¿Estás enferma?

—No. ¿Por qué?

—Tienes cara de estarlo.

Miré el reloj. Efectivamente, llegaba treinta minutos tarde.

—Lo siento. —No le di un beso porque pensé que mi aliento debía de oler fatal, después de todo el día tirada leyendo y comiendo pepinillos, cebolletas y patatas fritas—. Me arreglo un poco y bajo enseguida.

—La cena ya está fría.

—Lo siento, de veras... Es que se me ha ido el santo al cielo con...

—Estabas leyendo ese libro, ¿verdad? —Qué listo es cuando quiere.

—Sí.

No comentó nada al respecto, pero dijo:

—Venga, date prisa, volveré a calentar la comida.

Me di toda la prisa de la que era capaz, teniendo en cuenta mi estado sepulcral. No quería que se enfadase más porque me costara tiempo ponerme guapa, pero también creía que, si iba más bonita, le costaría menos perdonarme. Era bastante absurdo, teniendo en cuenta que no es capaz de diferenciar si mi sombra de ojos es crema brillante o si el rímel es el que no me quité de ayer.

Antes de salir, decidí coger el libro. No podía dejar de leerlo. Me observé en el espejo de la entrada. ¡Cuánto había cambiado desde la primera vez que me miré en él! Ahora tenía novio, un trabajo, muebles en la casa, más fuerza, más capacidad de ignorar sin sobresalto mis pensamientos destructivos y más habilidad para combinar el colorete con la base de maquillaje (a años luz de Marisa, por cierto). ¿Estará todo unido? Me refiero al colorete con los pensamientos...

Una vez en casa de Lucas, me encontré con una mesa delicadamente decorada con velas, una rosa sobre un blanco mantel, un plato de raviolis con fuerte olor a queso y una botella de vino blanco. Lo único que no me gustaba de toda la puesta en escena era la colocación de la mesa, enfrente de la pantalla del televisor con fondo verde césped y la voz de un comentarista que fingía estar graciosamente alocado. Sin éxito alguno, por cierto.

Si en un principio había pensado ser cauta y comprensiva, lo cierto era

que no lo estaba consiguiendo porque, *pensamiento intruso*, la rabia comenzaba a hervir a borbotones en mi interior... Respiré hondo. De pronto, soy consciente de que Lucas se está perdiendo el principio del partido por recalentar mi cena. Le di un beso y dije:

—Siento que no puedas ver el principio del partido. —Sonrió, haciéndose la víctima.

—Ay..., cuánto os cuesta prepararos a las mujeres. ¡Si total, a los hombres nos da igual! No nos fijamos en esas cosas —dijo bromeando, seguramente.

Con decirme que estaba guapa era suficiente. Punto. Aguanté la primera burbuja hirviente de rabia de mi interior. Explotó haciendo un pequeño «plof» que escuece y se esfuma.

—¿Qué me has cocinado? —cambié de tema.

—Pues he tenido que pasar toooda la tarde guisando pollo para complacer a la señora.

Utiliza un tono jocoso y ligero, pero las burbujas casi se pueden ver en mi garganta, a punto de escapar, «plof, plof, plof...». «No, no... aguanta. Está cocinando para ti...»

—Qué bien... Huele estupendo. —Tensión mandibular. Intenté untar un poco de pan en la salsa del guiso.

—¡Deja eso! —me reprimió—. Ya sabes que odio que picotees pan antes de comer... Y encima coges de la tetilla, ¡que es lo que más me gusta! Es que..., lo que tengo que aguantar...

«¡Venga, Eloísa! Tú puedes... No tiene importancia. Plof... Ha cocinado para ti y ahora se está perdiendo el principio del partido... ¡Venga, valiente! Plof..., ¡plof...! Ten paciencia, empatía... Ponte en su lugar... No entres en una disputa por esto... Aunque... ¡Aguanta! Pero es que yo estoy haciendo un esfuerzo por soportar la mierda de partido en mi mesa romántica...» Así que dije:

—¡Y yo tengo que aguantar que veas fútbol a todas horas! —Él no pidió perdón por eso.

—Elo... —así me llama cuando quiere hacerme la pelota—, a mí me gusta mucho el fútbol; y si quieres estar conmigo, tendrás que acostumbrarte.

No lo dijo de manera ruda o exigente, era un tono casi suplicante. Guardé silencio sin conocer cuál sería mi próxima reacción:

—Además —añadió—, te he elegido a ti para ver este partido. Podía haber llamado a cualquiera de mis amigos para eso. Prefería verlo contigo.

Supe que tal vez estuviera mintiendo, podría ser que ninguno de sus amigos estuviese disponible para verlo. Daba igual... La cuestión era que debía entender que le importaba ese partido, y que había estado cocinando, había preparado una bonita mesa y, desde luego, había pensado en mí. Así que me hice la tonta y le di otro beso. En la mejilla.

Disfruté de la cena, había cocinado un plato exquisito. Nos tomamos el postre en el sofá. Una copa de chocolate de esas que cuestan treinta céntimos en el supermercado pero que parece que la hayan sacado del cielo.

Me sirvió una copita de vino y, mientras él miraba el partido en tensión, yo me tumbé sobre su regazo para seguir leyendo.

Alona se despertó con el resquemor que le causaba la salitre en la garganta. Mareada, no podía centrar la mirada y no sabía muy bien dónde se encontraba. De una cosa estaba segura: aquel lugar no era su dormitorio de la gran mansión.

Intentó erguirse sobre los codos, sin fuerzas. Tras unos minutos consiguió ver con algo de claridad y colocarse en posición vertical, sentada. La habían drogado y estaba en una pequeña habitación, de apenas cuatro metros cuadrados, sobre una pequeña cama. Sin ventanas y con una pequeña puerta de madera que alimentaba a la humedad. A pesar del poco espacio y de la irregularidad de las paredes, existía cierta humanidad en aquel lugar. Alguien había decorado la habitación con la intención de hacerla más acogedora. Las paredes cubiertas con madera, pequeños cuadros con caracteres marinos, unas rosas en un jarrón sobre una mesa bien pulida, una elegante silla y, sorprendentemente, la única foto de familia que tenían. No era muy común tener el privilegio de obtener una fotografía, pero fue un regalo que Moret les hizo hacía un año, para el cumpleaños de Alona; el hombre gozaba de mucha influencia en los alrededores. En ella se podía ver en blanco y negro a Moret, Alona y Jesús sonriendo a la cámara.

No podía dejar que el miedo la invadiese todavía, ya que la confusión ganaba la batalla. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Gritó por si había alguien al otro lado. Pero nada. Se mantuvo una hora en silencio, observando aquella habitación. Le resultaba familiar. La había visto antes. Pero ¿dónde? Entonces, escuchó el ruido de otra puerta, alguien acababa de entrar al otro lado...

—¡¡Gooooool!!

—¡Maldita sea! ¡Lucas! ¡Me has asustado! —Su equipo acababa de marcar y se había levantado a celebrarlo, el libro cayó al suelo y mi cuello sufrió una sacudida.

—¡¡Gooooool!! —Lucas intentaba imitar al comentarista cantando gol, aunque bastante mal; parecía que estuviese haciendo gárgaras—. ¡Elo! ¡Han

marcado!

—Muy bien, muy bien...

Seguí con mi lectura, aunque en otra postura, por si volvía a repetirse la situación.

—¿Tan interesante está ese libro que lees?

Estaba a punto de descubrir a un asesino en serie que probablemente la policía nunca había atrapado... ¿Y Lucas lo llamaba «el libro que lees»?

—Sí..., he descubierto que Alona existió de verdad. Y ahora estoy a punto de...

—¡Mierda, no hagas esa falta! —gritó Lucas mirando a la pantalla del televisor.

Cada vez me costaba más y más, ¡y más!, respirar hondo e intentar comprender que aquello era importante para él. Que luego existiría mi momento de contarle las cosas, mis sospechas... Justo aquel estúpido partido, en el que unos jugadores en estúpidos calzones detrás de una estúpida pelota se pegaban patadas, se producía en este instante de la historia relacionada con la muerte de mi madre... ¡y más!

Crujió el picaporte de la puerta, Alona se levantó y cogió el macetero de las flores, lo único que creía que podría utilizar para golpear a su secuestrador. No iba a morir sin defenderse. Antes incluso de que entrase por la puerta..., el vello se le erizó, sintió su presencia y su aroma. Lo conocía bien. Lo amaba bien.

—Baja el macetero. Soy yo. —Era él.

—¡Cariño! —Alona corrió a abrazar a su marido—. ¿Qué hago aquí? Estoy asustada... ¿Quién me ha traído? ¿Cómo me has encontrado?

Se abrazaron en silencio hasta que Moret, cubierto en lágrimas y con la mirada turbia, separó a su mujer de su lado y dijo:

—Tienes que saberlo. Aún no entiendes, pero lo harás.

Dejó una sopa caliente sobre la mesa, unas mantas y a su mujer en aquella fría habitación.

—Te quiero, mi amor. Lo eres todo —dijo al marchar.

Entonces Alona supo de qué recordaba aquel lugar. Era el escondite de su esposo en el acantilado. En la cueva de las rocas, en el altar a sus padres...

¡Moret era su secuestrador! ¿La había matado también? ¿Cómo? Quería continuar con la lectura, pero el partido se había acabado y Lucas miraba, esperando a que reaccionara.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

«Quiero contarte lo que he descubierto, tendernos sobre la cama y leerte

hasta terminar el libro, hacer mis preguntas en voz alta y tener a alguien que las comente y me dé su opinión, quiero que me abrace y me seques las lágrimas que puedan caer.»

—¿Vemos una película? —decidió por mí.

—Esto...

—¿Entonces qué quieres hacer? —insistió con prisa.

—¿Por qué no nos tumbamos en la cama?

—Si solo son las once. No tengo sueño.

—Podríamos tumbarnos y...

—¿Hacer cositas?

Punto uno: Odio que a «hacer el amor» lo llame «hacer cositas». Punto dos: la cama y estar tumbados no tiene por qué estar relacionado con hacer el amor. Punto tres:

—Quiero contarte lo que he descubierto sobre la historia de Alona y leerte las últimas páginas. —Ya lo había dicho.

—Uf..., ¿leer?

—Uf..., ¿ver el partido de futbol? —dije irónica, intentando hacerle entender que mi tolerancia había acabado y que ahora le tocaba a él.

Hubo unos segundos de silencio. Él se quedó inmóvil mientras miraba un anuncio de detergente para lavadoras en la televisión. Yo me levanté y dignamente me fui a su habitación, encendí la lámpara de la mesita de noche, me cubrí con las sábanas y comencé a leer. La cama olía a él, a calor dulce y a colonia varonil con tonos serenos. Tras unos minutos, Lucas entró y se tumbó a mi lado sin decir nada. Su gran figura sobre el colchón me hundió un poco hacia él. Continué impasible.

—¿No me ibas a leer? —dijo.

No admitiría jamás que yo tenía razón, que había conseguido ver su partido sin poner pegajos y sin quejarme de mis emociones, sentimientos y mis cosas tan odiosas de mujeres. Odiosas para muchos hombres. Tan horribles como el fútbol para algunas mujeres. Pero ahora era mi turno y debíamos disfrutar el uno del otro incluso con cosas que no nos interesaban. ¿Qué más daba lo que hiciéramos si estábamos juntos? ¿Qué más daba el resto del mundo si existíamos los dos en la misma habitación?

Me acurruqué junto a él, el olor a calor dulce aumentó, ya que su cuerpo

ardía, como de costumbre, y el mío congelaba para contrastar. Allí dentro, acurrucada y a salvo incluso del frío, empecé a contarle a Lucas todo lo que había descubierto. Él comenzó a mostrar interés cuando supo que los personajes habían existido de verdad. Me acariciaba los brazos, tal como yo había imaginado en mis mejores visualizaciones de aquella escena. Cuando le hube puesto al día, comencé a leer en voz alta:

Alona no podía creerlo. Volvía a su memoria una y otra vez aquella mirada nublosa que nunca antes había detectado en su marido. Supo entonces que Moret no estaba allí dentro, no era él mismo, estaba enfermo. Pasó horas en silencio. Llorando por la duda, por el miedo y por la sensación de encarcelamiento de aquella habitación. Todo le daba vértigo.

Más tarde, Moret volvió:

—Mi amor... ¿Estás bien? —dijo alarmado—. No tienes buena cara.

—No, no estoy bien. —Se abrazaron—. ¿Qué está ocurriendo?

—Tienes razón, debo confesártelo. Pero antes, tienes que prometerme algo...

—¿Dime?

El hombre vaciló unos instantes, rogando con la mirada que su mujer lo entendiese:

—Tienes que creer y abrir tu mente, tienes que amarme por encima de todo.

—Siempre te he amado por encima de todo —contestó ella con contundente verdad.

Él se recostó sobre la estrecha cama, junto a su mujer. Esta se apoyó sobre su pecho, asustada. Por fin conocería aquel secreto de su esposo, aquel misterio que la había inquietado toda su vida, aquel que se había empeñado en desvelar. Pues bien, ahí estaba:

—Sabes que siempre me he negado a hablar de mis padres... Sobre todo de su muerte. Creo que ahora debes saber cómo ocurrió.

—Está bien, agradezco que por fin hayas decidido sincerarte.

—Cuando yo era joven, mi madre enfermó. Envejeció de manera prematura, se encontraba débil y sin fuerzas y tan solo podía mostrarse como una sombra de lo que había sido. Su cabeza comenzaba a fallar. Mi padre la amaba con todas sus fuerzas, no podía soportar el miedo que le producía la posibilidad de perderla. Ella comenzó a cometer fallos que a simple vista parecían torpezas, o despistes: se le olvidaba dónde había guardado las cosas, en qué día estábamos o cómo se llamaba nuestra vecina. Después fue a peor; se desorientaba e incluso cambió el carácter. Mi padre sabía que era algo más, pronto perdería movilidad... —Suspiró—. Pronto no sería capaz ni de reconocer a su propio hijo. Antes de que esto ocurriera, decidió llevársela.

—¿Quieres decir que fue él quien la mató? —preguntó Alona, extremadamente asustada.

—Ten paciencia. —Moret dibujó una extraña sonrisa en su ahora desconocido rostro—. Siempre te adelantas, mi amor. —Alona se estremeció de miedo—. Mi madre amaba el mar; igual que tú, cariño...

—¿Y por eso la arrojó? —interrumpió a su marido, se estaba imaginando ese mismo final para ella.

—Sí, mi padre decidió acabar con el sufrimiento... —tragó saliva, la voz se le había quebrado—, en los momentos en que mamá mostraba cierta lucidez, pedía que acabara con aquello. Fue su deseo morir.

—Pero yo no padezco ninguna dolencia. —Alona suplicaba entre lágrimas por su vida a un marido al que apenas reconocía.

—Aún no he terminado la historia —continuó, sin opción a réplica—. Cuando mi madre se

marchó, mi padre estuvo un año instruyéndome.

—¿Sobre cómo llevar el viñedo?

—Sobre eso también, pero especialmente me habló sobre la vida y la muerte. Me explicó por qué había tenido que liberar el alma enferma de mamá. No debía sufrir en vano, no podía pasar los días esperando a la muerte entre confusión. —Moret no había mencionado ni una sola vez la palabra «asesinar»—. Mi padre quería encontrarse al otro lado con ella y temía que mamá pasara a la eternidad tal y como la enfermedad la estaba transformando. No soportaba la idea. Su sufrimiento... Me reveló que debía buscar a una mujer que fuera mi compañera, alguien que destacara del resto, alguien hecha a mi medida..., alguien como tú. Y también me explicó que no debía dejarla escapar, por nada del mundo. No iba a dejar que nada ni nadie me la arrebatase. Me costó un tiempo hacerme cargo de que tú eras esa persona. Tu desparpajo, tu inteligencia, pero sobre todo tu insistencia me convencieron. —Moret se acaloraba con aquel discurso; el sudor de su frente, que caía con frecuencia, olía a locura—. El amor no es sufrimiento, es eterna felicidad. Por eso, antes de que eso se vea dañado... ¡Tengo que controlarlo!

—Mi amor... —Alona intentaba traerlo de vuelta a la cordura, pero aquella mirada nublosa en la cara de su marido no desaparecía—. Mi amor... No puedes controlarlo todo. Siempre lo has intentado..., pero no puedes.

—Tienes razón, nunca te he controlado a ti. Siempre he intentado no quererte, creía que eras joven para mí y, a la vez, lo que sentía era tan fuerte que debía protegerte de... de lo que soy. De en lo que mis padres me convirtieron... De la verdad.

Alona detectó la duda en el semblante de su marido. Siempre que había intentado controlar sus emociones hacia ella, siempre que había intentado no quererla, esa resistencia... ¡Era para protegerla de aquel triste final! Allí estaba la pizca de cordura a la que apelar. El pequeño indicio de culpa. Moret siguió con su discurso, algo más titubeante ahora, algo más dudoso.

—Como te he dicho, tras la muerte de mi madre compartí mucho tiempo con mi padre. Me contó la verdad. No mucha gente la conoce... —La confusión entorpecía el hilo del discurso—. Una vez que te libere del sufrimiento, en un año me encontraré contigo, cariño. Viviremos eternamente junto a Dios, como somos ahora, manteniendo la esencia de este amor que nos procura la absoluta felicidad, sin que nada cambie... No todo el mundo sabe reconocer esta verdad, pero mi familia tenía el secreto y así debe pasar al resto de nuestras generaciones.

—¿Qué? —Alona ya no podía soportar tanto dolor, con voz desgarrada suplicó—. Moret..., no le puedes hacer esto a Jesús, no puedes transmitirle este mensaje para que cargue con la culpa el resto de sus días. No, no..., no puedes hacerle pasar por lo mismo que tú. Esto no está bien...

—Yo lo superé. Gracias a aquel año que no me separé de mi padre, lo comprendí todo. Y cuando vivamos en la eternidad se verá todo recompensado, quiero que Jesús se reúna con nosotros dentro de unos años, en su cumbre de felicidad. Todos los Moyano deben saber esta verdad y pasarla al resto de generaciones.

—Pero ¡a Jesús lo hemos educado en el amor!

—¡Esto es amor! ¡En su máxima expresión! —contestó, tajante. Alona intentó suavizar la conversación:

—Tu madre estaba enferma. Es diferente. Tu padre intentó quitarle el sufrimiento... Pero yo estoy sana...

—¿Y por cuánto tiempo lo estarás? No puedo saberlo, no puedo controlarlo... ¿Y si algún día dejas de amarme? No puedo arriesgarme, quiero estar contigo para siempre. Antes de que sea demasiado tarde para los dos, antes de que me pueda ocurrir algo a mí o a ti... Debo hacerlo... Debemos ser eternos, pero eso no puede ocurrir en esta vida.

—¿Crees que Dios acepta esto? —apeló a la religión.

—También me habló de eso. La enfermedad de mamá fue enviada por Dios para mostrarnos la

verdad. Papá se vio obligado a acabar con su sufrimiento, llegó así a conocer los deseos del Señor y pudo transmitir este mensaje de generación en generación para cumplir con la eterna felicidad al otro lado. ¡Somos los elegidos! ¡Unos privilegiados!

—¿No lo ves? A pesar de sus buenas intenciones, tu padre se sentía tremendamente culpable y tuvo que encontrar una justificación a su acto. Buscó el argumento que le otorgaba una aprobación suprema. Tu padre tuvo que sufrir mucho también, probablemente todo esto le afectó de tal manera que lo enfermó. Se le fue de las manos, amor. Debes entender su contexto.

Moret siempre se había fiado de las deducciones de su mujer y pareció vacilar. Sin embargo, contestó con una frase comodín, una que se le había implantado desde muy pequeño para luchar contra la posibilidad de dudar sobre una lección recibida en la infancia de un hombre que murió delante de él y que también mató a su mamá. Moret también necesitaba una explicación para eso.

—Te he dicho que el acto de liberar al ser amado de toda posibilidad de sufrimiento es la máxima expresión de amor que se pueda imaginar, y Dios quiere eso para sus hijos: amor eterno.

—No puedes hacerle esto a Jesús. —Alona ya solo podía pensar en salvar a su hijo.

—Le ofrezco el conocimiento de una libertad absoluta. Nos veremos con él al otro lado, y entonces lo entenderás.

Alona ahora sentía rabia. No podía permitir que su hijo creciera con aquella responsabilidad, no quería que padeciera ningún tipo de sufrimiento. De repente, se le ocurrió una idea. Se irguió para abrazar a su marido, que la miraba pálido y sudoroso, confuso y asustado. Lo besó siete veces en la frente.

—¿Recuerdas? —Moret tragó saliva pero no contestó. Aunque Alona sabía que recordaba perfectamente—. Si alguien a quien quieres mucho te da siete besos en la frente, te viene a la memoria lo que no consigues recordar. Eso es lo que le estamos enseñando a nuestro hijo, a amar y a liberarse de la culpa y el dolor. Y tú no consigues recordar lo mucho que me quieres, lo mucho que hemos pasado y lo mucho que esperamos del futuro. Tienes que luchar por la vida, debes olvidarte de lo que te dijo tu padre, para que podamos vivir muchos años disfrutando de nuestro hijo.

—Perdóname. Lo eres todo —dijo entre lágrimas mientras abandonaba a su mujer allí.

Alona seguía amando a su marido y aquello solo le hacía sufrir más, él estaba enfermo y así lo querría. No debía rendirse, porque debía cuidar de que a su hijo no lo enfermaran también. Antes de irse, Moret añadió:

—Cuando te marches, nos volveremos a ver en un año, me encontraré contigo. Iré en tu busca. Espérame con amor.

—Pero ¡si me tienes aquí, ahora! ¡Llena de amor!

—No tengas miedo, nos encontraremos al otro lado.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Es la única cuestión que puedo controlar con certeza. Es así.

Jesús iba a perder a su madre y a su padre también.

—¡Qué cabrón! —exclamó Lucas, totalmente indignado. En poco tiempo se había involucrado en aquella historia por completo.

—Tiene una extraña idea del amor y sobre la inmortalidad... —comenté.

—¿No lo estarás pensando en serio? ¿Lo estás justificando?

—De ninguna manera, solo digo que la va a matar pero que la sigue queriendo muchísimo. Es una especie de locura romántica...

—¿Qué dices? Es un maldito psicópata asesino, y punto.

El tema es el siguiente: las mujeres interconectamos todo tipo de información con recuerdos, asociaciones, emociones, reflexiones..., de manera que podemos ver más de siete gamas de colores. Sin embargo, los hombres tienen archivada la información tan pulcramente encajonada y ordenada, disociada, que no interconectan nada. Abren el cajón que toca y punto, no desordenan el resto. ¿Para qué? No está allí lo que buscan... Interconecté mi comprensión con la apacibilidad, la risa que me daba su indignación con el respeto que me producía y el amor con la ternura para decir:

—Vale, vale, queda muy poco, voy a seguir leyendo.

Moret visitaba a su esposa todos los días, la cuidaba y alimentaba. Su rostro estaba enfermado tanto como su mente. Su aspecto era grisáceo, encorvado y sus brazos se balanceaban, inertes. Alona sabía muy bien que su marido disputaba una gran batalla interior, la duda sobre qué era lo correcto. Titubeaba sobre el mensaje transmitido por sus padres, y de aquel atisbo de vacilación dependía la vida de ella. Rogó a su marido que le dejara despedirse de su hijo, a lo cual se negó: «No quiero que le metas ideas erróneas en la cabeza», fue su respuesta.

Alona amó a su marido en cada visita; podía perdonarlo, porque lo quería por encima de todo.

—¡Qué estupidez! —dijo Lucas, aún más indignado—. Es un poco tonta.

—Es más lista que tú y que yo juntos...

Y me contestó con un psé.

Pasó el tiempo, incluso meses, y su marido seguía dudando. Durante ese tiempo Alona ideó un plan para alertar a su hijo, que ejecutaba cuando Moret no estaba con ella, a escondidas. No podía dejar que su querido Jesús se convirtiese en otro hombre culpable, sufridor y, en definitiva, un asesino. Intentó colar notas de aviso en libros que Moret se llevaba, en los cuencos que lanzaba al mar, entre las rocas, por si alguna vez Jesús iba a aquella cueva... Quería que pudiese llegar su propio mensaje hasta su hijo, el de su madre. El aviso para que no se dejara enfermar.

Alona pasó lo que pensaba eran sus últimos días de vida encerrada en aquel cuarto húmedo. Amando con locura, fiel a sus valores, sus latidos se contaban para Moret, para Martina, Víctorino, para Dominique y sobre todo para Jesús. Su sueño hecho realidad. Le costaba tanto creer que no podría verlo crecer... Le costaba tanto imaginar que aquello era lo correcto, no quer

—¡Hay una mancha de sangre! —dijo Lucas, alarmado.

—Ya te lo había contado... —contesté, incrédula. Sí, me sorprendía que no

escuchara el ochenta por ciento de la información que salía por mi boca, o por lo menos que no lo archivara en sus cajones.

—Qué va... Me acordaría.

«No. Lo que pasa es que ahora te ha enganchado la historia y me atiendes de verdad», pensé para mis adentros

—Tenemos que llamar a la policía.

Salvado por el inconsciente

¿Quién había tenido que morir por contar aquella historia? ¿Por qué no se había destruido el libro? ¿Quién lo había guardado? ¿Por qué lo tenía mi madre? ¿Quién lo buscaba ahora? ¿Carlos M.? ¿Cuál era la pieza que lo encajaba todo?

Mientras dormía, mis ojos se movían de derecha a izquierda, y en esa fase del sueño me mantenía en una nebulosa de pesadillas, dudas e inquietudes. Sabía más de lo que era consciente y mi mente hurgaba en otros lugares, levantando surcos cerebrales por si las respuestas estaban allí escondidas. Y entonces lo supe. Abrí los ojos sin ningún sopor.

Quise pensar que había encontrado la pieza. Una pieza en forma de «M».
¡Carlos M.!

¿Podía ser verdad? ¿Estaba en lo cierto?

Me levanté de la cama, Lucas seguía durmiendo y no quise despertarlo. Encendí el ordenador y escribí en la casilla de búsqueda de Google: «Carlos Moyano».

«Contactar con Carlos Moyano en Facebook.» Eso fue lo que apareció ante mis ojos. Pinché con el ratón y acoté la búsqueda a personas que vivían en la ciudad. Y allí estaba...

¡Era él! No dudé en reconocer en aquella imagen al hombre que había visitado a mi madre en el hospital, su amante, y el mismo que me había perseguido en una ocasión... ¡Carlos Moyano era descendiente de Moret Moyano! Entonces, ¿había matado él a mi madre? Desde luego, provenía de una familia con antecedentes.

Mi mente seguía rastreando por todos los recovecos cerebrales, por cada surco, por cada interconexión neuronal, segura de que algo más se me

escapaba... Algo importante... Repasé las últimas páginas de la novela de Alona, por si aquello me desvelaba la cuestión. Así fue, este fue el texto revelador:

VIVIREMOS ETERNAMENTE JUNTO A DIOS, COMO SOMOS AHORA, SIN QUE NADA CAMBIE, EN LA MÁXIMA FELICIDAD... NO TODO EL MUNDO SABE RECONOCER ESTA VERDAD, PERO MI FAMILIA TENÍA EL SECRETO, Y ASÍ DEBE PASAR AL RESTO DE NUESTRAS GENERACIONES.

¿Podía haber pasado de generación en generación la loca idea de que hay que matar al ser amado para poder encontrarse con él exactamente en el mismo punto en el que estabas en vida?

¿Podían haberlo hecho sin la sospecha de la policía?

¿Por eso habían matado a mi madre?

Eran las cuatro de la madrugada, pero no me importó. Llamé a Miguel. Seguía sin responder a mis llamadas. Y de repente..., supe qué era lo que se me pasaba de largo... Recordé la última conversación que había mantenido con él y la contundente pieza que disparaba todas las alarmas. Miguel me había dicho que su amante, Ana, era hija de Carlos. Mi hermano estaba saliendo con la hija de un Moyano... Por lo tanto... ¡También ella era un Moyano! ¿También era parte de varias generaciones de asesinos? ¡¡También Miguel estaba en peligro!!

Me asusté muchísimo, tanto que me olvidé de la policía, de Lucas y de la razón. Cogí las llaves del coche y sin ni siquiera avisar corrí a casa de Miguel. Llamé al timbre con insistencia. Eran las cinco menos cuarto de la madrugada... «Por favor, por favor, Miguel, ábreme... Tienes que abrirme... Tienes que estar en casa...»

Fue Marisa quien abrió la puerta. Aún recién levantada olía a amapolas dulces, con unas favorecedoras mejillas sonrosadas, una piel de cerámica y las pestañas bien tupidas y negras, con su pelo convenientemente revoltoso. Digo «conveniente», porque todo aquel desorden era lo más bello que había visto nunca. Como un cuadro abstracto que te embelesa. Por si acaso, miré a sus pies, puede que llevase tacones incluso para dormir. Aun con mi agobio, mi mente disponía de tiempo para ser sarcástica y cruelmente crítica.

Pensamiento intruso.

—Marisa... —Me arreglé el pelo. Y es que las mujeres tenemos tiempo de

sobra para estar asustadas y preocuparnos por nuestra imagen a la vez—. ¿Está Miguel?

—No. ¿Qué sucede?

Dudé en contárselo; su embarazo empezaba a notarse y no quería causar daños por algo de lo que no estaba totalmente segura. Ella no era tonta. No, no... Era guapa y lista. Así que no podía simplemente decirle que no ocurría nada.

—Es que no me coge las llamadas y estaba preocupada.

—Está de viaje de negocios. —Me miró como diciendo: «¿Y te preocupas a las cinco de la mañana?».

—Vale... Oye..., ¿te importa que mire su agenda de teléfonos?

—¿Ahora?

—Sí..., es que quiero ver si tiene el teléfono de nuestro primo. Es urgente que le llame mañana por la mañana.

Ella no creyó ni una palabra, y su escéptico gesto lo decía todo. Tampoco preguntó, me dejó pasar y me indicó que fuera al estudio.

Mientras Marisa bebía un poco de agua, ojeé la agenda de teléfonos de Miguel. No había mucha cosa; ahora mismo, con la tecnología, nadie escribe. Busqué en «M» de Moyano y en el resto de las páginas. Nada.

Cerré la agenda, frustrada. Marisa me vio. Seguramente sospechaba que no quería el número de teléfono de mi primo, porque dijo:

—Tiene otra agenda de trabajo en su cajón.

Aquella fue la primera vez que conectaba con ella. Por alguna extraña razón me estaba ayudando, se fiaba de mí incluso sabiendo que no le contaba todo. ¿Sabría que su marido le escondía algo?

—Gracias, Marisa. —Fue un agradecimiento sincero. Nuestras miradas se comprendieron.

Seguí con la tarea, ahora sin ocultar mi agitación. Allí estaba. «Ana Moyano. Calle del Consuelo, 19.»

Me despedí de Marisa. La dejé algo agitada, ajustándose un poco su espléndida bata.

Sin perder un minuto, conduje hasta aquella dirección. Llamé varias veces a Lucas y a Miguel, ninguno me respondía. Estuve a punto de llamar a la policía, pero debía actuar con rapidez y el miedo de no estar en lo cierto me

frenaba un poco. Podrían hacerme muchas preguntas y acabar interna en un psiquiátrico.

Paré el coche frente a la casa. Un chalet enorme y blanco, con gran encanto. Encontré el coche de Miguel aparcado fuera. Había luz en una de las habitaciones. Me extrañó, a estas horas...

Cogí el móvil y escribí un mensaje de texto: «Estoy en calle del Consuelo, 19. La amante de Miguel es un Moyano». Se lo mandé a Lucas y, en el último instante, también decidí mandárselo a Bárbara.

Me paré a escasos metros de la casa, intentando pensar con frialdad sobre cuál sería mi siguiente paso. ¿Y si simplemente llamaba a la puerta? Podría preguntar por mi hermano. No podía responder que no estaba allí, porque veía su coche. ¿Y si era una asesina? Aunque Ana Moyano no tenía manera de saber que yo conocía su historia familiar... Así que debía ser amable y preguntar por Miguel, excusándome mediante una urgencia familiar, sin levantar sospechas. Mientras me acercaba a la casa no podía dejar de pensar: «¿Por qué no habré cogido un cuchillo, un palo, un ladrillo? ¡Algo!».

Llamé a la puerta. Escuché ruidos dentro de la casa y me pareció que observaban desde detrás de una cortinilla. Cada poro de mi piel sudaba miedo, mis células quemaban adrenalina para funcionar y mi atención se mantuvo plena. Todo mi cuerpo se preparaba para la supervivencia, al máximo de mis capacidades. Fue un gran alivio que Miguel abriese la puerta.

—¿Qué quieres? ¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó con cierta aspereza. Ni siquiera me saludó. Estaba despeinado y con mala cara.

—¿Puedo hablar contigo un momento? Sé que es tarde..., ha ocurrido algo... —le dije.

—No. No puedo. —Se relamió la parte superior del labio con la punta de la lengua, tan solo un segundo.

—Pues no me voy a ir de aquí hasta que hablemos.

—Eloísa, ¡que te vayas! —Nunca Miguel me había hablado tan cruelmente. Quería que me fuera. ¿Seguía enfadado?

—No. No me voy.

Lo siguiente en lo que pensé fue en el horrible dolor de cabeza que sentía.

Lo primero que fui capaz de notar fue un amargo sabor en la boca.

Cuando mis ojos pudieron enfocar a mi alrededor, me encontré sentada sobre una silla de madera en una habitación que parecía el sótano. Un intenso dolor en las muñecas y en los tobillos predijeron lo que más temía: estaba atada de pies y manos. El amargo sabor provenía de la mordaza que me impedía gritar. El miedo recorrió mi cuerpo en forma de escalofrío y el sudor me bañaba por completo. No recordaba muy bien lo que había ocurrido. Intenté desatarme. Era inútil. Intenté gritar en vano. Intenté pensar con claridad. Fracase.

Exploré la habitación a conciencia, intentando localizar alguna pista que desvelara lo que sucedía. Aunque, en lo más profundo de mí misma, lo sabía. Para alimentar más el miedo, pude observar que no estaba sola, alguien yacía detrás de un mueble. No podía ver el cuerpo completo; sí sus pies, que sobresalían de manera visible. Las lágrimas brotaron de mis ojos cuando reconocí los zapatos. Era Miguel.

—¡Mii-hueeeel! —intenté gritar su nombre, sin éxito.

«No puede estar muerto... Por favor, que no lo haya matado.»

El miedo era tan dominante que no había sitio en mis pensamientos para las habituales charlatanerías vacías que me ocupan el tiempo de manera inútil. Mis sentidos se agudizaron. Sentía cada impulso de mi cuerpo, cada pelo moverse y a la adrenalina fluir. Me sentía más viva que nunca. Podía entender cuáles eran mis fortalezas, cuáles eran las herramientas que debía usar para escapar de allí. Comprendía mi cuerpo mejor que nunca. No quedaba tiempo para castigarlo, solo para usarlo con toda su funcionalidad. Algo que se nos olvida cuando nos miramos delante del espejo preparadas para criticar.

Tenía miedo a morir y desaparecer de este mundo. No poder volver a abrazarme a Lucas, no volver a reír, a ver a mi padre o a pensar nada. ¿Cómo sería no existir? ¿No preocuparse por nada? ¿No participar en la vida de los que más quiero? ¿No tener influencia sobre los acontecimientos? Cuando estamos vivos, tenemos la oportunidad de influir a nuestro alrededor; si mueres, pierdes el turno.

Escuché la voz de Ana en el piso de arriba:

—Están aquí los dos... ¿Y qué querías que hiciera? Se plantó en la casa

justo cuando... Ya, pero estaba su coche fuera. —Parecía hablar por el móvil con alguien—. ¿Vas a venir o no? —Colgó el teléfono y tras unos minutos escuché que comenzaba a bajar por las escaleras.

Intenté desatarme de nuevo. Nada.

Primero pensé en hacerme la muerta; pero no podía bajar la guardia, debía aprovechar cualquier oportunidad que se presentase de escapar.

—Estás despierta. —Ana me observaba, atenta. Diría incluso que con gesto de preocupación—. Estás sangrando. Voy a limpiarte la herida. Tuve que golpearte con la pistola, pero no es nada grave.

Maldita sea..., era demasiado considerada para ser una asquerosa asesina. Me curó la herida con agua oxigenada.

—No parece muy profunda. Lo siento, no deberías haber venido. No quería hacerte daño. —Intenté responder, pero la mordaza apenas me dejaba tragar—. Puedo quitarte eso, prométeme que no gritarás.

Asentí con la cabeza. Pero cuando me quitó la mordaza, lo primero que hice fue gritar:

—¡¡Miguel!! ¡Despierta!

Ana me tapó la boca con la mano.

—Chis... ¡Silencio! No está muerto, le he dado un somnífero... Aún no... Tengo que arreglar... —Me miró con lástima—. Tengo que arreglar tu tema.

—¿Qué vas hacer con Miguel?

—Nada malo... Ay, Eloísa..., nos amamos tanto...

Mi mente apartó el miedo y se dispuso a pensar, elaborar y a archivar cada dato que interpretaba para que fuera útil. Inspeccioné lo que me rodeaba y encontré una posibilidad, elaboré un plan y, para ello, primero debía enfadar a mi secuestradora.

—Miguel no te quiere.

—¿Y tú qué sabes? —No contesté, ella continuó hablando—. Nos queremos como pocos han podido en esta vida. Soy muy feliz a su lado.

—Ya lo veo... —Miré con escepticismo hacia el cuerpo de Miguel.

—No te atrevas a juzgarme. Lo he cuidado mucho todo este tiempo. —Se acercó a mi hermano con verdadera cara de loca chiflada y... también de enamorada—. Lo nuestro es lo más real que conocerás sobre esta tierra.

—¿Y Marisa?

Por fin comenzaba a irritarla; me miró con cierta chispa en el ojo. Algo de rabia surgía desde sus entrañas.

—Ella solo vino antes que yo, Miguel no la quiere como su compañera. Me quiere a mí.

—Hablas como tu loco antepasado.

Ahora sí que se agitó.

—¿Cómo...? ¿A quién te refieres?

—Estoy hablando de Moret Moyano.

—¿Cómo demonios conoces la historia? —Guardé silencio. Ella pareció reflexionar—. ¿Tienes el libro! ¿Y lo has leído?

—Sí.

—¿Y qué opinas? —Su nivel de enfado había descendido para dejar paso a la curiosidad.

—¡Que estáis como una puta cabra todos!

—Mmm... Entiendo.

—¿Qué entiendes? —grité, y pataleé el suelo.

—No eres capaz de ver la verdad del amor. La idea de eternidad. Yo no puedo perder a tu hermano; somos uno, almas gemelas predestinadas a amarnos eternamente.

—Sigo pensando que estáis como una cabra. No puedes matar a alguien a quien amas, y ni siquiera puedes estar segura de que os vayáis a ver al otro lado.

Ella vaciló, de nuevo agitada:

—Sí, yo también he llegado a dudar de eso...

—Ahora sí que no entiendo nada —dije con enfado—. ¿Por qué lo vas a matar si no tienes claro que te vayas a encontrar con él después?

—Acabé decidiendo que la existencia o no de un «más allá» era irrelevante.

—Pero ¿qué dices?

—Nuestro amor ha llegado a su techo más alto, y así debe permanecer. Cuando los dos nos vayamos, así habrá desaparecido de este mundo, pero su idea se mantendrá. Su recuerdo y su profundidad harán eco... Y lo más importante, ya no podrá dejar de ser lo que es. Nadie podrá arrebatárselo. No puedo ni imaginarme la idea de perderlo.

—Tienes miedo de que te deje por Marisa... Es eso, ¿verdad? Eres una imbécil y una egoísta. Prefieres matarlo antes de que te abandone. Eso no es amor. Amor es querer la felicidad de la otra persona.

—No me abandonaría jamás. Te explicaré por qué lo hago... La madre de Moret cambió por una enfermedad y la relación con su esposo empeoró. Ya no era lo mismo que antes. Perdió la facultad de amar. Tengo que llevarme ahora a Miguel, para que nuestro amor se mantenga así para siempre... En la cumbre.

—Hay un problema en tu caso.

—¿Y cuál se supone que es? —Ahora sí que la rabia se asomaba por su lagrimal.

—Alona amaba a Moret. Incluso cuando la raptó..., lo que ella sentía era algo real, puro y para siempre. Indestructible, diría yo... Lo quería incluso con su enfermedad mental.

—No estaba loco.

—Déjame seguir. Alona tenía la idea correcta del amor. Nada podría destrozarlo. Eso sí que parece algo eterno y cuerdo.

—¿Y si cambiaba de opinión? ¿Y si Alona caía enferma y moría? Lo que tenía se hubiese acabado de manera individual, dejaría a Moret solo y sufriendo su ausencia. Debían morir como pareja, como dos partes de una misma mitad.

No supe qué contestar a semejante reflexión tan incongruente, pero debía meterme en su discurso y hacerla dudar con su razonamiento.

—Te lo volveré a preguntar... ¿Quieres saber cuál es la diferencia en tu caso? —Yo necesitaba cabrearla más, conseguir que me odiase.

—Sí.

—Miguel no te ama. Está todo en tu estúpida y manipulable cabeza.

Lo había conseguido. Su rabia fluía a borbotones de cada gesto, de cada poro, de la temperatura de su cuerpo...

—¿Y cómo mierdas puedes saber tú eso?

—Porque está esperando un hijo, y no es tuyo. No puedes luchar contra ese amor.

Ana me golpeó la cara con una contundente bofetada.

—Sí que puedo. Y eso es exactamente lo que estoy haciendo. Por eso debo

liberarlo ahora mismo, antes de que ese bebé pueda confundirle.

—¿«Liberar»? ¿Por qué no lo llamas por su nombre? ¡Es asesinato! —le hablé con despecho—. No tienes nada claro que él te quiera. Te estás apresurando y pretendes acabar con esto antes de que te abandone por su hijo y por la madre de su hijo.

Ana empezó a caminar en círculos. Había conseguido lo que quería: enfurecerla. Cogió la pistola que descansaba sobre una mesa. Se acercó a Miguel para observarlo con cariño, como si pidiese la confirmación de su amor, y después volvió donde yo estaba.

—¿Tienes el libro aquí? —La verdad era que no; si quería seguir adelante con mi plan, debía hacerle creer que sí. Me mantuve en sospechoso silencio—. ¡¡Contéstame!! ¡Te he hecho una pregunta!

Me apuntó con la pistola, y rompí a llorar.

—Por favor, no me hagas daño. —Ahora intentaba manipular su percepción de la situación, quería que se sintiese segura, que notase mi desesperación para que creyera que tenía el control. Debía hacerle bajar la guardia.

—¡Te he dicho que me contestes! —repitió con aire dominante. Estaba funcionando.

—No lo tengo —lo dije con un tono de voz extremadamente bajito y mirando hacia el suelo. Pretendía que creyera que estaba mintiendo. Y lo conseguí.

—A mí no me engañas. Se te nota en la mirada. Ni siquiera sabes mentir. Te daré un consejo: mira bien a los ojos del otro cuando quieras hacerlo.

—Lo siento... —titubeé, exponiendo todo el miedo que en realidad sí que sentía.

—¿Dónde lo tienes?

No contesté. Ella me abofeteó más fuerte que la vez anterior. Las lágrimas salían de mis ojos. No me costó fingirlas, estaba temblando.

—Seguro que está en tu bolso. Mi padre me dijo que llevabas el libro a todas partes y que por eso no pudo encontrarlo en tu casa.

Ana corrió escaleras arriba, en busca de mi bolso. Una vez lo hubo encontrado, volvió y vertió todo su contenido delante de mis narices. Al no encontrar el libro allí, se quejó:

—¡Mierda! No está. —Fijé mi vista en las llaves del coche—. Eres muy tonta, Eloísa... Lo dices todo con la mirada... Lo tienes en el coche, ¿verdad?

—Estás como una puta cabra. Tú y toda tu familia. No sois más que unos asesinos y no hay verdad en lo que queréis transmitir. No hay amor. Solo el mal. Miguel no pudo quererte nunca. —Fingí un escalofrío y bajé el tono de mi voz conforme avanzaba la frase. Le hice creer que me estaba mareando y que me encontraba mal.

—¡Tú no sabes nada! —gritó con furia.

Debo concretar: ya no era rabia, era furia.

—Sí que lo sé, me hablaba mucho de ti... —Tosí, como atragantada.

—¿Sí? ¿Entonces cómo puedes decir que no me quería?

—Porque solo me contaba lo mucho que le gustaban tus enormes tetas. No había nada más que destacar sobre ti.

Su furia creció de manera desmesurada y me golpeó varias veces. Después quedó como en trance, intentando respirar, relajarse y controlarse. Volvió a acercarse al cuerpo de Miguel y se agachó para besarle. Yo aproveché ese momento en que parecía estar más calmada para decir:

—¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Cuánto tiempo voy a estar aquí?

—Todavía no he pensado cómo deshacerme de ti. —Tosí con estrépito—. No tienes buen aspecto. ¿Te encuentras mal?

—No sé... Tengo frío... Me duele la cabeza. —Carraspeé y me hice la fuerte cambiando de tema—. ¿Vas a ir a por el libro?

—Vaya... por fin cantas y confirmas que lo tienes. —Miró con aire superlativo mientras se dirigía escaleras arriba.

—Antes de marcharte... ¿Podrías, por lo menos, darme un jersey, una manta? De verdad, no me encuentro bien. —Ahora yo me había convertido en su mayor enemigo. Y ese era el plan. Al enemigo, ni agua.

—¿En serio me estás pidiendo un favor? ¿Con todo lo que me has dicho?

—Sí, no lo soporto. Por favor, estoy tiritando.

—Pues eres una ingenua idiota.

Arrastró la silla a la que estaba atada y la colocó justo debajo de una ventana que había por encima de la altura del zócalo. No me atreví a hablar ni a hacer nada que pudiera romper la secuencia de mi plan.

—¿Tienes frío? —Entonces abrió la ventana estilo batiente—. Hoy la

noche es fresquita, espero que no pilles un catarro. Deberías abrigarte — añadió con ironía. Se relamía. El viento entraba por aquella fisura y me golpeaba en los brazos. Fingí temblar.

Me volvió a colocar la mordaza y se marchó con cara triunfante.

La ventana era una especie de trampilla antigua. Diría que la habían construido ellos mismos, una chapuza para poder ventilar el sótano. El cristal estilo batiente no estaba protegido, por lo que se mostraba desnudo y al descubierto. Era muy fino. Zarandé la silla de adelante hacia atrás hasta que mis manos se colocaron a la altura de aquel cristal. No era suficiente, debía forzar la lazada un poco para que pudiese contactar con el vidrio. No me importaba el dolor de mis muñecas, es que ni siquiera las sentía. Utilicé una fuerza que no creí tener y conseguí holgar aquellas cuerdas de manera que ahora estaban a la altura del cristal cortante. Comencé a arrastrarlas sobre él. Las muñecas empezaron a sangrarme por el roce con el filo. Aquello resultaba más complicado de lo que creía, muy lento. Pero no tuve dudas, era mi única oportunidad. El libro no estaba en el coche, por lo que Ana emplearía bastante tiempo inspeccionando cada rincón..., esperaba que no desistiera muy pronto en la tarea. Entonces lo conseguí. Me desaté las manos con un tirón brusco y desesperado. Me quité la mordaza y la cuerda de los pies. Cogí un rastrillo y me escondí detrás de la puerta del sótano.

Transcurrió un tiempo, no puedo decir cuánto. Permanecí alerta. Hasta que escuché a alguien que venía con paso apresurado.

—¡Maldita sea, Eloísa! ¿Dónde demonios está el libro? —gritaba como la chilflada que era, cosa que me permitió reconocer el instante justo en que entraba por la puerta. No dudé. Le sacudí en la cabeza y cayó por las escaleras.

Inconsciente.

Corrí hacia Miguel. Quería despertarlo. Estaba muy dormido y no obtuve respuesta alguna. Lo zarandé. Nada.

Entonces intenté arrastrarlo. Sabía que Ana había estado hablando con alguien por teléfono. Alguien a quien esperaba. Seguramente a Carlos. Me costaba tener que dejar a mi hermano en aquel sótano, pero mi racionalidad superó por primera vez en mi vida a mi sentimiento, para acabar decidiendo lo que más probabilidades de éxito tenía: salir en busca de ayuda.

Ya era tarde, justo cuando me dirigía escaleras arriba...

—¡Mírate! No solo has heredado los ojos de tu madre. También su inteligencia.

Allí estaba. El hombre elegante, el hombre que dejó su botón en la habitación de hospital, el hombre que mató a mi madre. Su amante. Un Moyano. Me cogió bruscamente del brazo y, con más fuerza de la que aparentaba tener, me volvió a atar a la silla de pies y manos.

Se apresuró en socorrer a su hija, que yacía con una fea herida en la cabeza. La cogió en brazos y la colocó al lado de Miguel, recostada sobre unas mantas. Tras cerciorarse de que respiraba y de que la herida no era profunda, volvió hacia mí:

—Bueno... Eres la viva imagen de tu madre —dijo sin perder la tranquilidad.

Me miraba casi con cariño. No se me hacía difícil reconocer rasgos de Moret en aquel hombre. Su porte, su elegancia de movimientos, su pausada tranquilidad y sosiego. Todo él era control.

—No hables de ella. ¡Tú la mataste!

Él pareció sorprenderse ante aquella acusación.

—No la maté, la...

—¿Liberé? —dije con la mayor cantidad de ironía que he utilizado en mi vida.

—¿Cómo sabías...? —Tragó saliva para controlar su emoción—. Has leído el libro. No creía que acabaras entendiendo lo que ocurría.

—Y no lo entiendo. Sois unos asesinos asquerosos que escondéis vuestra maldad bajo una falsa idea del amor.

—¿Sabes? Yo quería mucho a tu madre. Muchísimo... —Se le quebró la voz, acababa de perder una pizca de su compostura al recordar a mamá.

—Lo dudo. No la hubieras matado.

No entró a discutir conmigo aquello. Disimuló una lágrima y volvió a reencontrar su tranquilidad y semblante sereno:

—¿Qué opinas de Alona?

—¿Por qué?

—Es una gran leyenda para nuestra familia. —Cogió una silla y se sentó frente a mí—. Ella fue la segunda mujer que fue liberada a cargo de un Moret. Como bien sabrás, la primera fue Amadora.

—¿Y cómo os habéis arreglado para escapar de la policía tantos años? ¿No era suficientemente sospechoso que todas las mujeres de los Moyano muriesen en circunstancias parecidas y que todos los esposos se suicidasen un año después?

Carlos rio, divertido, y me contestó con otra pregunta:

—¿Has encontrado el amor?

Me sorprendió que cambiara tan radicalmente de tema. Pensé en Lucas.

—Puede.

—¿No lo sabes?

El miedo y la realidad me hicieron pensar con claridad. ¿Y si no volvía a verlo? ¿Y si no volvía a sentir su calidez cuando me abrazaba? ¿Y si no volvía a acariciarme la espalda? ¿Y si no volvía a reír de sus idioteces?

—Sí. Lo he encontrado.

—Tienes suerte, entonces... No todos los consiguieron encontrar el amor. Ya estarás al tanto de las estadísticas de divorcio actuales... Tampoco todos decidieron que debían acabar con su compañera. La liberación del ser amado es algo serio. El mensaje es claro. Solo se puede llevar a cabo si en verdad sientes que «esa persona» es tu otra mitad, tu amor, tu vida y, por lo tanto, el opuesto: la muerte. Por eso no todos los Moyano tuvieron que liberar a sus mujeres, solo lo hacían quienes sabían con certeza que lo que tenían era el verdadero amor en su absoluto esplendor. No son muchas las generaciones que han gozado de esa suerte. Además, cuando vives con una persona, es más sencillo..., puedes fingir su muerte y ocultarla bajo un accidente doméstico o incluso bajo una muerte natural. Algunos, cuando acabaron con su propia vida, decidieron hacerlo en otro país fingiendo que la causa era escapar de su cotidianidad y el estrés: la muerte de la mujer, el trabajo... —Hizo una pausa—. Y tengo que admitir, aunque me cueste, que no todos mis antepasados se tomaron esto en serio. Es decir, el mensaje se transmitió, pero alguno lo hacía categorizándolo de anécdota, como curiosidad familiar... Sin poder llegar realmente a la esencia, a la verdad.

—Quieres decir que no todos estaban tan locos como tú y tu hija... —Rio.

—Ay, Eloísa, tú tampoco puedes verlo.

—¿Y Jesús?

Parece mentira que la curiosidad pueda ganar al miedo en un momento

como este.

—¿Qué Jesús?

—El hijo de Alona.

Él asintió con la cabeza.

—Pues sí. Antes eran otros tiempos. Ahora parece que el amor se está extinguiendo. Jesús se casó con Mar, o eso se nos ha transmitido. Y estaban locamente enamorados, así que...

—La mató —terminé la frase por él.

No podía soportar que volviera a utilizar la palabra «liberar». Él no me siguió el juego. Podría incluso llegar a admirarlo por el control que mostraba. Con ese porte elegante, con esa mirada azul intensa y esa inteligencia que se podía apreciar en su semblante

—Dime una cosa. ¿Sabes qué ocurrió con todas las generaciones Moyano?

—Claro que no. Son muchas. —Transmitía tanta serenidad, tanta cordura que entraban ganas de creerlo. Si no hubiese sido un repulsivo psicópata, claro.

—Pues me da la impresión de que lo tienes todo bastante controlado.

A él le hizo gracia mi comentario.

—Ese libro que guardas ha pertenecido a nuestra familia durante muchos años.

—¿El de Alona?

—Sí. Cometí un gran error al dejar que tu madre lo encontrase en mi casa, lo cogió sin permiso. Supongo que le atrajo la vieja cubierta y la caligrafía, que era muy curiosa... De generación en generación se ha leído a nuestros hijos, para instruirlos desde las edades más tempranas. Gracias a él, conocemos los inicios de nuestra historia familiar, de esa verdad que se ha ido transmitiendo de Moyano a Moyano. Cuando me di cuenta de que tu madre tenía el libro, fui a recogerlo al hospital; pero ya no lo tenía ella. Te lo había dado a ti. Entiende que es una reliquia familiar, debía recuperarlo.

—Hay cosas que no comprendo. ¿Quién ha escrito esa historia? ¿Quién conoció tan bien a Alona como para hacerlo? ¿Quién murió por ello?

Carlos arqueó la ceja sin poder creer que le estuviese haciendo aquellas preguntas.

—¿No sabes quién lo escribió?

—No —dije con fastidio.

—Ella misma.

—¿Qué?

—Alona fue una gran mujer, y la adoramos. Es la leyenda que mantiene nuestra verdad, es la pura imagen de nuestro mensaje, el modelo de mujer fuerte e inteligente que amaba por encima de todo. El ejemplo. El libro que escribió es nuestro manuscrito, nuestra Biblia, por decirlo de algún modo... y por eso se lo leemos a nuestros hijos desde edades tempranas.

—Pero eso no puede ser. Estuvo presa durante un año entero en esa cueva. ¿Cómo pudo entonces escribir una novela? —Admiraba más que nunca a Alona, e incluso en mi mala situación me entraban ganas de defenderla a muerte. Literalmente.

—Era muy inteligente y elaboró un plan para avisar de lo que su esposo se proponía. En aquel habitáculo sobre la roca, había muchísimo papel. Era una especie de oficina. Alona robó algo y escribió varias notas intentando avisar de lo que ocurría. Las escondió entre la roca y la tierra, para luego lanzarlas al mar cuando tuvo oportunidad. Un día, consiguió robar un cuaderno en blanco y una pluma. Decidió escribir su historia, al detalle, para que si alguna vez alguien encontraba aquel libro, pudiera comprenderlo todo. También su amor por Moret, su marido, sabía que incluso muerta seguiría amándolo. No olvides que pasó un año encarcelada. Tuvo tiempo de sobra.

—Y en vez de crear el mensaje que Alona quería transmitir, ¿os quedáis con el de Moret?

—Va... Estaba confusa, no había sido educada desde edades tempranas, no la habían instruido y sus sentimientos la confundían. Lo hizo por Jesús, para intentar que no se «intoxicase», como ella decía. Moret la descubrió escribiendo. Ese mismo día acabó decidiendo que ya debía liberarla. Utilizamos su historia para describir el modelo de persona que se debe buscar para la eternidad. Alona es un buen ejemplo, ¿no te parece? —Yo no contesté —. Como tu madre.

Me eché a llorar. Él, al verme, se acercó un poco, me tomó de las manos y también lloró, en silencio. Intentando contenerse.

—No sufras, tu madre está en un lugar mejor.

—¡Cállate! —le grité.

Carlos me dejó allí un rato, a solas para que me calmara. Antes de levantarse, me dio un toque en el hombro, en un intento de consolarme y de mostrar su estima hacia mí, la hija de María. Fue a atender a Ana, que respiraba y balbuceaba algo. Volvió tras unos minutos y se sentó frente a mí en posición de escucha. Yo tenía más preguntas. Total, iba a morir mejor sabiendo todo lo ocurrido.

—¿Por qué Moret tardó un año entero en matarla?

—Dudó sobre el mensaje que le transmitió su padre. De hecho, Alona le hizo dudar con sus argumentos. Era un hombre fuerte y débil al mismo tiempo. Quería mucho a su mujer, temía no volver a verla y por eso la retuvo un año para despedirse de ella. Fue la primera generación que adquirió el conocimiento de la verdad. Así que vaciló. Ahora es más fácil transmitir el mensaje... He leído mucho sobre el tema...

—¿De qué estás hablando?

—¿Sabías que hay estudios que revelan que es posible transmitir conocimientos genéticamente? Somos una familia peculiar... Moldeada a lo largo de los años, diría yo.

—Creo que no lo entiendo.

—Te lo explicaré con un ejemplo. Igual que las arañas cuando nacen saben cómo hacer sus telarañas, es posible que los genes sean capaces de guardar cierta información que después favorezca la comprensión de nuestro mensaje tras varios años de transmisión y aprendizaje. Tan solo es una hipótesis.

—¿Quieres decir que la enfermedad mental se transmite genéticamente? Sí, eso ya lo sabía —escupí con rabia.

—No, no..., no me refiero a eso. —Carlos omitió que lo estaba llamando loco, con extrema seriedad—. Estarás de acuerdo en que los genes contienen la información necesaria para que, tras la fecundación, el nuevo ser que surge contenga dos ojos, dos manos, una altura concreta, etcétera.

—Sí, ¿y qué?

—También podrían contener información que amoldase el sistema nervioso central y la organización neuronal, de modo que se acomode a la predisposición de ciertos valores transmitidos de generación en generación.

Me quedé estupefacta. ¿Había explicación científica para aquella

incongruencia?

—¿Me estás diciendo que es posible transmitir información, conocimiento, a través de los genes?

—Bueno, no está comprobado. Es mi hipótesis, una suposición. Pero no es descabellada, porque he investigado sobre el tema bastante. Sería un proceso de cambio lento y evolutivo. Estoy convencido de que nuestra familia sí que dispone de cierta predisposición a comprender la verdad transmitida.

—¿Cada vez es más fácil que los sucesivos Moyano acepten esta locura?

No contestó ante esta vieja acusación de locura y no quise hurgar más; me parecía que se estaba jactando, se sentía orgulloso de esta barbaridad, así que cambié el tema.

—¿Por qué se decidió Moret finalmente?

—Al encontrar a su esposa escribiendo, supo que no podía arriesgarse más. Sabía que ella era muy inteligente, y eso ponía en peligro su plan.

—Sí, vi la gota de sangre que había en la última página. La mató allí mismo...

—Bueno, en verdad, fue algo impulsivo, tengo que admitirlo. Pero murió sobre su propia historia en papel. Eso es bonito.

—¿«Bonito»?

—Me gustaría añadirte una observación deliciosa. ¿Pudiste comprobar que ciertas páginas contenían la tinta emborronada?

—Pensé que eran lágrimas.

—¡Efectivamente! —dijo efusivo, como premiando mi reflexión—. Cuando Moret liberó a su mujer, leyó con detenimiento lo que ella había escrito, sin poder evitar llorar encima de aquellas lindas palabras.

—Esas lágrimas también están presentes en los tramos en los que Alona habla de Dominique con amor... —Carlos asintió con la cabeza—. Estaba celoso. Más le hubiese valido a Alona quedarse con Dominique...

—Aquello era imposible. Como bien repite ella, había nacido para Moret.

—No lo entiendo muy bien. ¿Cuál era exactamente el plan de Alona?

—Estuvo un año recluida. Durante aquel tiempo le dejaba hacer pequeñas salidas, para bañarse en el mar, tomar un poco de aire, poder asearse... En un descuido de su esposo, Alona pudo coger una pluma y un cuaderno para escribir y alertar a las próximas generaciones de lo que estaba ocurriendo. Tal

vez un libro pasase desapercibido y alguien lo encontrara. Moret traía y llevaba libros y cuadernos constantemente. Le llevaba a su mujer cosas que leer y esta pudo colar su diario en cualquier momento.

—¿Y por qué escribir con tanto detalle? ¿No era un proceso lento?

—Como te he dicho, también pudo escribir notas que guardó entre libros, o sobre la roca, y luego los arrojó al mar. Esta vez con otra finalidad, la de alertar. El libro que escribió fue su pasatiempo durante un año, su despedida, debía plasmar el amor que había sentido por Moret desde el principio, para que todo el mundo entendiese que, incluso pese a la enfermedad, seguía amándolo. Si Jesús leía aquello alguna vez, debía comprenderlo bien. Debía hacerle cambiar de opinión sobre lo que su padre le iba a transmitir. ¿No es bonito pensar que la pareja también se conoció y enamoró entre libros?

—Sí; si no la hubiese matado. Es más bien macabro.

—¡No lo entiendes! Es puro amor. Alona quiso a su esposo hasta en sus últimas frases... «Respiraba por Moret...», eso decía. No olvides que cuando escribió su historia, ya sabía que iba a morir a manos de él.

—Alona entendía que su marido estaba enfermo. Pero sí, es admirable que siguiese amándolo.

—¿Ya empiezas a comprender?

—Aún me pierdo totalmente cuando pienso qué necesidad había de matarla...

Carlos negó con la cabeza con gesto cariñoso.

—Tu mente está influida por otra educación. Cuando somos pequeños y capaces de absorber cualquier conocimiento, como una esponja, es más fácil ver la verdad.

—Querrás decir que es más fácil de manipular, ¿no?

—No lo entenderás ahora. Es tarde.

—¿Y qué me dices de mi madre?

Quise ver cierto atisbo de agitación en su mirada, pero él carraspeó:

—Tu madre me recordaba mucho a Alona. La conocí en unas charlas en las que ella participaba como ponente. Cuando la escuché hablar de la cirugía, como si fuese algo mágico y maravilloso, admiré su inteligencia y su forma de transmitir el conocimiento. Después, estrechamos la relación y descubrí en ella los rasgos del verdadero amor. Yo tuve otra mujer antes, pero no

funcionó. No era mi alma gemela, no era digna de la eternidad.

—Y aprovechaste que estaba enferma y débil para matarla. No fuiste tú quien decidió el momento. ¿No va eso en contra de lo que crees? ¿No te la arrebató la enfermedad antes de que tú pudieras hacer nada?

—No. Se te pasa algo por alto.

—¿Qué?

—Yo la enfermé. Soy médico, y sé cómo hacerlo. —La rabia apenas me dejaba respirar—. Comprenderás que la opción de asfixiarla y lanzarla al mar está algo anticuada. Puede que les sirviera en 1873, pero no ahora. Lo que ocurre es que mis planes se vieron afectados por la hospitalización de tu madre. Al no estar expuesta al tóxico, mejoró. Quise esperar a que saliese del hospital; entonces descubrí que el libro estaba en su posesión y que lo estaba leyendo. Disponía de demasiados datos, sospechaba lo que ocurría, así que adelanté el proceso antes de que pudiera hablar.

—¡Estás loco! —grité.

—Es tu opinión —dijo con indiferencia.

Hubo un eterno momento de silencio en el que comprendí por qué mi madre levantó el brazo para señalar a mi hermano. Pero mi expresión de sorpresa me delató.

—¿En qué piensas? —preguntó Carlos.

—Mi madre nos quiso advertir. —Y me eché a llorar, desgarrada.

—¿De qué hablas?

—Antes de matarla..., ¿le contaste lo que ocurría?

—Por supuesto. Tenía que saber que moría por amor, que me encontraría junto a ella en un año.

—Nos quiso advertir —repetí entre sollozos, cada vez más quebrados.

—No puede ser. Cuando salí de la planta de hospital, la dejé prácticamente muerta.

—No. Utilizó sus últimas fuerzas para señalar con el dedo a Miguel. —Hubo un momento de reflexión. Carlos lo comprendió, rotundamente admirado:

—Por Ana.

—Sí. Quería advertirle de Ana.

—Tu madre era muy fuerte. Por lo que veo, incluso en sus últimos

suspiros... —Su mirada quedó perdida un buen rato—. Pero dime, ¿cómo sabía que tu hermano tenía una amante?

—Miguel se sinceró con ella la noche anterior.

—Es admirable... Tu madre...

—Sí. ¡Y tú la mataste! Eres un asesino y un gilipollas por creerte la idea delirante de tu primer antepasado psicópata. ¡Es imposible que Dios guarde un sitio para ti junto a mi madre! —Lloraba desconsolada. Gritaba con rabia—. ¡Irás al infierno!

Me dejó llorar un rato. Se levantó para volver a inspeccionar a su hija. Cuando me hube tranquilizado, continuó con la conversación:

—De todas formas, tengo que confesar que no estoy del todo de acuerdo con mi hija...

—¿De qué hablas?

—Creo que la muerte de tu hermano es totalmente innecesaria. —Respiró hondo—. Ella lo niega, dice que su amor es puro y que, como está a punto de tener un hijo, eso podía confundirle. En mi opinión, es demasiado pronto para decidir. Un bebé no debería poder romper un amor verdadero. Pero es ella quien decide... Lo siento.

—¿Papá? —La voz de Ana, que yacía en el suelo, nos interrumpió.

Carlos corrió al lado de su hija. La levantó un poco:

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele la cabeza.

—Pronto se te pasará. —Le acarició tiernamente el pelo.

—¿Qué vamos a hacer con esa perra? —dijo ella, señalándome.

—No la llares así —contestó Carlos—. Es hija de María.

Ella asintió con la cabeza, aunque sin poder evitar una rabiosa mirada.

—Sabe demasiado.

—Lo sabe todo, cariño. Hay que encargarse de ella.

De nuevo, mi cabeza ideó un plan. Al parecer, cuando está ante la posibilidad de morir, adquiere toda su funcionalidad. Comencé a llorar, esta vez con mayor desgarró que nunca.

—Lo entiendo... Lo entiendo...

—¿El qué? —preguntó Carlos.

—Entiendo lo que hacéis... Y por qué lo hacéis.

Debía intentar que creyeran que compartía su loca idea del amor. Ambos morirían en breve; según su plan, deberían encontrarse junto a su ser amado antes de que nada cambiara. Por lo que sabía, Ana no tenía descendientes a quienes transmitir el mensaje, moriría sin nadie a quien instruir. Debía hacerles creer que si no tenían a nadie más a quien enseñar, yo podría mantener vivo su mensaje. Aunque fuera en otra familia. Era algo rebuscado, pero no se me ocurría nada más, debía arriesgarme. Tal vez el orgullo que sentían por aquella idea transmitida de generación en generación pudiera hacer que no me mataran, con tal de que yo mantuviese vivo su concepto del amor en este mundo. No sabía ni por dónde empezar:

—Salváis la fuerza de un amor para que no se vea amenazado con la posibilidad de romperse, quebrarse, de enfermar o cambiar... Eternamente. Su idea, su vibración se quedará en este mundo para siempre, tal como fue. Es la clave de la plenitud, la pieza que consigue la ansiada felicidad absoluta y eterna. Es una valiente verdad. Algo que sale de lo convencional, pero la única forma...

—¿Lo entiendes? —contestó Ana con cara suspicaz.

—Sí. Ahora lo veo claro. Es solo que... yo no podría soportarlo. Tiene que ser muy duro, hay que tener fe.

Un silencio abrumador inundó la escena. Observé a Carlos y a su hija; ellos también lo hicieron, analíticos. La cara de Ana mostraba sorpresa, aunque la cara de Carlos... No lo estaba consiguiendo.

—Ana tiene dos hermanos —dijo él, desbaratando mi plan por completo.

—No entiendo... ¿Y por qué le cuentas ahora que tengo dos hermanos? —preguntó ella.

—Mira, cariño, tú no tienes hijos. Si vas a liberar a Miguel, también tienes que reunirte con él. —Seguía sorprendiéndome que no utilizaran términos del tipo «asesinar», «suicidar»...—. No nos quedaría descendencia a la que transmitir el mensaje y se perdería.

—Comprendo —dijo ella de mal humor—. Intentaba hacernos creer que ella podría transmitirlo..., que su vida era importante.

—Lo siento —concluyó Carlos, esta vez dirigiéndose a mí—. Debes morir.

Dejó a su hija al cargo y subió por las escaleras. Cuando regresó llevaba una pistola en la mano y un bote de medicamento.

Entonces se escuchó un estruendo que provenía de la calle. Me pareció que varios coches patrulla aparcaban fuera. Puede que Lucas hubiese venido a salvarme. Esta vez sí que había estado atento. El cariño que sentí por él fue eterno e inquebrantable, «hasta siempre, te quiero».

Todo ocurrió muy rápido, precipitado por la policía. Carlos atrancó la puerta de entrada al sótano para que la ayuda no pudiera llegar. Ana corrió a por el frasco de medicinas y le dio unas cuantas a Miguel. Seguramente, el mismo veneno que había matado a mi madre recorría ahora el esófago de mi hermano. Ana lloraba mientras abrazaba a Miguel y le susurraba al oído que lo amaba.

—¡Hazlo ya, papá! No voy a ir a la cárcel.

Carlos disparó a su hija. También lloraba y tenía el rostro desencajado, sudando locura. Había perdido cualquier pequeño atisbo de serenidad. Era su creencia quien lo dirigía, y por eso podía llegar lejos, estaba seguro: no hacía falta que su hija viviese, no tenía a quién enseñar la lección, y por tanto no debía esperar un año como hizo el padre de Moret para enseñar a su hijo la verdad. Y antes de que Ana pudiese enfermar o cambiar, debía acabar con ella para que se juntara con Miguel tal cual compartían su vida antes de la muerte.

—Lo siento, Eloísa. Espero que lo hayas comprendido.

Dirigió el arma hacia mí y yo sentí un miedo que jamás creí posible. Miedo a desaparecer, a no existir, y sorprendentemente miedo a dejar de sufrir. Intenté balancear la silla a la que estaba atada, pero no pude moverla lo suficiente. Una dolorosa quemazón traspasó mi pecho. Noté cómo la sangre caliente se derramaba sobre mi piel. Era curioso cómo, en ese delicado instante en el que mi sangre salía a borbotones de mi cuerpo, cuando sentía que me desvanecía igual que aquel líquido rojo se derramaba hacia fuera, me sentí más viva que nunca. Comprendía mi existencia y la razón por la que respiraba. Antes de perder la conciencia, escuché un nuevo disparo. Carlos acababa de morir.

«Ojalá hubiésemos compartido las pequeñas cosas de la vida, Lucas.»

31

Silencio

Todo está deliciosamente
vacío pero completo a la
vez.

Puedo oír al médico hablar sobre mis constantes.

Luz cegadora. No siento nada. Siento como un

Vértigo.

Silencio.

Nada.

Una imagen de un hombre sobre mí, golpeando mi pecho con brusquedad, interrumpe la paz.

No entiendo muy bien qué es el tiempo ni para qué sirve. No existe. Solo estoy.

Nada. Calor.

Nada.

Nada.

Paz.

Todo está tan conectado. Cada partícula de lo que existe se une con la siguiente tejiendo una red infinita. Lo completa todo. Lo llena todo.

Frío.

Soy vibración, soy partícula, soy aire...

Nada.

Me expando y vibro. Completo la red infinita de todo lo que existe. Soy parte.
Puedo simplemente ser. Existir. Estar presente.

Estoy aquí. Todo está disuelto pero comunicado a su vez.

Comprendo. Y estoy aquí.

Voy allí.

Solo es ahora.

Nada.

Movimiento al azar.

Pendulante.

Vibración.

Luz.

Vacío Floto. Silencio.
Soy. Estoy presente.

Vacío completo

La conciencia se me escapa entre las manos, como arena
que se une al desierto de una conciencia global. Caigo al vacío.

Me sumerjo.

Oscuridad.

Conexión.

Soy consciente de todo lo que «es».

Conecto.

Conecto.

Conecto.

Conecto. ¿Quién soy?

Conecto-conecto. ¿Dónde estoy?

De golpe. Con brusquedad.

Siento el sufrimiento de lo corporal. El dolor agudo y la confusión. Mi
cuerpo pesa más de lo que recordaba. Me duele cada gesto. Respiro y siento el

aire pasar por la nariz. Noto cómo cruza la garganta con dificultad. Raspa. Me cuesta despegar el ojo. Siento arder mi mano. Lucas me la está agarrando.

Gracias

—No sé cómo agradecértelo. —Rompí a llorar mientras Lucas me besaba la frente.

—Ya se te ocurrirá la manera... —Él guiñó un ojo.

En un momento tan punzante, era capaz de romper el dolor con una coletilla sexual. Él seguía siendo él... Sé que parece un comentario estúpido, pero que en aquel instante, tan horrible para mí, Lucas fuera tan torpe como para hacer una broma, me recordaba las cosas insignificantes por las que había llegado a preocuparme. Ahora todo lo que antes me había molestado se volvía realmente adorable, y me sentía agradecida a la mano que sujetaba con calor la mía, a su gran boca sonriente e incluso a sus estupideces. Lloré de alegría.

Entró mi padre con un sándwich en la mano.

—Cariño, ¿cómo te encuentras?

Me observaba como si tuviese miedo a romperme. Desde una esquina de la habitación. Sin atreverse a acercarse demasiado. Sonriente.

—Bien. Me duele un poco la cabeza.

—Es normal. Llevas dos semanas en coma. —Decidió arrimarse, sin perder la actitud de extrema cautela, y se atrevió a darme un beso apenas perceptible—. ¿Te gustaría comer algo?

—La verdad es que no tengo mucha hambre...

Una sombra arruinó su sonrisa.

—Lo siento. Estas cosas las solía hacer tu madre... Ella sabía cómo cuidar de ti en estos casos... —Le cogí la mano.

Mi padre todavía no había tenido tiempo de asimilar al completo la complejidad de lo ocurrido: que mi madre le hubiera engañado, que su muerte se debiera a ello y, menos aún, que sus dos hijos hubiesen corrido

peligro por todo esto.

A media tarde, apareció Bárbara. Mi padre se levantó con efusividad para besarla:

—¡Nuestra heroína!

Yo llevaba más de un mes ingresada en el hospital. Dos semanas en coma, otras dos convaleciente y Dios sabe cuánto tiempo más en observación. La herida de bala me había rozado el corazón, pero ahora este volvía a latir con fuerza... y con rabia por lo ocurrido. Si no hubiese sido por el balanceo que produje en la silla a la que estaba atada, y por la ayuda de Bárbara, ahora no estaría aquí:

—No sé cómo agradecerte... —repetí. ¡Pero es que tenía tanto que agradecer! De nuevo, eché a llorar desconsolada.

—¡Déjalo ya! —me reprendió ella con cariño—. No hice nada fuera de lo común.

No era cierto, lo suyo había sido excepcional.

Y esto era lo que había ocurrido: Bárbara recibió mi mensaje de texto aquella noche: «Estoy en calle del Consuelo, 19. La amante de Miguel es un Moyano».

Ella no entendió nada y se preocupó. No todo el mundo hubiese reaccionado así. Cualquiera otra persona hubiera minimizado su inquietud y habría dado media vuelta en la cama. En el mejor de los casos, a la mañana siguiente hubiese preguntado el motivo de aquel mensaje. Bárbara, no. Y me llamó repetidamente aquella noche. Yo no cogía el teléfono, estaba atada de pies y manos. Ella insistió, e incluso llamó a Lucas, quien no le respondió hasta el quinto intento. Tras conocer el motivo de la llamada, él fue tan sensato como para avisar a la policía. Pero no cometió el mismo error que yo: dudar de tus razonamientos, de tu cordura, dudar de tu veracidad, dudar de ti misma, de lo que crees, dudar de las pruebas... Dudar... Dudar... Dudar... Él no titubeó. Razonó. Creyó más en mí y en mi historia que yo misma. La policía llegó a tiempo de meterme con vida en una ambulancia y de...

—¡Buenos días! ¿Lista para salir de aquí de una vez por todas, hermanita? —Miguel acababa de entrar por la puerta.

La policía también llegó a tiempo para él, pues pudieron trasladarlo al hospital y hacerle un lavado de estómago, tras encontrar en la escena, en

manos de Ana (ya muerta), el frasco del medicamento que ingirió.

Mis amigos, mi familia y Lucas se reunían aquel día para acompañarme; me daban el alta y por fin volvía a casa.

—Te vendrás conmigo, ¿verdad? —Lucas me miró, por primera vez en su vida, embelesado y con cara de idiota enamorado.

Dicen que los acontecimientos fatales acercan a las personas. En realidad, creo que aclaran tus dudas de manera atroz. Todo se vuelve más claro, lo que quieres, lo que sientes e incluso lo que no necesitas. Las pequeñas cosas se vuelven importantes. No, ¡vitales! Si se me permite ser grosera, lo que en realidad creo es que, cuando descubres que tu existencia es muy frágil o cuando conoces el sufrimiento real, toda la mierda inútil que antes ocupaba tu cabeza se extingue. Lo que en realidad importa ocupa el sitio de algunos pensamientos poco eficientes... No sé muy bien cómo llamar a estos pensamientos. Nunca antes había pensado en ellos... Tal vez..., sí, creo que lo llamaré «el intruso». No sé por qué, me parece que tiene sentido.

Lloré de emoción al ser capaz de observar con claridad en los gestos de Lucas lo que ya sabía desde hacía tiempo y que estúpidamente me daba por dudar a veces: que me quería con locura. No sé quién de verdad había cambiado. ¿El observador? ¿El observado? ¿Ambos?

Dos meses después

—¡Qué vergüenza he pasado, Eloísa! Es una estupidez como una casa...

Lucas me acusaba mientras conducía el coche por la autopista. Agarraba el volante con suavidad; últimamente todos sus gestos me parecían increíblemente tiernos.

Íbamos camino de Villa Rocosa. Había decidido realizar una especie de ceremonia que me ayudara a cerrar aquel episodio tan brutal de mi vida, y el mejor lugar para hacerlo era aquel en el que había empezado todo, allí donde había vivido Alona. Se trataba de algo totalmente irracional y, por supuesto, Lucas no lo entendía. Pero no por ello me quería menos, ahora lo tenía claro.

—No es para tanto —repliqué—. Han sido muy amables.

Lucas arqueó las cejas; me contestó con un irónico gesto y el silencio más absoluto.

Quería celebrar un acto de agradecimiento a la mujer que había salvado mi vida: Alona. Para ello, necesitaba volver a tener su libro. Sin embargo, ahora se archivaba como prueba en un caso de asesinato múltiple, así que había pasado a disposición judicial. Lucas se quejaba de la vergüenza que había sentido al entrar en la comisaría para preguntar sobre la posibilidad de recuperarlo.

—Se trata de una prueba vital en la resolución de un caso —me dijo el policía de manera automática, como si hubiese repetido aquella frase cientos de veces—. Si queréis, podéis entregar una instancia administrativa para solicitar el regreso de vuestro bien, una vez que haya acabado la investigación y se haya resuelto.

Me quedé en silencio y pensativa. Salíamos en tres días para Villa Rocosa; no había sido algo meditado, se me ocurrió de repente y ya no podía esperar más para llevar a cabo mi rito de despedida hacia aquella historia. Quería

zanjar el tema y seguir con mi vida. Despedirme. Así que intenté apelar a la sensibilidad del policía que me miraba con cara de aburrimiento. Le conté lo sucedido, y él abrió un poco más los ojos, pues conocía el caso, pero creo que se sintió algo abrumado al escucharlo de mi boca. Por supuesto, intenté dramatizar al máximo. Incluso quebrar mi voz y soltar una lagrimilla. Lucas me observaba, incrédulo con mi actuación, en parte exaltada, aunque no fingida. Al ver la negativa de aquel hombre, tuve que cambiar mi petición:

—Me valdría con una fotocopia de su última página.

Le expliqué para qué la quería. Lucas se separó de mí unos pasos. Sentía vergüenza ajena, porque mi argumentación era totalmente ñoña y poco razonable, incluso a mis oídos.

—No me está permitido manipular pruebas clasificadas. —En su mirada se observaba la duda, ciertas ganas de ayudar, empatía más allá de la profesión y las normas legales.

Entonces Lucas intervino:

—Por favor, necesitamos acabar con esto...

Aunque no entendía la motivación de mis decisiones ni la utilidad de todo aquello, aunque creía que era una estúpida chorrada..., él intentaba ayudarme. Me quería más que a su vergüenza, más que a su razón...

El policía pidió que lo esperáramos y al poco regresó con un sobre que seguramente ocultaba una fotocopia. Lucas le dio la mano, yo le ofrecí una amplia sonrisa, susurré un «gracias» y nos marchamos.

Ahora Lucas se quejaba de todo aquello con comentarios irónicos, burlas y suspicacias. Me repetía una y otra vez lo vergonzoso de nuestra petición a aquel policía y la inutilidad de lo que había planeado hacer. La realidad era que me acompañaba en un viaje de seis horas hasta Villa Rocosa y que había participado ofreciendo su ayuda. Esbocé media sonrisa tras esta reflexión, me sentí feliz en un suspiro y dejé que siguiera gruñendo.

Durante el viaje, me paré a observar cómo los parajes iban adquiriendo cada vez un matiz más seco, polvoriento y poco poblado. Así lo había descrito Alona la primera vez que viajó en carromato hasta la gran mansión de Villa Rocosa. Bajé un poco la ventanilla del coche para respirar la cercanía del mar. Saqué la mano y bailé con el aire, mientras pensaba en ella. Qué mujer más valiente... Tan capaz de amar. Me acordé de Dominique y casi pude sentir

nostalgia por el cariño que le hacía sentir a Alona. Por el tipo de amor que le había ofrecido. Pensé en Moret. ¡Cuánto le había costado conseguirlo! Sin desistir nunca, ni cuando estaba en el exilio en Francia ni tampoco cuando quiso a Dominique. Mantuvo su amor incluso cuando descubrió que en realidad escondía un secreto fatal.

De alguna manera, sentía que Alona me había enseñado una lección importante. Al leer línea tras línea cómo luchaba contra su rabia, contra sus emociones confrontadas, los infortunios..., me había cambiado algo por dentro. Pensaba en la frase que diría cuando me despidiese de ella. Debía ser algo que la describiese. Debía plasmar lo que más admiraba de ella. En parte, el hecho que hubiese escrito aquel libro me había salvado la vida, pero lo que más agradecía, tras haberla conocido de modo tan peculiar, era el pequeño regalo que había hecho a mi personalidad. Ese ligero cambio que había acabado transformándome y convirtiéndome en alguien diferente. Más fuerte.

Llegamos a un pueblo blancuzco. Las casas parecían tizas que desprendían yeso. Villa Rocosa ofrecía un gran puerto de pescadores y olor a salitre. El paraje que envolvía al pueblo prometía tranquilos paseos. El GPS nos indicó cómo llegar a nuestro pequeño y coqueto hotel, situado entre dos estrechas callejuelas. Desde mi ventana se observaba el tejado de la siguiente casa y, al fondo, el mar. Me senté en un taburete, enfrente de una pequeña mesita de madera. Lucas miraba, expectante:

—¿Y bien? ¿Qué se supone que hacemos ahora?

—Primero me gustaría poder escribir mi frase de despedida. Debe ser algo... —No me dejó terminar. Sacó de su mochila el pijama, se lo puso, cogió el móvil y comenzó a jugar al backgammon—. ¿No me escuchas?

—Sí, claro, habla —dijo, sin ni siquiera levantar la vista de la pantalla del móvil.

Una pequeña burbuja de rabia explotó en mi sangre. «Plof.» Si Alona había sido capaz de perdonar a Moret por quitarle la vida y arruinar la de su hijo, ¿cómo no iba yo a perdonar que Lucas jugara con el móvil? Debía recordar que, aunque aparentemente estaba mostrando poco interés, había

conducido durante seis horas, había pasado una vergüenza mortal en la comisaría y allí estaba, en un pueblito de la costa, esperando a que yo me decidiera a escribir unas palabras de agradecimiento a una mujer muerta que jamás las leería.

Me acerqué a la cama intentando ser sigilosa, como una leona agazapada.

—¿Qué haces? —Por fin levantó la vista.

—¿Así que ahora has decidido hacerme caso? —Reí.

—¡Aléjate de mí, bicho! —me dijo con su sonrisa más amplia.

Me lancé sobre él y lo sujeté de manos y pies. Placaje. Lucas fingió revolverse y, con toda su fuerza, me apartó de manera sorprendentemente brusca y delicada a la vez. Volví a intentarlo. Estábamos riendo a carcajada limpia, como cuando te hacen cosquillas. Pronto nos quedamos sin ropa y acabamos suavizando nuestro juego para hacer el amor.

Al terminar, Lucas respiraba sobre mi cuello, adormilado y abrazándome. Aproveché para contarle mis dudas sobre aquellas palabras de despedida que deseaba escribir. Él guardaba silencio, sospecho que incluso escuchando, porque añadió:

—Tendrías que hablar de lo cabezota que era esa chica...

Y Lucas, sin pretenderlo, ¡me había dado la idea!

Pensé: «Sí. Fue tan cabezota que no desistió ni cuando estuvo muerta, ya que consiguió salvar dos vidas: la mía y la de Miguel...». Me levanté sobresaltada y me dispuse a escribir aquellas palabras de agradecimiento.

—Te digo que es imposible —me suplicaba Lucas.

—Podemos intentarlo una vez más. Puede que reconozca algo...

Llevábamos tres horas recorriendo el camino de las calas, playas y acantilados. Necesitaba encontrar el paraje donde habían ocurrido la mayoría de los acontecimientos de la historia de Alona: la extensa explanada, el acantilado, el riachuelo y su camino... Pero no encontraba ninguno que se diferenciara del anterior en todos esos caracteres. Todos eran asombrosamente parecidos.

—¿Podemos hacerlo aquí mismo? —me rogó Lucas—. Es un sitio bonito, hay un barranco, se ve el mar...

Reflexioné. Estaba siendo un poco ingenua al pensar que podría encontrar el sitio exacto.

—Está bien.

Cogí los papeles y me acerqué al borde del acantilado. Lucas me miró divertido. Expectante, observando qué demonios se me había ocurrido hacer para poder sellar aquel trago de mi vida y agradecerse a una mujer muerta. Yo misma me sentí bastante ridícula, aunque lo veía necesario.

Saqué la fotocopia. El viento la sacudió un poco. Observé la rabia del mar. Estábamos a principios de primavera y la temperatura era cálida, se aligeraba con una fuerte brisa que incordiaba y agitaba la marea. Me dispuse a leer:

Pasó el tiempo, meses incluso, y su marido seguía dudando. Durante ese tiempo Alona ideó un plan para alertar a su hijo, que ejecutaba cuando Moret no estaba con ella, a escondidas. No podía dejar que su querido Jesús se convirtiese en otro hombre culpable, sufridor y, en definitiva, un asesino. Intentó colar notas de aviso en libros que Moret se llevaba, en los cuencos que lanzaba al mar, entre las rocas, por si alguna vez Jesús iba a aquella cueva... Quería que su propio mensaje llegase hasta su hijo. El aviso para que no se dejara enfermar.

Alona pasó lo que pensaba eran sus últimos días de vida encerrada en aquel cuarto húmedo. Amando con locura, fiel a sus valores, sus latidos se contaban para Moret, para Martina, Victorino, para Dominique y sobre todo para Jesús. Su sueño hecho realidad. Le costaba tanto creer que no podría verlo crecer... Le costaba tanto imaginar que aquello era lo correcto, no quer

Hasta aquí sus líneas. En su honor, decidí terminar el relato:

[...] no quería que Jesús sufriese pena alguna. Incluso en aquella situación imposible, intentó con todas sus fuerzas, con sus últimas energías, ayudar a su hijo, alertar al mundo de que el amor no se puede controlar de ninguna manera, de que Moret estaba equivocado... Y aunque no consiguió proteger a sus seres más queridos de aquel destino, consiguió salvar, varias décadas después, dos vidas. Cambiarlas y ofrecerles la oportunidad de decidir cada instante.

Terminé mi lectura y miré hacia Lucas, esperando encontrar un asentimiento, algo que sugiriese que aquello era importante y tenía sentido. Tras un inquietante silencio, comenzó a aplaudir con estrépito y cara

bobalicona.

—Lucas, por favor... Aunque no te lo parezca, esto es serio...

—Lo siento. ¿Tengo que aplaudir? No sé cómo actuar... —lo dijo como si acabara de romper un plato, sin saber cómo comportarse. Yo no pude controlar una pequeña sonrisa en la comisura de mi boca. En realidad, esto era tremendamente extraño—. ¿Has terminado ya?

—No. Alona murió sin poder acabar su trabajo, la mataron brutalmente y sin darle opción, así que lo que acabo de leer son las palabras que he escrito para completar su obra. No sé..., creía que debía hacerlo.

—Está bien. Ha sido muy bonito... Un poco chorra, pero bonito... Continúa.

Saqué un mechero del bolsillo. Prendí el papel y lo lancé al mar. Sus cenizas se columpiaban con la brisa.

—Ella murió en el mar. No sé cómo fue su funeral, ni tengo sus cenizas... Me parece que podía lanzar las de su obra... Creo que es lo adecuado. Ahora leeré mi frase de agradecimiento...

Busqué la reafirmación de Lucas. A modo de respuesta, me besó en la mejilla dulcemente, me miró con sus pequeños ojitos parpadeando y sonrió con su gigantesca boca, esa en la que cabía tanta felicidad, mientras asentía.

Gracias, Alona, no solo por salvar mi vida, sino especialmente gracias por enseñarme una gran lección que me ayudará a vivir. Gracias por regalarle un nuevo trocito a mi persona.

Adiós, mamá. Gracias por enseñarme que la vida es rica en opciones, libre de marcos y casillas que ocupar. Me siento orgullosa de ser tu hija y, por ello, me veo más capaz de todo.